CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

3

Por la superacion ferrocarrilera



YA ESTAN A LA VENTA LOS PRIMEROS

7

NUMEROS DE LA **BIBLIOTECA TECNICA**

1. Catálogo de Materiales de Importación 1953 $10.00
2. Código de Reglas A. A. R. 1954 . . . . . 35.00
3. Manual de Operación Locomotoras Diesel Alco 2.25
4. Manual de Operación Locomotora Diesel Baldwin 2.05
5. Manual de Operación Locomotoras Diesel Electromotive $5.50
6. Mánual de conservación del Motor Diesel Serie 600 . . 6.00
7. Manual de Conservación del Motor Diesel Núm. 252-B.S.P. 15.00

DE VENTA EN BOLIVAR No. 19 MEXICO, D. F.

SE SIRVEN PEDIDOS POR C.O.D.

FERROCARRILES NACIONALES


ACERO MONTERREY
MAS DE
MEDIO SIGLO
SIRVIENDO
A MEXICO


Las nuevas instalaciones de POZA RICA inauguradas el 12 de abril pasado, hacen posible, para la satisfacción del pueblo mexicano, el aprovechamiento integral de la valiosa riqueza natural como es la del aceite y el gas.
Uno de estos aprovechamientos es la producción de 200 toneladas de azufre, valioso elemento en multitud de industrias.
PETROLEOS
MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA


¿Sabe usted por qué
el mono araña tiene la cola tan LARGA?
Todo tiene su explicación . . . La cola de este animal debe sostenerle mientras alcanza con sus manos los frutos.
La longitud extraordinaria del VIRGINIA IMPERIAL tiene también su razón de ser . . . Agrada más al fumador VIRGINIA IMPERIAL porque precisamente su TAMAÑO EXTRALARGO proporciona mayor suavidad y frescura al sabor incomparable de su rico tabaco Virginia.
VIRGINIA
VIRTUS ET INDUSTRIA
Número treinta
TAMAÑO IMPERIAL
VIRGINIA IMPERIAL
mayor...y mejor!
Claro, un producto de El Aguila.
UN PESO CAJETILLA
VI-2-56.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XV VOL. LXXXVII

3

MAYO - JUNIO
1956

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1956

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo-Junio de 1956 Vol. LXXXVII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Nuestro Tiempo

VAIVENES DE LA POLÍTICA HISPANO-AMERICANA DE LOS ESTADOS UNIDOS*

Por *Jesús de GALINDEZ*

En los Estados Unidos a veces me miran con malos ojos cuando en mi cátedra o en artículos critico determinados aspectos de la política internacional de los Estados Unidos. En los países de Hispanoamérica por los que he viajado me suelen calificar como agente de Estados Unidos cuando otras veces defiendo aspectos de esa misma política. En el fondo mi posición es siempre la misma, lo que varía es la actitud preconcebida de mis oyentes, o su información insuficiente.

Es indudable que el sentimiento antinorteamericano se ha recrudecido en Hispanoamérica durante los últimos años, tras

---

* Este artículo es muy probablemente uno de los últimos que escribió su autor y que nos fue enviado en los primeros días de marzo último. Del diario *Novedades* tomamos la información siguiente.

"Nueva York, 30 de marzo, (A. P.).—El periódico *New York Post* diario de la tarde, dice en su edición de hoy que fue informado por Manuel Graymore, ayudante del procurador del distrito, que su investigación le había convencido de que Jesús de Galíndez había sido secuestrado y asesinado por agentes de la República Dominicana, por razones políticas".

El *Post* se refirió a De Galíndez como "acérrimo enemigo del dictador dominicano Rafael Trujillo". De Galíndez, profesor ayudante en la Universidad de Columbia, desapareció la noche del 12 de marzo, después de una conferencia ante una clase de historia iberoamericana.

Después de atribuir la desaparición de De Galíndez a motivos políticos, Graymore agregó:

"Hemos llevado al cabo una cuidadosa investigación en busca de otros posibles motivos y no hay ninguno. Aun la amnesia puede ser descartada como posible razón de su desaparición, porque se sabe que llevaba consigo identificación adecuada".

Graymore declaró que los investigadores estaban interesados en dos barcos de carga dominicanos que se encontraban en este puerto casi al mismo tiempo de la desaparición de De Galíndez.

Dice el periódico que uno de los buques, el "Angélica", se dio

el evidente período de comprensión y acercamiento que se vivió durante el Gobierno de Franklin D. Roosevelt. Las causas de este nuevo recelo son diversas y complejas; las hay políticas y las hay económicas, unas son espontáneas y otras azuzadas por elementos interesados, en ciertos casos están fundadas y a veces obedecen a espejismos. No voy a entrar hoy en su análisis.

Pero considero útil extender y analizar algunos hechos básicos que utilicé hace poco como fundamento para un comentario dirigido a lectores norteamericanos, aparecido en la revista *Journal of International Affairs* de la Columbia University de Nueva York, con motivo de una edición especial que

---

a la mar por espacio de cinco horas tres días más tarde, y luego retornó al puerto, donde sus oficiales dijeron que hubo fallas en el mecanismo del vapor.

El otro barco, que según se dijo, era el "Fundador", salió para la República Dominicana el 16 de marzo.

"No pudimos interrogar a su tripulación pues se encontraba en alta mar y fuera de nuestra jurisdicción", declaró Graymore.

El *Post* añadió:

"Las autoridades en esta ciudad y en Washington no proyectan pedir al gobierno dominicano que coopere en la investigación, según se supo, en vista de la actitud que asumió el gobierno de Trujillo en dos asesinatos anteriores en ésta".

Andrés Equenan, de 44 años de edad, director de una publicación en idioma español, cayó en una emboscada en 1952, y Sergio Bencome fue muerto a balazos en 1935. Ambos eran exilados dominicanos.

Graymore declaró que su oficina se halla "al tanto de la similaridad de esos tres casos, y de otros dos casos en Cuba, pero no creemos que sería apropiado —en este momento— invitar a las autoridades cubanas a nuestra investigación".

El *New York Times* publica hoy una entrevista con el doctor Germán Ornes, en la cual éste dijo que creía que Galíndez fue secuestrado y asesinado "por agentes del dictador de la República Dominicana".

El doctor Ornes fue un ex colaborador del generalísimo Trujillo y director de *El Caribe,* de Ciudad Trujillo. Dijo que había conocido a Galíndez por espacio de 15 años. Ornes manifestó que Galíndez incurrió en la enemistad del régimen de Trujillo, al solucionar una larga huelga de la industria azucarera en términos favorables para los obreros.

La República Dominicana, sangrienta ironía, forma parte de eso que se ha dado en llamar el mundo libre. La dirección de *Cuadernos Americanos* suma su protesta a la de los hombres limpios, honrados y libres de América por crimen político tan infame como alevoso.

J. S. H.

dedicó a Latinoamérica. Entre los colaboradores de ese número se contaron el Presidente costarricense José Figueres, el escritor colombiano Germán Arciniegas, y varios especialistas norteamericanos. A mí me tocó desarrollar el tema de ese sentimiento anti-norteamericano con la precisión de datos que exigen los intelectuales y políticos de Estados Unidos antes de considerar cualquier opinión de tendencia; y comencé resumiendo las diversas etapas vacilantes y a menudo contradictorias que ha seguido la política del Gobierno de los Estados Unidos desde los mismos días de la Independencia hasta la fecha. Creo que también puede ser útil recordarlos con más amplitud para lectores hispanoamericanos.

Los vaivenes en esa política arrancan de la misma Independencia. Algunos autores norteamericanos suelen citar la Doctrina Monroe como origen del futuro movimiento panamericano; nada más inexacto. La Doctrina que lleva el nombre del Presidente norteamericano que la formuló en 1823 no tuvo un sentido de hermandad continental, fue sólo una primera declaración de principios sobre la política unilateral a seguir por los Estados Unidos con respecto a las Potencias mundiales de entonces. Y además, para comprenderla bien, hay que tener en cuenta los acontecimientos históricos que la precedieron.

Hasta 1819, toda la política exterior de Estados Unidos con respecto a las colonias españolas en rebeldía tuvo como mira primordial la anexión de la península de la Florida, aún en poder de España.

Florida había sido en parte una de las llaves del sistema español de comunicaciones durante el período colonial, y por consecuencia una base ansiada por Inglaterra. Pero el puerto de La Habana tenía aún más importancia, y La Habana había sido conquistada por los ingleses en 1762, en el curso de la Guerra llamada de los Siete Años, entre Inglaterra de un lado y Francia-España de otro. En el Tratado de Paz de 1763, España recuperó La Habana a cambio de ceder Florida a Inglaterra. En estas condiciones se produjo la sublevación de las trece colonias inglesas que darían origen a los Estados Unidos. El Gobierno español vaciló entonces entre el natural deseo de revancha contra los ingleses (que impulsó más enérgicamente al Gobierno francés) y el temor de despertar el avispero de sus propias colonias; pero al menos aprovechó las circunstancias para recuperar la Florida.

La Florida, territorio español, se oponía a la expansión de

los nuevos Estados Unidos hacia el sur. Su anexión será el propósito básico del Gobierno norteamericano tan pronto como la nueva nación comienza a crecer, coincidiendo con los años de la sublevación de las colonias españolas. Parecería que una comunidad de propósitos hubiera debido impulsar al Gobierno de Estados Unidos para que ayudase a las colonias españolas; así lo pensaron las colonias en lucha, y desde bien temprano mandaron agentes oficiosos de los nuevos Gobiernos y Juntas a Washington. Y más tarde, cuando la reacción española derrotó varios ejércitos independentistas en regiones cercanas a Estados Unidos, los primeros exilados políticos llegaron a su suelo. Gran parte de la opinión pública norteamericana simpatizó abiertamente con su causa; portavoz oficial de esos sentimientos fue el Presidente de la Cámara de Diputados, Henry Clay.

El Gobierno de Estados Unidos no siguió esa corriente de opinión pública. El Secretario de Estado John Quincy Adams tenía otras miras e impuso su criterio. Adams quería aprovechar las circunstancias para conseguir la Florida. Conviene recordar con atención los vaivenes de esa política, porque sus sucesivos episodios se repitieron después en Texas y en California. Primero se alegó que al menos la Florida occidental era parte de Louisiana (traspasada por Francia a España en 1763, retornada a Francia en 1800, y comprada por los Estados Unidos en 1803), lo que era evidentemente absurdo histórico, geográfico y humano. Después, colonos norteamericanos fueron estableciéndose en ella, y cuando en 1810 la casi total ocupación de España por las tropas napoleónicas debilitó la autoridad española en Florida, proclamaron su independencia requiriendo el auxilio del Gobierno federal; en consecuencia, tropas norteamericanas enviadas por el Gobernador de Mississippi ocuparon la Florida occidental el año 1813.

Al año siguiente Napoleón fue vencido en Europa, el Gobierno español se afianzó en consecuencia, y su agente en Washington fue reconocido oficialmente como Embajador. Era don Luis de Onís, que en los años inmediatamente anteriores había compartido la misma situación de simple cortesía que gozaban los agentes de las colonias españolas en rebeldía. Desde 1814 Onís es en cambio un diplomático con quien se negocia la cesión de la Florida. Para esos negociaciones hubiera perjudicado cualquier reconocimiento, y menos ayuda, hacia los Gobiernos de Hispanoamérica en guerra con España.

España cedió a los Estados Unidos toda la Florida por el

Tratado del 22 de febrero de 1819. El Gobierno español esperaba lograr así asegurarse la neutralidad norteamericana en la guerra del sur; y se equivocó. Es a partir de este momento cuando el Gobierno de Washington da el primer viraje. El 8 de marzo de 1822 solicitó su Presidente fondos del Congreso para establecer misiones diplomáticas ante los nuevos Gobiernos hispanoamericanos (por otra parte ya vencedores prácticamente). Al año siguiente envía su primer representante, Richard C. Anderson, ante el Gobierno de la Gran Colombia, y acepta oficialmente al primer representante hispanoamericano, Manuel Torres, que hasta entonces había actuado como agente de Bolívar. Otros reconocimientos se suceden.

Es ahora cuando se pronuncia la Doctrina Monroe. El nuevo Primer Ministro inglés, George Canning, alarmado ante la intervención de la Santa Alianza en España el año 1823, propuso al Ministro norteamericano en Londres una declaración conjunta en el sentido de favorecer el reconocimiento de la independencia hispanoamericana por España y oponerse a toda transferencia de las antiguas colonias a cualquier otra Potencia. Cuando esta propuesta llegó a Washington, de nuevo John Quincy Adams tuvo ideas propias en interés de los Estados Unidos; y el Presidente James Monroe las hizo suyas en el famoso Mensaje al Congreso Federal el día 2 de diciembre de 1823. La diferencia principal entre la propuesta de Canning y el Mensaje de Monroe fue que esta Doctrina fue unilateral y sólo cerraba paso a la intervención extra-continental en América. Estados Unidos quedaba libre para intervenir; como así lo hará después, repetidas veces, utilizando distintas interpretaciones de la Doctrina Monroe.

La mejor prueba de que toda esta política, cambiante y turbia, dejó marcado resquemor en los dirigentes hispanoamericanos la tenemos en el hecho de que el Gobierno de Estados Unidos no fuera invitado inicialmente por Bolívar al Congreso de Panamá celebrado el año 1826. Aunque a última hora se cursara una invitación, que no tuvo efecto práctico por variadas razones.

Sin embargo no se pueden percibir aún sentimientos de hostilidad entre Hispanoamérica y los Estados Unidos. Sus primeras demostraciones no surgen hasta mediados de siglo, como consecuencia de la anexión de Texas y la Guerra entre Estados Unidos y México en 1846-1848. Sus episodios son de sobra conocidos, y no es necesario repetirlos con detalle aquí.

Pero sí quiero llamar la atención sobre el matiz de que la estrategia seguida en Texas y California se asemeja mucho a la vivida treinta y cuarenta años antes en Florida. El proceso de Texas lo inician colonos norteamericanos allí establecidos, que en 1836 proclaman primero su independencia y después piden la anexión a los Estados Unidos; cuando la guerra abierta comienza diez años después, otros colonos norteamericanos establecidos en California proclaman también su independencia y piden inmediatamente la ayuda federal. El estilo es el mismo. Con la agravante ahora de que las tropas norteamericanas llegan a la ciudad de México, y el Tratado de Paz supone la pérdida de medio territorio para la República de México con el correlativo aumento en el de Estados Unidos.

Durante el mismo período comienza a desarrollarse la primera expansión sajona por Centro-América; en que Inglaterra y Estados Unidos como naciones, y poderosas compañías privadas como negociantes, se disputan ya un predominio sobre la zona donde puede abrirse el futuro canal (de Panamá o de Nicaragua). El Tratado Clayton-Bulwer de 1850 y el filibusterismo de Walker son los episodios más visibles de todas estas maquinaciones. En aquel Tratado, Inglaterra y Estados Unidos se conceden iguales mutuos derechos en Centro-América (sin contar, claro está, con los pueblos de esta área); este Tratado hay que relacionarlo con el anterior Tratado Bidlack de 1846 entre Estados Unidos y Nueva Granada, en que el Gobierno norteamericano garantizaba al colombiano su soberanía sobre el Istmo de Panamá y éste otorgaba a aquél derechos de comunicación a través del mismo.

Aquella guerra en México y sus consecuencias, así como los sucesos posteriores en Centro-América, produjeron la primera reacción hispanoamericana contra los Estados Unidos; sobre todo en México como es natural (su recuerdo aún perdura vivo). Y esa reacción, o al menos recelo, se manifiesta oficialmente en las conversaciones diplomáticas celebradas el año 1856 en Washington y Santiago de Chile entre los representantes diplomáticos de varios gobiernos hispanoamericanos.

Pero pocos años después se va a producir una contrarreacción, poco estudiada en su conjunto. La Guerra Civil norteamericana, al debilitar al Gobierno de Estados Unidos, reaviva la apetencia de las Potencias europeas; y su amenaza aún latente se hace manifiesta en el intervencionismo francés en México, y en el intervencionismo español en Santo Domingo y Perú.

La anexión de Santo Domingo a España dura exactamente de 1861 a 1865, el acuerdo de intervención tripartita en México se firma en 1861 y las tropas francesas se retiran en 1866, España ocupa las islas Chinchas en 1864. Es decir, la experiencia de estos años demuestra a los hispanoamericanos que pese a todo, Estados Unidos supone una defensa frente al peligro europeo; en el propio México, la ayuda prestada por el Gobierno de Estados Unidos al Gobierno de Juárez contribuye a su victoria final y dulcifica en parte el amargor de 1848.

Además, Estados Unidos ha completado su expansión territorial hacia el oeste, y su futura expansión comercial no adopta en un principio formas inquietantes. El mejoramiento evidente de las relaciones entre Estados Unidos e Hispanoamérica se manifiesta y culmina en la I Conferencia Interamericana, celebrada en Washington en 1889-1890. Aunque en ella se manifiesta precisamente también esa nueva política norteamericana de expansión económica, que a principios del siglo XX dará lugar a sus intervenciones militares en el Caribe y a la mayor virulencia de la reacción hispanoamericana. Preceden a esa intervención gubernamental las primeras instalaciones de grandes Compañías norteamericanas en la misma zona.

El cuarto período, y fundamental, comienza con la Guerra entre Estados Unidos y España en 1898 que sirve de pretexto para la ocupación de Puerto Rico, pero gira fundamentalmente alrededor del Canal de Panamá. Los acontecimientos están en la memoria de todos: anexión de Puerto Rico, adquisición de la Zona del Canal negada por Colombia, desembarco de marinos en Nicaragua, Haití y Santo Domingo, Enmienda Platt en Cuba, acuerdos con el nuevo Gobierno de Panamá, control de aduanas hispanoamericanas, presión sobre el Gobierno mexicano de Obregón... Es el famoso Corolario de Teodoro Roosevelt, cuyas repercusiones están en la memoria de todos y no es necesario detallar aquí.

También está en la memoria de todos la violenta reacción hispanoamericana frente a este intervencionismo norteamericano. Intelectuales como Rodó y otros más, acusan a Estados Unidos; Argentina toma la iniciativa de una reacción gubernamental, que se traduce en la Alianza del A. B. C.; y desde la V Conferencia Interamericana de 1923 se pide la proclamación del principio de No Intervención, que esta vez apunta ya a los Estados Unidos y no a Europa.

El quinto período, y cambio fundamental de política, abar-

ca la Administración norteamericana de Franklin D. Roosevelt. Son los años de Buena Vecindad, que se manifiesta con hechos y no con discursos: la retirada de los marinos, la abolición de la Enmienda Platt, la firma de la Convención de Montevideo en 1933 que proclama el principio de No Intervención, el viaje de Roosevelt a Buenos Aires, el intercambio de profesores, los préstamos beneficiosos... Para los hispanoamericanos no hay un Roosevelt "republicano" y un Roosevelt "demócrata", hay el Roosevelt "malo" y el Roosevelt "bueno".

Las consecuencias de esta Política de Buena Vecindad se revelan en la estrecha cooperación prestada por la mayoría de los países hispanoamericanos durante la II Guerra Mundial; incluso un país tan afectado por el intervencionismo norteamericano como México, se convierte en aliado activo de los Estados Unidos. Y por todo el continente se expande un sentimiento de confianza en los ideales democráticos que defiende Estados Unidos en su lucha contra el fascismo.

Los últimos diez años están todavía demasiado cerca para lograr una aguda perspectiva histórica e interpretarla; los hemos vivido y somos protagonistas interesados, seguimos siéndolo. Pero parece evidente ya que desde el final de la II Guerra Mundial se ha manifestado otro cambio en la política hispanoamericana de los Estados Unidos. Puede ser debido a la muerte de Roosevelt, a la presión comunista en el área mundial, a otros factores. A su vez probablemente no son ciertas algunas de las causas de malestar que muchos hispanoamericanos esgrimen contra Estados Unidos en el campo político nacional. Pero hay hechos innegables, sobre todo las alianzas militares con dictaduras y en el terreno económico general, que señalan una nueva política; y una nueva política confusa y vacilante.

Quizás el país donde esa vacilación, y sucesivos errores, se ha mostrado más evidente es Argentina durante la Era de Perón. Hace poco se publicó en los Estados Unidos un libro objetivo y fascinante (*Yankee diplomacy. U. S. Intervention in Argentina,* de O. Edmund Smith), en que se exponen esos vaivenes hasta 1953, es decir sin abarcar los confusos meses que precedieron a la caída de Perón con los virajes más marcados.

Tengo la impresión de que los dirigentes de Estados Unidos no comprenden bien los fenómenos hispanoamericanos. Pero es evidente que de ordinario su política se ha basado en

consideraciones fundamentalmente unilaterales; es decir, en cada período histórico el Gobierno de Estados Unidos ha seguido la política que ha creído más apropiada para sus propios intereses. Esto no es una crítica; es una observación del "realismo" norteamericano.

A su vez tampoco creo que muchos hispanoamericanos comprenden bien la manera política de actuar de los Estados Unidos. En ningún momento hay un solo hombre, ni siquiera un grupo gobernante, que decida por sí solo la marcha del país. Sus partidos políticos son más maquinarias de acción que tendencias ideológicas; a su lado actúan muchos otros grupos de presión. En cada período cabe trabajar los intereses y tendencias dispares de estos partidos y grupos. Por eso, la política hispanoamericana, tanto la gubernamental como la de sectores opositores, debe actuar también en el terreno del realismo; sin prescindir por eso del idealismo más acusado en los pueblos latinos.

Deliberadamente no quiero entrar aquí en consideraciones actuales sobre las causas presentes de malestar. Lo hice en mi comentario para la revista norteamericana, porque iba dirigido al público de Estados Unidos. Sólo quiero destacar que, a mi juicio, nada es blanco ni negro en términos absolutos; y menos aún, que la política de Estados Unidos sea continua, ha cambiado muchas veces. Las lecciones de la Historia son siempre aprovechables.

Me limito, pues, a exponer en grandes líneas el panorama de esa política hispanoamericana de Estados Unidos en el curso de siglo y medio, con sus vaivenes y cambios de orientación más acusados; la he analizado con más detalles en mi libro *Iberoamérica.* Nadie debe ignorar esos factores de tipo mundial. Porque ningún país puede decidir sus destinos por sí solo; ni hoy que las comunicaciones han acercado demasiado a Washington de Moscú, ni ayer en que Londres vigilaba a París. En cada período histórico hay obsesiones básicas a las que se subordina toda otra acción secundaria; en la época de la Independencia, Napoleón quizás influyó más sin saberlo que la misma fe y entusiasmo de los dirigentes en combate cuerpo a cuerpo; en los años más recientes influyó Hitler, y hoy puede hacerlo un dirigente ruso, chino o indio.

Cuando en 1783 el Ministro español en París, Conde de Aranda, se dirigió al Gobierno de Madrid comentando la independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica y sus

posibles consecuencias, advirtió proféticamente que el pigmeo de entonces podría convertirse un día en gigante a expensas de España y de Francia. Desde hace muchas décadas el gigante existe y dirige.

Ni todo es malo en la política de ese gigante, ni todo es bueno; hoy como en el pasado. Para comprenderlo mejor conviene tratar de interpretarla con mente norteamericana; quizás habrá menos sorpresas. Como a su vez los dirigentes norteamericanos debieran ir acostumbrándose a pensar con la mente de otros pueblos cuando decidan su política hacia ellos; porque las sorpresas de los gigantes suelen ser mayores que las sorpresas de los hombres o pueblos normales. El error de muchos gigantes es fijarse demasiado en otro gigante lejano, menospreciando a los que creen pigmeos; los liliputienses supieron aprisionar a Gulliver.

Es realista, para los Estados Unidos y para los pueblos de Hispanoamérica, actuar basados en las circunstancias y factores mundiales de cada momento; pero sin ignorarse mutuamente, sin menospreciar problemas humanos, que parecen minúsculos en la era atómica pero son complejos y a la postre decisivos. Más vale la amistad de muchos juntos en un común propósito, que la fuerza de un solo coloso.

La política hispanoamericana de Estados Unidos ha oscilado muchas veces. Washington siempre buscó su interés primordial del momento. Pero creo sinceramente que ese interés estuvo más resguardado por la Buena Vecindad de Roosevelt, que no por los actuales pactos militares con varios dictadores aborrecidos de sus pueblos. Sobre todo porque otro coloso vigila de lejos cualquier error; también subordinándolo todo a su propio interés.

VEINTE NACIONES POSTERGADAS*

Por *Rudecindo ORTEGA*

DESDE el término de la última guerra mundial hasta el 30 de junio de 1953, los Estados Unidos habían desembolsado en el programa de *Ayuda al Extranjero* la suma de 45,400 millones de dólares, distribuidos en la siguiente forma:

Europa	34,300
Asia	8,300
África	500
Indonesia y varios	1,100

Los países que recibieron las mayores sumas fueron:

El Reino Unido	7,600
Francia	5,300
Alemania	3,900
Italia	2,700
Japón	2,700

Gran parte de esta ayuda ha consistido *en donaciones, más que en préstamos.*

Toda la América Latina sólo recibió de esa suma global de 45,400 millones, el 1.2%, es decir, menos de la 5ª parte de la ayuda ofrecida a Alemania Italia y Japón, países adversarios de la causa occidental en el último conflicto.

Los países de la comunidad hispana, en cambio, que requieren *préstamos de capital para inversiones y no donativos,* ven pospuestas sus necesidades y agravados día a día sus problemas de desarrollo.

Observemos aún que la asistencia que Estados Unidos ha

---

* Fragmento del discurso pronunciado por el Embajador de Chile ante las Naciones Unidas, en el acto que la "Pan American Women's Association" ofreció en homenaje a Chile, el 18 de febrero de 1956, en el Carnegie Endowment Center de Nueva York.

El título ha sido puesto por la redacción.

ofrecido a estos países ha consistido en programas de cooperación militar y técnica.

En el programa militar aparecen incluidos Brasil, Chile, Colombia, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Perú y Uruguay, y *la ayuda que recibieron en total* hasta diciembre de 1954, era del orden de los *150 millones de dólares.*

La asistencia técnica llegó, en los años que se indican, a las siguientes cifras:

1953	17	millones	
1954	36.3	„	(suma que comprende sobre 10 millones de ayuda de emergencia a Bolivia).
1954-55 ...	41.6	„	
1955-56 ...	52.5	„	(esta cifra incluye 21 millones específicamente asignados a Bolivia y a Guatemala).

Para el período 1955-56 (30 de junio) la Ley de Seguridad Mutua destinó 2,700 millones de dólares en nueva ayuda económica al exterior. De esta cantidad, 1,022 millones se destinan a fines militares y son administrados por el Departamento de Defensa y 1,681 millones a ayuda económica, a cargo de la Administración de Cooperación Internacional dependiente del Departamento de Estado.

La ayuda económica no militar, asciende a 1,007 millones que se destinan a favorecer a las siguientes regiones con los porcentajes que se indican:

Asia	60%
Medio Oriente y África ...	17%
Europa	6%
América Latina	4%

El saldo de 13% se asigna a programas que no son susceptibles de clasificación regional.

Puede, pues, afirmarse que salvo la ayuda de, más o menos, 30 millones de dólares para emergencias en Bolivia y Guatemala, los países de América Latina *no han recibido ayuda económica directa del Gobierno de los Estados Unidos para fines de desarrollo económico.*

El Gobierno norteamericano insiste en que tal cooperación debe provenir principalmente de las *inversiones privadas*

de los Estados Unidos que se calculan para América Latina en 6,000 millones de dólares y en forma subsidiaria de créditos del Banco de Exportaciones e Importaciones de Washington y de las agencias internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario.

Revisemos las cifras. Desde su creación hasta la fecha —1946-1955— el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, comúnmente llamado el Banco Mundial, ha otorgado 136 préstamos diversos a un centenar de países de Europa, Asia y América, por un monto aproximado a los 2,500 millones de dólares.

De este total de las colocaciones del Banco Mundial, los préstamos a los países latinos alcanzan a 642.405,000 dólares, es decir a un 25% de ese total.

Los estudios realizados por los expertos sobre las necesidades de financiamiento de los programas de desarrollo económico en América Latina establecen fehacientemente que las necesidades mínimas de capital foráneo —para mantener una tasa adecuada de crecimiento— alcanza a los 2,000 millones de dólares anuales. Las inversiones del Banco Mundial llegan apenas a un promedio de 64 millones de dólares anualmente.

La desproporción entre el capital nuevo que afluye a América Latina —aun incluyendo los créditos del Eximbank y las inversiones de capital privado extranjero— y el que ella necesita para mantener un ritmo adecuado de progreso, es evidente. Más aún, su volumen prácticamente desaparece, cuando se le compara con el monto de las remesas anuales que debe girar Latinoamérica para cubrir las amortizaciones, intereses y utilidades de los capitales ya invertidos.

El total de inversiones extranjeras en América Latina asciende, aproximadamente, a 7,865 millones de dólares, de los cuales, el capital privado representa 7,120 millones.

La inversión norteamericana, en esta cifra, representa, como dijimos antes, una suma inferior a 6,000 millones, incluidos algunos préstamos accidentales.

Estas inversiones reportaban a los Estados Unidos en el año fiscal 1950-51, la suma neta de 783 *millones de dólares* y en 1951-52, ascendió a 785 *millones.*

El ex-Canciller chileno don Eduardo Irarrázaval, autor del interesante estudio sobre las relaciones políticas y económicas interamericanas, que tituló con toda propiedad *El hemisferio postergado*, publicado en 1954, recuerda que "las condiciones

para la inversión en Latinoamérica no son, como muy bien lo ha señalado el Senador Capehart, las mismas que contribuyeron a la formación de Estados Unidos. Desde luego, el flujo de capitales hacia este país fue siempre mayor que su retiro, lo cual, no es el caso de Latinoamérica, como acabamos de verlo".

Ya vimos la cuantía y la importancia de la cooperación de guerra que Estados Unidos recibió de los países latinoamericanos.

Éstos, a su turno, vieron incrementadas sus industrias extractivas y su producción de materias primas de exportación, así como aumentaron sus circulantes monetarios y el volumen de sus disponibilidades de monedas extranjeras. Pero las industrias de consumo interno civil, como las de alimentos y manufacturas más necesarias, no fueron incrementadas oportunamente y la expansión del circulante fiduciario —conjuntamente con la mayor demanda de artículos originada por el aumento de población— produjo un alza vertiginosa del costo de la vida. Al término de la guerra el costo de la vida había subido en Latinoamérica a más del doble que en 1938 y en los países cuyo aumento de producción fue particularmente extractivo y minero, como Bolivia, Chile y México, el alza fue de 500% en el primero de los países nombrados y de 300% en los dos últimos.

A diferencia de lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial, *la pasada guerra no benefició a las masas en Sudamérica.*

En cuanto al desarrollo que las naciones latinoamericanas experimentaron durante el conflicto, se contrarrestó con la destrucción de equipo, que se calcula en una cifra cercana a los 3 mil millones de dólares. Ello había de reflejarse en la balanza pasiva que pronto tuvo América Latina con los Estados Unidos y que, ya en 1947, representaba la mitad de la citada suma.

Sería, pues, erróneo creer que este incremento de las industrias extractivas requerido por las necesidades de la guerra significó un índice de bienestar para los países respectivos. Los hechos pusieron de manifiesto que ese aumento en el rubro de producción indicado no fue suficiente por sí solo, para dar una base de estabilidad a las economías de los países subdesarrollados de este Hemisferio.

En cambio, habían quedado ampliamente demostradas la necesidad de cooperación política y económica de Latinoamérica dentro del Continente y su eficacia para la guerra común.

Las lecciones vividas inducían a pensar que no habría de ser puesta en duda la necesidad de promover la materialización de un similar esfuerzo durante la paz.

Ante el Comité plenario de la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina —la CEPAL— hizo su Director Dr. Raúl Prebisch, en febrero de 1954, una documentada exposición que pone de manifiesto el grave desequilibrio que afecta la economía latinoamericana y pone un inquietante signo de interrogación en el futuro de los países de esta parte del Hemisferio.

Dijo en esa oportunidad lo siguiente:

> La necesidad de acelerar el ritmo de crecimiento económico para mejorar el nivel de vida de las masas ha adquirido la fuerza de un axioma; trasciende en las declaraciones de los gobiernos y en los debates de los organismos internacionales. Sin embargo, si nos atenemos a los hechos, tal y como se presentan ahora, no se observan síntomas de que ese designio pueda cumplirse en tiempos cercanos si el desarrollo económico se deja librado al curso espontáneo de las fuerzas de la economía.

Podríamos agregar que los síntomas que se observan son alarmantemente negativos.

En efecto, la inversión privada de los Estados Unidos en Latinoamérica totalizó en el período 1946-52 una cifra inferior a 2,500 millones de dólares; sin embargo, las remesas por capítulo de utilidades de las inversiones privadas extranjeras sumaron en el mismo lapso más de 3,600 millones.

Si se descuenta la reinversión de utilidades, calculada en 863 millones durante el citado período, la inversión privada fresca sólo representaría alrededor de 1,400 millones que no se puede equiparar con una utilidad neta repartida en el exterior superior a 3,600 millones, lo que vale decir, más de 500 millones anuales de retiro neto.

Las sumas desembolsadas entre 1947-52 por el Banco Internacional y el Banco de Exportaciones e Importaciones, a que se ha hecho referencia antes, suman en total algo más de 600 millones de dólares, o sea, menos de 90 millones anuales, lo cual no alcanza a cubrir una quinta parte de lo retirado.

Las remesas latinoamericanas a Europa a título de repatriación de inversiones se explican ante todo porque Europa actualmente no tiene por qué ni cómo seguir una política de

desarrollo en Latinoamérica y también por su balanza comercial desfavorable con Latinoamérica de los últimos años, que, en los de 1950 y 1951, sobrepasó los mil millones de dólares. El volumen de importación procedente de Europa a América Latina en 1953 es aún inferior al de 1913, mientras que los Estados Unidos, desde la misma fecha, han multiplicado el volumen de sus exportaciones a Latinoamérica por un coeficiente cercano a 6. Sin embargo, la remesa por servicios y amortizaciones a Europa por América Latina no ha superado los 100 millones de dólares anuales como término medio.

La población de Latinoamérica era de 138 millones de habitantes en 1945 y siete años más tarde, en 1952, había llegado a 162 millones, es decir, había subido en 24 millones, o sea, en un 18% y, por lo tanto, su población crece en 2.4% anual.

Este elevado índice de crecimiento de población acentuará gravemente los problemas que originan los bajos niveles de vida derivados de sus actuales déficit de producción.

Nadie podría extrañarse de que un estado de cosas semejante llegara a acarrear trastornos sociales y perturbaciones políticas que es aconsejable prevenir desde luego.

El campo de inversiones es casi ilimitado, pues Latinoamérica, además de su margen en población futura, contiene un considerable potencial en materias primas y energía. Anotemos a título objetivo que el consumo de energía por habitante en 1951 es, en equivalencia de carbón, igual a un décimo del consumo por habitante en los Estados Unidos.

Entre tanto, el coeficiente de inversiones sobre el ingreso bruto, que abarca el nuevo capital y las renovaciones del capital existente, ha bajado de 18 a 13.5% del ingreso bruto, cifra similar a la que precedió al año 30. El margen de crecimiento por habitante bajaría así al 1% al año, pues la población crece a razón de 2.4% anual, como ya lo vimos.

Dado el bajo nivel de ingreso por habitante, tal ritmo no sólo es insuficiente y peligroso desde el punto de vista social, sino que descartaría para siempre la posibilidad de estrechar el margen que separa a los latinoamericanos tanto de los niveles de vida de las regiones más desarrolladas del Continente como del de las Repúblicas Soviéticas.

La balanza comercial entre 1948 y 1952 inclusive ha tenido un saldo desfavorable para Latinoamérica de 1,331 millones de dólares y en 1953 la balanza comercial con los Estados Uni-

dos se ha salvado con un saldo al haber para Latinoamérica de 312.6 millones, pero gracias a una disminución de 10.1% en las exportaciones desde los Estados Unidos a Latinoamérica. Es este último hecho demostrativo de la realidad actual y de su tendencia. Probablemente en el futuro, con relación de precios desfavorable y sin inversiones de capital frescas, se orientará hacia la disminución del comercio entre ambas partes del Hemisferio.

En efecto, *la capacidad de importación* de Latinoamérica, en su conjunto, se redujo de 7,110 millones de dólares en 1948 a 6,655 millones en 1952, es decir, *ha disminuido en 6.1% en el último quinquenio.*

Algo semejante viene ocurriendo *con las exportaciones de Estados Unidos a América Latina*, que en el período de 1946-50 representaron el 25.9% del total exportado por dicho país y ya en 1953, sólo alcanzaron al 18.5% de ese total y, por lo tanto, la situación de crisis tiende a agravarse.

Los antecedentes ciertamente sumarios e incompletos que hemos revisado en voz alta ante este bondadoso auditorio que nos escucha, demuestran fehacientemente que hay evidente necesidad de plantear una seria y efectiva revisión de la política seguida en la postguerra en el plano de las relaciones económicas con Latinoamérica.

Recordemos las palabras del Vice-Presidente Nixon en su discurso ante el Parlamento hindú en diciembre de 1953: *"la fuerza verdadera de las naciones libres reside en su fuerza económica".*

El problema del desarrollo latinoamericano no puede ser pospuesto indefinidamente sin correr el riesgo de que llegue a constituir un nuevo y serio factor de perturbación social y de inestabilidad política en el Hemisferio, que todo aconseja evitar.

La situación presente es de apremio. El ingreso *per cápita* de los países del Sur fue de 2.9% en el quinquenio que abarca de 1945 a 1950 *y descendió a 0.4% en 1953.*

A la Organización de Estados Americanos le corresponde anticiparse a los acontecimientos y velar porque la solidaridad integral del Hemisferio no se limite a ser un tema que tenga su lugar propio en el orden del día de las Conferencias por derecho de antigüedad y se haga presente y llegue a materializarse en el plano real de los hechos positivos y concretos.

LA NACIONALIZACIÓN DEL PETRÓLEO PERSA

Por *Narciso* BASSOLS BATALLA

CUANDO, el 2 de mayo de 1951, entró en vigor la ley de nacionalización expedida por el parlamento *(Majlis)* de Irán, que afectó las propiedades y concesiones de la *Anglo-Iranian Oil Co.*, los ojos de todo el mundo se volvieron hacia el pequeño país del Medio Oriente. No era difícil comprender que se abría una etapa de aguda lucha entre el pueblo persa y los intereses de las grandes compañías petroleras; inclusive, era de esperarse una resuelta actitud del gobierno británico, propietario del 56% de las acciones de la compañía afectada. El ciclo se cerró el 4 de agosto de 1954, al firmarse en la *Villa Elahiyeh,* antigua residencia de los dirigentes de la compañía en Teherán, el borrador del acuerdo que ponía fin al intento nacionalizador. Los once meses de negociaciones se habían iniciado apenas unos días después de que un violento golpe de fuerza militar derrumbó del poder al Dr. Mahoma Mosaddeg, cabeza visible de la lucha en favor de la expropiación.

El interés que este intento despertó entre todos los sectores, especialmente en los países semicoloniales y atrasados como México, es explicable sin duda. La opinión pública se interesó no sólo porque sobre otras economías nacionales pesa la influencia de cuantiosas inversiones extranjeras —que aplicadas a industrias extractivas apenas contribuyen a su desarrollo—, sino también porque Irán parecía favorablemente situado para tener éxito. La información que la prensa publicó a lo largo de los tres años comprendidos entre la nacionalización, la caída de Mosaddeg y el acuerdo que devolvió a las compañías extranjeras la industria, no fue muy abundante ni muy clara. Ahora que la nacionalización del petróleo persa ha llegado al final de una de sus más agitadas etapas, resulta oportuno y útil que se conozcan en los países latinoamericanos, tan

ampliamente como sea posible, las características de la solución transitoria a que se llegó.

En México, casi veinte años de industria nacionalizada han borrado, en buena medida, el recuerdo de las situaciones amargas que atravesó el país durante sus tratos con las compañías petroleras. Casi se han olvidado, asimismo, las características humillantes de la solución a que llegaron muchos de esos conflictos. También se esfuma, con el tiempo, la forma lastimosa en que hicieron fracasar un espíritu nacional deseoso de tener relaciones con los demás países en planos de igualdad, respeto mutuo y equidad. Por eso mismo, es doblemente importante que sean conocidas y examinadas con claridad las circunstancias que rodearon la empresa iniciada por Irán trece años más tarde que México.

La presencia del cártel

PARA comprender cabalmente el curso de los acontecimientos ocurridos entre los años de 1951 y 1954, es necesario tener presentes las condiciones en que se encuentra la industria petrolera en el mundo capitalista. Sólo así es posible superar las nebulosas informaciones de la prensa y medir en toda su magnitud la derrota padecida por Irán.

La primera característica de la industria petrolera internacional —y lo que más contribuyó quizá a obstaculizar los esfuerzos de Irán— es el hecho de encontrarse dominada por un pequeño número de grandes compañías que, en conjunto, representan un sector decisivo de la industria.

En efecto, de acuerdo con los informes anuales de estas compañías, el grupo formado por la *Standard Oil of New Jersey*, la *Royal Dutch-Shell*, la *Soconny Mobil Oil*, la *Gulf Oil*, la *Texas*, la *Standard Oil of California* y la *Anglo-Iranian*, operando en territorio de los Estados Unidos, Canadá, Venezuela, Perú, Indonesia, Borneo, Arabia, Bahrein, Irán, Irak, Koweit y Cátar, controla la mitad de la producción mundial de petróleo.[1] El capital de este grupo de compañías asciende a la fabulosa cantidad de Dls. 16,633 millones y representa alrededor de la tercera parte del total invertido en la industria petrolera del

[1] HARVEY O'CONNOR, *The Empire of Oil*, Nueva York, 1955; pág. 253. Véase también LEONARD M. FANNING, *The Foreign Oil and the Free World*, Nueva York, 1954, pág. 226.

mundo capitalista. Se estima, además, que las grandes compañías petroleras controlan más del 85% de los medios de transporte, tanto en tierra firme como en el mar.[2] Resumiendo esta situación, un escritor inglés hace notar que el cártel internacional del petróleo "controlaba en 1949 (antes de la segregación de Persia) el 92% de las reservas mundiales, el 88% de la producción, el 77% de la capacidad de refinación, aproximadamente el 70% del tonelaje de los buques tanque de propiedad particular y en algunas áreas tanto como el 99% de las empresas de distribución".[3]

Años de crecimiento

Por otra parte, el dominio de este grupo de empresas sobre la industria petrolera ha sido acompañado por un extraordinario desarrollo de la misma. De acuerdo con el *Chase Manhattan Bank,* los ingresos totales de 30 compañías petroleras, que en 1934 ascendieron a Dls. 3,527 millones, en 1953 importaron Dls. 20,900 millones. En el mismo año, el activo total de las compañías petroleras norteamericanas se estimaba en Dls. .. 43,200 millones, lo cual ponía a esa industria en el primer lugar entre todas las ramas de la actividad económica, si se excluyen la agricultura, los ferrocarriles y los servicios públicos.[4] En relación con las grandes corporaciones que dominan la vida de los Estados Unidos, las corporaciones petroleras ocupan también un primer lugar indiscutible. Según la carta mensual de agosto de 1955 publicada por el *First National Bank of New York,* de las 30 corporaciones no financieras con activos de más de un billón de dólares, nada menos que 10 son empresas petroleras. Además, si se toman en cuenta solamente las actividades industriales, restan 19 corporaciones con capital de Dls. 39,800 millones, de los cuales las 10 empresas petroleras poseen Dls. 21,100 millones; o sea que esas 10 empresas son dueñas de más del 53% del capital combinado de las grandes empresas de toda la industria norteamericana.[5]

No hay necesidad de insistir en el hecho de que esta posición económica coloca en manos de las grandes empresas pe-

[2] O'Connor, *ob. cit.,* pág. 89.
[3] L. P. Elwell-Sutton, *Persian Oil,* Londres, 1955, pág. 52.
[4] O'Connor, *ob. cit.,* pág. 40.
[5] O'Connor, *ob. cit.,* pág. vii.

troleras un poder financiero extraordinario. Las siete más grandes compañías que operan en el mundo informaron, en sus informes anuales correspondientes al año de 1954, haber obtenido utilidades por valor de Dls. 1,834 millones.

El mundo se hace pequeño

DESDE otro punto de vista, el gigantesco crecimiento de la industria petrolera que ponen de relieve las cifras mencionadas hasta aquí, se ha caracterizado por la internacionalización creciente de sus inversiones. En efecto, hace muchos años que el capital anglo-holandés-norteamericano explota los recursos petroleros de una serie de países atrasados del mundo; sin embargo, hasta la Segunda Guerra Mundial el centro de gravedad de la industria petrolera se encontraba incuestionablemente en los Estados Unidos. A partir de la terminación de la guerra, la producción interior de este país —a pesar de haber aumentado— representa cada vez una proporción menor de la producción mundial, proporción que en los momentos actuales no llega ya al 50%. De acuerdo con el informe rendido en 1952 al Presidente Truman por la Comisión Paley sobre recursos estratégicos, hacia 1975 los Estados Unidos esperan producir cuando mucho el 40% del petróleo del mundo capitalista; es obvio que aumentará en forma proporcional su dependencia de la producción del Medio Oriente y de los países latinoamericanos.

En este crecimiento relativo y absoluto de la producción petrolera en el exterior de los Estados Unidos, las siete grandes compañías han obtenido la parte del león. Mientras que en 1939 produjeron 438 millones de barriles fuera de ese país, en 1954 produjeron nada menos que 1,801 millones de barriles.[6]

La internacionalización de las inversiones petroleras norteamericanas se refleja claramente en el constante crecimiento de su importancia dentro del total de las inversiones norteamericanas en el exterior. Según datos publicados por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, las inversiones directas norteamericanas en la industria petrolera fuera del territorio de su país, que ascendían en 1929 a Dls. 1,117 millones, llegaron a 1,393 millones en 1943, a 3,390 millones en 1950 y a 4,291 millones en 1952. De esta enorme inversión corresponde casi la totalidad a las cinco más grandes compañías. Las inver-

---

[6] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 301.

siones petroleras en el extranjero, que en 1929 representaban únicamente el 14.8% del total de inversiones fuera del país, en 1943 representaban el 17.7%, en 1950 el 28.8% y para el año de 1952 el 29.0%. Si eliminamos las inversiones en el continente americano y en Europa, el crecimiento de la proporción de las inversiones petroleras es aún mayor; en efecto, en 1929 representó el 33.1%, en 1943 el 36.9% y para 1952 el 63.2% de todas las inversiones directas en el resto del mundo.[7]

Dos colosos frente a frente

POR otra parte, durante el curso de este desarrollo tenía lugar una sorda pero violenta lucha entre el capital norteamericano y el anglo-holandés. Esta lucha cubría, desde luego, el dominio de los recursos petroleros del mundo. Al terminar la primera guerra, un banquero británico resumía la situación en estos términos: "La posición británica es inexpugnable. Todos los campos petroleros probables o posibles, fuera de los propios Estados Unidos, se encuentran en manos británicas o bajo control o dirección británica, o son financiados por capital británico".[8] Los ingleses se han enfrentado a condiciones crecientemente desfavorables en el curso de los últimos años; en cambio, se ha registrado un crecimiento continuo de la participación norteamericana, que ha empujado a las compañías inglesas a una secundaria posición.

En abril de 1920 se firmó el acuerdo de San Remo entre Inglaterra y Francia, que se propuso eliminar a los Estados Unidos del aprovechamiento de las reservas petroleras de Rumania, el Medio Oriente y las colonias franceses y británicas, repartiéndolas entre los signatarios. En julio de 1928 un grupo de compañías norteamericanas, que posteriormente se redujo a dos, obtuvo acceso al petróleo del Medio Oriente, mediante un pacto con compañías inglesas y francesas para eliminar la competencia en esa zona. Dos meses más tarde se celebró la conferencia del castillo escocés de Achnacarry, entre Deterding —de la *Royal Dutch*— Cadman —de la *Anglo-Iranian*— y Walter C. Teagle —de la *Standard Oil of New Jersey*—; en esta conferencia se llegó a un acuerdo público para estabilizar la situación existente, a base de evitar la sobreproducción y utilizar en forma

[7] FANNING, *ob. cit.*, pág. 347.
[8] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 269.

conjunta las instalaciones de las grandes compañías. El proyecto de acuerdo petrolero anglo-norteamericano de septiembre de 1945 tendía, por su parte, tanto a evitar la competencia entre nacionales de las dos potencias por concesiones petroleras como a darles igualdad de oportunidades en la distribución del petróleo y de sus derivados, y establecía una Comisión Internacional Petrolera para vigilar la aplicación de estos puntos de entendimiento.

Ninguno de estos acuerdos fue capaz de detener el crecimiento de las operaciones de las compañías norteamericanas en el extranjero. Describiendo la situación creada después del acuerdo de Achnacarry, el informe preparado por la Comisión Federal de Comercio de los Estados Unidos sobre "*The International Petroleum Cartel*" se expresó, a mediados de 1951, del siguiente modo: "En 1929 se formó un acuerdo mundial de cártel entre las principales compañías internacionales. Su propósito consistía en detener la competencia en los mercados, tanto entre los firmantes como en sus relaciones con otros, a través del control de la producción y de las exportaciones. Sin embargo, este acuerdo dejó fuera de control las actividades de importantes intereses independientes que no participaron en él. Fue seguido por otros acuerdos encaminados, en primer lugar, a contener en forma más completa la competencia entre las partes del acuerdo principal y, en segundo lugar, a extender el dominio de los grupos internacionales sobre las actividades de los independientes, a través de acuerdos comerciales locales formulados, en la medida de lo posible, según los principios y procedimientos convenidos por las partes del acuerdo principal".[9] La competencia, desde luego, no se detuvo. Ocasionalmente se ha manifestado, a lo largo del tiempo, en actos de hostilidad abierta entre las grandes compañías inglesas y norteamericanas, así como entre los gobiernos respectivos. Con motivo de la contracción económica de 1947-48, por ejemplo, salieron a flote considerables dificultades entre Inglaterra y Estados Unidos. A consecuencia del embargo establecido por los ingleses sobre el petróleo de la "zona del dólar", los Estados Unidos llegaron hasta el extremo de congelar los fondos suministrados para la construcción de refinerías en Inglaterra.

---

[9] Elwell-Sutton, *ob. cit.*, pág. 50.

El primer lugar es para Norteamérica

Sin embargo, la tendencia general es bien clara. Cuando la *Standard of New Jersey* y la *Soconny Vacuum Oil* repudiaron abiertamente, en 1946, el acuerdo de 1928 sobre el Medio Oriente, ya las compañías petroleras norteamericanas dominaban sin disputa el mercado del mundo capitalista. En efecto, la producción controlada por las compañías anglo-holandesas, que en 1927 ascendía al 50.4% del total producido fuera de los Estados Unidos y la Unión Soviética, en 1940 representaba sólo el 46.2%, en 1950 el 43% y en 1953 el 32.6% de ese total. En cambio, la producción controlada por las compañías norteamericanas, aunque bajó del 37.7% que representaba en 1927 al 27.9% en 1942, a partir de entonces ascendió constantemente, al 41.4% en 1945, al 46% en 1950 y hasta el 53.1% en 1953.[10]

En algunas áreas, el arrinconamiento del capital inglés por el norteamericano ha sido aún más sensacional. En el Medio Oriente, en particular, el control anglo-holandés era casi absoluto todavía en 1933, año en que alcanzaba al 99.9% de la producción del área, la cual contribuía con el 10.2% de la producción obtenida fuera del territorio norteamericano. Ya para 1946, las compañías norteamericanas dominaban el 30.6% de la producción del Medio Oriente, que para entonces representaba el 25.2% de la producción obtenida fuera del territorio de los Estados Unidos. En el año de 1953, el control norteamericano sobre el petróleo de Asia Menor llegó al 60.1%, contribuyendo ya esa área con un 36.6% a la producción de petróleo en la región mencionada.[11]

Igualmente vertiginoso ha sido el crecimiento de las reservas dominadas por las compañías norteamericanas fuera de los territorios de su país y de la Unión Soviética. De los 2,080 millones de barriles que controlaban en 1928 —lo cual equivalía al 22.7% de las reservas conocidas en esa parte del mundo— han pasado a controlar 34,189 millones de barriles en 1952 —lo cual representa el 49.8% de las reservas totales conocidas en la zona. En el mismo lapso, el petróleo crudo norteamericano refinado en el exterior ascendió de 142,800 hasta 2.021,000 barriles diarios, con lo cual de un 23.3% pasó a re-

[10] Fanning, *ob. cit.*, pág. 352.
[11] Fanning, *ob. cit.*, pág. 354.

presentar un 43% del total procesado en el exterior (exceptuando a la URSS).[12]

El resultado final de este proceso ha sido la transformación de las compañías petroleras anglo-holandesas en socios minoritarios de las compañías norteamericanas para los fines del cártel internacional petrolero. En efecto, la *Royal Dutch-Shell* y la *Anglo-Iranian* sólo representaban, en 1954, aproximadamente el 30% del cártel formado por las siete más grandes compañías.[13] Sin embargo, la *Royal Dutch-Shell* aún es, con mucho, la segunda compañía petrolera del mundo, con recursos inferiores solamente a los de la *Standard Oil of New Jersey.*

Botín incalculable

DESDE otro punto de vista, es importante señalar que las compañías norteamericanas han obtenido beneficios particularmente cuantiosos como consecuencia del desarrollo de sus inversiones extranjeras. De acuerdo con datos del *Chase Manhattan Bank* la inversión bruta de 35 compañías petroleras norteamericanas en propiedades, plantas y equipo, ascendía a fines de 1953 a Dls. 27,290 millones, de los cuales 24,043 millones correspondían a la inversión doméstica y 3,247 millones a la inversión en países extranjeros. Con esta inversión, las compañías citadas obtuvieron en ese año ingresos netos por valor de Dls. 2,258 millones, correspondiendo a las operaciones domésticas 1,589 millones y a las operaciones en el extranjero 669 millones. Se ve pues que los ingresos netos en Norteamérica representaron un 6.6% de la inversión, en tanto que los ingretos netos por actividades en el extranjero representaron un 20.6% sobre la inversión correspondiente. En forma similar, la Cámara de Comercio de los Estados Unidos ha dado a la publicidad datos que muestran que las inversiones petroleras en el exterior produjeron dividendos, intereses, reinversiones, utilidades de las filiales, etc., hasta por un porcentaje sobre la inversión directa de 18.4 en 1950 y de 20.6% en 1951. El valor promedio para toda la inversión en el extranjero fue respectivamente de 14.1% y de 15.7%.[14] La

[12] FANNING, *ob. cit.*, págs. 339 y 359.
[13] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 253.
[14] FANNING, *ob. cit.*, págs. 214-216.

Standard Oil of New Jersey, por ejemplo, informó haber obtenido durante el año de 1954 utilidades totales por valor de Dls. 585 millones; de esta enorme suma corresponden 452 millones a operaciones en el extranjero: 227 millones a la compañía *Creole* que opera en Venezuela, 43 millones a la *Imperial* que opera en Canadá, 31 millones a la *ESSO* que opera en las costas del Atlántico, 21 millones a la *International Petroleum*, que opera en los países latinoamericanos, y el resto a otras filiales.[15]

Las siete grandes compañías petroleras informaron haber obtenido en 1954 utilidades por valor de Dls. 1,247 millones, como resultado de sus operaciones fuera de Norteamérica. Como la producción total de esas compañías sobre esa área ascendió a 1,801 millones de barriles durante el año, las utilidades obtenidas representan un promedio de 69 centavos de dólar por barril.[16] Las compañías norteamericanas, por su parte, de 1946 a 1953 inclusive, obtuvieron utilidades, por concepto de sus inversiones en el extranjero, por un total de Dls. 5,300 millones.[17]

Algunas ventajas adicionales

DEBIDO a que los acuerdos del cártel establecen que el precio del petróleo en todos los centros productores debe ser uniforme, las actividades en el Medio Oriente han dejado utilidades asombrosas a las grandes compañías. De acuerdo con el estudio sobre el precio del petróleo en Europa Occidental, elaborado en 1955 por la Comisión Económica para Europa de las Naciones Unidas, tanto el Rey de Arabia como las compañías obtuvieron alrededor de 70 centavos de dólar por barril producido, o sea un total de $1.40 por un barril cuyo costo de producción sólo es de 35 centavos de dólar.[18] Las cinco grandes compañías norteamericanas obtuvieron Dls. 412 millones por concepto de utilidades, como resultado de sus operaciones en el Cercano Oriente durante 1953.[19] Estos hechos se explican sin dificultad, recordando que la producción media de los pozos petroleros del Cercano Oriente fue de 5,410 barriles diarios en 1955, o sea aproximadamente 425 veces mayor que la produc-

[15] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 24.
[16] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 301.
[17] *Survey of Current Business*, Nov. 1954, pág. 12.
[18] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 310.
[19] O'CONNOR, *ob. cit.*, pág. 302.

ción media de los pozos norteamericanos, que sólo alcanzó a 12.8 barriles diarios.[20]

Los jugosos rendimientos alcanzados por las inversiones petroleras en el extranjero, han sido, indudablemente, el cebo que ha atraído a las grandes compañías norteamericanas hasta el punto de haberlas llevado a invertir una cuarta parte de su capital en el exterior, a pesar de la resistencia que los capitalistas de Estados Unidos han presentado siempre para ejecutar inversiones directas en grande escala fuera de su país. Esto se vuelve evidente si se recuerda que en mayo de 1954, por ejemplo, los campos petroleros de Norteamérica tenían cerrados pozos capaces de producir entre 1.5 y 1.8 millones de barriles diarios. En el mismo mes, sólo se permitió que los pozos de Texas produjeran 17 días, de acuerdo con la política del *Interstate Oil Compact*, y durante ese lapso se importó a los Estados Unidos 1 millón de barriles diarios. Comentando estos hechos, un escritor muy inclinado hacia las grandes compañías, afirmaba hace poco: "Hoy día el problema no consiste en la amenaza de una escasez mundial de petróleo sino en la amenaza de una sobreproducción mundial".[21]

Las funciones del Gobierno

Las grandes compañías petroleras inglesas y norteamericanas han contado, en todo momento, con el apoyo de sus gobiernos. Bajo la presión de los productores independientes y de los intereses de otras industrias, el gobierno norteamericano o algunas de sus dependencias periódicamente han aplicado vistosos golpes a las grandes compañías asociadas en el cártel. Tal fue el caso, por ejemplo, con la publicación del informe sobre "*The International Cartel of Petroleum*", hecho por la administración de Truman al calor de la campaña electoral de 1952; otro tanto puede decirse de la acusación presentada por el Departamento de Justicia ante las cortes de los Estados Unidos, en contra de las grandes compañías, por violaciones de las leyes sobre monopolios y también de la demanda presentada contra cuatro de ellas, bajo el cargo de haber obtenido utilidades ilícitas en las ventas de petróleo financiadas por el gobierno norteamericano dentro del *Plan Marshall*. Sin embargo, abundan

---

[20] *Oil and Gas Journal*, Dic. 26 de 1955, págs. 141 y 142.

[21] Fanning, *ob. cit.*, pág. 277.

pruebas de toda índole en apoyo de la afirmación de que los gobiernos mencionados sostienen las posiciones de las grandes compañías. A lo largo de las complicadas maniobras para obtener las concesiones petroleras en el Medio Oriente, el gobierno norteamericano apoyó a sus nacionales con oportunas reclamaciones diplomáticas en favor de la "igualdad de oportunidades". Por recomendación del Departamento de Estado prominentes norteamericanos —como Max Ball, Herbert Hoover Jr., Max Thornburgh— han elaborado la legislación petrolera de una serie de países —Venezuela, Turquía, Guatemala— que a su vez ha permitido o facilitado las actividades de las grandes compañías. En las conferencias internacionales, se han sentado repetidas veces entre las delegaciones oficiales de los respectivos países, altos funcionarios de las compañías del cártel internacional. Asimismo, los dirigentes de los bancos petroleros y de las grandes compañías inglesas y norteamericanas han ocupado, con frecuencia, destacados puestos diplomáticos. En el caso del gobierno inglés, según se hizo ya notar, la relación con las grandes compañías petroleras es aún más directa, en vista de que, desde la Primera Guerra Mundial, es el propietario de la mayoría del capital de la *Anglo-Iranian Oil.*

No es exagerado afirmar que el gobierno norteamericano va a la zaga de las grandes compañías en la formulación de su política sobre cuestiones petroleras. En efecto, el memorándum formulado en 1949 por el *National Petroleum Council* a solicitud del Secretario del Interior, afirma categóricamente: "Las funciones del gobierno con respecto a la industria, consisten antes que nada en facilitar condiciones para que ésta pueda operar con la máxima eficiencia... No deben tomarse medidas gubernamentales que afecten específicamente a la industria petrolera sin considerar en forma adecuada los efectos a largo plazo y sin consultar con la propia industria". Y más adelante agrega: "El Gobierno Federal debería alentar el desarrollo de las inversiones petroleras en el extranjero, efectuadas por nacionales americanos, mediante esfuerzos dirigidos a través de los canales diplomáticos para reducir los riesgos políticos que son inherentes a tales operaciones en el extranjero, y permitiendo que los ciudadanos de los Estados Unidos operen en el exterior de acuerdo con las leyes y costumbres de otros países... Las firmas americanas no deben ser castigadas en los casos en que estas necesidades chocan con las reglas establecidas para la conducta de los negocios dentro de este país, en la medida en que

estas operaciones estén de acuerdo con los intereses de los Estados Unidos".[22] Esta última observación, apunta claramente hacia las críticas de que han sido objeto las cinco grandes compañías norteamericanas como resultado de las actividades del cártel internacional.

La fuerza y la política

Los puntos de vista de estas grandes compañías influyen decisivamente sobre el gobierno norteamericano. En la misma época en que se formuló el memorándum citado antes, Mr. Herbert Feis, consejero del Departamento de Estado sobre asuntos económicos internacionales, publicó un estudio titulado "El Efecto de la Distribución del Petróleo en el Mundo sobre la Fuerza y la Política de las Naciones",[23] en el cual sostiene que, para "alentar las aventuras petroleras de los negocios norteamericanos en el exterior", el gobierno de su país debe: (a) Apoyar una política económica que permita a los países extranjeros comprar petróleo con dólares; (b) Mantener tarifas aduaneras moderadas; (c) Dar protección adecuada a los negocios americanos, cuando sea necesario y en la forma que indiquen las circunstancias; (d) Tener complacencia hacia los intereses norteamericanos que se asocian con intereses extranjeros para el reparto de las oportunidades y de los productos; y (e) Preparar medidas para aumentar rápidamente los abastecimientos en caso de emergencia, para transportarlos a donde hagan falta y para protegerlos. También tendremos ocasión, en las páginas siguientes, de analizar la política del gobierno inglés en relación con las inversiones de sus nacionales y con sus propias inversiones en la industria petrolera del exterior.

¿Quién se atreve a disentir?

Irán reunía una serie de condiciones que hacían posible intentar con éxito la nacionalización. Arabia Saudita está demasiado despoblada y carece de un espíritu nacional bastante firme; una buena parte de ella es todavía desierto. Koweit y la isla de Bahrein son demasiado pequeños; la explotación petro-

---

[22] Fanning, *ob. cit.*, págs. 376 y 385.

[23] "World Geography of Petroleum", *American Geographical Society*, Nueva York, 1950, pág. 392.

lera está en ellos demasiado concentrada en una pequeña región, a la cual falta una zona económica circundante de suficiente amplitud. Aún en Irak, las corrientes que deseaban la nacionalización eran demasiado débiles; por otra parte, a principios de 1951 parecían haberse calmado. En todo el Medio Oriente, sólo Irán se encontraba en condiciones de reclamar para sí la explotación y el usufructo de sus riquezas petroleras.

Las razones para intentar la nacionalización de la industria petrolera, desde el punto de vista persa, eran abundantes y poderosas. Un defensor tan apasionado de las grandes compañías como el escritor L. M. Fanning, reconoce, en su reciente obra *Foreign Oil and the Free World,* que aquellos países del Medio Oriente donde las compañías han operado a sus anchas, apenas han sufrido una leve, superficial y transitoria evolución. En efecto, de acuerdo con datos del *Petroleum Press Service,* en el presupuesto de Arabia Saudita correspondiente al año que terminó en mayo de 1953, los ingresos provenientes del petróleo alcanzaron a 570 millones de riyals, o sea aproximadamente el 80% del total. Sin embargo, el capítulo de los gastos que comprende el ejército, la policía, la aviación y los gastos de la familia real y de su lugar de residencia, comprende aproximadamente el 60%, en tanto que sólo se invierte el 13% en obras de sanidad, educación, agricultura y comunicaciones. Es obvio que el país aprovecha muy poco las utilidades producidas por su industria petrolera. "En otras palabras, recapitula el propio Fanning, la vida de Arabia Saudita, por lo menos hasta hoy, no ha sido revolucionada por el petróleo. No es necesario alejarse mucho de Dhahrán para cerciorarse de que la mayor parte de la población vive todavía en las condiciones en que vivieron sus antepasados".[24]

Aún en el Irak —donde se ha hablado de ambiciosos proyectos de desarrollo material y económico, donde un grupo numeroso de expertos extranjeros colabora en organismos destinados a la agricultura y la pesca, a las obras de ingeniería, los trabajos sanitarios y las actividades educativas— hasta hoy los resultados obtenidos son muy pobres. Un observador escribía a principios de enero de 1954: "Existe el peligro, sin embargo, de que la gente pierda de vista los beneficios a largo plazo; se encuentra impaciente por ver resultados. En su mayor parte, padece condiciones de miseria, mala salud e ignorancia.

[24] Fanning, *ob. cit.*, págs. 142 y 145.

Desearía ver una proporción mayor de los recursos disponibles dedicada al alivio inmediato". Un despacho de Bagdad, aparecido en el *New York Times* el 4 de julio de 1954, decía por su parte: "Aunque todo mundo ha oído hablar de los grandes beneficios derivados de las regalías petroleras, pocos han visto algo... Por cada uno de los beneficiados, existen miles que no han recibido nada..." La aparente abundancia de recursos, lo multiplicación de proyectos y de planes junto a una vida miserable que transcurre sin cambio, se ven llevadas al extremo en el pequeño Koweit, donde una población de 150 mil personas tuvo un ingreso nacional de 50 millones de libras esterlinas en 1953.[25]

El otro personaje del drama

El conflicto ocasionado por la nacionalización persa colocó frente a frente, por un lado el gigantesco aparato económico de las compañías petroleras y por otro un país de superficie semejante a la de México, poblado por 20 millones de habitantes.

En ciertos aspectos, desde luego no en todos, el territorio de Irán se parece al nuestro. Las montañas rodean una altiplanicie seca; junto al mar se extiende, al fondo del Golfo Pérsico, una breve zona que atraviesa el único río navegable; en una isla, cerca de la desembocadura, está Abadán, la refinería petrolera más grande del mundo. Río arriba, junto a las montañas que bordean la histórica planicie que cruzan el Tigris y el Éufrates, se encuentran los campos petroleros. La planicie central contiene un desierto muy extenso, que supera con mucho nuestras zonas desérticas a la altura del trópico. En los últimos años, como en México, empiezan a recorrer el país los ferrocarriles, y las carreteras; en parte, atraviesan las zonas desérticas y en parte las tierras agrícolas hasta llegar a las montañas. La meseta central no tiene ríos importantes, aunque una buena parte del terreno se inclina hacia ella.

Los habitantes son, en su inmensa mayoría, descendientes de los antiguos persas que poblaron el país descendiendo del Cáucaso. El Irán nunca ha sido conquistado por un tiempo más o menos largo; al contrario, los persas realizaron aventuras militares, con éxito variable, hasta mediados del siglo

25 FANNING, *ob. cit.*, pág. 152.

XVIII. Sin embargo, el atraso económico y social es muy considerable; la mayor parte de la población se dedica a la agricultura utilizando métodos antiquísimos. Las pequeñas comunidades agrarias viven prácticamente aisladas; las enfermedades endémicas abundan, ya que el clima es fuerte y extremoso. Se cultiva en abundancia la adormidera y todavía hace unos años se calculaba que un diez por ciento de la población era afecta al consumo del opio. La tierra pertenece a unas pocas manos; la gran mayoría de los terratenientes viven en las ciudades, lejos de sus propiedades rurales.

La economía de Irán, por mucho tiempo, fue autosuficiente dentro de un desarrollo muy limitado; una incipiente industria artesanal produjo, para la exportación, los famosos tapetes persas. Esta economía cerrada saltó hecha pedazos a medida que fueron penetrando los productos de la industria europea. A principios del siglo, un millonario inglés obtuvo la primera concesión petrolera, que abarcó de golpe casi todo el país. Desde entonces, la vida de Irán está ligada al petróleo. A diferencia del rápido éxito que obtuvieron Pearson y Doheny en México, durante los últimos años del porfirismo, D'Arcy tropezó con muchas dificultades en Irán y, a causa de sus recursos limitados, se vio obligado a llamar en su apoyo a la *Burmah Oil Co.* Años más tarde, bajo la presión de las necesidades militares de la Primera Guerra Mundial, el gobierno inglés adquirió el control de la *Anglo Persian Oil Co.* La explotación del petróleo se convirtió rápidamente en la actividad económica más importante del país.

El atraso político y social pesó como una piedra del cuello del Irán, impidiéndole un desarrollo equilibrado. Hasta el año de 1906 la monarquía fue absoluta; todavía hoy la constitución y las leyes están sujetas a conformase con la Ley Islámica; hace poco los extranjeros gozaban aún de privilegios que, por semejanza con Turquía, eran llamados "capitulaciones"; las mujeres dejaron de usar el velo mahometano en público hasta 1935; todas las instituciones y servicios que caracterizan el capitalismo —los bancos, el correo regular, las comunicaciones rápidas— son de muy reciente creación. La clase dirigente, a pesar del vigoroso espíritu nacionalista del pueblo, voltea los ojos constantemente hacia el extranjero, menospreciando la tradición cultural persa, que incluye una espléndida arquitectura.

Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial; Irán fue

campo de acción de los intereses de Inglaterra y del zarismo. En varias ocasiones, con diversos pretextos, el territorio fue invadido; la intervención en los asuntos internos era constante. Como consecuencia, se creó un intenso sentimiento popular contra los imperios británico y zarista. Poco tiempo después de la formación de las repúblicas soviéticas, se celebró un tratado con la URSS que una fuente tan poco sospechosa de comunismo como la Enciclopedia Británica —propiedad de Sears Roebuck, como es sabido— describe en la siguiente forma: "Este tratado renunció a la vieja política zarista de fuerza y agresión, y garantizó la no-intervención en los asuntos de Persia. Fueron denunciados todos los convenios existentes entre el régimen zarista y otras potencias con respecto a Persia, medida dirigida especialmente contra la convención anglo-rusa de 1907. Fueron canceladas todas las concesiones otorgadas al gobierno ruso o a súbditos rusos. También fueron cancelados todos los préstamos y deudas, y un saldo de más de Dls. 2.000,000 existente en el Banco Imperial de Rusia, fue entregado a Persia. Las antiguas concesiones rusas sobre ferrocarriles, carreteras, puertos y muelles revertieron a Persia; los derechos de extraterritorialidad de los ciudadanos soviéticos fueron abolidos y se permitió a Persia operar barcos en el Mar Caspio. Se estipuló expresamente que ninguna de las propiedades regresadas a Persia podría ser alienada a otra potencia".[26]

Las relaciones económicas entre Irán y los Estados Unidos de Norteamérica fueron prácticamente inexistentes hasta vísperas de la Segunda Guerra Mundial. En algunas ocasiones, ciudadanos norteamericanos habían intervenido en la reorganización de las oficinas y los servicios públicos del Irán, y con tal motivo, ocasionalmente habían surgido dificultades por la falta de tacto de su intervención. No obstante, como reacción natural ante los conflictos ocurridos entre Persia y otras grandes potencias, existía un ambiente amistoso hacia los Estados Unidos.

Narración inagotable

No sería factible examinar aquí la larga historia de dificultades y tropiezos que representan las relaciones entre la *Anglo-Iranian* y el gobierno y el pueblo de Irán, a partir de la inicia-

[26] *Encyclopaedia Britannica,* 17, pág. 586.

ción de las operaciones petroleras en los primeros años de este siglo. Está ligada a esta historia la vida de todo un pueblo, el surgimiento de sus aspiraciones, la explicación de sus fracasos, la fuente de sus problemas y de sus deseos. Ante la imposibilidad de reducir todos estos aspectos al examen de unas breves notas, nos limitaremos a enfocar la atención sobre algunos períodos particularmente preñados de conflictos, sobre ciertas fases de la situación de Persia y de la intervención de las grandes potencias, que ponen al descubierto las causas de que hasta hoy el petróleo persa siga en manos del cártel internacional.

En las páginas subsecuentes describimos, en primer lugar, los acontecimientos que rodearon la cancelación de la concesión inglesa en 1933 y la posterior firma de un acuerdo que extendió la permanencia de la *Anglo-Iranian* en Persia por muchos años más. Después examinaremos las reclamaciones del gobierno persa que condujeron a la negociación de un acuerdo suplementario en 1949, el rechazo de este acuerdo por el parlamento de Irán y la aparición de la corriente nacionalista que produjo finalmente la expropiación de 1951. Por último, trazaremos un cuadro general de las condiciones que forzaron una solución, contraria al interés del pueblo persa, del *impasse* que se había alcanzado en 1953.

¿Huéspedes o conquistadores?

Al terminar con éxito una expedición militar contra tribus rebeldes, el dictador Reza Khan se dirigió en 1925 hacia la provincia de Khuzistán, donde se encuentra localizada la casi totalidad de la industria petrolera de Irán. Como resultado de esta visita publicó más tarde un libro conteniendo el resumen de sus impresiones.[27] Señalaba en esa obra la gran cantidad de extranjeros (6,000 sobre 29,000) que trabajaban en la industria, el hecho de que ocupaban casi la totalidad de los puestos elevados y las consideraciones y tratamientos preferenciales de que se les hacía objeto. Hacía notar también que los beneficios obtenidos por las zonas circundantes a las instalaciones petroleras eran despreciables; llamaba la atención, asimismo, sobre la disminución artificial de la producción basada

[27] Elwell-Sutton, *ob. cit.*, pág. 67.

en intereses particulares de la compañía. Señalaba igualmente los constantes casos de interferencia de los extranjeros en los asuntos locales y en las cuestiones políticas internas. Su visita se llevó a cabo dos o tres años después de una huelga general en los campos petroleros, que fue apoyada hasta por los empleados hindúes (alrededor de 3,000) y ocasionó la intervención militar directa de los ingleses. El gobierno de Reza Khan, iniciado en 1921 como resultado de un golpe militar, fue derivando cada vez más, hasta su caída al principiar la guerra contra el Eje, hacia una dictadura de carácter regresivo. En 1930 promulgó una ley para reprimir las actividades políticas de los grupos avanzados y apoyándose en ella detuvo 53 dirigentes políticos en 1937. La huelga general planteada en 1929 en los campos petroleros y en la refinería de Abadán, fue resuelta también por la fuerza, mediante el encarcelamiento de 200 personas, de las cuales 5 siguieron presas hasta 1941. Sin embargo, durante los veinte años del gobierno de Reza Khan (convertido en Shah en 1925) se desarrollaron las comunicaciones, se establecieron algunas nuevas industrias, se organizó el comercio interior y exterior, se abolieron los privilegios legales para los extranjeros y se llevó a cabo un cambio general en el ambiente, animado por la idea de tomar de los países occidentales una serie de bases económicas y sociales, adaptándolas a la tradición de la propia Persia.

El último caudillo

DURANTE los primeros diez años del gobierno de Reza Khan fueron frecuentes sus diferencias con la *Anglo-Iranian Oil Co.* La compañía creció a base de sus actividades en el territorio persa y con los recursos ahí obtenidos fue formando una serie de compañías subsidiarias sobre cuyas utilidades se negaba a informar al gobierno persa y a pagarle la participación correspondiente. Por otra parte, llevaba una contabilidad doble y deducía exageradas cantidades de sus ingresos por concepto de fondos para depreciación. Además, vendía al gobierno inglés grandes cantidades de derivados del petróleo con fuertes descuentos y, en cambio, se negaba a pagar impuestos por los productos consumidos en el interior del país, cuyo volumen aumentaba constantemente. Los reiterados llamamientos del gobierno persa para discutir estos puntos y llegar a nuevas bases de

acuerdo, fueron rechazados en forma arbitraria por la compañía. Se ocasionó un descontento general en todo el país, con agitados comentarios de la prensa. La inquietud fue subiendo de tono a causa de la actitud indiferente de la compañía, hasta los últimos meses de 1932. En ese momento, en forma un tanto súbita, el Shah tomó la determinación de cancelar la concesión de la compañía, ocasionando una verdadera tempestad de júbilo en todo Irán, cuyas ciudades se iluminaron durante dos días de fiesta nacional. Millares de telegramas se acumularon en el palacio del Shah, brindándole apoyo de todos los sectores. La prensa de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, registró favorables comentarios sobre el paso dado por el gobierno persa. Sin embargo, en los círculos intelectuales avanzados de Teherán los comentarios más informados coincidieron de inmediato en afirmar que la cancelación había sido forzada por la propia compañía, a quien preocupaba que el plazo de vigencia venciera en 1963 y deseaba, evidentemente, una nueva concesión por un plazo más extenso. La *Anglo-Iranian* preveía, con razón, que en la fecha de vencimiento de la concesión original sus condiciones para negociar una nueva concesión serían mucho más débiles frente a Irán y frente a las compañías rivales. Al informar a los accionistas de la *Anglo-Iranian,* Cadman reconoció al año siguiente que la cancelación se había llevado a cabo, implícitamente, de acuerdo con la compañía.[28]

Al que no quiere caldo, dos tazas

Los políticos persas culparon a Reza Khan, cuando su gobierno se había ya derrumbado, por la forma en que el conflicto se solucionó. La presencia de barcos de guerra ingleses en el golfo pérsico fue seguida por una intervención más diplomática de la Liga de Naciones, que designó al Dr. Benes como mediador. En 1951, Sir Gladwyn Jebb reconoció ante las Naciones Unidas que la nueva concesión fue negociada en secreto con el propio Shah. Se cumplieron las más pesimistas previsiones. El área cubierta por la nueva concesión se redujo a 100,000 millas^2; pero la compañía conservó el derecho de escoger la localización de la superficie asignada, cuando ya había explorado de un extremo a otro la superficie de la concesión

[28] ELWELL-SUTTON, *ob. cit.,* pág. 73.

anterior. Se establecía que los derechos de la compañía se limitaban a la producción del petróleo y que serían pagadas regalías sobre el tonelaje producido, al mismo tiempo que una participación en las utilidades, con el fin de garantizar la entrega de una suma mínima. Esta suma resultó posteriormente demasiado baja, por lo cual la garantía nunca operó. No se estableció ningún control sobre las ventas a bajo precio ni sobre las operaciones de las compañías subsidiarias, ni tampoco sobre las cantidades aplicadas a las reservas. La compensación que el nuevo convenio puso en pie para el caso de una baja del valor de la libra esterlina, se hizo descansar en el precio del oro fijado por el Banco de Inglaterra, por lo cual resultó a la larga menos real que la compensación aceptada voluntariamente por otras compañías en el Medio Oriente. Por otra parte, a cambio de una pequeña regalía, se exceptuaba totalmente de impuestos a la compañía, incluyendo el derecho de importar todo lo necesario "exclusivamente para las operaciones de la compañía en Persia". Los precios para las ventas interiores de productos petroleros se establecieron a base del precio europeo o del precio del Golfo de México, sin tomar en consideración que los costos de producción correspondientes incluyen renglones que no existen en el caso del petróleo producido, procesado y vendido en Persia. La compañía adquirió el derecho de renunciar a la concesión sin previo aviso, en tanto que el gobierno de Irán no podía revocarla en ningunas condiciones. Un artículo de la nueva concesión que hablaba de arbitraje podía ser interpretado, y de hecho así lo fue más tarde, en el sentido de que las Cortes persas no tendrían jurisdicción sobre las actividades de la compañía. Por último, la nueva concesión se extendía hasta 1993, ampliando así por 30 años la vigencia de la concesión "anulada".

Se ha estimado que el gobierno británico y los accionistas de la compañía en gran parte como resultado de este convenio, habían obtenido hasta la nacionalización, mediante una inversión total de 21.656,252 libras esterlinas, utilidades por 115 millones (de los cuales 49 millones correspondieron al gobierno inglés); además el valor de las propiedades de la compañía de que eran dueños se había incrementado por más de 400 millones y la propia compañía había pagado al gobierno inglés 175 millones por concepto de impuestos. En cambio, Persia había obtenido un total de 105 millones y había entregado 300 millones de toneladas de aceite. La contribución de

la compañía para la reserva monetaria de Persia, uno de los conceptos en que más reclamó aquélla haber beneficiado al país, se estima que sólo alcanzó a ser alrededor de una décima parte de lo que hubiera aportado la venta libre del petróleo producido.[29]

Polvos de aquellos lodos

El 22 de octubre de 1947 el *Majlis* ordenó al gobierno persa que entablara negociaciones con la *Anglo-Iranian,* encaminadas a "asegurar los derechos de Irán" que a su juicio no eran respetados. Esta determinación abrió una etapa de largas y complicadas discusiones; sólo por la determinación del parlamento, en cuyo seno se escucharon en agosto de 1948 fuertes críticas a la actitud del gobierno en la cuestión petrolera y claras demandas de nacionalización, la compañía se vio obligada a hacerle frente a un extenso memorándum que resumía las reclamaciones persas.[30]

Aparte de ciertas violaciones al acuerdo de 1933, el gobierno persa se quejaba de no haber recibido las regalías que le correspondían, en virtud de las limitaciones de dividendos ordenadas por el gobierno británico, así como por las ventas de productos petroleros efectuadas por la *Anglo-Iranian,* tanto al Almirantazgo como a compañías norteamericanas, a precios notoriamente más bajos que los precios del mercado. Por otra parte, reclamaba el derecho de revisar las cuentas de la compañía, para poder establecer si las regalías pagadas correspondían a las verdaderas utilidades de ésta. Además, se hacía notar el crecimiento de las actividades de la *Anglo-Iranian* en el exterior de Irán y el desarrollo de sus compañías subsidiarias. Se mencionaba también el precio injusto pagado por los nacionales persas sobre los productos petroleros consumidos en el país, a pesar de la cercanía a la fuente de producción. Así mismo, se hacía notar la desvinculación económica de las actividades de la compañía con relación a Irán y el hecho de que en los campos petroleros se desperdiciaban una serie de riquezas naturales, en tanto que las ciudades persas carecían de servicios que hubieran podido proporcionarse a través de una mínima inversión. Se destacaba igualmente la injusta magnitud de las

29 Elwell-Sutton, *ob. cit.*, págs. 84 y 85.
30 Elwell-Sutton, *ob. cit.*, pág. 165.

regalías señaladas en el convenio de 1933, puesta en evidencia por el desarrollo de la industria petrolera en otros países del Medio Oriente. Tan sólo en la cuestión de los impuestos, era evidente que el gobierno persa se encontraba en desventaja frente al gobierno inglés. Por si fuera poco, la compañía había beneficiado varias veces a sus accionistas al efectuar sus aumentos de capital, sin que, en tales ocasiones, se hubiera dado al gobierno persa una oportunidad igual de beneficiarse. Se desprendía obligadamente la conclusión de que Irán había entregado en 1933 una ampliación por 30 años de la concesión a la *Anglo-Iranian*, prácticamente a cambio de nada.

Pasando gato por liebre

El memorándum de 1948 constituía el resultado de una larga serie de presiones y demandas ejercidas sobre el gobierno persa, para hacerlo reclamar una mejor participación de los intereses nacionales en los beneficios producidos por la extracción y refinación del petróleo. En efecto, desde mediados de 1945 hasta julio de 1946, con gran perplejidad de una compañía acostumbrada a resolver sus problemas utilizando tropas de la India y barcos de la armada británica, las huelgas se multiplicaron en los campos petroleros y en la refinería de Abadán. Para hacerle frente a esta situación, el gobierno persa estableció, primero en forma experimental y luego con carácter permanente, una legislación del trabajo. Sospechosamente, durante esta época se recrudecieron las pugnas entre las tribus árabes y los bakhtiaris del Khuzistán; la situación llegó a hacerse peligrosa, ocasionando serios disturbios en la región e intentos de intervención del gobierno inglés. Finalmente, la compañía tuvo que ceder y se obligó a cumplir las disposiciones de la Ley del Trabajo. Entre los elementos sindicales y en las filas del partido Tudé se criticó acremente esta ley, que encaminaba la solución de los conflictos sindicales hacia los arreglos entre los dirigentes y los funcionarios del gobierno y que además no establecía sanciones efectivas para quienes la infringieran. En tales condiciones, era de esperarse que el gobierno tratara de controlar los organismos obreros, como efectivamente lo hizo, para evitar presiones obreras de carácter político general y poner un tope a las demandas de aumento de salarios y de mejoramiento de las condiciones de trabajo, inevitables ante la creciente inflación

y ante las utilidades extraordinarias de la compañía. Hacia fines de 1946 funcionaba ya en todo Irán una agrupación de organismos sindicales dominados por el gobierno.[31] A pesar de esta circunstancia y de la disolución del partido Tudé al iniciarse las negociaciones con la *Anglo-Iranian* que condujeron al Acuerdo Suplementario, la defensa más enérgica de los intereses persas siguió surgiendo del movimiento sindical y de los elementos políticamente avanzados. Buena prueba de ello fue el hecho de que se hiciera necesaria una represión violenta, como veremos después, para que los trabajadores de Abadán aceptaran el acuerdo firmado en 1954 con el consorcio internacional.

En 1948, Irán reclamaba de la *Anglo-Iranian* la división de las utilidades por partes iguales entre la compañía y el gobierno persa, así como la eliminación de toda separación entre las actividades de la compañía dentro y fuera del país. La compañía replicó con el ofrecimiento de aumentar las regalías pagadas al gobierno hasta 10s. 6p. por tonelada; el reparto por partes iguales equivalía aproximadamente, en aquella época, a Lbs. 1 por tonelada. El gobierno se vio llevado a aceptar el ofrecimiento de la compañía, a través de un proceso de constante retirada y de progresivo ablandamiento político. Las pláticas se rompieron varias veces; pero, invariablemente, al reanudarlas la compañía se sostuvo en sus proposiciones iniciales. A consecuencia de la retirada de los representantes venidos de Londres, el gobierno disolvió el Comité Consultivo del Ministerio de Finanzas que se oponía a un nuevo acuerdo sobre las bases planteadas por la compañía. A partir de entonces, las negociaciones se realizaron en secreto; no volvieron a participar los consejeros técnicos que habían estimado que en caso de arbitraje Irán podría obtener una cuantiosa indemnización. Así se llegó al Acuerdo Suplementario; el gobierno trató de convencer a la compañía para que aceptara que este convenio no se sometiera a la rectificación del *Majlis.* Sin embargo, la compañía insistió en que el acuerdo fuera llevado al parlamento; este acuerdo, en términos generales, dejaba subsistir la situación anterior, aumentaba las regalías a los 10s. 6p. propuestos por la compañía y zanjaba totalmente, por Lbs. 8.5 millones, las cuantiosas reclamaciones previas.

---

[31] ELWELL-SUTTON, *ob. cit.*, pág. 151. "La industria del petróleo en Irán", Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 1950, pág. 62.

El Acuerdo Suplementario fue rechazado por el *Majlis* después de enconados debates. Durante las últimas reuniones de una cámara cuyo período estaba terminando, algunos diputados hablaron hasta por seis horas. Después de cinco días de discusiones terminó el período de sesiones del *Majlis* sin que se hubiera llegado a ningún acuerdo. Las reuniones del nuevo *Majlis* se iniciaron varios meses más tarde, en un ambiente de intensa agitación y de escandalosos asesinatos políticos. A consecuencia de las acusaciones levantadas contra el gobierno en el sentido de que había deformado los resultados electorales en Teherán, fueron anuladas parcialmente las elecciones. Al iniciar sus sesiones el *Majlis*, fue designado Primer Ministro el general Razmara; el parlamento lo obligó pronto a definir su actitud frente al Acuerdo Suplementario. El 25 de noviembre de 1950 la Comisión Parlamentaria rechazó el acuerdo; un mes después, convencido de que no sería aprobado nunca, el gobierno lo retiró. A continuación, en medio de demostraciones generalizadas a través del país en favor de la nacionalización, el *Majlis* designó una comisión para establecer las bases sobre las cuales el gobierno debería negociar con la compañía. Serían, poco después, las actividades de esta comisión las que conducirían a la nacionalización y llevarían al poder a Mosaddeg.

La voluntad de Dios, en la milpa del compadre

HASTA este momento, la actitud norteamericana frente a las corrientes nacionalistas que demandaban la expropiación de las propiedades de la *Anglo-Iranian* era de franca simpatía. El especialista norteamericano Max Thornburgh, ligado a las grandes compañías de su país y al Departamento de Estado, al abandonar Persia después de varios años de infructuosos intentos de establecer un plan para el desarrollo económico, declaró francamente que la compañía no estaba dando al país lo que en justicia éste merecía, y que, por lo tanto, era responsable de la inquietud existente y de la inestabilidad económica. Inclusive, el Secretario de Estado Adjunto Mcghee se expresó en forma similar durante un viaje a Irán. Tales declaraciones norteamericanas, a juicio de los ingleses, fueron demasiado lejos y dieron margen a una protesta formal de Herbert Morrison, ministro de Negocios Extranjeros en aquella época.

Años de derrota

Nos hemos permitido distraer la atención del lector, con cierta amplitud, sobre las condiciones que imperaban inmediatamente antes de la nacionalización, ya que esas condiciones contrastan claramente con el ambiente que permitió, en 1953, la caída de Mosaddeg, la renuncia a los aspectos fundamentales de la nacionalización y, finalmente, el acuerdo de 1954 con el consorcio internacional.

Mosaddeg, como es sabido, fue derribado por un golpe militar del general Zahedi, con la colaboración del Shah y la ayuda de poderosos intereses del extranjero. La nueva dictadura militar fue el resultado final de un largo proceso político, iniciado al terminar la guerra.

El funcionamiento de un sistema parlamentario no podía continuar mucho tiempo a causa de la falta de verdaderos partidos políticos, la intervención del gobierno en las elecciones y la represión de las corrientes avanzadas, puesta de manifiesto con la disolución del partido Tudé y los encarcelamientos de líderes sindicales y políticos. Llegó fatalmente el momento en que los grupos dirigentes del Irán, decididos a obtener un acuerdo con las compañías petroleras que no podía aprobar el parlamento, buscaron el apoyo del ejército para instalar un gobierno que negociara el convenio sin autorización parlamentaria. El gobierno de Mosaddeg, por su parte, surgido a través de un sistema legal y apoyado por una opinión pública unánime en favor de la nacionalización, permitió reiteradamente que se conspirara en círculos nacionales y extranjeros. Cuando el Shah se colocó abiertamente en favor del golpe militar, el gobierno contempló impasible la situación, apoyado en su origen legal, pero sin enfrentarse activamente a los conspiradores. Por otra parte, la caída de Mosaddeg se realizó en medio de una gran confusión ideológica. El gobierno fue presentado como enemigo de la reforma agraria, por haberse opuesto a la distribución de las tierras de la Corona, que el Shah estuvo llevando a cabo en forma un tanto desordenada. Además, los grupos nacionalistas y religiosos, como el "Movimiento de Oriente", que habían desempeñado un importante papel desde la terminación de la guerra hasta la nacionalización, se alejaron del gobierno debido a los intentos realizados por éste para modernizar diversos aspectos de la vida civil del país. También desempeñó un papel muy importante, entre los fac-

tores que condujeron a la crisis, el hecho de que se hubiera creado una situación de abierta hostilidad entre el ejército y el primer ministro Mosaddeg. A su vez, algunos grupos liberales o avanzados —como "La Tercera Fuerza", el "Partido Obrero", el "Partido de la Libertad"—, aunque favorecían una limitación de los poderes del Shah, se alejaron con descontento de Mosaddeg cuando éste quizo obtener facultades dictatoriales.

Finalmente, como es sabido, el 12 de agosto de 1953 Mosaddeg quizo disolver el *Majlis,* de acuerdo con el resultado de un referéndum, a pesar de ser esa una prerrogativa real; el Shah lo destituyó inmediatamente. El anciano Primer Ministro trató de ignorar el decreto de destitución y aprehendió al oficial que se lo entregó. Después de dos días de disturbios el nuevo Primer Ministro, un antiguo agente nazi que venía conspirando desde hacía mucho, aprehendió a Mosaddeg en ausencia del Shah, quién abandonó el país durante una semana.

Debe tomarse en cuenta de que ni el Shah ni los enemigos políticos de Mosaddeg se habían manifestado, hasta ese momento, en contra de la nacionalización o del manejo dado a los asuntos petroleros. Algunos de los más destacados defensores de la nacionalización —como Ayatollah Kashani y Hosein Makki—, apoyaron inclusive al gobierno del general Zahedi. Sin embargo, los verdaderos fines del golpe de estado se pusieron en evidencia antes de mucho tiempo.

En efecto, el 3 de septiembre, tres días después de haber visitado a Zahedi, el embajador norteamericano Loy Henderson anunció la concesión de Dls. 23 millones, en calidad de ayuda de acuerdo con el Punto 4º. Dos días después, se anunció otra ayuda de emergencia por Dls. 45 millones; en el mes de noviembre, por si fuera poco, se hizo público el ofrecimiento de Dls. 127 millones. Por su parte, Eden anunció el 20 de octubre que el gobierno británico "extendía la mano con amistad al gobierno persa". Las causas de este abandono súbito de la actitud agresiva adoptada por las potencias occidentales durante la última época del gobierno de Mosaddeg, pronto fueron del dominio público. El 17 de octubre llegó a Teherán Herbert Hoover Jr., ostensiblemente en busca de un arreglo del problema petrolero. La naturaleza de este arreglo, empezó a vislumbrarse al ser disuelto el Consejo Consultivo del Petróleo —a fines de enero de 1954—, después de haber dirigido al Primer Ministro un memorándum que señalaba la urgencia de ampliar la producción y las exportaciones, destacaba los peli-

gros implícitos en la formación de un monopolio en manos de cualquier compañía o grupo de compañías, hacía hincapié en que la única base posible para negociar la constituían las leyes nacionales y recomendaba que no se contrataran técnicos ni consejeros extranjeros conectados con las grandes compañías. Al mismo tiempo, el gobierno de Zahedi inició una política de arrestos en masa, ejecuciones periódicas, supresión de publicaciones y prohibición de actos públicos.

Al anunciarse la conclusión de un acuerdo —el 5 de agosto de 1954—, lo único sorprendente fue el hecho de que el gobierno persa hubiera retrocedido más de lo que habían indicado los rumores. Ninguna extrañeza causó que el anuncio de este acuerdo fuera seguido por la detención de 600 personas; en octubre, fueron ejecutadas 12 sentencias de muerte. Tan sólo en la refinería de Abadán se realizaron 150 arrestos.

El nuevo curso de los acontecimientos se reflejó claramente en el valor de las acciones de la *Anglo-Iranian.* Después de haber bajado hasta un mínimo de 90 chelines, al caer el gobierno de Mosaddeg subieron a 142 chelines; a principio de 1954 llegaron a 190 chelines, en marzo alcanzaron Lbs. 11, en octubre subieron a Lbs. 17/10 y al aprobar el *Majlis* el acuerdo se cotizaban ya en Lbs. 18/15/16. Butler, el Canciller del Exchequer, declaró paladinamente el 15 de febrero de 1955: "el valor de las acciones del gobierno (por las cuales éste pagó Lbs. 5 millones) al finalizar ayer los negocios era algo mayor de Lbs. 233 millones". Para julio de 1955, las acciones de la *British Petroleum* —nuevo nombre de la antigua *Anglo-Iranian*— en poder del gobierno inglés, valían alrededor de Lbs. 400 millones. "Un inversionista que hubiera adquirido una acción de la *Anglo Persian Oil Co.*, con valor de una libra, en cualquiera de las emisiones anteriores a la primera bonificación de 1926, tendría ahora acciones con un valor nominal de Lbs. 11/5 y un valor en el mercado de cerca de Lbs. 50".[32]

El convenio con el consorcio

TROPEZANDO con una fuerte oposición encabezada por los diputados Darakhshesh, Kanatabadi y Haerizadé y los senadores Lesani y Divanbegi, el *Majlis* aprobó el 19 de septiembre de 1954 el acuerdo concluido entre el gobierno persa y las com-

[32] ELWELL-SUTTON, *ob. cit.*, pág. 328.

pañías petroleras, cuyos aspectos fundamentales son los siguientes:

1º—Se forma un consorcio internacional del cual la *British Petroleum* (nuevo nombre de la *Anglo-Iranian*) representa el 40%. Las compañías americanas obtienen, a su vez el 40% de las acciones del consorcio. De este 40%, las grandes compañías se quedan con 35% y ceden 5% a un grupo de compañías menores. La *Royal Dutch Shell* obtiene un 14% del control del consorcio y una compañía francesa se adueña del 6% restante.

2º—Los nuevos socios entregarán a la *British Petroleum* Dls. 600 millones, parte en aceite y parte en dinero, como pago por la participación obtenida. El gobierno persa, a su vez, entregará Dls. 70 millones como compensación "por los daños causados".

3º—Las propiedades de la *Anglo-Iranian* pertenecerán nominalmente al gobierno persa, pero las manejarán dos compañías operadoras formadas por el consorcio.

4º—Con excepción del 12½% de la producción, que se entregará a la compañía persa nacionalizada, todo el petróleo y sus derivados obtenidos por las compañías operadoras se entregarán a compañías subsidiarias de los integrantes del consorcio.

5º—La compañía persa nacionalizada solamente operará el sistema de distribución interno, un pequeño campo productor y una refinería de poca capacidad.

6º—Se estima que el gobierno persa obtendrá, en última instancia, el 50% de las utilidades y las compañías del consorcio el resto.

7º—Las compañías operadoras quedan relevadas de la obligación de prestar servicios sociales a sus trabajadores y a la zona geográfica en que operen. Esta obligación recae sobre la compañía persa nacionalizada, a la cual aquellas compañías compensarán sus gastos "en una extensión razonable".

8º—El convenio tendrá una duración de 40 años (algo más que lo estipulado en el acuerdo de 1933) y abarca un área muy semejante a la que ocupaba desde 1938 la *Anglo-Iranian* (más el territorio de 8 islas).

9º—Las compañías operadoras se organizarán de acuerdo con las leyes holandesas; de los siete directores sólo dos serán persas. Ni siquiera se menciona la posibilidad de que Irán participe en el reparto de las utilidades del consorcio. Los

pagos a Irán se efectuarán en libras esterlinas y sólo se le proporcionarán los dólares indispensables.

10º—Se permite al consorcio el uso de los medios y vías de comunicación existentes y la construcción de otros nuevos. Se le garantizan grandes ventajas en cuanto al pago de impuestos.

11º—Irán no puede, en ningunas condiciones, anular el convenio. Las obligaciones de Irán se encuentran claramente definidas, en tanto que las compañías tienen las suyas oscuramente trazadas.

12º—El personal extranjero gozará de ciertos privilegios y su número queda indefinido. En octubre de 1955 el número de extranjeros ascendía ya a 280, de los cuales 136 eran norteamericanos.[33]

13º—El consorcio se compromete a aumentar rápidamente la producción durante 3 años; a continuación, las compañías quedan en libertad de proceder a su gusto.

Howard Page, el representante de la *Standard of New Jersey* en el consorcio, declaró francamente que los derechos de éste son "tan efectivos" como la propiedad. "En lugar de un contrato que nos diera la posesión de las propiedades durante un largo período de tiempo, tenemos un contrato que nos da derecho al uso exclusivo y al manejo total de esas propiedades por el mismo período de tiempo y sobre los mismos términos financieros. La diferencia es aproximadamente la misma que existe entre el caso en que alguien le vende a usted su automóvil y el caso en que le vende los derechos a usarlo mientras dure. Es una fina distinción legal que hasta los más destacados abogados discutirán sin llegar a ninguna parte".[34]

---

[33] *Oil and Gas Journal,* nov. 7 de 1955, pág. 87.
[34] FANNING, *ob. cit.,* pág. 297.

CASALS, EJEMPLO DE DIGNIDAD*

Por *Miguel ÁLVAREZ ACOSTA*

La primera sesión de este Cabildo se instaló hace más de cuatro siglos sobre la arena desnuda de la playa, frente a la incógnita del mar. Todos sus integrantes eran españoles y todas sus dudas universales. Mal conocían el mar por donde habían llegado y el territorio que a occidente prolongaba su tórrida muralla. Nace el Virreinato; la historia acumula páginas y el tiempo anida sucesos. Éste fue el puerto de arribo para las carabelas que condujeron a los sesenta y cuatro virreyes de la Nueva España. Después, la Independencia, y algún aciago día, contra estos muros, el cañoneo del invasor. El pueblo, vecino de los mares, empieza apenas a identificarlo en el sabor de sus lágrimas. Por los escabeles de la espuma atlántica, arriba Maximiliano y bajo este mismo pórtico de nubes, vuelve en su catafalco. Éste es también el taller donde edifican la Reforma los defensores de la República. Al iniciarse la segunda década de esta centuria, zarpa aquí el navío que se lleva al dictador. Viene el tiempo convulso; pero en medio de las hogueras propias, otra vez el fuego invasor, el asedio de los enemigos y los valerosos hijos del puerto, levantando una muralla con sus pechos. Viene la paz y nacen las estructuras. El Abuelo de la Revolución, erige en esta ciudad su tribuna y de aquí emergen al fin, sustancia y esencia de nuestra Constitución y de nuestros caminos legisladores.

He recurrido al sumario de esta histórica ciudad, aventurándome en una peligrosa síntesis; porque deseo llevar a uste-

* Discurso pronunciado por el licenciado Miguel Álvarez Acosta, Director General del Instituto Nacional de Bellas Artes, el 28 de enero de 1956, en el Salón de Cabildos de Veracruz, con motivo del homenaje rendido al Maestro Pablo Casals.

En desacuerdo con sus normas de exclusividad, *Cuadernos Americanos* reproduce este discurso por ser en el fondo la expresión del Gobierno de México, y por considerar que es de sumo interés manifestar esa expresión ante las hermanas repúblicas de América.

des la evidencia de que el arte está tomando posesión de un honroso escenario para rendir homenaje a un artista del mundo que personifica la excelsitud de la música y la dignidad de la especie. Y ello nos permite advertir que en el atrio de esta celebración, se balancean las estrellas del símbolo: Equilibrio y transparencia. En un extremo, está la heroica imagen de este puerto; en el otro cristal de la balanza, la efigie señorial de Cataluña, y en el maestro, la conjunción dinástica de esos dos pueblos; uno nimbado por la tradición mediterránea y el otro distinguido por la suscitación atlántica.

Este homenaje es múltiple en merecimientos y procedencias. En merecimientos, porque se tributa al hombre que ha entregado un idioma de luz al violoncello; a la sensibilidad elocuente que desde el podio, ha sabido incorporar a su propia sustancia la expresión de los conjuntos; al compositor que ha brindado un tesoro excepcional a la música del mundo; al apóstol de las altas enseñanzas; al hombre que fiel a su patria, le ha entregado la pureza de su ideario inquebrantable; al maestro de la sencillez, al genio. Múltiple procedencia del homenaje, porque se lo tributa el pueblo de México, el arte y la cultura de México, las instituciones de México. El Municipio del Puerto, los poderes del Estado y el Gobierno de la República, expresan su júbilo y su gratitud al maestro Pablo Casals, por haber visitado tierras mexicanas.

Y la motivación de este tributo nos hace recurrir a ese providencial origen de tantas y tan luminosas circunstancias reunidas en un mismo hombre.

Su luz genial, no es fruto del estentóreo sucedido; esa delgada vena del milagro que entrega al mundo un hombre como Casals, está movida por las manos de la creación que en el orbe indaga sencillos elementos. El organista de Vendreil que sueña en el hijo mientras lleva a las flautas sagradas la luz de su deseo; y la madre, toda recuerdos de su patria isleña, remota ya y tejida con la espuma oceánica o el irritado tumbo de los mares antillanos y, después la atmósfera, el mundo, la pequeña patria de dulzuras aldeanas, envuelta en el canto de los segadores y el efusivo oleaje de las sardanas; y luego el rosario del paisaje, que en la heredad va enlazando montes y llanuras para llegar a la espuma de los mares; y el designio, además, de las macizas fundaciones históricas del hombre de Cataluña, que es tierra apasionadamente agrícola, orfeónica y marítima; austera y jubilosa, pues lo mismo desfleca aires de

gozo en los viejos bailes del principado, que se yergue ante el monarca para compartir la advertencia de Aragón: "nosotros, que valemos tanto como vos y que juntos valemos más que vos". De esa tierra hermosa que nos da el cordaje lírico de Ausias March y el labrado milagroso en las canteras de Gaudí y de Guimerá el tejido apasionante de la trama escénica y de Rusiñol, color de la palabra y elocuencia del pincel, de esa tierra que sabe amamantar luceros y fincar grandezas, viene la música hecha hombre; y él se obstina en mantener su código de sencilla claridad, amando en su música a su pueblo, a su mar y a su propia fe en la salvación del hombre.

Todo ello explica la permanencia de la Patria en el hijo férvido; en su sangre, en su palabra, en su obra; en el evangelio de la música que hoy predica desde Prades, mientras sus ojos vuelan sobre las nieves del Canegó y siente envidia de las nubes que pueden mirar toda su Cataluña; Prades, donde apacigua sus recuerdos y le parece escuchar los coros de los mancebos y las mozas, que sobre la guirnalda de los atavíos entonan el estribillo:

"Bon cop de fals
bon cop de fals segadors de la terra".

Pero esto mismo explica la permanencia de su nombre y de su obra en este país. Vivo está su tránsito por la música mexicana; y todo en torno de él, es presencia del pasado. Entre ese amable acontecer, lleno de sucedidos memorables, la noche alucinada en que la Pawlova, vuelo de ala y nube temblorosa, se deshojaba en la Agonía del Cisne y de pronto, la partitura se iluminó con el acento hermoso de una cuerda apasionada que nacía del infinito y tomaba su pulso en el milagro. Era el maestro Casals, que regalaba a México aquella inolvidable sorpresa y pulsaba su violoncello tras del escenario.

Después sus actuaciones de inigualable pureza y emotividad única, su gesto de generosidad para la filarmónica y el deseo expresado en cierta ocasión y confirmado hoy a su llegada: "Si algún día las circunstancias que me retienen en Prades cambiaran, el primer país que desearía visitar sería México, en homenaje a la lealtad de la que ha dado prueba a la España democrática".

La cultura y el arte de este país, están en su pulso. Saben lo que hace, a donde se mueve, los ideales que custodia y las

generaciones que orienta y edifica. Él ha logrado vencer la inexorabilidad geográfica acercándonos espiritualmente a Prades. La Temporada Casals de 1955, celebrada en Bellas Artes, inició los esfuerzos de mexicanos y españoles para incorporarnos a la feligresía musical de Saint Pierre, de San Miguel de Cuixá, en fin, de Prades. Para nosotros ese altar de la música, clavado en la vertiente pirenaica, queda al lado de nosotros, apenas separado por el aire delgado de la tardanza en la noticia. Él, enemigo de notoriedad, ha señalado ese sitio con la sencillez de los genios que la humanidad recibe de tiempo en tiempo, para compensar el advenimiento de quienes la ensombrecen y la agobian.

Puede la arcilla del hombre, recibir la gora de luz que toca al elegido, mas llevarla con sencillez y erguirla en apostolado, es responder a la dádiva con el fervor del hombre que dignifica a la especie. Puede el artista concebir su cumbre e iluminarla, pero al enlazarse a la llanura redacta un evangelio. Puede el numen creador dar frutos alucinados, pero mantener su vigencia en la nube mientras se camina por la tierra y se toca el pecho de los humildes, es dar al genio la permanencia del hombre y al instante de la inspiración el duro cimiento de la dignidad. Y si todo esto se logra en un solo ser, la tierra debe estar de gozo y acendrar su iluminada fe en que sobre los eriales de la maldad ha de bajar la lluvia de la verdad y del bien.

Celebro la permanencia de la sensibilidad mexicana al volcarse en alegría para recibir a un espíritu superior, que tiene el don de subyugar a los pueblos. No armas, ni cetro, ni opulencias le definen. Sólo la pluma que ilumina el pentagrama; la batuta que acaudala voluntades, la sonora caja donde palpita su corazón, el arco fiel que prolonga sus arterias y el pensamiento limpio que sueña en el bien y la libertad. Ésas son sus armas, de paz, de belleza y de justicia.

Vosotros, españoles de México, catalanes, bajo este cielo que hoy es vuestro y esta tierra en la que amáis la fecundidad generosa de España, sembrando al lado de nosotros la paz digna de América, estáis viviendo un momento inolvidable. Es la hora y el día de Casals; podéis oir tras de su símbolo venerable, el *Cant del's ocells* moviendo las gargantas de vuestra Cataluña; o levantar de las lejanías medievales los acentos de Els Segadors. Ha llegado a México Casals el vuestro, Casals el

nuestro, el símbolo de la dignidad humana y de la música inmortal.

Maestro: he dicho lo que usted representa para los mexicanos y ello explica la causa de la peregrinación al Puerto. ¡Cuántos hubieran querido vencer sus complicaciones o sus indigencias y venir a verle con la esperanza de escucharle! De esa resignación, sentida por quienes cultivan la música y aman el arte, es mi voz testimonio y mensaje.

Sabedores de que su presencia en la metrópoli pudiera amenazar aún levemente su salud, envían a usted las más sencillas palabras del homenaje: gracias por haber visitado la costa mexicana. Después de todo, este país constituye un haz de pueblos a quienes satisface formar una compacta y armónica familia. Goce Veracruz de este privilegio que bien merece, por su limpia historia de heroicidad y de nobleza.

EL ARTISTA Y EL HOMBRE

A la vez, con la transcripción de dicho discurso, se inicia parte del reconocimiento que esta revista brinda desde sus páginas al músico español Pablo Casals por su conducta altamente edificante.

Pablo Casals, el artista que en esta hora del mundo, cuando el oro amenaza imponerse a la conciencia, ha demostrado que ésta será siempre decisiva si la voluntad del hombre antepone la dignidad a la fortuna. Alguien ha dicho que la prédica es más fácil que la práctica. En el caso del músico catalán la conclusión no ha sido fiel, o al menos, prédica y práctica se han asimilado recíprocamente; recuérdese para ilustrar este caso, cuando en marzo de 1939, desde Nueva York se le envió a Casals un contrato en blanco para que él dispusiese la suma que quisiera a cambio de su música. Casals, en aquella ocasión, respondió "No quiero, no debo y no puedo irme a América. Otros deberes, más elevados que la música, me retienen aquí... Mi patria, mi tierra están sangrando... Prada también es Cataluña y América a la que tanto amo y a la que tanto debo está muy lejos ahora. Me quedo. No me voy, no me embarco porque América, a pesar de cuanto la amo, no es mi casa y no sufre; no la invaden; allí no hay torturas ni fusilamientos como ocurre en mi tierra..."

En estas últimas palabras, sí se refirió con ellas a toda América, Casals fue inexacto; porque sí hay "torturas" y "fusilamientos" en la América Hispana. Mas no entremos por ahora en detalles amargos y observemos que Casals sostiene de por vida su categórica forma de pensar, la cual abre una ruta a seguir para los artistas y los intelectuales que ensayan esta o aquélla disculpa por su desconocimiento de la dignidad. Al genial músico, se le invitó en 1951 a participar en un concierto que se verificaría en París con motivo de que las Naciones Unidas celebraban el Tercer Aniversario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Y Casals, rotundo, se negó mediante una carta, de la que es oportuno reproducir: "Precisamente como protesta de que no se cumplen en mi país esos derechos sagrados, vivo voluntariamente en el exilio". "En estas circunstancias no le extrañará si le digo que las votaciones de la ONU favorables a Franco no me parecen compatibles con la mencionada celebración y que, por tanto, me veo obligado, con todo mi sentimiento, a no acceder a su demanda".

Así ha mantenido desde 1945 su silencio. En protesta no ha vuelto desde entonces a tocar en público (a excepción de los Festivales de Prades que tienen su significado). Sabe bien que cuando el fusil no se puede empuñar contra la dictadura, hay otros recursos de índole moral que al esgrimirse, declaran el desacuerdo y alcanzan repercusión en la opinión general. Los casi ochenta años de existencia y la condición artística del músico no han hecho cifra para escudar cobardías o instalarse con paciencia en la tranquilidad de la indiferencia. No, este ilustre catalán recurrió a su única fuerza para alzarse ante la ignominia; ha hecho un arma poderosa de su silencio musical, y aunque parezca extraño, en estos tiempos modernos de super bombas "A", "H" y "C", un anciano, desconociendo los belicismos técnicos del momento, ha elaborado la bomba que por su original elemento, sus ilimitados alcances y, acorde con la época, puede clasificarse con la fórmula de bomba "S", la bomba del Silencio que con su ofensiva moral ha causado visibles estragos en el régimen de Franco. "En música —dijo Casals en 1952— yo poseo un don; eso es todo. La puedo arrinconar. Pero, como hombre, debo actuar de la única manera posible. El número de las cosas que puedo hacer por mi país es muy limitado; todo cuanto tengo es mi música; y cuando llegó el momento todo cuanto pude hacer fue arrinconarla en señal de protesta".

Cataluña. Casals. México.

En la actualidad Cataluña cuenta con unos cuatro millones de habitantes. Surgió a la vida política en el siglo X. Para el siglo XII Cataluña poseía leyes administrativas preconizantes de un anhelo de igualdad y estricta democracia. A través de los siglos se ha distinguido por el amor a su independencia y a su tradición cultural, por ambas guerreó en los siglos XVII y XVIII. Felipe V al igual que Franco en el presente siglo, trató de someterla prohibiendo el idioma catalán y atacando las características de su propio desenvolvimiento cultural. "La primera máquina de vapor y la primera huelga general, el primer sindicato y la primera traducción de Baudelaire los hallamos en Cataluña". Los catalanes luchan por su autonomía en 1873 durante la primera República y en 1931 durante la segunda. "La guerra civil, es para los catalanes, no sólo la defensa de las libertades sociales y políticas, sino de la existencia nacional y del espíritu democrático que desde hacía ocho siglos animaba a su pueblo". "Perdida la guerra empieza la persecución contra ese espíritu. Se prohibe el catalán en las escuelas, en los periódicos, en la radio. Se procura trasladar a otros lugares las industrias catala-

nas". Sin embargo, "Florecen las ediciones semiclandestinas de obras en catalán, lo mismo que la prensa ilegal y que las agrupaciones secretas".

Hecho este breve recuento histórico, ya podemos tener conciencia del origen de la trayectoria en la lucha y dignidad que ha manifestado abiertamente Casals. Lo mismo que ya tiene un sentido decir que es nacional de Cataluña. Pablo Casals nació en la Villa de Vendrell, el 29 de diciembre de 1876. "A los cinco años tocaba el piano". "A los ocho dominaba el órgano y el violín". A los doce tocaba en un trío que cobró fama por las brillantes ejecuciones en violoncelo del precoz niño Casals; precocidad aquella que atrajo al compositor Albéniz y le hizo brindar en forma espontánea una carta, cuya recomendación le llevó en 1894 a ser oído y ayudado por la reina María Cristina. Al empezar el siglo XX, su talento lo conduce en jiras por toda Europa, Asia y América. En 1919, visita México, y no obstante que la situación política era inestable, Casals amplio y comprensivo, cobra simpatías por este pueblo hospitalario, por su cielo y por su paisaje. Cuando el doctor Jesús C. Romero disculpó alguna vez la "sala vacía" durante los conciertos del músico, diciendo: "Me apenaría que creyera usted que se debe a la incapacidad artística de los mexicanos para comprender el maravilloso arte de usted". El maestro catalán adujo poniendo en actividad el fruto de su observación: "No lo creo porque he visto muy pocos públicos a los que haya podido conmover tan profundamente como al de México. El escaso número de asistentes queda compensado con exceso por su emotividad".

Y si estas palabras pudieran interpretarse como signo de cortesía, tiempo después, cuando ya Casals fuera de México pudo haber dejado sus reservas para comentar libremente lo que el país le pareciera, Leopold Godowski, el célebre músico polaco que por infundadas razones había rechazado venir a esta tierra, nos arranca cualquier duda al respecto. "Me arrepiento —expresa Godowski— no haber aceptado el contrato". "Casals me convenció de que había cometido un error, ya que había dejado de conocer a un gran país y a un pueblo artista por excelencia. Ponderó el magnífico clima de México que considera excepcional; me elogió la belleza de su cielo; me habló de la cordialidad de su gente y, por encima de todo, me reveló la gran comprensión del público".

Por eso, al principar este año de 1956, cuando Casals por motivos de salud no pudo venir hasta la capital mexicana conformándose con llegar al puerto de Veracruz, México, en las mejores representaciones de Gobierno y Pueblo, se volcó a recibirle en la orilla azul del mar. Y el maestro, independientemente de este significativo homenaje y

de otros que México le ha tributado en distintas ocasiones, ha reiterado su cariño para este país en una síntesis de admiración y agradecimiento. "En todo momento —ha escrito— he expresado mi gratitud hacia México. Guardo el mejor recuerdo de mi permanencia y mis conciertos en esta gran nación y, sobre todo, nunca he de olvidar cómo abrió generosamente sus puertas a tantos de mis compatriotas cuando éstos tuvieron que emprender el camino del destierro". "Cuando se generaliza la claudicación ante los principios morales, que son los únicos que pueden sustentar una civilización respetuosa de los derechos de la persona humana, el ejemplo de México es un consuelo y una esperanza para todos los hombres de buena voluntad".

Los festivales de Prades

PRADES es una villa meridional catalanofrancesa de 4,200 habitantes situada al pie de los Pirineos Orientales. Los conciertos del Festival de cada año se verifican en la iglesia de Saint Pierre. Desde esta iglesia emerge el repudio dirigido a Franco. Sólo entonces Casals abandona el silencio, o mejor dicho, toca en público a manera de hacer contraste a ese silencio. De todas partes del mundo llegan a oirle, y como en la iglesia están vedados los ruidos, en vez de aplaudirle el público que abarrota el sitio se pone de pie. Hasta ahora son cinco los Festivales realizados desde 1950, año en que el violinista norteamericano Alexander Schneider le indujo a brindar el Primer Festival de Prades con motivo del segundo centenario de la muerte de Bach. "Schneider había ido durante tres veranos a Prades para tocar con el maestro y había encontrado a Pablo Casals estudiando y tocando en su cuartito, como si se estuviera preparando para dar un concierto al día siguiente. Schneider pensó que esta música debería ser escuchada. Si Casals no quería volver al mundo, el mundo debía ir a encontrarle". "Fueron invitados concertistas famosos". "Solamente artistas de primera categoría eran aceptados para formar parte de la orquesta que Casals dirigiría, y ninguno sería pagado". Así se iniciaron estos Festivales. Y aunque Casals dice que con ellos no habla "de política, sino de moral, es precisamente la política lo que más le impulsa a poner todo su entusiasmo en el Festival. El Festival es, primordialmente, una protesta contra Francisco Franco. En él no se pronuncian discursos ni se reparte propaganda, se trata de una protesta muda que resulta todavía más efectiva, porque el mundo queda intrigado de que el Festival se celebre en Prada, empieza a investigar e inevitablemente descubre que se celebra allí porque Casals es antifranquista".

Puerto Rico

DESDE el momento en que Pablo Casals vio la luz en 1876, la isla de Puerto Rico quedó indisolublemente ligada a toda la existencia del genial músico. Explícase esto recordando que Pablo Casals es hijo de padre catalán y madre puertorriqueña. Ella le habló muchas veces de su tierra natal, y el grande amor a su madre hizo crecer en él la admiración para la Isla. En diversas ocasiones se comprometieron madre e hijo a hacer el viaje juntos; pero siempre por parte de alguno de ellos surgió la dificultad que evitó lo que indudablemente habría sido el gran acontecimiento. Por eso, cuando descubrió a una puertorriqueña, entre los siete alumnos del mundo que reciben sus instrucciones musicales allá en Prades, se animó —aunque no como hubiera querido— a realizar la ansiada travesía acompañado de la discípula. No era "este un viaje de orden profesional sino sentimental".

Pero Puerto Rico se ligaría aún más a su vida. Sería el escenario de otra acción digna del artista español. A Casals, en el presente año, se le otorgó el grado de Doctor en Humanidades Honoris Causa por la Universidad de Puerto Rico. Días después esta misma Universidad confirió el grado de Doctor en Derecho Honoris Causa al Magistrado Presidente del Tribunal Supremo del régimen de Francisco Franco, por lo que todas las fuerzas democráticas de Puerto Rico se movilizaron en un instante y firmaron una protesta colectiva. En una Carta Abierta a la Casa de Estudios Profesionales, firmaron los representantes de la Asociación Pro Democracia Española en Puerto Rico, España Libre y Sociedades Hispanas Confederadas de Nueva York, el Director Regional de la Federación Americana del Trabajo, el Congreso de la Organización Industrial, el representante de la Cámara de Diputados de Puerto Rico y presidente del Sindicato Azucarero, escritores y periodistas. "Se montaron piquetes frente al Colegio de Abogados" y "frente a las entradas de la Universidad de Puerto Rico". A toda esta repulsa general para la Universidad que "confería un grado honorífico al representante de la justicia franquista", se había adelantado con su renuncia el músico catalán. Una vez más, y ahora en tierra de América, el hijo de ochenta años honraba con un gesto hermoso a la madre puertorriqueña en su propia tierra. La carta del señor Pablo Casals al Rector Jaime Benítez, fechada en Santurce, Puerto Rico, a 1º de febrero de 1956, dice a la letra:

Honorable Jaime Benítez,
Rector de la Universidad de Puerto Rico,
Río Piedras.

Estimado amigo:

He leído en el periódico *El Mundo* de fecha de 23 de enero, primera plana, que el Consejo Superior de Enseñanza de la Universidad de Puerto Rico ha autorizado la concesión del grado de Doctor en Derecho Honoris Causa al Sr. José Castán Tobeñas, Magistrado Presidente del Tribunal Supremo de España.

De la misma manera, la Universidad de Puerto Rico, tomándole a usted como su portavoz, me hizo saber algunos días antes de esa fecha, que ese centro docente había acordado conferirme el grado de Doctor en Humanidades Honoris Causa, el cual acepté, considerándome con ello muy honrado.

Como quiera que el señor José Castán Tobeñas y yo sustentamos idearios irreconciliables, y por considerar yo que él representa y sirve a un régimen dictatorial; un régimen que es una negación de los derechos y libertades del hombre; y por haber tenido yo como norma de vida repudiar la tiranía de los regímenes dictatoriales en el mundo, trátese de dictaduras fascistas, marxistas o de cualquier género de dictaduras, me veo en el ineludible deber de declinar, como por la presente declino, el grado honorífico con que en el presente caso se me desea honrar.

El Consejo Superior de Enseñanza, el señor Rector, el Claustro y Estudiantado universitarios, y el pueblo de Puerto Rico, al cual me vinculan lazos tan hondos, comprenderán con cuán profundo pesar tomo esta decisión.

Suyo (Fdo.), PABLO CASALS.

La Universidad de Puerto Rico menguó su decoro al seguir el mal ejemplo de la Columbia University, que suele otorgar títulos de honor a quienes están muy lejos de merecerlos.

Armando DUQUE

CARTA DE MADRID

TODA política económica tiene su razón de ser en las fuerzas sociales en que se apoya. Ésta es una ley histórica que jamás ha fallado, aunque a veces un gobierno haya llegado al Poder cobijándose en una doctrina o postulados que luego no se han cumplido. El franquismo es un caso típico.

Cuando triunfó Franco, se cayó en el lamentable error de creer que era tan sólo el fascismo quien llegaba al Poder. Los españoles que habíamos estudiado su historia y la relación de fuerzas que constituían la base del triunfo de Franco, sabíamos que esta interpretación era falsa, pues si bien podía decirse que el fascismo había triunfado, detrás de toda aquella hojarasca doctrinal y de las amistades fascistas internacionales de Berlín y Roma subsistían los mismos grupos de siempre: la Iglesia, los terratenientes y los banqueros y financieros. Toda la política del régimen franquista, incluso en su lucha interna en el partido falangista, atestiguan que la tesis es justa. Si el hitlerismo hubiera prescindido de Rosenberg y el Vaticano no hubiese sido considerado entre los nazis como un enemigo poderoso al que era preciso burlar con fintas suaves, la política española hubiera seguido probablemente el camino del fascismo total.

La política agraria del franquismo puede condensarse en pocas palabras: desprecio hacia las capas trabajadoras y la clase media. Durante los años de 1943 a 1950, el país ha vivido en la mayor penuria, bajo una economía de guerra. La razón de que subsistiese esta política inhibitoria del gobierno se debe a que son los terratenientes y comerciantes de los pueblos quienes apoyaron el triunfo franquista. La mayoría pertenecen a la Falange o son portadores de insignias y decoraciones otorgadas por el Gobierno. En tales condiciones, no es de extrañar que el gobierno se encogiese de hombros y que los cultivos de los productos alimenticios, al fin y al cabo por un egoísmo de clase sujetos a ciertas limitaciones de precio, disminuyesen en su doble aspecto: en la extensión de la zona cultivada y en los rendimientos unitarios y, como es natural, en su producción total. Lo mismo cabe decir de las legumbres, base de la alimentación nacional, tales como los garbanzos, las alubias y las patatas. He aquí las cifras: (en miles de quintales métricos).

Años	*Trigo*	*Arroz*	*Garbanzos*	*Judías*	*Patatas*
1931-35	43,637	2,930	1,202	1,551	46,478
1943	23,225	2,081	1,271	876	26,461
1944	16,802	2,064	703	684	26,643
1945	23,448	2,368	1,196	741	28,269
1948	24,312	2,347	930	703	26,991

Para justificar este estado calamitoso, el franquismo adujo su aislamiento exterior y las pertinaces sequías. Es cierto que estos inconvenientes explican en parte tal situación, pero debe tenerse en cuenta que para un censo de población que había crecido en cerca del 20% desde 1931-35, las importaciones de productos alimenticios, excluyendo el trigo, cuyas importaciones se elevaron a casi la mitad del consumo, las de patatas, alubias, garbanzos y lentejas fueron inferiores. Una producción deficitaria y unas importaciones inferiores a las de antes, explican perfectamente toda penuria. Alguien podría alegar que faltaban las divisas para adquirir dichos productos, pero la no carencia de tejidos y la abundancia de elegantes coches de turismo durante los mismos años hablan bien a las claras. Las importaciones de algodón siempre tuvieron un tono elevado y en las cifras del comercio exterior de España del período estudiado ocuparon por su cuantía el primero o segundo puesto. Digamos que todas las importaciones de algodón y sus manufacturas están controladas por el hermano de Franco y por el ex Ministro de Comercio Carceller y esto nos explicará mucho. En cuanto a los coches, la abundancia de la matrícula PMM (Parque de Ministerios y Centros Oficiales), ET (Ejército de Tierra), EA (Ejército del Aire) y MOP (Obras Públicas) no son razones menos convincentes. En cuanto a los propietarios agrícolas y los comerciantes rurales de importancia, sus ganancias siempre fueron mayores que la penuria y el hambre de sus campesinos. Esta situación llegó a tales abusos, que hubo dirigente político y hasta financiero de fuste que habló de "emprender una cruzada contra ese espíritu ramplón y hasta vanidoso que se figura que la escasez es sinónimo de grandeza y prosperidad".

Dentro de la economía industrial, el proceso se parece en cierto sentido, pero es mucho más complejo. España ha sido siempre un país agrícola dominado por financieros, ya fuesen banqueros o empresarios. Hubo un tiempo, a principios de siglo, en que el país necesitaba poseer una estructura industrial que fuese complemento de su economía agraria, aprovechando sus propios recursos. El capitalista y el financiero dieron entonces a sus actividades un tono elevado y hubiera constituido un grave insulto considerarles únicamente como ávidos explora-

dores de lucro. En aquellas creaciones de riqueza, casi siempre hijas de la iniciativa personal o, a lo sumo, familiares, latía un orgullo patrio y no seremos nosotros los que pongamos el veto a las alabanzas que merecen los pioneros capitalistas vascos y catalanes principalmente. Andando el tiempo, y por una ley inherente al propio desarrollo de tan complejos intereses, los empresarios y financieros comenzaron a constituir círculos cerrados, en los que únicamente penetraban, vía matrimonio, aristócratas. Esta estampa feudal todavía perduraba en España cuando se expulsó a la Monarquía y el triunfo del franquismo coincidió precisamente con el auge de esas fracciones capitalistas, de las que estaban excluidos los capitostes falangistas. La Falange y Franco, pese a toda su demagogia, no podían atacar abiertamente a esta clase poseedora durante muchísimos años de los resortes del poder, monárquica y reaccionaria hasta un grado superlativo. A estos amos tradicionales les molestaba la jerga demagógica de los pocos falangistas que creyeron que su partido había venido a modificar la situación económica del país. Los falangistas antiguos eran poco católicos, debiéndose entender esta falta de catolicidad, no como una repulsa de la doctrina cristiana, sino como una abierta oposición al poder omnímodo de la Iglesia en la vida española. De ahí que, apenas terminada la guerra civil, se unieran tácitamente los altos jerarcas del capitalismo español y de la Iglesia, aunque, como es lógico, no faltase la voz disonante de algún obispo de espíritu más moderno. El naciente régimen político, como es natural, percibió bien el reto callado que le lanzaban sus enemigos internos, los que le habían ayudado durante toda la guerra con dinero y palabras, pero escasamente con sangre, y el nuevo régimen planeó la necesidad de crear toda una estructura propia. Para ello siguió el camino más favorable para sus fines políticos, si bien el más costoso y perjudicial para el país: crear un Instituto Nacional de Industria (I. N. I.) que abarcase todas las actividades, montadas por todo lo grande, gozando de una posición privilegiada dentro de cada esfera. En principio, el fin esencial del I. N. I., ya conocido en muchos países, consiste en desarrollar aquellas actividades que, por exigir cuantiosos capitales, no pueden ser emprendidas en buenas condiciones por la iniciativa privada. La idea es plausible y en la mayoría de los países ha constituido un éxito. Pero en España no es así y ello se debe, como decimos, a que el I. N. I. no surgió como idea preconcebida para impulsar la economía del país, aunque así lo declaren sus Estatutos, sino para luchar y desplazar a los antiguos poseedores del poder. De esta forma se explica que en España hayan surgido nombres nuevos de millonarios y a detentadores de mucho poder económico, tales como Serrano Suñer, Carceller, Fierro, Muñoz, Nicolás Franco, Arburúa, o bien

Bancos creados por el régimen, tales como el Ibérico, el Mediterráneo, el Popular, etc., tras los cuales se encubren las actividades de los principales dirigentes falangistas o sus hombres de paja.

La táctica del I. N. I. consiste en ocupar un puesto preponderante en las principales esferas industriales, tales como la construcción naval, los combustibles, aprovechamiento de residuos agrícolas, producción siderúrgica, etc., obligando a los antiguos detentadores del poder a seguir sus normas. Todas las empresas creadas por el I. N. I. disfrutan de un trato de favor, no sólo fiscal, sino en su gestión económica. Los directores o consejeros de esas empresas rara vez se preocupan por la rentabilidad o financiación de sus trabajos. Todos los años les llueven los millones del Estado, que acude con prodigalidad a los caprichos de sus tiernos hijos. El talón de Aquiles del I. N. I. reside precisamente en su incapacidad para asegurar una gestión eficiente y económica, salvo en el caso de dos o tres empresas. Para demostrar que nuestro supuesto no es caprichoso, cojamos varios ejemplos. Primero el de la producción siderúrgica. Cuando terminó la guerra civil española, la capacidad de producción de las instalaciones se elevaba a un millón y medio de toneladas de laminados, es decir, el doble de la conseguida entre 1940 y 1953. Si el gobierno hubiese querido realmente impulsar la producción siderúrgica en la forma más económica para el país, lo lógico hubiese sido activar las mejoras de las instalaciones más productivas, tales como Altos Hornos de Vizcaya, Duro Felguera y Sagunto. Estas empresas hace ya tiempo que estudiaron el montaje de grandes instalaciones para el sintering de minerales y extensión de sus hornos de coque. El interés del país reclamaba que dichas instalaciones fuesen dotadas de una mejor mecanización del proceso de carga y descarga de materias primas, una vez ya sinterizadas. El aprovechamiento térmico también era una necesidad. Todos estos problemas hacía tiempo que habían sido estudiados por los técnicos de dichas empresas. Pero el Estado se negó en todo momento a conceder divisas, y hasta incluso denegó permisos de mejoras. Un buen día, en contra de toda lógica, pero en apoyo de un interés político evidente, el Gobierno anunció al país la creación de una empresa siderúrgica estatal, a la que se le han facilitado cuantiosos medios, calculándose que el costo hasta este momento de los trabajos ejecutados rebasa ampliamente los diez mil millones de pesetas. Esta empresa no rebasará una producción superior a las 700,000 toneladas anuales, lo que quiere decir que se ha proyectado a un stándard inferior al que corresponde a una empresa moderna y eficiente. En cuanto al aprovechamiento de los residuos agrícolas, pese a que la idea es magnífica, estamos seguros que

se convertirá en la forma encubierta de dominar a los propietarios agrícolas. Actualmente se piensa en crear una poderosa empresa que se ocupe de obtener jugos y extractos de los agrios españoles en los años desfavorables, lo que no deja de ser otro modo indirecto de dominar a los productores valencianos, alicantinos, murcianos y de Castellón.

En resumen, podemos decir que la economía española, vista desde su desenvolvimiento interior, refleja: a) un total desprecio de las necesidades de las capas humildes; b) el sojuzgamiento de los propietarios agrícolas como grupos dirigentes, mediatizando su acción en la escala misma de la explotación marginal de sus productos. A decir verdad, el franquismo tiene poco miedo a estos grupos, que considera como sus amigos más fieles; c) desplazamiento de los antiguos detentadores del poder político (Iglesia y alta finanza) mediante creación de sus propios órganos de poder (empresas y bancos). Esta lucha sorda se mantiene en pie y la verdad es que hacen más progresos los elementos de poder del franquismo que los otros. A la Iglesia le debe Franco el que España se haya visto libre del aislamiento exterior y el Caudillo no oculta su agradecimiento al Vaticano y a sus representantes en el país. Si los bancos y las empresas del franquismo dispusieran de la capacidad y mano de obra que tienen sus antagonistas, el triunfo se habría ya inclinado abiertamente a su favor. Pero quienes dirigen unos y otras son por regla general advenedizos que deben sus cargos al favor político y no a la capacidad. La mayoría de ellos proceden de gentes no muy ricas y es frecuente que se enriquezcan rápidamente, siguiendo al efecto el ejemplo de sus superiores, es decir, los Suanzes, los Carceller, los Planell, los Arangueren, etc. No pasa mucho tiempo sin que el país conozca algún escándalo inmoral y siempre afecta a gentes adictas al franquismo o que han medrado bajo su régimen. En honor a la verdad, debemos reconocer que si los antiguos detentadores del poder son nocivos por hallarse sus propios intereses en oposición con los generales del país, no cabe tildarles de inmorales. Son gentes acostumbradas a la riqueza, que conocen el poder del dinero, pero que no se dejan mediatizar por comisiones u otras prebendas encubiertas.

Inútil decir que la estructura franquista a que hemos hecho referencia más arriba está defendida por unos militares que han sabido bien explotar su ayuda al Caudillo. La mayoría de las empresas estatales o semi-estatales están regidas por comandantes, coroneles y hasta capitanes y tenientes, lo que quizá explique su falta de capacidad.

Los acontecimientos desencadenados recientemente en España reflejan, en el fondo, un malestar que madura y surge allí donde lo

doctrinal no corresponde a lo realizado. Hace ya algún tiempo que los intelectuales españoles, tanto jóvenes escritores como estudiantes, se sentían insatisfechos con las explicaciones de los dirigentes del país. No cabe duda que en todos los países subsiste una distancia entre lo que se prometió hacer y lo que en verdad se hizo. Cuando esa distancia raya en lo ridículo, viéndose los dirigentes obligados a recurrir a las explicaciones más simplistas y pobres, que pugnan con la realidad diaria que toca a todos los ciudadanos, es lógico que quienes ayer creyeron en una dictrina, se vuelvan contra ella o bien reclamen la necesidad de volver por los cauces prometidos.

Como ocurre en todas las partes, y por ley natural misma de las ideas, ha sido la clase estudiantil la primera en recoger el eco de ese descontento que ahora incluye también fracciones o grupos que no pueden ser tildados de comunistas ni tan siquiera de extremistas. Los jóvenes leen y estudian la evolución de las ideas, sin que ese movimiento pueda detenerse con los sustitutivos ya resecos y desprestigiados del régimen franquista, con sus pantallas del Fuero de los Españoles y de la Democracia Orgánica. El fracaso de la doctrina franquista es tan manifiesto, que no se necesitan grandes dotes dialécticas para demostrar sus fallas. Son las obras del propio régimen las que expresan su decrepitud. Como bien decían los estudiantes en su escrito de protesta, firmado principalmente por estudiantes de matiz político derechista, el latrocinio se ha equiparado a la inteligencia y capacidad. La juventud no puede vivir mucho tiempo en un ambiente en el que falten dos cosas que para ella son esenciales: libertad para llegar a las ideas con espíritu crítico y espacio para que cristalicen sus ansias de justicia y servicio al país. Hace algún tiempo que la juventud se ha despertado y ha podido comprobar que el país está regido por la decrepitud de los cuarteles (peor que el militarismo) y la estrechez de un catolicismo cada día más vuelto de espaldas a la realidad. Existen grupos católicos más progresivos, que comprenden la necesidad de enarbolar una política social más constructiva, y son ellos justamente los que ahora se han unido a la repulsa del régimen.

Quienes hemos estudiado en la Universidad cuando la juventud bullía en inquietudes y en deseos de ser útiles a la comunidad, no acertábamos a comprender la actitud de una juventud callada y sin deseos amplios. Que la clase obrera permanezca a la expectativa, en un aparente conformismo, vigilada sin cesar por una policía que recurre a las argucias más reprobables para abortar toda reunión o difusión de ideas nocivas al régimen, tiene hasta cierto punto su justificación, máxime cuando se siente defraudada y desasistida de los países que lu-

charon contra el fascismo. Pero la juventud, por ley natural del espíritu, no podía quedar rezagada y ya sabíamos nosotros desde hace algún tiempo que el fermento de la curiosidad y la decantación de las comparaciones terminarían por imponerse como razones decisivas.

Sabemos que los disturbios estudiantiles de estos días no son algaradas pasajeras, sino que marcan un hito esperanzador para el país. El movimiento tiene su mayor trascendencia por el hecho de haber surgido arrollador y como aglutinante de todas las diferencias que pudieran existir entre los diversos matices políticos. El malestar ha penetrado en las filas falangistas y en las monárquicas y esto es lo grave para el régimen. Debemos confesar que el choque lo esperábamos y que no nos ha cogido de sorpresa, porque es una ley histórica inevitable el que los pueblos gobernados por ideales caducos o por fraudes ideológicos, como ocurre actualmente en España, tarde o temprano chocan con el vigor y sed de justicia de la juventud. La participación de grandes grupos clasificados en España como derechistas nos lo demuestra el que el Gobierno ha tenido que derogar dos artículos del Fuero de los Españoles. Uno de ellos se refiere a que ningún español puede permanecer más de 72 horas detenido sin habérsele incoado proceso y el otro a la imposibilidad de fijar domicilio, es decir, el destierro. Cientos de miles de españoles denominados rojos se habrán quedado boquiabiertos al saber que existían tales garantías, garantías que jamás les fueron aplicadas. Meses y años han permanecido detenidas personas a las que se les ha soltado sin darles ni tan siquiera la más mínima excusa. Pero eso que vale para los enemigos declarados del franquismo, no puede ser de aplicación para los ayer amigos del régimen, hijos o familiares de abogados célebres, cuando no de propios magistrados del Tribunal Supremo.

En resumen, podemos decir que la juventud española, sin distinción de matices, está abiertamente contra el franquismo, especialmente en lo que tiene de opresor de las ideas y en defensor de fórmulas caducas o de ficciones. A los estudiantes y escritores jóvenes les asfixia esa censura encubierta y solapada que les rodea. Se sienten mutilados y ofendidos, como si el negarles el acceso a ciertas obras y doctrinas constituyese una bofetada a su condición de estudiante. A esta asfixia mezquina, y sobre todo desde hace algún tiempo, se ha unido un profundo malestar económico, agravado por el hecho de que la mayoría de las becas, por no decir todas, se conceden a hijos o familiares de falangistas conocidos, como con toda crudeza lo expuso un estudiante en una reciente asamblea.

El Gobierno de Franco no puede alegar que desconocía este cambio de mentalidad de la juventud española, pues memorias suscritas por

Lain Entralgo, por estudiantes y por suspensiones de revistas, bien claro evidenciaban tal modificación. Lo sintomático no era el hecho de que los llamados rojos estén abiertamente contra el franquismo, sino saber que dentro del movimiento falangista surgía una latente disconformidad y una tajante repulsa. Si el anticomunismo de Franco ha conseguido convencer a Washington, su política interior no ha podido evidenciar mayor fracaso que el de mostrar al mundo que hasta los que lucharon por una España franquista se sienten en muchos casos decepcionados y avergonzados por la inmoralidad del régimen.

Luis CABALLERO

Aventura del Pensamiento

NUEVO EXISTENCIALISMO EN MÉXICO

(LA FILOSOFIA DE JOSE ROMANO MUÑOZ)

Por *Luis RECASENS SICHES*

Sin incurrir en ninguna exageración, creo que puede afirmarse, dando al registro de este hecho la solemnidad que merece, que en México en 1953 se produjo un nuevo y muy importante desenvolvimiento del existencialismo, al publicar José Romano Muñoz su obra señera *Hacia una filosofía existencial: al margen de la nada, de la muerte y de la náusea metafísica.* Este libro suscitó una valoración crítica positiva muy favorable, lo mismo en los círculos estrictamente filosóficos, que en campos menos especializados y más extensos de la cultura, tanto en México como en otros países de lengua castellana. Sin embargo, me parece que aun siendo justamente laudatorias las glosas motivadas por este trabajo del doctor José Romano Muñoz, no se hizo el hincapié debido en el hecho de que dicha obra constituye un formidable avance en una decisiva depuración en la filosofía existencial. Creo que es de estricta justicia subrayar y vocear los grandes y originales logros llevados a cabo por Romano Muñoz en el mencionado libro, así como me parece también imperativo llamar la atención sobre sus muchas sugerencias fecundas, que abren nuevos horizontes a la meditación filosófica sobre este tema.

Además del alto valor que tiene el hondo y agudo pensamiento de Romano Muñoz, su obra ofrece el atractivo de un estilo literario encantador. Tiene este estilo galanura, meridiana claridad, sencillez, acento sincero, dimensión incisiva y vigor impresionante.

Acaso la facilidad y seducción de ese estilo haya determinado que posiblemente algunos lectores, al no sentirse forzados a un tenso esfuerzo de comprensión, hayan creído que el alimento intelectual que se les sirve en esas páginas de Romano Muñoz no constituía una auténtica creación filosófica,

sino más bien un bello ensayo literario, que coqueteaba con la filosofía. Una experiencia similar sufrió José Ortega y Gasset frecuentemente. En una ocasión le oí lamentarse con agridulce ironía sobre ese tipo de reacción, que sus escritos y conferencias provocaban en ciertas gentes: "uno pasa largos desvelos y realiza difíciles esfuerzos para presentar el pensamiento filosófico con la mayor claridad, para darle un interés auténticamente humano, que atraiga irresistiblemente; y, a veces, se ve *recompensado* por el comentario de algunas gentes que dice: esto me gustó muchísimo, pero no debe valer gran cosa puesto que ningún trabajo me costó entenderlo' ". Es posible que a Romano Muñoz en ocasiones le haya acontecido algo semejante.

Pero ese tipo de reacción frívola no constituye argumento válido en contra del estilo límpidamente fácil y literariamente cuidado en la exposición de la filosofía. Si bien es verdad que la historia del pensamiento filosófico registra grandes genios que emplearon para la exposición filosófica un estilo esotérico (los pitagóricos, Aristóteles, Santo Tomás, Leibniz, Kant, Hegel, Husserl, etc.), también es verdad que el uso del estilo llano, ora popular, ora literario, ha tenido campeones de talla no menor: Platón, San Agustín, Descartes, Pascal, Schopenhauer, Bergson, Ortega y Gasset. Lejos de mi ánimo entablar una discusión sobre las ventajas o inconvenientes de cada uno de esos dos diferentes modos expositivos de la filosofía. Pero, sí, permítaseme simplemente manifestar mi preferencia en favor del estilo llano y literario.

Romano Muñoz es un pensador rigoroso en su filosofía de la vida, por lo tanto, medita con serenidad y con precisión. Pero su pensamiento no es mero pensamiento, sino que es además experiencia intelectual que ha vivido de modo auténtico y plenario. Sus meditaciones sobre la *filosofía* de la existencia son *filosofía* genuina, pero son además experiencia humana vivida con máxima sinceridad.

Se refiere Romano Muñoz a los grandes filósofos, especialmente a los del siglo XX. Pero sus referencias no son de carácter erudito; por el contrario, constituyen el diálogo íntimo que ha mantenido con ellos, el testimonio de la inspiración que les debe, así como de las inquietudes insatisfechas que le suscitaron, y la expresión de cómo él ha ido abriendo su propia vía.

En efecto, la filosofía de Romano Muñoz no es producto construido en la soledad de un gabinete de atmósfera enrarecida. Es una filosofía vivida por él, hondamente, con radical

sinceridad. Es decir, es filosofía; no constituye una *confesión*, al modo del pensamiento místico y frenético de los románticos alemanes. Es, por el contrario, una meditación intelectual rigorosa. Pero es una meditación que ha brotado de una angustia vital, de la angustia total, esto es, de la angustia producida por la conciencia plena y sin restricciones del problema filosófico, que es nada menos, ante todo y por encima de todo, el problema del hombre, mejor dicho el problema de nuestra existencia. Y, una vez nacida y desenvuelta, esa filosofía de Romano Muñoz impregna la realidad toda de su autor.

Es Romano Muñoz un auténtico filósofo, porque busca como punto de partida la *experiencia inmediata,* y, además, *total,* tratando de evitar el error de substituir esa total y radical experiencia inmediata por una anticipada y precipitada interpretación intelectual de esa experiencia. En eso sigue fielmente la directriz tan vigorosa y decisivamente subrayada por José Ortega y Gasset.

Claro que una filosofía, que efectivamente sea tal, habrá de constituir un intento de análisis y de interpretación intelectuales de lo radicalmente *dado.* Pero la filosofía no debe empezar por una interpretación intelectual, sino que, por el contrario, debe buscar, para adoptarlo como punto de partida, lo *dado primaria y absolutamente*, lo cual es previo a toda interpretación puesta por el intelecto. La verdadera función del pensamiento, de la razón, es ponernos en contacto con la realidad verdadera. Ésa es la función genuina de la razón. Puras construcciones lógicas son nada más que juego casero del intelecto, con poca trascendencia, cuando no con estrago y desmoralización reprobables.

Recuerda Romano Muñoz que una directriz pareja había sido ya observada, al menos en cuanto al propósito, entre otros, por Ravaison Boutroux y sobre todo por Bergson: no empezar por el intelecto puro, el cual desempeña una función derivada y subordinada. Buscar, por el contrario, como punto de arranque o cimiento, la realidad innegable y primaria, de la cual el intelecto puro es sólo una parte y también un instrumento. Ese instrumento servirá para analizar la realidad primaria, para analizar la estación de partida, pero no puede substituirla.

Romano Muñoz no se contenta con los pobres substitutos, asaz entecos, de la filosofía, ofrecidos por el neokantismo y el neopositivismo. "La filosofía no puede concretarse a ser una mera teoría del pensamiento puro, del sentimiento puro y de la

voluntad pura. Eso es renuncia pura a filosofar. Eso es pura y simplemente quedarse a la zaga de los problemas que en verdad interesan y angustian al hombre, que no puede conformarse con una mera esquematización abstracta y conceptual del mundo y de la vida, sino que quiere saber qué hay 'detrás de la cortina de hierro' creada por ese nuevo totalitarismo de la inteligencia".

Claro que "la filosofía —atinadamente observa Romano Muñoz— no es ciencia, en el sentido actual del término. Como que se trata de una nueva dimensión de la realidad que está fuera del alcance de la matemática y de la lógica, que rebasa el cuadro racional de las categorías y de los esquemas de la llamada 'conciencia en general' ".

A esto podría añadirse que en el siglo XX los filósofos ya no se sienten ni avergonzados ni contritos por el jactancioso denuesto, que contra ellos solían disparar en el siglo XIX los científicos de laboratorio, denuesto con el cual en tono de acre censura se decía que lo que los filósofos intentaban hacer no era ciencia. Claro que no era ciencia en el sentido de la ciencia del laboratorio de física, de química o de biología. No es ciencia en ese sentido, ni pretende serlo. Triste sería el papel de la filosofía, si intentara duplicar la función de la ciencia positiva. Si emplease análogos métodos a los de la ciencia positiva, la filosofía resultaría superflua, un insensato derroche de tiempo, para repetir la función egregiamente desempeñada por la ciencia positiva, y para reiterar innecesariamente los mismos resultados felizmente logrados por ésta. Si, por el contrario, apuntase hacia los mismos propósitos de la ciencia positiva, pero sin manejar los procedimientos depurados de investigación que ésta usa, seguramente se perdería en un mar de divagaciones que no tendrían ningún valor, o, tal vez algo peor, que llevarían a confusión. Por eso hoy, con justa altivez, los filósofos hacen constar taxativamente que la filosofía no es ciencia, otra ciencia que se una a la lista de las ciencias particulares, sino que su problema y su tipo de conocimiento constituyen algo que es diferente de la ciencia.

Que la filosofía sea diferente de la ciencia no quiere decir, sin embargo, que sea mera elucubración en alas de la fantasía, y, por lo tanto, injustificable, meramente caprichosa. El ejercicio de la filosofía en estado mental de sobriedad, es decir, evitando embriagueces de mitos, como las que fueron características de los románticos alemanes, se lanza a la búsqueda

de la realidad verdaderamente primaria, de aquello que *nos es dado* sin la previa interpretación intelectual, de aquello que constituya el dato innegable con el que de veras tropezamos, cuando hemos hecho a un lado todos los esquemas prefabricados de interpretación, con aquello que constituye la base o el suelo nutricio de todo lo demás, incluso del intelecto mismo.

"Para hacer posible la nueva filosofía —comenta Romano Muñoz—, ha sido necesario descartar la antigua lógica (aristotélica y kantiana), la lógica de la objetividad, para dar paso a la fenomenología de la subjetividad, mediante un nuevo método que, partiendo de un nuevo tipo de experiencia permita captar la interioridad de lo *existente* y *real* en una dimensión antes insospechada. Con ello la metafísica tradicional (cuya imposibilidad demostró Kant) ha dejado el camino abierto para la metafísica actual".

Que la metafísica actual vaya a partir del dato primario y radical de la vida humana, de la existencia humana, la cual es además envolvente de todos los otros objetos que en el universo haya —se entiende el universo del cual el hombre habla con sentido, que es el universo suyo, el universo del hombre—, no implica que la nueva metafísica tenga que ser creación subjetiva, o producto de la imaginación. Nada de eso. Por el contrario, ningún otro de los objetos que en el mundo haya —incluyendo todos los resultados de la ciencia positiva— tiene el grado de inmediatez indiscutible, de palmaria patencia, de evidente objetividad, que presenta el hecho de nuestra vida, de la existencia humana. Todo lo demás, incluso entre ello todas las "verdades" críticamente destiladas por la ciencia, es algo que se da en la vida del hombre, algo que se da dentro de la existencia humana.

Este aserto no entraña en modo alguno ninguna dimensión de subjetivismo, porque, según descubrió Ortega y Gasset, mi vida no es mi yo, no es el sujeto puro —aquel sujeto condenado a terrible solipsismo por la filosofía idealista—, sino que la humana existencia es la esencial e inescindible correlación entre el yo y el mundo —el mundo en el cual el yo se encuentra, teniendo que tratar con él—; es la pareja inseparable y recíprocamente condicionada del sujeto y el conjunto de los objetos que constituyen su *circunstancia*. La realidad de mi vida es el dato plena y absolutamente objetivo, con un grado de objetividad mayor que el que puedan tener las verdades científicas demostradas de un modo plenamente satisfactorio.

Porque esas verdades científicas, que sin duda son verdad —perdónese el pleonasmo—, son verdades logradas por procedimientos mediatos —desde luego enteramente justificados—, pero no son lo dado primariamente con autoevidencia indeclinable. Con este mi comentario, interferido en la glosa de la obra de Romano Muñoz, he querido significar que cuando éste de nuevo repite que la filosofía no es ciencia y que toma como cimiento la realidad auténtica del hombre, esto no quiere decir en absoluto que vaya a navegar al impulso de un capricho subjetivo o de una fantasía poética, sino que, por el contrario, va a buscar la realidad genuinamente objetiva que es además la base de todas las otras realidades. La ciencia, o mejor dicho las ciencias, son las que se ocupan de conocer esas *otras* realidades. La filosofía busca la realidad primera, sustentáculo y condición de todas las demás realidades.

Con toda lealtad Romano Muñoz da a conocer las etapas de su experiencia filosófica, de sus vivencias filosóficas. Bergson le enseñó el hecho incontestable de la existencia y la importancia capital de nuestra experiencia íntima de la duración: la "duración pura" como la raíz misma de nuestro ser. De Unamuno le cautivó su soberbio desdén por todo lo convencional, por lo especulativo y conceptual, y él lo llevó retrospectivamente a Kierkegaard, para quien existir, en el modo en que el hombre existe, es estar en el tiempo, y para quien la urgencia capital consistía en ponerse en claro consigo mismo, en saber *qué debía hacer*. El hombre como ser histórico, apuntado ya en Kierkegaard, aparecía subrayado y analizado en Dilthey.

El pensamiento de José Ortega y Gasset, que ya había venido ejerciendo vigorosa influencia sobre toda la producción anterior de Romano Muñoz, hubo de guiarle continuamente en el ulterior desarrollo de su meditación filosófica, que le ha llevado a su filosofía existencialista. Heidegger, aparte de la repulsa que le inspira su nihilismo y su pesimismo, le ayudó a una integración metódica en un plano rigorosamente filosófico.

Romano Muñoz se declara existencialista, pero su existencialismo rechaza, de un modo decidido y con procedimiento estrictamente filosófico, el nihilismo y el pesimismo radicales de un Heidegger y un Sartre, y, en su lugar, elabora una metafísica que abre la vía a la esperanza, y a la experiencia integral, la cual incluye la experiencia religiosa.

Ante la lectura de Heidegger y de Sartre —dice Romano Muñoz— "he retrocedido con espanto, en profunda, en mortal desolación. En un grito, que es rebeldía y protesta de todo mi ser, me he dicho mil veces: no y no y no. *Esto no es el hombre.* Este análisis frío... nos entrega un ser humano que es *todo menos un hombre...* Arrancar del corazón humano la *esperanza*, el único asidero del ser para su angustia; despojar a la vida de toda finalidad, de toda razón de ser, de todo sentido, eso es la demencia, o la obra diabólica de la razón llevada a los límites de la perversidad".

Romano Muñoz es existencialista: "Si por existencialismo se entiende lisa y llanamente una corriente de pensamiento que hace del existir humano individual el punto de partida del filosofar, soy y me declaro existencialista".

Romano Muñoz acepta como bases fundamentales de una genuina metafísica las tres premisas siguientes: a) La metafísica no es una especulación sobre la existencia, sino la *experiencia* fundamental en y acerca de la existencia. b) La totalidad del problema metafísico es posible sólo si se hace del hombre mismo el objeto y el punto de partida del filosofar. c) El *ser* no permite que se le considere desde un punto de vista exterior a él mismo. En la encuesta sobre el ser es absolutamente imposible establecer una distinción radical entre el objeto de la cuestión y el ser mismo que la plantea.

Sin perjuicio de reconocer lo que aprendió de algunos precursores, señala frente a ellos sus discrepancias. Frente a Unamuno y a Kierkegaard, porque ambos al echarse en brazos de la fe, quedan *ipso facto* fuera del campo legal de la filosofía. Frente a Bergson, porque éste no acierta a enfocar el problema metafísico desde el ángulo del existir mismo. Combate tenazmente las derivaciones *negativas* tanto del pensamiento de Heidegger como el de Sartre, porque las juzga injustificadas desde el punto de vista auténticamente existencialista. Esas derivaciones podríamos decir —creo en esto interpretar fielmente el pensamiento de Romano Muñoz— son comprensibles tan sólo desde el punto de vista de la *sociología del conocimiento*, como proyección de la tristeza, del dolor y el pesimismo, suscitados por la situación del mundo histórico-social contemporáneo. Cree que hay aportaciones muy importantes en el aspecto positivo en el pensamiento de Karl Jaspers, de Gabriel Marcel, de Maurice Blondel, de Chestov, de Berdiaeff, de Postore y de Abbagnano. Pero con la excepción del primero, Jaspers, lamenta que

los demás deriven hacia rutas que están extramuros del campo de la filosofía.

Una de las más substanciales aportaciones de José Romano Muñoz a la filosofía existencialista consiste en su crítica, satisfactoria y plenamente razonada, contra los dos conceptos *negativos* de la doctrina heideggeriana: el de la *Nada* y el de la *Muerte,* que considera son el talón de Aquiles, el punto débil, la "pifia metafísica" de aquella concepción. Con su crítica, José Romano Muñoz contribuye eficazmente a salvar la filosofía de la vida o existencia humana del abismo a que la había llevado Heidegger.

Cierto que la nueva metafísica, la filosofía de la vida o existencia humana, debe muchísimo al pensamiento de Heidegger. Aunque, sin duda el primer filósofo, plena y estrictamente filósofo, que ya desde 1914 sentó las bases y abrió el camino para la nueva metafísica de la vida humana, fue José Ortega y Gasset, es también verdad que Heidegger realizó después una serie de análisis muy rigorosos, y consiguió un desenvolvimiento más minucioso. Mas, por otra parte, Heidegger añadió a sus grandes descubrimientos y precisiones, algo que está muy lejos de ser inherente a la metafísica de la vida: ese nihilismo y pesimismo que tan violentamente repugna a José Romano Muñoz, y nos repugna a muchos otros, que tomamos como base lo esencial de la filosofía de la vida y continuamos explorando la realidad primaria de la existencia humana que ha sido descubierta por esa filosofía. Aunque Heidegger —y después al igual que él Sartre todavía con mayor pesimismo—, acentúan la actitud nihilista y pesimista presentándolas como pieza necesaria de la nueva metafísica, no son de ninguna manera esenciales a ésta son, por el contrario, añadidos hábilmente soldados a esa filosofía, pero sin intrínseca relación necesaria con ella.

Esas piezas, incrustadas de modo muy inteligente pero arbitrario, con una fina inteligencia que encubre esa esencial arbitrariedad, constituyen una superchería. No intento decir que haya habido mala fe intelectual ni en Heidegger ni en Sartre. Seguramente se trata de la interferencia suscitada por su circunstancia social histórica, que en ellos produjo una reacción sentimental inconsciente. Y tal reacción, que en el fondo era puramente emotiva, en pensadores de tan poderosa y fina inteligencia, quedó disfrazada desde el primer momento con una presentación de apariencia racional, como si se tratase de una parte

esencial que se siguiera inevitablemente de la metafísica por ellos elaborada.

Esto echó sobre la filosofía de la existencia un terrible sambenito, que la hacía aparecer, ante quienes no habían profundizado en ella, como un trágico abismo, como un grito de definitiva desesperación, y como un agente de desmoralización. Cierto que éramos varios, bastantes, los que en diversos países del mundo llamábamos la atención sobre el hecho de que metafísica de la vida humana y Heidegger y Sartre no eran términos equivalentes; puesto que, antes y después de la obra de esos dos pensadores, hubo otras direcciones de filosofía de la vida humana en las que no figuraba el acento de pesimismo ni el efecto de desesperación. Las aportaciones egregias de Ortega y Gasset y de Jaspers eran una prueba de la justeza de este aserto; también, las de Marcel, Abbagnano y otros.

Ahora Romano Muñoz, con su crítica decisiva del pesimismo y nihilismo característicos de Heidegger y Sartre, viene a aclarar más y mejor la esencia de la nueva metafísica, liberándola de aquellas excrecencias, y derivando de la misma rutas para la esperanza e, incluso, para el entusiasmo.

Romano Muñoz hace patente que frente a la dimensión de auténtica realidad metafísica que Heidegger confiere a la *Nada* hay que comprender que "*la Nada* designa la ausencia de lo que en realidad buscamos, deseamos o esperamos, o sea, que allí donde hubiésemos deseado ver lo que buscamos, hay *otra cosa. Nada* quiere decir, pues, *supresión* —como ausencia—, y supresión significa en verdad *sustitución. . .*"

Con respecto a la idea heideggeriana de la *Muerte*, como el límite y la plenitud de la posibilidad existencial, Romano Muñoz arguye "que tan supuesto (o tan pre-juicio) metafísico es la *inmortalidad* como la *mortalidad* del ente humano. En efecto, ¿en qué dato positivo se fundan los existencialistas nihilistas para afirmar tan rotundamente que la muerte es el término necesario del ser de la existencia humana? ¿Por qué lo *vemos* y *constatamos* todos los días? Hay, sin embargo, ¡tantas cosas que *creemos* ver y constatar, y que a la postre resultan falsas!. . . ¿No será más cuerdo no prejuzgar y mantenerse en una prudente duda en espera del día en que la ciencia *compruebe* (cosa que hasta hoy no ha hecho) que la muerte es el fin de todo? Porque la prueba podría resultar contraria, y *comprobarse* que la muerte no es el *fin* sino sólo un *paréntesis* de la vida, pensar lo cual no tiene nada de imposible ni de absurdo.

En todo caso, está a mi favor el grueso de la tradición filosófica, que no afirma la muerte sino la vida. Por lo demás, ¿no es por ventura la esperanza un dato tan indiscutiblemente humano como la certidumbre?"

"No, no es honrado ni válido decir: más allá del ente, la nada. Más honrado sería decir: no veo nada. Cuando penetramos en un cuarto oscuro y declaramos que no hay *nada* de luz, mentimos. Lo único correcto es decir que no *vemos* nada. . . Por eso siempre me ha parecido que los existencialistas (tipo Heidegger o Sartre) incurren al respecto en la conocida falacia *non sequitur*. Como que del hecho de no ver nada, no 'se sigue' el que no haya nada".

Es también muy fina, y a la vez muy rigorosa, la crítica que Romano Muñoz desenvuelve contra el supuesto ateo del existencialismo de Sartre, supuesto que se explica desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, teniendo en cuenta la desmoralización y la desesperación de Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Ese ateísmo no es una posición filosófica, es sencillamente un trágico gesto de resentimiento. Romano Muñoz muestra con toda claridad que el ateísmo de Sartre no es una pieza necesaria de la metafísica existencial, sino que constituye una posición previa, extramuros de la auténtica filosofía. No es una consecuencia a la que se llega a través de la metafísica de la existencia, sino que, por el contrario, es una actitud previa al filosofar de Sartre, la cual éste toma como punto de partida para su reflexión filosófica.

Romano Muñoz no trata de reemplazar la metafísica por la mística religiosa. Con todo rigor filosófico muestra que el problema de Dios no puede ser el punto de partida de la meditación filosófica. "Nada de *Dios* (como supuesto metódico se entiende) pero tampoco de no-Dios; tan prejuicio es lo uno como lo otro". Entiéndase bien este pensamiento de Romano Muñoz: no se trata de negar que la filosofía pueda llegar a encontrarse con Dios. Seguramente será así. Lo único que se dice es que no se puede partir tomando como base ni un supuesto teísta, ni un supuesto ateo. Al fin y al cabo, este pensamiento tiene entre otros muchos antecedentes nada menos que la metafísica de San Agustín, quien no halla a Dios en el primer capítulo de su filosofía, sino cuando el desenvolvimiento de ésta ha avanzado ya considerablemente. San Agustín parte como dato primario de la conciencia humana. Al analizar la conciencia, encuentra en ésta ideas que considera dotadas intrín-

secamente de validez absoluta y con dimensiones de autoevidencia —eternas. Precisamente por esto, entonces contrastando tales ideas absolutas y eternas con lo limitado y lo perecedero de la humana existencia, entiende que en ésta, por imperfecta, no puede hallarse ni la fuente ni la razón de ser de tales ideas absolutas. Si esas ideas son absolutas y eternas, implican la existencia de un Ser Absoluto y Eterno, que constituya su fundamento y apoyo, es decir, tales ideas nos llevan a encontrar a Dios. Desde ese momento la idea de Dios jugará un papel substancial en la filosofía de San Agustín; pero tal idea no constituye la estación de partida de su filosofía, sino un hallazgo de ésta en un desenvolvimiento ulterior.

Para Romano Muñoz, la metafísica termina por convertirse en ética. Con ello se afirma una vez más la esencia de toda auténtica filosofía. Se dice atinadamente que la filosofía se plantea el problema total del universo en tanto que universo. Tal caracterización de la filosofía es correcta, pero tiene un defecto: el no señalar suficientemente que, al hablar del universo, no se piensa pura y simplemente en el universo como totalidad, sino que se piensa sobre todo en la relación entre el yo y el universo: que sea el mundo para mí, que represente yo para el mundo. El problema filosófico del universo no es sencillamente el problema del universo en tanto que totalidad. Es eso; pero es además, ante todo, y sobre todo, el problema de la relación entre el hombre y todas las demás cosas que en el universo haya. Y el tratamiento de este tema metafísico, el tema metafísico por excelencia, habrá de prejuzgar necesariamente toda la filosofía moral.

"*Nuestro ser...* es un *poder ser* que anhela *ser más,* es decir una voluntad, una apetencia de ser todo lo que *puede ser* en la plena realización de su posibilidad inmanente... La temporalidad sólo tiene sentido si designa un modo de ser; el del ser que se extraña, que se proyecta fuera de sí. La conciencia, como negación interna de sí misma, no es ese ser que sin embargo es (el pasado), y ese ser que sin embargo no es (el futuro), sino esa... perenne apetencia de ser que va del ser *que-ha-sido* al ser *que-aún-no-es*, pero que *puede* ser a través de un *ser-siendo* que representa el ápice, el momento fugaz que en este instante vivo. Es ésta la dinámica de la existencia, del ser que soy yo. Es éste el tiempo que se temporaliza en los éxtasis o momentos de la temporalidad".

Esto lleva necesariamente a la conversión de la metafísica

en ética "porque si el ser es esencialmente un poder-ser, eso nos muestra a las claras que el ser, en cuanto tal, es *ser-para-la-perfección,* aspiración ontológica cuyo contenido ideal es la *perfección* misma, la plenitud, la plena integración del ser. Tal vez es esto lo que hay en el fondo de toda aspiración religiosa, de toda mística de salvación".

El existencialismo ha puesto una vez más de manifiesto, pero con relieve mayor que otras filosofías, incluso que aquellas que hincaban la ética en la médula misma de la metafísica, que el problema filosófico central es el problema de la acción. Todo existencialismo congruente culmina *a fortiori* en una doctrina de la acción. En esto coinciden todos los existencialistas, aunque difieran las doctrinas de la acción que cada uno de ellos ofrece.

Romano Muñoz, en otro tiempo, comenzó su meditación filosófica por la ética. Su libro *El secreto del bien y del mal* ofreció una nueva versión, con muchos acentos originales, de la doctrina de los valores —principalmente bajo el signo de Scheler, aunque no de modo exclusivo—, pulcra y limpiamente articulada con los principios capitales de la metafísica de la vida. Más tarde acometió de frente el problema metafísico, en el libro aquí comentado, porque a él indeclinablemente le llevó su preocupación ética. Su pesquisa metafísica y las meditaciones derivadas de ella, le han conducido razonablemente de nuevo al campo de la ética, como no podía dejar de suceder.

Ortega y Gasset solía decir en sus cursos universitarios que deseaba propugnar la sustitución de una moral de los preceptos, por una moral de la ilusión, del entusiasmo, esto es, de la proyección dinámica de las posibilidades de cada vida humana hacia el cumplimiento o realización de su peculiar destino, es decir, de ese singular proyecto de vida o misión que cada quien es, proyecto al cual puede permanecer fiel o infiel, o más o menos fiel, pero que es el único que dota de sentido auténtico a la existencia de una persona, Romano Muñoz tomando como base un pensamiento análogo, especifica que la esencialidad ontológica del hombre implica *elección, cumplimiento, compromiso, realización.* "Y lo que del filósofo se espera es justamente que aporte alguna luz sobre las formas posibles de este cumplir del hombre, en cuanto ente cuyo modo de ser es el querer *saberse y hacerse*".

Aquí, en este punto, Romano Muñoz produce uno de sus más grandes aciertos filosóficos: un entronque entre la doc-

trina de los valores y la metafísica de la existencia humana. "Libre es la acción y nada más que la acción. Es ella, y sólo ella, la fuente y raíz de toda vida moral: positivamente, por la afirmación o enriquecimiento, o bien, negativamente, por la negación o degradación del ser. Es por ello de un modo concomitante, el sujeto de todo posible *juicio de valor.* Los valores se conciben, así, no como atributos del ser, sino como virtualidades de la posibilidad, como categorías ontológicas de la acción. Es éste el secreto de la libertad como actividad creadora, y del valor como actualización viva de sus posibilidades inmanentes. Es esto, en una palabra, lo que confiere "sentido" a todo humano *hacerse*, lo que nos entrega el contenido de una ética con fundamento metafísico existencial". "...Es la esencialidad activa del ser, en su espontánea y libre actualización, la que da margen o fundamento a toda posible valoración moral... La axiología investiga la *esencia* de los valores éticos sólo en cuanto expresión de "posibilidades ideales" de la acción, como posibilidades inmanentes del ser mismo en tanto *querer-ser-más,* en tanto modalidades del ímpetu originario de superación. Ahora bien, lo único que una ontología seria afirma es que tales *modalidades* valiosas de la posibilidad *no son arbitrarias,* sino que forman dentro de la inmanencia del ser, a manera de cauces-límite, dentro de un orden axiológico como *prestablecido:...* Tal como se dan al hombre, verbigracia, dentro de un orden físico *prestablecido*, las leyes naturales que éste *no ha dado* a la naturaleza, sino que se le dan, sin que esté en su mano crearlas o alterarlas".

Estimo que este intento de entroncar la axiología con la filosofía existencial representa una formidable hazaña intelectual de José Romano Muñoz. Este punto de las relaciones entre la estimativa y la filosofía de la vida había sido una especie de tabú para algunos de los nuevos metafísicos. En 1923, Ortega y Gasset, en una pulcra *Introducción a la estimativa*, presentaba la teoría de los valores de Max Scheler como uno de los más formidables descubrimientos filosóficos producidos en el siglo XX, y aceptaba con encomio muchas de las tesis de esta doctrina. Años más tarde, cuando Ortega fue desarrollando a fondo y sistematizando su *Metafísica según los principios de la razón vital*, calló sobre los valores, no volvió a ocuparse de ellos, ni en sus cursos universitarios, ni en sus escritos. Una vez hube de manifestarle mi extrañeza por este silencio, y la inquietud que tal silencio me producía. A mi pregunta con-

testó: "Dejemos por ahora este tema. Ya lo recogeré más adelante y me ocuparé de articularlo dentro de mi metafísica raciovitalista".

Respecto de Heidegger, un colega muy estimado me relató el siguiente sucedido. Uno de sus discípulos le preguntó al maestro de Friburgo por su opinión sobre el libro de *Ética* de Nikolai Hartmann, a lo cual respondió Heidegger: "*Ach, das ist keine Ethik. Es ist eine Astronomie der Werte*" ("¡Bah! eso no es una ética: es una astronomía de los valores").

A mí seguía inquietándome ese problema sobre cómo articular la doctrina de los valores con la metafísica de la vida humana. En ulteriores meditaciones, apunté en uno de mis libros[1] que el tema del nexo de recíproca vocación entre los valores y la realidad —que no había sido abordado, ni mucho menos esclarecido por la axiología fenomenológica de Scheler y Hartmann—, se relaciona con la cuestión más general sobre el punto de inserción de la teoría de los valores en el sistema de una filosofía general. "Se trata —decía yo entonces— de la pregunta ¿dónde están o dónde ponemos los valores? Esta pregunta puede ser entendida de dos maneras. Según una de ellas, entendida como sitación en el espacio, su significado sería estúpido, porque siendo los valores inespaciales e intemporales, carece de sentido interrogar por dónde estén. Pero esta pregunta puede formularse con una significación diferente: atribuyendo a ese "dónde" el sentido de cuál sea el puesto de los valores dentro de una concepción filosófica, en relación con las demás partes de la filosofía y, por lo tanto, en relación con los demás objetos de otra índole que en el universo hay. . . A mi entender, cabe plantearlo y orientarlo certeramente, buscando el punto de inserción de los valores en la realidad fundamental que es la existencia o vida humana". Y más adelante[2] esbozaba yo las siguientes ideas: "es el hombre la instancia de cumplimiento o incumplimiento de los valores. Y, por tanto, la pregunta ¿dónde se realizan los valores? debe ser contestada diciendo que los valores se realizan en la vida humana". "Reputo —añadía yo— que se debe asentir a la afirmación del carácter objetivo de los valores; esto es, que se debe negar que los valores sean emanaciones del sujeto; pero considero que hay que entender esa objetividad como intravital o inmanente

---

[1] Cfr. Recaséns Siches, Luis, *Vida humana, sociedad y derecho*, 3a. ed. Edit. Porrúa, México, 1953, p. 54.

[2] Cfr. *ob. cit.* en la nota precedente, p. 55 y ss.

a la vida. Es decir, se trata de una objetividad intravital, porque nada es fuera de mi vida. Todo cuanto es lo es en el marco de mi vida. Así como el mundo de la naturaleza, al que nos referimos, no es algo en absoluto independiente de mí, porque sólo podemos apuntar al mundo que conocemos tal y como lo conocemos, tal y como lo hallamos en nuestra vida, como contorno o correlato del yo, asimismo los valores los hallo como una serie de los objetos que figuran en mi vida y de los cuales me ocupo. Cierto que de igual manera que el mundo, aunque sea un ingrediente de mi vida no es una producción de mi yo, sino que por el contrario se da ante él como una serie de objetos, es decir, de entes objetivos, así también sucede que los valores no son elaboraciones de mi psique, sino que son objetos contra los cuales tropieza mi yo, como podría enfrentarse con otras cosas, sólo que son objetos ideales. Los valores son objetivos, pero objetivos dentro de la vida, correlativos al sujeto, referidos a las situaciones de éste".[3]

Pues bien, creo de veras que Romano Muñoz ha dado acertadamente un considerable paso hacia adelante, en el propósito, que yo había esbozado, de articular en la debida forma la doctrina de los valores con la metafísica de la vida. Me parece que la meditación de Romano Muñoz ha ido mucho más allá, y que constituye un notable logro en ese empeño. Será necesario ciertamente proseguir la meditación, obtener todavía mayores precisiones. Pero la ruta está no sólo señalada, sino ya en parte recorrida con éxito en esa obra de Romano Muñoz, que constituye la maduración de una nueva filosofía en México.

---

[3] Recaséns Siches, *ob. cit.*, p. 73.

EL ARTE Y LA ESTÉTICA

Por *Miguel BUENO*

LA filosofía es una reflexión proyectada en la cultura para explicarla y dar su fundamento teórico; la cultura es el conjunto de actos que ejecuta el hombre con miras a realizar los valores espirituales. La ciencia, el arte, la moralidad, la religión, la política, son ejemplos de cultura; realizan valores como la verdad, la belleza, la bondad, la santidad, o la justicia, por medio de aquellas obras en que el hombre deposita su espiritualidad de un modo objetivo, y se transforma él mismo en actos y hechos que se brindan perennemente a la captación y comprensión de los hombres.

Empero, esta actividad reclama una continua reflexión sobre el devenir cultural, y exige, ante todo, que el hombre se percate del sentido histórico de su labor y de la dinámica que le hace evolucionar con el tiempo. Aprehender este valor dinámico de la cultura en el curso de la historia es la función que corresponde netamente a la filosofía y que ninguna otra ciencia le puede disputar.

Para llevarla a cabo, existen disciplinas filosóficas que satisfacen los problemas teóricos de la cultura. Veamos, en resumen, cuáles son dichos problemas.

I

PARA exponer el sentido de la filosofía hay que partir del proceso constituido en la relación que establece el hombre con el mundo exterior.

El ser humano se encuentra en un mundo, y ese mundo consta de hombres, animales, plantas, y cosas inanimadas, que constituyen el conjunto abigarrado que denominamos "naturaleza". Por tal razón se consideran específicamente como "seres naturales" a todos los seres que pertenecen al mundo. Sin embargo, excluiremos de él al hombre en tanto *res cogitans*, aun-

que el hombre mismo sea también, como *res extensa,* un ser natural. Interesa distinguir los conceptos de "ser natural" y "ser humano", porque el hombre tiene una dimensión de conciencia que se traduce en libertad de acción y facultad de conocimiento, de que no disfrutan los "seres naturales". Para decirlo en otras palabras, el hombre tiene un *espíritu* del cual carecen los "seres naturales", entendiendo por "espíritu" el conjunto de formas superiores de vida y de conciencia que peculiarmente exhibe el hombre. Los animales poseen una vida orgánica, de determinabilidad mesológica, que no llega a ser vida espiritual; con más razón puede afirmarse esto en lo que se refiere a las plantas, y aún más en los seres inanimados. Por todo ello, la espiritualidad o vida consciente es característica del hombre; podemos definirla como actuación libre y voluntaria de la conciencia. Esta libertad se caracteriza por la facultad de elegir el fin último de nuestra vida y los medios para alcanzarlo. A esta facultad se conoce como *teleología.* La conciencia permite conquistar un propósito previamente concebido, un objeto dado con antelación en el plano ideal, o sea aquello que está más allá de nosotros mismos y constituye, en suma, el fin de la vida espiritual.

El reino de la naturaleza no implica la teleología porque es ajeno a la dimensión consciente y voluntaria del ser humano, ya que se rige de un modo mecánico y causal. Los fenómenos de la naturaleza se comportan de tal forma que una causa determinada produce un efecto y cada acto que registre la misma causa producirá también el mismo efecto. A esta regla de comportamiento se conoce como *Ley de causalidad.*

Así pues, el gran total de los seres reales comprende dos campos: la naturaleza, regida por la causalidad, y el espíritu, cuya facultad esencial radica en disponer y conquistar la finalidad que se propone por medio del acto cultural, cuya esencia teórica y axiológica se encarga de explicar la filosofía.

El problema de la esencia y valor del acto cultural se debe cifrar en el origen que tiene éste en el espíritu humano: lo esencial de la cultura es su "naturaleza espiritual". Ahora bien, el acto de la cultura se determina en la relación del hombre con la naturaleza, en el contacto de la vida espiritual con el mundo exterior. En tal relación el espíritu es un factor determinante del acto cultural, pero no el único; también es factor el mundo externo, la realidad material y los seres naturales, puesto que

el hombre se encuentra rodeado por ellos y se deja influir en su vida individual y social.

Las normas morales o religiosas, por ejemplo, pertenecen al aspecto más radicalmente interior del hombre, y sin embargo, el medio ambiente natural influye por modo considerable en la concepción de las religiones. La ciencia también es un producto espiritual, pero el influjo del mundo sobre los pensamientos es tan grande, que la ciencia no existiría si no fuera porque la naturaleza suscita para ella los diversos problemas que constituyen su tarea. El arte, que es también un producto del espíritu, está determinado por un conjunto de sensaciones que afectan al artista y le dan el material de inspiración y trabajo. Así pues, la participación de ambos tipos de factores es indispensable: *la vida espiritual y el mundo material se conjugan para producir la cultura.*

La obra en sí está integrada por una cantidad infinita de pequeños y grandes actos que el hombre va trazando en los días y siglos de su existencia, desde los primeros rasgos de expresión artística, las primitivas creencias míticas y religiosas, los más elementales inventos y descubrimientos, hasta la portentosa cultura y civilización modernas, que incluyen un arte avanzado, un amplio desarrollo de las teorías morales, de los sistemas económicos y las investigaciones científicas, así como su aplicación a la economía, la industria, la educación, etc. El acto cultural se encuentra en una teoría científica, en un poema, en una sinfonía, en una regla de conducta, en una creencia religiosa, en el lenguaje que hablamos, en los aparatos de que se sirve el hombre para su diaria comodidad, etc. Todos ellos participan del carácter común que define la esencia del acto cultural, y que resulta de la conjugación del espíritu con la materia, reuniendo en sí a las dos modalidades de la existencia: la espiritual y la material. Los problemas de la cultura pertenecen tanto al mundo físico como al mundo del espíritu. Pero un tercer tipo de problemas se brinda al considerar la fusión de lo espiritual y lo material.

Con ello tenemos definida esa tríada problemática en la que se agota y resuelve la tarea que constituye el motivo de preocupación y desvelo en el hombre, y a la cual reduce todo su horizonte de inquietud o satisfacción, de límite o perspectiva, de pasado, presente y futuro. El punto de partida está en la ubicación existencial de la conciencia frente al mundo externo, frente a las "circunstancias" que le rodean —como se ha dicho

en la filosofía de moda—, de donde emanan las cuestiones de materialidad e idealidad que representan la original función de la dialéctica, *tesis* y *antítesis* (para emplear terminología hegeliana). Su aspecto culminante, y en cierta forma, consumatorio, radica en la *síntesis*, que frente a lo material y lo ideal puede considerarse como *trascendental*, dando origen al tercer tipo de problemas a que hicimos referencia hace un momento, y que constituyen los problemas netamente teóricos, de índole axiológica, que atañen a la filosofía. Lo esencial en este panorama cuestionario será destacar la comunidad de función que tiene lo trascendental junto a los dos factores iniciales de la entidad dialéctica, mundo interior y mundo exterior, realidad e idealidad, etc.; de esta comunidad ha de surgir la analogía, pero al mismo tiempo la diferencia que hay entre los problemas filosóficos, problemas de axiología trascendental, y los que, dirigiéndose también al hecho de la cultura, no implican, sin embargo de ello, el punto de vista privativo de la filosofía. Éstos pueden calificarse de problemas particulares o concretos, mientras que aquéllos son generales o teóricos.

El propósito que perseguimos en este apuntamiento es distinguir el enfoque peculiar de la filosofía frente al que corresponde a las ciencias particulares, ya que su participación existencial ha originado una serie de confusiones que son tanto más de lamentar cuanto mayor es la facilidad y sencillez con que pueden evitarse. La suma de los grandes errores que registra la historia filosófica puede explicarse en su mayor parte por una confusión de puntos de vista que se incrementa en una confusión de tareas; evitando la primera, se evitará la segunda. Por ello, paralelamente a la consideración preliminar y general en torno al hecho de la cultura, definiendo el tipo de disciplinas a que da lugar, nos proponemos ilustrar la cuestión con un problema concreto. Hemos elegido el arte por considerar que en él se brinda la materia más accesible a una formación general, en la inteligencia de que lo mismo puede verificarse esta doctrina en la ciencia, en el derecho, o en cualquier apartado de la cultura que quiera traerse a colación.

Este previo comentario nos permite anticipar que en su segunda parte deberá darse la verificación de la comunidad dialéctica, empírico-subjetivo-trascendental, con la distinción del tipo de problemas que corresponden a cada uno de sus tres momentos: mundo exterior, mundo interno y mundo ideal. Los dos primeros, como hemos dicho, representan el origen

de los valores en el acto de la cultura, mientras que el tercero aborda su fundamentación teórica y axiológica. La cultura ubica en el mundo real a los valores y la filosofía los conduce al mundo trascendental de los paradigmas.

II

SITUADOS ya en el terreno del arte, supongamos un caso concreto que nos permita ilustrar el desarrollo de la hipótesis. Tal es, por ejemplo, una melodía musical. Esta melodía representa una obra de arte, es decir, una obra de cultura que ha resultado como fruto de objetivar la inspiración del compositor en el material físico del sonido. Los dos factores del acto creador encarnan respectivamente en la inspiración, que es la parte interna o espiritual, y en el sonido, que convierte en audible a la inspiración, constituyendo la forma de expresión externa y material de la obra. Al considerar aisladamente la inspiración del artista se tendrá el motivo de su agitación personal, subjetiva; si se estudia el sonido independiente de la función musical, tendráse un fenómeno físico, acústico. Ahora bien, el problema de la inspiración artística en tanto vivencia personal del sujeto, da lugar al tema de la *psicología*, una de cuyas ramas es la psicología del arte, relacionada estrechamente con el grupo de las ciencias antropológicas; el fenómeno acústico es objeto de otra ciencia, la *acústica*, que también se relaciona con determinado grupo de ciencias, a saber, las ciencias físicas. Tenemos de este modo la doble proyección de la ciencia, en la psicología, que trata de lo espiritual o mundo interno, y en la física, que se refiere a la naturaleza o mundo exterior.

El acto cultural es una síntesis de ambos, y reúne en sí los problemas de cada uno, *además de una serie de problemas nuevos, originales, que no se encuentran en lo físico ni en lo psicológico.* En el caso de la melodía musical, lo psicológico es la inspiración del compositor, y lo acústico es el sonido que la expresa; pero ni lo uno ni lo otro constituyen la esencia de la melodía, desde el punto de vista axiológico del arte y la estética, esto es, de la filosofía, que es virtualmente la que nos interesa.

Ni la psicología ni la acústica son ciencias que traten de llegar propiamente a la esencia de la melodía musical. El mundo físico es lo característico del sonido, así como el mundo psi-

cológico lo es de la inspiración. Lo más importante de la melodía musical no está, sin embargo, en el uno ni en el otro; radica en eso que podríamos denominar *la virtud esencial del arte,* y que no es su naturaleza física (esencia del sonido) ni su origen psicológico (esencia de la inspiración), sino el producto de ambos factores. Ahora bien, este producto es la *expresión del arte*, es decir, la traducción de una idea melódica en sonidos; en esta expresión radica la virtud esencial de la obra de arte. Nótese que la expresión estética funde la inspiración y el sonido, el mundo espiritual y el mundo físico; pero así como la mera inspiración no es obra de arte, tampoco lo es el simple sonido. La obra traduce y expresa lo que el artista siente, de tal forma que su esencia verifica la fusión de lo espiritual y lo material, por cuya virtud la hemos denominado *expresión.*

De ahí concluimos que la esencia de la melodía es abordada por una disciplina especial que no es la acústica ni la psicología, sino la ESTÉTICA; ella nos explica en qué consiste la expresión como virtud esencial de la obra de arte. Por consiguiente, se puede enunciar que *la estética es la ciencia de la expresión artística,* con lo cual se obtiene una correcta definición de la materia.

La tesis que hemos apuntado en torno a una melodía, traída a título de ejemplo, puede extenderse a todo el arte en general, sobre cualquier obra que quiera citarse como terreno de verificación. En toda disciplina artística se implican los elementos que figuran a la base de la síntesis estética: mundo interno y mundo exterior, sujeto creador y material de realización. Las artes plásticas —para referir otro caso— echan mano de elementos materiales que no se destinan a la percepción auditiva, como en el caso de la música, sino visual, de donde su peculiaridad de "artes plásticas"; un cuadro, una escultura, un grabado, tendrán que originarse en la misma correlación objetivo-subjetiva que definimos para el caso de la melodía, y así como en ella, la psicología del arte ingresará como titular en el problema subjetivo, mientras que el objetivo y material quedará adjudicado a otra rama de la física que no es ya la acústica, sino la óptica; y ninguna de las dos, ni la psicología ni la óptica, podrán llegar a la virtud esencial del arte, que escapa a ambas en la medida que el producto de la síntesis va más allá de sus factores, es decir, en la medida que todo fruto trasciende la matriz que lo originó.

De aquí se ve la necesidad de distinguir en el problema artístico la cuestión del origen, que se remite al proceso creador donde intervienen ciencias particulares como la psicología y la física, de la cuestión del valor, que habiéndose creado en un origen fáctico, lo trasciende y llega a su propia esfera, al mundo trascendental de los valores donde sólo tiene ingreso la reflexión teorética y fundamentante que lleva a cabo la filosofía.

Así pues, lo esencial de la expresión en el arte consiste en la realización estética del material con vistas a la creación de la belleza; el aspecto fundamental del arte es la belleza. En efecto, ¿cuál es el fin de la actividad artística? ¿Qué propósito persigue el artista al crear sus obras? La respuesta es sólo una: *la belleza.*

En la belleza artística radica no solamente lo esencial del arte sino también el contenido que da ese mérito por el cual las obras valen de un modo perenne. La expresión del arte implica siempre el contenido, pero éste se brinda más acabado, mejor realizado en unas obras que en otras. Naturalmente, las obras maestras del arte universal lo contienen en mucho mayor grado que las obras poco significativas. Las llamadas "obras maestras" se consideran la expresión perfecta del arte.

Pero éste y otros temas corresponden a un desarrollo especial de la estética que no intentamos por el momento. Nos limitaremos a obtener un corolario de la virtud esencial del arte. En cualquiera obra, diremos, después de haberla distinguido del aspecto psicológico, consistente en la inspiración del artista, y del aspecto físico, radicado en sus materiales, resalta su independencia y originalidad, considerándola como expresión neta de la belleza.

Puede verse que la cuestión general del arte es compleja, ya que el hecho de la creación artística da origen a varios problemas que, de no escindirse correctamente, corren riesgo de ser confundidos, como de hecho sucede en la investigación especializada con graves y numerosas consecuencias, entre las que puede apuntarse el que la tarea de la estética suela estar invadida por la que corresponde a otras ciencias del arte que no obedecen al punto de vista axiológico característico de la estética propiamente dicha. Así pues, lejos de constituir una desviación en la tarea, definir su virtud esencial afirma su camino y fundamenta con toda claridad sus procedimientos. Por ello es que la hemos acometido.

El método se puede caracterizar en general, como la forma de resolver un problema; es el camino que sigue la reflexión para el desenvolvimiento de sus cuestiones. Todo lo que reporta un proceso, evolución, dialéctica, tiene un método que consiste en la forma del acto, y que se distingue de la materia o contenido del acto mismo. El hecho artístico tiene también una forma y un contenido; el contenido es lo que se expresa y la forma es la manera de expresar el contenido. De acuerdo con ello, el método es una forma general y el contenido es una materia particular.

Sobre esos conceptos será fácil justificar que también la estética tiene un método, es decir, una forma de verificar sus principios y resolver sus problemas. El contenido de la estética son los hechos artísticos en cuanto tales; cada obra de arte y cada aspecto de esa obra brinda un problema a la estética, y para no extraviarse en la infinita multiplicidad de temas concretos a que el arte da lugar, es indispensable obtener una sólida conciencia metódica de su teoría, pues sólo el conocimiento del método en la estética ofrece una visión clara y sistemática de sus problemas.

III

Coloquémonos en el momento de iniciar la reflexión estética. Encontramos, desde luego, un objeto: el hecho artístico. Para entender, o simplemente captar su significado, se requiere poseer un conjunto de puntos de vista sobre el arte.

Cada obra presenta una serie de aspectos como los siguientes:

a) *Singularidad.* Todas las obras artísticas son distintas entre sí y revisten una peculiaridad que las distingue de cualquiera otra.

b) *Realidad física.* Cada obra se ha manifestado a través de una forma física que realiza el proyecto de su autor; por ello se le percibe por medio de los sentidos.

c) *Origen espiritual.* El arte es la expresión del espíritu, que puede considerarse fuente de toda la cultura. El origen inmediato de la obra es el espíritu individual que la creó.

d) *Comunidad social.* Empero, el artista mismo está colocado en una comunidad social donde desarrolla sus facultades

y aprende una cultura que refleja considerablemente en su obra personal.

e) *Continuidad histórica.* La obra de arte constituye siempre la expresión de un momento histórico: se liga a la tradición y épocas que le preceden, de análoga manera a como el espíritu individual está vinculado al espíritu social.

f) *Valor.* Es la más importante de las categorías del arte; encarna su virtud esencial y da el problema que interesa a la estética. El valor del hecho artístico es la finalidad que persigue la obra, el contenido espiritual que convierte en realidad; este valor se denomina *belleza.*

De semejante variedad de aspectos que presenta la obra se desprenden varias ciencias que tratan de explicarlos. Por esta razón las designamos en forma general como "ciencias del arte". Sigamos el orden del párrafo anterior para definirlas.

a) *Individualidad del arte.* Lo primero que se revela en la vivencia artística es la presentación de la obra como algo realizado una sola vez y que no volverá a repetirse; es una individualidad que la distingue de todas las obras similares, aún de sus copias o imitaciones "perfectas". Ello motiva una descripción de la obra que permita caracterizarla inequívocamente. De ahí que la teoría del arte se inicie con una descripción de la obra.

b) *Materialidad del arte.* La forma física del arte da origen a su tratamiento desde el punto de vista de la ciencia natural, en este caso la física, que nos muestra la constitución material que envuelve a la obra como expresión dada.

c) *Espiritualidad del arte.* El origen espiritual de la vivencia artística lleva a la explicación psicológica de cómo la obra fue producida, investigando el mecanismo creador del espíritu por el cual se vierte la inspiración en un medio físico. Tal es el tema de la psicología.

d) *Comunidad del arte.* La conexión del artista con el medio social que lo rodea origina la intervención de otra ciencia: la sociología del arte, cuya misión es explicar el fenómeno artístico investigando en sus hondas raíces sociales.

e) *Historicidad del arte.* Los hechos artísticos no son absolutamente nuevos con respecto a los que se han producido anteriormente; por el contrario, se relacionan con ellos, de los que en gran medida dependen. La cultura artística no se improvisa ni florece espontáneamente, sino en una larga evolución

que avanza por grados, señalando en cada etapa un carácter definido por el pueblo, la época, y el estilo. A este factor corresponde una disciplina que se encarga de explicar la sucesión de obras por virtud del ambiente general que las determina. Tal ciencia es la historia del arte.

Así pues, el conjunto de las *ciencias del arte* se ocupa de un mismo y gran problema: el origen del hecho artístico, enfocando los diversos factores que lo constituyen y determinan su creación.

Pero en las ciencias del arte no está incluida aún la estética, ni tampoco se ha mencionado la virtud esencial del hecho artístico, que es la belleza; virtud esencial en tanto finalidad que se verifica en la obra misma y da su justificación primordial.

Ahora bien, la belleza no ha sido tenida en cuenta al mencionar las ciencias del arte porque *la belleza constituye el problema específico de la estética.*

El problema del valor y la belleza del arte es completamente distinto al problema de su origen; éste describe y explica el proceso, el desarrollo del hecho mismo, y termina cuando la obra se ha realizado. La estética, en cambio, interviene precisamente después de la realización, y no pregunta cómo se ha formado la obra, sino qué finalidad se propone al crearla, y en qué medida se ha conseguido.

De esta suerte, la reflexión estética no se confunde con las ciencias del arte, aunque esté íntimamente ligada con ellas. La estética difiere de dichas ciencias en cuanto tiene un problema distinto, pero se relaciona con ellas porque abordan un mismo objeto de estudio. La conducción del método deberá ser tal que mantenga el parentesco de estética y ciencias del arte, sin confundir sus problemas.

Así podemos justificar por qué el método estético depende de la noción de belleza, pues *este método consiste en isolar y estudiar el valor del arte.* Se deben distinguir dos funciones en el método: la primera consiste en describir el hecho artístico en sus variados aspectos, señalando qué ciencias los estudian, para fijar después el valor realizado y explicarlo independientemente del proceso que lo originó.

Se pueden vincular ambas funciones relacionando el proceso creador del hecho artístico y el valor que éste objetiva, es decir, complementando la teoría del valor con la explicación del proceso, y deslindando la intervención de la estética junto a las ciencias del arte. Esto equivale a fijar las ciencias parti-

culares que tratan de la obra en su calidad de hecho cultural, destacando el valor que realiza, para definir así el problema de la estética y valorar la obra misma, es decir, aquilatar el grado de belleza objetivada. Tal es, como hemos dicho, el problema del arte que corresponde privativamente a la estética.

SOCIEDAD Y RITMOS

Por *Luis ABAD CARRETERO*

I — *Concepto amplio de ritmo*

CUANDO nosotros empleamos la expresión de ritmo refiriéndola al hombre queremos decir que es la forma de manifestarse su psiquismo, puesto que éste, lo mismo que la materia, no pueden vivir en un continuo. La función de ritmo la consideramos pues esencial para nuestra interpretación de los fenómenos anímicos, lo cual no quiere decir que tengamos del alma una noción materialista; muy por el contrario, creemos en la existencia de fuerzas psicológicas, las cuales pónense de manifiesto al incidir en nuestro querer, que es nuestro verdadero motor.

El ritmo supone uniformidad y continuidad en la acción y para nosotros el hombre es esencialmente acción. El ritmo nos da la posibilidad de persistir en nuestro esfuerzo y quiebra en períodos iguales el desenvolvimiento de nuestras acciones y el interrumpirlas son otros tantos descansos que nos sirven para renovar nuestras energías y producir otras nuevas.

Hay que tener en cuenta la existencia de los diferentes ritmos. Yo considero tres fundamentales en el hombre: el psicológico, el colectivo o común y el histórico o creador. El primero es el propio de nuestra vida interior y sus coordenadas básicas son el deseo y la imaginación. El segundo es el ritmo común, en el que todos nos desenvolvemos, en el que vivimos en la sociedad, y se caracteriza por un afán de éxito, que se produce por el sometimiento del sujeto a la obligación y al mandato. El tercero es aquel en que se desarrolla nuestra actividad creadora, y surge por el íntimo convencimiento del hombre de que todo lo que existe ha sido creado por él, excepto la materia y sus formas.

Cada hombre pertenece necesariamente a uno de esos ritmos, aunque se vea obligado a vivir en los tres. Existen también una infinidad de ritmos intermedios, tantos como sean los gru-

pos diferentes que se constituyen en la sociedad, de acuerdo con el fin específico a que atiendan y el número de individuos que los componen.

Mientras que la psique se presenta en un ritmo otro no puede manifestarse, apareciendo por ello como si estuvieran realmente en compartimientos estancos, los presentes de cada ritmo enlazándose a cada instante con los de su misma clase a través del devenir vital. Por ello no podemos decir que el hombre sea una unidad de tipo racional, a pesar de que esa fue la tendencia de la filosofía desde los tiempos clásicos. Y la cosa proviene sobre todo de Aristóteles. Dice éste en el primer párrafo de su *Metafísica* que "todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber", juicio hermano de su definición del hombre como animal racional; pero yo diría que el hombre también tiene el deseo natural de mandar, y asimismo añadiría que siente como cosa natural el deseo de soñar. Y estas tres actividades: saber, mandar y soñar, son precisamente las que corresponden a los tres ritmos básicos de que venimos hablando, las cuales están interviniendo continuamente en los períodos propios de nuestro desenvolvimiento psíquico. Esta noción de ritmo da a nuestras acciones, a nuestro juicio, una idea más clara para aprehender las experiencias vitales que las distinciones que sobre el tiempo han hecho el existencialismo y la filosofía llamada de la vida. Los conceptos de sociedad e individuo se dibujan con ellos netamente.

Ha sido preciso que el ritmo colectivo adquiriese el enorme desenvolvimiento de la época actual y que en parte se secasen las actividades del soñar y el saber de tipo humanístico, para que apareciesen de manera patente esas maneras rítmicas periódicas y distintas de actuar que tenemos, y con ello se patentizara la crisis del sentido cartesiano de la existencia.

Si Descartes echó las raíces del individuo al poner de manifiesto su conciencia, al propio tiempo creó la sociedad moderna, la cual se formó sobre el modelo de naturalezas psíquicas que *piensan para existir,* y que por ello actúan similarmente. Pero así como el cartesianismo plasmó en una forma determinada al hombre como resultado de la crisis renacentista, también la vida moderna, presionada por los inventos, el gran crecimiento de la población y el descubrimiento de la subconsciencia, produjo a su vez la crisis del cartesianismo, y nosotros tenemos que volver por los fueros del nuevo individuo dentro de la nueva sociedad que ha aparecido.

II — *El* cogito *y los ritmos*

Y LO que venimos diciendo, donde se ve claramente es con la existencia de los ritmos. Vamos a estudiar brevemente el *cogito* cartesiano a través de ellos.

Descartes quería "un método para conducir bien su razón y buscar la verdad en las ciencias", por lo tanto él se movía en el ritmo histórico. Pero es que el *cogito* fue pasando insensiblemente de ese ritmo al psicológico y al colectivo; mas en el primero no es posible aceptarlo porque es en el que predominan los deseos, y no hay que olvidar que ese ritmo es lo más íntimo del hombre, es lo vital suyo por excelencia. En el colectivo tampoco, porque la razón que empleamos en ese ritmo sirve para convencer a los demás, es decir, tiene un sentido utilitario. Y el *cogito* pasó de la razón a la vida, y ésta se intelectualizó. La conciencia humana extravasó los límites de su circunstancia y se ensanchó desmesuradamente. Los más lejanos recodos del ritmo psicológico, de nuestra intimidad, de nuestro querer, se sintieron dominados, empequeñecidos, y la invasión racional del alma fue general. El "cogito ergo sum", que no era más que una manera de interpretar la vida psíquica, la creadora, esclavizaba al hombre. Y así algunos sectarios proclamaron que había que terminar con la manía de pensar; pero esto quería decir en el fondo que el hombre era algo más que pensar, que la existencia requería funciones más amplias. La propia duda, que fuera el arranque de la ideología cartesiana, era considerada luego como una imperfección, como si el error y la duda no fueran los hechos naturales de la existencia. Hay pues que liberar al sujeto de los tentáculos del racionalismo y ver cuál es el sentido *inteligente* que existe en el propio querer, que es el que guía esencialmente nuestros ritmos psicológico y creador.

III — *La trinidad psicológica del hombre*

LA razón realiza una función unificadora en nosotros a través de los juicios. Cada pensamiento encierra una unidad. Y hay conceptos básicos donde la unificación se acentúa, como sucede con los de alma, espíritu, conciencia, personalidad, individuo, yo, etc., y ellos mismos convergen en uno más amplio como es el del ser. Acaso por esto se mira al hombre como una unidad

ciclópea, como una unidad monolítica, donde la menor resquebrajadura va a ocasionar su anulación y declive. El nuevo concepto del tiempo, la teoría de la relatividad, al combatir y desalojar de su vivienda a la física de Newton, ha ocasionado sobre todo que se pusieran en duda muchos conceptos científicos unificadores. Y la realidad es que si el pensamiento unifica nuestro querer éste se diversifica y cambia, y esa es la causa de ver aparecer fenómenos diferentes en nuestra psique, los cuales se van agrupando y constituyendo diversas unidades. Eso ocurre con los conceptos de memoria y atención, los que no pueden ser considerados como respondiendo a la unidad tradicional y necesitan ser revisados.

a) *Tres clases de atención.*

Sabemos que la atención tiene un triple condicionamiento: físico, fisiológico y psíquico. Y aunque el humor es lo que más influye para establecer nuestro presente psicológico, no podemos decir si habrá dependido exclusiva y primariamente de uno solo de esos tres condicionamientos. Pero lo que sí podemos afirmar es que en nuestro vivir psíquico nuestra atención se evade siempre que puede del presente colectivo para dirigirse hacia nuestro presente psicológico. Los demás siguen estando en nosotros, pero aquí el presente está impuesto por nosotros. Cada cual tiene un conjunto de preocupaciones típicas suyas que oscilan alrededor de su nombre, su edad, su historia personal, y la atención se dirige a todo ello y va siguiendo el derrotero marcado por los ensueños y las ilusiones personales. Vivimos pues en el ritmo psicológico atendiendo a nuestras inquietudes personales, siguiendo sus sinuosidades. Es en él donde Carus primero y más tarde Freud descubrieron para la memoria nuevas experiencias que retener.

Es en el ritmo psicológico cuando nuestra atención nos pone más en estrecho contacto con los fenómenos vitales y donde por lo mismo la atención, a pesar de ser cambiante, alcanza su apogeo. Es una atención que no requiere esfuerzo porque el sujeto va siguiendo los contornos de su fantasía. Si así no fuera nuestra soledad sería insufrible y sin embargo a veces es lo que produce mayor alivio. Por eso nos evadimos cuando podemos del ritmo colectivo. Siempre me preocupó a mí siendo joven saber por qué se imponía mi atención psicológica a las dos otras, pero yo no me daba cuenta de que vivimos sometidos a nuestra propia tiranía, la de nuestros deseos.

En el ritmo colectivo, todo lo que antes era concentración y movimiento de afuera hacia adentro, centrípeto, ahora es por el contrario movimiento de adentro hacia afuera, centrífugo. El sujeto dirige su interés y por lo tanto su atención a los fenómenos que tienen lugar en el ambiente que respira. Aquí la atención es forzada y forzosa. Es el peligro, la fuerza, el orden, lo que suscitan la atención personal. Y a pesar de esta imposición la atención responde y se despierta de modo extraordinario. No hay nada a lo que atendamos con más fuerza que al vehículo que pueda aplastarnos.

Detengámonos ahora en la atención propia del ritmo creador. No atendemos lo mismo y a los mismos hechos en el ritmo creador que en los colectivo y psicológico. En éstos lo inmediato tiene mayor importancia que en la atención histórica, la cual se nutre de estados mediatos, de ricas y valiosas síntesis lejanas, en las que se van condensando situaciones y actitudes producto del genio personal, del interés colectivo del sujeto y de directrices que le permitan abrir nuevos caminos. Los cambios importantes en la vida humana no se producen más que por la intervención de este grado superior de atención. En ella hay pues una mezcla de lo personal y lo colectivo, una superación de los estrechos límites de lo subjetivo, un afán legítimo de éxito del sujeto, sometido a un sentido de responsabilidad exento de temor y junto a un estado de clarividencia que le impulsa a la acción.

Así pues, la atención creadora responde más bien a tonalidades morales, a preocupaciones científicas o sociales, en las que lo limitado y personal no aparece más que en la medida que sirve para reconstruir la unidad psíquica. El sujeto se siente aquí en posesión de bienes que afectan a todos. La atención histórica se ha hecho al propio tiempo centrípeta y centrífuga, porque el sujeto ha de atender a sus creaciones personales y ha de compararlas con las ajenas. La atención, por así decirlo, se ha socializado.

Como se ve, la atención en los tres ritmos tiene caracteres distintos, lo cual hace que sus inflexiones lleven al sujeto a contrabalancear su energía de manera que esté siempre dispuesto a atender. Ahora bien ¿qué influencia puede tener esta diversidad de nuestra atención en nuestra conciencia y en general en nuestro psiquismo? Ya no es creer solamente que se existe porque se piensa, sino que aparte de pensar hay en la psique un querer de dimensiones mucho más amplias que el pen-

sar, que ese querer se mueve en ritmos en los que las funciones del sujeto se separan radicalmente. Ya nuestra razón no podrá imponerse sin tener en cuenta los diversos ritmos. Surgirán fuertemente las actitudes personales nacidas del ritmo psicológico. Se impondrán los principios autoritarios propios del ritmo colectivo. Y el "cogito ergo sum" contemplará atónito desde el ritmo creador que los hombres se han dividido irremisiblemente en clases a causa de los ritmos, más fuertes que las de tipo económico, no quedándoles otra realidad evidente de liberación que la de fundirse con los instantes en que viven.

b) *La memoria y los ritmos*

A mi entender los problemas que plantea la memoria son más complejos que los de la atención. La vida psíquica se caracteriza por una complicación creciente, pues cada experiencia está más cargada que la anterior, y esto es lo que permite que en el instante podamos hacer frente a las más difíciles situaciones.

Aunque la inteligencia forma sus juicios sobre la base de los recuerdos y tienda a desviarnos del instante, son las imágenes las que más se nos imponen en ellos y por lo tanto nos dirigen; pero tanto los recuerdos como las imágenes son sometidos por la atención a la férula del querer obligándolos a hacerse presentes. Ahora bien, hay veces en que el recuerdo antecede cronológicamente a la imagen, por lo cual tratará de dirigir la vida psíquica, y hay otras en que se impondrá la imagen. ¿Cuándo ocurrirá una cosa y cuándo sucederá la otra? Veamos el problema desde el punto de vista de los ritmos.

Según dijimos al hablar de la atención psicológica, en ella los recuerdos están dominados por la experiencia personal. Recordar algo supone para el sujeto sobre todo medir la distancia existente entre los acontecimientos personales y los ajenos. Ahora bien, sólo se presentan recuerdos cuando se forman juicios. Las imágenes aparecen cuando éstos se interrumpen, y lo hacen mucho más frecuentemente de lo que creemos. Nuestra liberación proviene de la intervención de nuestras fuerzas psicológicas: esperanzas, ambiciones, ensueños, . . ., las cuales se mueven por influencia de las imágenes. Pero veamos el poder particular de los ritmos. En realidad, los recuerdos y las operaciones de enjuiciar no se dan en el sujeto más que si se interrumpe el devenir del ritmo psicológico, pues cuando formulamos juicios acerca de nuestras cuestiones personales es que

nosotros mismos hemos pasado a ocupar el puesto de tercera persona, a colectivizarnos. Es decir, que los demás entran en nosotros por el recuerdo y a través de la razón y el lenguaje, que son resultados netamente sociales. Los hombres se relacionan en segundo término pidiendo razones de los actos que realizan; los otros, no nosotros, porque nosotros vamos hacia los demás con nuestras andanadas de emociones, de humores, de pasiones, que son los sustentáculos de las imágenes. Esto quiere decir que la vida colectiva se forja en primer término sobre la base de lo que denominaríamos genéricamente sentimientos, y lo prueba la existencia de los continuos desacuerdos humanos que múltiples veces cristalizan en delitos; y en cambio la intimidad nuestra se interrumpe a cada instante por la intervención de los recuerdos, los juicios, las palabras, que son expresiones de las actitudes ajenas, y que denuncian las situaciones externas. De esta manera se establece una doble corriente entre los ritmos colectivo y psicológico, entre la sociedad y el individuo, una de tipo centrípeto y otra centrífugo, que corresponden respectivamente a las dos clases de atención a que nos referimos más arriba, una que va hacia la intimidad, cargada de palabras, procedente del ritmo colectivo, y otra llena de imágenes que se dirige desde la intimidad del ritmo psicológico al ritmo común. Así es como la sociedad se mantiene en los sucesivos instantes sobre la base de las emociones, y en cambio la vida íntima pretende estructurarse sobre los recuerdos y juicios que los demás provocan en ella. Y ésta es la causa de las desavenencias sociales y de las inquietudes y a veces de las anormalidades personales.

Los recuerdos de los ritmos psicológico y colectivo son los que sirven para organizar nuestra vida personal y diaria, pero los del ritmo creador están menos sometidos a ella y recogen una doble clase de experiencias. Unas procedentes de realidades ínsitas en la subconsciencia del sujeto y que ponen al descubierto el mundo de la intimidad, que ha modificado por completo la concepción humana y jurídica de la vida. Y una segunda clase de experiencias relativas a los acontecimientos históricos. Ahora es posible al hombre remontarse por los senderos históricos con precisión extraordinaria debido a los modernos métodos de investigación y aplicarlos a nuestro sentido de la actualidad. Psicología e historia pues, han hecho que se modifique el sentido de nuestro caudal mnemónico.

c) *Tres clases de presente*

De la existencia de tres clases de atención y de tres diferentes especies de recuerdos surge una cuestión de mucho interés. Es la existencia de tres presentes distintos, que corresponden respectivamente a los tres ritmos considerados. Nuestro presente íntimo se compone sobre todo de referencias personales. El presente colectivo de relaciones con la sociedad y el mundo que nos rodea. Y el presente histórico coordina lo personal y lo colectivo a fin de situarnos en el devenir y salvar nuestra precariedad por medio del invento y la creación.

Acaso el más importante de los tres presentes indicados desde un punto de vista *útil y práctico* sea el colectivo, porque es el que centra los dos otros obligándoles a perfilarse. En el presente colectivo hemos de ir colocando lo que puede interesar a todos, desprendiéndonos de lo eminentemente personal. Para formarlo hemos de hablar con los demás, leer la prensa y los libros, oir la radio, o ver y oir la televisión. Tenemos que ver cuáles son los ingredientes que forman la actualidad. Y son tantos los aspectos distintos de ella, que hemos de limitarnos y circunscribirnos. Cuando leemos un periódico, que es el verdadero representante del ritmo colectivo, nos sentimos perdidos en él. Según los intereses personales cada cual va dirigiendo su atención hacia una determinada sección. Pero hay secciones que no coinciden con nuestros intereses, sino que nos dirige hacia ellas un género de curiosidad que podríamos llamar impersonal. Ése es precisamente el presente colectivo, el impersonal, el mostrenco. Todos los demás presentes corresponden en realidad al ritmo colectivo restringido, a los varios grupos que se forman por los intereses privativos de sus componentes.

De acuerdo con lo dicho tenemos que saber vivir en los diferentes presentes, comprender cómo se actúa en ellos y por qué son distintos. El presente colectivo, impersonal, nos anula, pero nos da el éxito. Éste se hace sobre la base de coincidir con muchos, de hablar como todos y adquirir hábitos impersonales, en el lenguaje, en los movimientos. El presente histórico nos transforma, nos traslada fuera del tiempo, más allá de donde estamos viviendo, y no sabemos si los demás lo aceptan; hace nuestra vida problemática y sin embargo nos atrae. El presente psicológico nos aisla, nos separa de los demás, y si en él encontramos a veces consuelo y alivio a las luchas de los dos otros ritmos, también en él mantenemos la dura lucha entre nuestros deseos y esperanzas que muchas veces se apoyan en irrealidades

y las intervenciones de nuestro pensamiento que pretende precisamente descubrir el sentido de ellas.

Y si resumimos lo dicho, veremos que el hombre se encuentra ante tres grupos de atenciones, de recuerdos y de presentes que son radicalmente diferentes y por ello producen en nuestra intimidad tantas inquietudes, porque proceden de tres mundos distintos radicalmente separados, como dijimos en un comienzo. Por eso nuestra conciencia es en realidad una trinidad. Ésa es la causa de que nuestra vida sea complicada. Porque no se trata solamente de que haya ritmos diversos, es que ellos no tienen nunca iguales puntos de arranque ni los mismos puntos de llegada. La conciencia cartesiana, sin más punto de mira que la evidencia del existir, no podía presentir la variedad de la vida interna, y sobre todo cómo la misma se iba a complicar a causa del desbordamiento de la función pensante. Y el existencialismo, para resolver el problema, se quedó con la angustia como realidad del vivir, inmediata e irrenunciable. Y a una cuerda se unió otra. Y el problema o los problemas subsisten, pues éstos no residen en plantearlos en el propio individuo sin salir de él, es decir en su propia razón. Son las diferencias de opinión lo que separa a los hombres, como decían los griegos. Y hay que reconocer las causas rítmicas e instantáneas en que viven los hombres, como causantes de la variedad de sus opiniones. La fuerza de la razón pretende encontrar una unidad superior en una *episteme* que redima a los individuos. Pero esa *episteme* no puede ser el tradicional y unificado sentido de la conciencia, sino el de abrir nuevos horizontes, desentrañando sobre todo la significación de ese ritmo colectivo. Precisamente el ensanchamiento del mismo tiene su origen en la concepción cartesiana de la conciencia, manifestándose clara y abiertamente en la pujanza adquirida por el principio de autoridad y la concepción adivinatoria del futuro a que la ciencia pretende llegar. Estos dos factores fundamentales aparecen actualmente en términos que los hombres del pasado no conocieron. Vamos a detenernos en cada uno de ellos.

IV — *Autoridad y ritmo colectivos*

En la tendencia del hombre a construir una sociedad se necesitan establecer principios morales, los cuales no pueden mantenerse más que dentro de un régimen jurídico. La política y la

religión son las manifestaciones genéricas del ritmo colectivo. Hay también otras muchas, tales como el comercio, la técnica, la cultura, las organizaciones sociales, etc., pero yo comprendo todas ellas en las dos indicadas. La política da lugar a la formación del principio de autoridad, la religión a la deificación del hombre. Y de ambos resulta una doble situación de mandato y obediencia que nos ligan continuamente.

El ritmo colectivo se estabiliza al encontrar que la autoridad y la deificación se encarnan en hombres, los cuales viven y construyen la sociedad de su tiempo conforme a sus ilusiones y temores. Y si la fe y la necesidad de orden contribuyen a plasmar y dar forma al ritmo colectivo, los ritmos psicológico e histórico prestan los medios para hacerlo. Y ambos son los que dan convicción y pujanza a los hombres para variar el mundo construido por el ritmo colectivo.

Y el principio de autoridad y el ansia de deificación, que se manifestaban en las formas políticas organizadas, pasa a las relaciones personales de la vida diaria. Y se entablan las luchas, unos por sostener el orden de que se creen responsables, y otros por horadar ese orden y dar paso a otro nuevo. Y la lucha se presenta en forma despiadada, porque el hombre que se ve en posesión de poder no cree que lo tiene por concesión graciosa, sino porque cree merecerlo, por eso cuando alguien se lo niega recibe el golpe de su desprecio o de su autoridad. En estas relaciones del ritmo colectivo impersonal se procede *manu militari*. Cada cual lo que quiere es quedar por encima del que está enfrente. Se quiere tener poder y dinero para dominar, para mandar. Y esto, que es tan enormemente vulgar, es lo que mueve a todos: blancos y negros, altos y bajos. Y cuando alguien pone en circulación un gesto autoritario no lo hace sin más ni más. Su finalidad es provocar un recuerdo que perdure en la conciencia del vecino. Por eso junto al orgullo va la venganza, la doble venganza, la del que mandó y no fue obedecido, y la del segundo por la pretensión del primero. El tándem orgullo-venganza es regulador pues de las relaciones humanas en este ritmo. Y es que los hombres prefieren la lucha activa de las emociones a la obediencia pasiva a que obliga el tiempo insensible de los relojes.

Sin que nos sintamos anarquistas hemos de reconocer que, en general, todo el que ocupa un puesto de mando, sin darse cuenta a veces, por el hecho de estar en el ritmo colectivo amplio, donde los sentimientos no pueden existir, da a su querer

personal un tinte poderoso que a veces le hace excederse. Y como son tantos los hombres que disponen de poder actualmente, aun sin tener ninguna cultura, lo ponen en circulación a troche y moche. Por eso no es extraño el fenómeno de los dictadores y de las dictaduras en que tanto abunda nuestro tiempo.

V — *La predicción del futuro*

El hombre quería aplicar su razón al futuro y quitarle toda la inquietud que le produce. El ideal del ritmo colectivo sería conducir las vidas individuales con la misma seguridad que rige la entrada y salida de los trenes, de los autobuses o los aviones. A esto tiende también la organización por el Estado de los servicios de seguridad social, consistentes en procurar la curación de las enfermedades de los trabajadores, del retiro obrero, o de la ayuda por paro forzoso. La existencia de las compañías de seguros contribuyen también a ver el porvenir con gran serenidad al poder llegar a tener el asegurado una renta fija que le permita vivir. El ritmo colectivo da pues al hombre una gran seguridad. Asimismo ese predominio permite que los servicios se hagan con gran regularidad. Las previsiones meteorológicas los facilitan asimismo. El ritmo colectivo cree firmemente que puede quitar a la vida el 90% de su riesgo. Y esto le ha llevado a ver el futuro con tal confianza, como si su existencia fuera tan real, que pudiese anular la única realidad que el hombre tiene: su presente. Al fin y a la postre ese ritmo, habiéndose ensanchado conforme la conciencia se desbordaba, nos resulta tan idealista, tan racionalista, como el origen de donde procede.

Sin embargo, si actualmente ese futuro es tan previsible, y tan bien organizada está nuestra vida futura colectiva ¿no será precisamente porque hoy más que nunca vivimos con las máximas posibilidades de morir? ¿Qué los accidentes son relativamente muy reducidos? Exacto. Pero ¿quién nos asegura que no estaremos nosotros entre ese pequeño número?

Mas yo no he de tener ninguna inquietud, ni por el futuro, ni por el pasado. Es tan amplio, tan grande el presente, que no hay por qué detenerse y trasladarse a ellos. Si se me dice que es el hecho del peligro, de la muerte, lo que nos vuelca hacia el futuro haciéndonos olvidar el presente, diré que toda la inquietud del presente puede ser motivada por ello, pero la in-

quietud está aquí y esa inquietud no la reniego ni la temo, porque vale más la inquietud actual que la engañosa seguridad futura. Y si se me señala la esperanza como más valiosa que este presente, por creérsela situada más allá de él, diré que esa esperanza está quitándome la inquietud del futuro porque la estoy sintiendo precisamente ahora mismo.

El presente comprende todo, porque en el presente mismo están el pasado y el futuro. El instante sintetiza la vida entera y por lo tanto a él debemos someternos, limitarnos y circunscribirnos, sin tener más prisa que él por escapar. Vivimos entre dos síntesis, la del pasado y la imaginada para el futuro. El querer se introduce entre ambas e inmediatamente después el pensar sugiere análisis. Éste surge sobre todo en nuestra soledad. Pues bien, hay que adelantarse a él entrando rápidamente en nuevas síntesis, esto es, yendo hacia nuevos presentes, lo que quiere decir, no queriendo huir de los instantes, sino por el contrario queriéndolos, sometiéndose a ellos voluntariamente.

La muerte no debe ser motivo de inquietud hasta en el mismo instante en que llegue. Mientras que ella no esté vivamos en la *inmortalidad*. Cervantes, cuatro días antes de su muerte, escribía con entusiasmo el prólogo del *Persiles*. El temor de la muerte nos viene más que de nuestro ritmo psicológico del ritmo colectivo restringido. Es la sociedad la que nos impone el temor a la muerte. Es el amor que tenemos a los demás lo que hace que la temamos. El hombre, en el fondo, vive liberado de ella. Es la unión con los otros, la solidaridad moral, lo que hace amar la vida y temer la muerte. Es el auge enorme de la conciencia, nuestro excesivo racionalismo, lo que motiva ese gran temor. Por eso la religión y la teosofía pretenden apartarnos de ella; pero no se resuelve un problema negándolo, sino atacándolo con sus propias armas.

El futuro no presenta cuestiones insolubles. El hombre no se las ha planteado en su realidad presente, sino sobre la base de los infinitos temporales. A veces ha querido verse como un ser que no puede morir. Yo me acuerdo muy bien cuando siendo joven, leyendo *El sentimiento trágico de la vida* de Unamuno, tuve que dejarlo sin terminar, y no he osado volver a tocarlo. ¿Por qué? —me he preguntado yo algunas veces. Unamuno no aceptaba la muerte, era un rebelde ante ella. Su conciencia, alimentada durante toda su vida, ensanchada y querida por él a lo largo de su existencia, se anularía. ¿Cómo iba a po-

der ella desaparecer? ¿Y no hay ahí también ese desorbitamiento de la conciencia cartesiana? Acaso sea más hondo el problema de lo que yo supongo, y que Unamuno no se detendría en la conciencia psicológica, en nuestra conciencia psicológica, que es la que nos da el sentido de la realidad de las existencias de todos. Pero para mí es la esencial porque de ella puedo partir hacia las realidades metafísicas, del ser y de la existencia, del individuo y de la sociedad, de la historia y de Dios.

No, es mejor aceptar la muerte sin adelantarla. Es preciso quitar al futuro su radical existencia y pensar que de él yo no tengo más que la manera de imaginármelo. Es mejor pensar que no vivimos en el futuro, donde está la muerte, sino en el presente, donde no existe. Todo lo que provenga del *luego* debo rechazarlo. No hay *luego.* No hay nadie que vea el *luego.* El instante es único y envuelve todas las posibilidades, pues en él todo se crea. Todo lo demás es construcción obligada, obligada por el temor; es hábito, es presencia de los demás, irrealidad, angustia existencial, carretera sin fin, línea de ferrocarril.

Varias objeciones se nos pueden hacer en nuestra posición de quitarle valor práctico al futuro si nos centramos exclusivamente en el instante: una enfermedad crónica, la prisión o nuestro porvenir y el de la familia; pero las considero poco sólidas. Las situaciones vitales son tan fuertes, se imponen con tal violencia, que al llegar las dificultades el hombre las hace frente y necesariamente las resuelve. Sí, pero no es lo mismo obtener éxito que fracasar. Pero es que el hombre, por su ambición e instinto, da siempre en el instante lo mejor que lleva. Y sobre todo, aplazar una situación es volver a encontrársela, pero ya con nuestras posibilidades más limitadas. La vida es aceptar, porque no se puede dejar de aceptar. La rebelión continua es también racionalismo. Es pensar que el futuro apuntará mejores soluciones que las actuales. Aceptando el instante se le hace frente con valor. Y ese *con valor* es un elemento nuevo y poderoso para resolver la situación, que no estaba en ella, que no figuraba en su planteamiento. Y de él pueden salir nuevas directrices, intelectuales y morales. Y si se me acucia diciendo que una cosa es que en cada momento se encuentre una solución a la dificultad y otra el abandonar nuestros deberes, por ejemplo, descuidar la educación de los hijos por no haberles hecho oportunamente un seguro, yo diré que

ese seguro es más bien fruto de la concepción temperamental que tenga el hombre de la vida que de su sentido de responsabilidad. Según eso, también puede uno no preocuparse de nada con tal de vivir en el instante. Vivir en el instante es comprender que nuestra vida está hecha de momentos sucesivos irremplazables e irreversibles y no de pasados o de futuros, puesto que éstos no tienen otra existencia que la que yo les doy al imaginármelos. No es aplicar la doctrina cínica, ni incluso el simple estoicismo, ni buscar como Aristipo el placer del momento. La teoría del instante no mira los problemas vitales desde el punto de vista alguedónico, sino del de nuestra atención.

NUESTRA conciencia, al ser influida por atenciones, recuerdos y presentes distintos, correspondientes a los tres diferentes ritmos, se da cuenta de que su ensanchamiento excesivo proviene de comprender en ella experiencias que salen de la esfera intrínseca del ritmo psicológico y que pertenecen a los otros dos ritmos. Sobre todo, si nosotros podemos liberarla de gran parte de las experiencias relativas al ritmo colectivo por saber su origen y conocer su esfera, la descargaremos de un gran peso. Al separarnos asimismo de muchas experiencias del ritmo creador nos sentiremos más centrados en nuestros límites propios. Nuestra vida interna, que abarca límites más amplios que los de la simple conciencia, habrá adquirido mayor libertad para que las fuerzas psicológicas actúen. Hay que confiar en la propia naturaleza humana. La actuación valiosa de nuestro querer nos lo aconseja e impone.

VI — *El estoicismo crítico*

EN la aguda crisis actual, crisis de crecimiento porque el mundo se ha ampliado, física, política y socialmente, quien resiente todos los golpes es el individuo, lo mismo si vive en el ritmo colectivo porque el sistema de producción le obliga a un trabajo uniforme agotador, que si lo hace en el ritmo histórico, porque aquí se da cuenta de los difíciles problemas actuales y siente en su propia carne las inquietudes que de ellos derivan, o si lo hace en el ritmo psicológico, porque su sentido de la libertad, su paz y su equilibrio interno, se han resentido fuertemente.

Quizás la crisis presente se parezca a aquélla del individuo ante la expansión del Imperio Romano, a la cual hizo frente con el estoicismo, terminados ya los grandes sistemas comprendidos entre Pitágoras y los neoplatónicos, tras los cuales vino el Cristianismo, donde aparecía una nueva concepción del hombre y del mundo. O acaso se parezca también a la crisis provocada en el Renacimiento, cuando el hombre pretendió liberarse de los sueños medievales, a los que dio forma definitiva el tomismo, para dirigirse hacia el nuevo mundo en el que aparecían las luces de la razón. También entonces se produjo un movimiento, que se conoce con el nombre de neoestoicismo. Y en la crisis actual, liquidados ya los grandes sistemas racionalistas, el hombre penetra en un mundo en que se imponen la técnica y la organización social. Y es ahí donde hay que descubrir el nuevo sentido del individuo.

Pero entre tanto nosotros hemos de tomar una posición. La mía es de tipo estoico, pero es un estoicismo que difiere de la clásica de Zenón, de Séneca o del neoestoicismo renacentista. No se trata de tomar como virtud la aceptación de la naturaleza, ni de vivir con arreglo a la razón, ni de "espiritualizarse", como en el Renacimiento, sino de vivir sabiendo que lo fundamental del hombre es el querer y favorecer la acción. Nosotros tenemos que liberarnos de todo lo que impida nuestra acción. Y por acción entendemos todo lo que hacemos como tal individuo que somos, tanto en relación con los demás como en el seno de nosotros mismos, tanto en lo material como en lo volitivo. Así, pues, hemos de centrar nuestra vida en el momento que nos toque vivir.

Entre otros, dos han sido los descubrimientos más certeros de la psicología moderna: la existencia del subconsciente y la realidad de la conciencia como un continuo fluir. Esta conciencia ha encontrado sus objetos en aquel mundo subconsciente y en el de las experiencias reales. Pero la psicología, cortada sobre los moldes racionalistas, no ha tenido otra defensa que forjar leyes; mas en cambio le ha faltado establecer realidades amplias y periódicas antes de llegar a esas leyes, las que hubieran podido surgir arrancando de la existencia de los ritmos.

Partiendo de ellos nosotros hemos establecido más arriba tres clases de atención: psicológica, colectiva y creadora o histórica. La realidad de nuestro mundo interior es su inestabilidad, el cambio continuo del objeto a que atendemos, según el ritmo en que estamos viviendo en cada instante. Los esfuerzos

de la razón son precisamente superar ese cambio y procurar, recogiendo las experiencias de los períodos rítmicos, establecer un pensamiento, una ideología. Pero para conseguirlo es preciso que sepamos el sentido de nuestra actualidad, quiero decir, saber a qué atendemos, su procedencia, su origen. Tenemos que seguir sinuosamente el sentido de una misma experiencia, sabiendo cuándo, por entrar en el ritmo psicológico, recogemos hechos que nos pertenecen y que acaso proceden de un ensueño o de una esperanza; o bien si pasamos al ritmo colectivo, si esa experiencia tiene contactos con objetos exteriores, de la naturaleza, o de personas determinadas, viendo en qué forma ha recibido la influencia del ritmo común. O bien comprender, siguiendo la trayectoria de la misma experiencia en el ritmo creador, si le estamos adhiriendo imágenes o conceptos surgidos de descubrimientos aparecidos en nosotros para hacer frente al futuro. Seguir las oscilaciones de la atención será lo fundamental nuestro. Porque ella es la que une, la que enlaza las atenciones que no logran ser estables porque se desperdigan en los diferentes ritmos. Que sepamos ver claro que la concentración de nuestra atención es la que descubre todas nuestras posibilidades, es la que hace todos los enlaces, todas las fusiones, mediante la cual se economiza nuestra energía y se patentiza el mundo de la causalidad. Atendiendo resolvemos problemas fundamentales de nuestra psique. Volvemos a resucitar solamente lo que coincide con la experiencia actual, la que por este motivo se refuerza. Por eso hemos de darnos cuenta de que atendemos y de que el atender es el origen de nuestra riqueza psíquica. Porque en nuestro atender está todo, lo que somos y lo que queremos ser. Atendiendo tenemos que salvarnos. La distracción nos aparta de nuestro camino.

La lucha en nosotros mismos se da entre el querer y el pensar. Es nuestro querer el que dirige, aun al mismo pensar. Si es así, no deberíamos preocuparnos de la intromisión del pensar en la dirección de nuestra vida. Pero no debemos creer que el querer es un toque divino que nos hace irresponsables. El querer necesita ser plenamente aceptado por el sujeto, el cual debe saber extraer las formas que el pensar haya introducido en él, pero después de haber actuado, porque en el instante no podemos auténticamente pensar, puesto que no tenemos tiempo para ello. Podemos, sí, captar el sentido de la atención ajena, pero no con juicios, sino con intuiciones, y la fuerza de nuestra acción dependerá del grado de nuestra atención. Esto quiere

decir que el atender y la autenticidad o verdad de nuestra vida están estrechamente ligadas. Para mí, existe la verdad, se encuentra ahí, en tanto que somos capaces de atender. Por eso decía yo: "Todo lo que nos mantiene en el desenvolvimiento de nuestra atención es verdadero *(Una filosofía del instante*, pág. 116).

No pretende el estoicismo crítico que el hombre sea virtuoso por su aplicación de la razón ante el temor de caer en una conducta inapropiada. El estoico defendía la razón por creer que ésta era la esencia del hombre; pero en cambio nosotros no podemos tomar ese punto de vista porque en lugar de pensar que la razón es lo esencial de nuestra naturaleza, pensamos que es el querer. Para vivir "queriendo" no hay que hacer esfuerzos, en cambio, para vivir "razonando" sí. Nosotros sabemos que lo esencial del hombre es seguir sus más caros intereses, sean los que sean. Y como la base del atender es el interés, que lo es a su vez del querer, la unidad de nuestra psique y de nuestro interno equilibrio vendrá de nuestro atender. Entre querer y atender se establece un pugilato y hay como una contradicción, porque el querer es fluctuante, impidiendo por ello la fijación de la atención. Sin embargo, eso facilita, con determinada disciplina, el tránsito de un ritmo a otro. El genio propio y la experiencia nos forzarán a hacer el resto.

El estoicismo crítico procura por libre juicio y dominios queridos y conscientes perseverar en nuestra obra. Seremos más o menos inteligentes; lo esencial para el hombre no es aparecer como superior a los demás, esto no pasaría de ser una cuestión práctica o útil, sino liquidar vanos problemas y tener alerta siempre la curiosidad y el ánimo sereno para que nada le aparte de donde tenga que atender. No ir hacia donde no haya que ir. No es una apatía, ni una resignación. Es un *patos* de la atención, es *comprender* qué es a lo que podemos atender *fácilmente.* ¿No está ahí la vocación de vivir? La vocación profesional va por un solo camino, un fin y un hábito precisos, la vocación de vivir va por muchos, tantos como ritmos distintos existen en nuestras relaciones.

El problema de nuestra época se ha hecho complejo porque el hombre se siente disminuido ante tanto objeto a que es preciso atender. Mas el que disciplina su atención según los ritmos, sabe limitar los objetos y seleccionar los más esenciales para realizar su vocación vital. Pero hay que conquistar para nuestra atención las máximas posibilidades; que se enriquezca, que sea

varia. Hay que observar el mundo que nos rodea y el nuestro propio. Tener siempre despierta nuestra atención para saber navegar en las direcciones que nos señale la rosa de los vientos. Se me dirá que no vamos a estar atendiendo continuamente y que el ocio es asimismo valioso. Pero también hay que atender en el ocio. No se atenderá a lo habitual, sino a nuevos puntos de mira, a situaciones distintas, que pueden también procurarnos nuevos caminos. El vigía de nuestra atención ha de ser nuestra curiosidad. Nuestra inquietud no debe venirnos de no saber lo que vamos a hallar. El que es buscador sabe el impulso que le mueve, pero no exactamente lo que va a encontrar. El que sigue los instantes en que vive y sabe los ritmos a que pertenecen no se pierde y llegará a alguna parte. Los caminos no existen, pero los abrimos nosotros. Si cada cual supiera centrar su atención en el ritmo que le corresponde, nuestras desavenencias serían menores de lo que son.

El estoicismo clásico hacía frente a la vida razonando, el estoicismo crítico lo hace atendiendo. Y entre razonar y atender hay esta diferencia: razonar es una función unilateral de nuestra psique. El atender, como el querer, es múltiple y totalizador. Se atiende a todo lo que queremos hacer, pero la acción valiosa resulta cuando la atención es dirigida y unificada. Ahora bien ¿quién unifica y quién dirige? ¿La razón? No, sino algo que está más allá y por encima de ella. Nuestra experiencia del devenir rítmico fundiéndose con el querer en un conjunto de decisiones. Es así como adquirimos un sentido vital, el cual sabe dirigirnos hacia las diferentes clases de atenciones.

La atención es pues el punto fundamental del estoicismo crítico, el cual nace para fortalecer al individuo ante el desorbitado crecimiento de nuestra conciencia, que se manifiesta sobre todo al entrar en contacto con formas actuales en que se manifiestan la autoridad y el futuro. Y pretende apartar sobre todo ese tándem del orgullo-venganza que lacera las vidas individuales, para hacerlas más libres, volviendo por nuestra libertad y nuestro equilibrio interior. Asimismo liberarnos de la envidia u otra pasión, que nos lleve a dirigir la atención por derroteros que nos aparten de los objetos propios de nuestro querer.

El estoicismo crítico vive confiando en el poder de la naturaleza; pero no se somete a ella ciegamente, ni emplea la razón como regla inflexible, sino que elige, distingue y aparta todo lo que le impide hacerle partícipe de sus verdaderos intereses, de su atención. Esto no es egocentrismo. No hay otra preten-

sión legítima que la que hacemos cuando nos olvidamos de todo el conjunto de recuerdos que no corresponden al objeto de nuestro querer. Éste es el camino de la verdad a que el hombre puede aspirar en esta vida. El equilibrio interno no se consigue más que atendiendo rítmicamente. Con razón decía Bergson que la verdadera superioridad no era otra cosa que una fuerza poderosa de la atención.

EUROPA Y AMÉRICA, DOS POLOS CULTURALES

Por *Fernando DIEZ DE MEDINA*

¿Es una la cultura occidental, o existen dos polos culturales que animan el pensamiento contemporáneo?

Ya no es lícito afirmar que las corrientes intelectuales fluyen sólo de Madrid, de París, de Berlín, de Roma, porque también de Nueva York, de México, de Buenos Aires, de Río de Janeiro parten las ideas renovadoras. Miramos a Europa sin dejar de sentir a las Américas. La luz no baja únicamente de occidente; brota de los meridianos, plural, diversa.

Frente al inmenso despertar de la conciencia asiática, la civilización cristiana tiene hoy dos campos de acción: el área europea y el continente americano.

Y aquí se plantea el viejo problema de siempre. ¿Hasta qué punto somos nietos del Viejo Mundo y desde qué otro criaturas del Nuevo?

Mientras exista Europa, habrá una cultura europea. La crisis actual, más aparente que real, no anuncia caducidad o extinción como piensan muchos, sino justamente la contrario: un general resurgimiento del espíritu que lucha por adecuarse a las rápidas transformaciones de la sociedad humana.

La cultura occidental de la que formamos parte, se distingue por su poder de universalidad. Hay un contenido europeo en todo lo que se piensa y se hace, lo mismo en Londres y en Viena que en Montreal o en La Paz. Ello no supone una absorción total del alma americana, sino sólo una canalización parcial de sus modos expresivos. En ciertas áreas geográficas de Guatemala, Honduras, Ecuador, Perú, Bolivia pensamiento y técnicas de trabajo no se ajustan al proceso transatlántico; persisten en el hábito secular. Viven en "tempo" indio, en raigal comunión con la tierra y con la raza. No se cosmopolitizan. Las clases medias, los mestizos, que demográficamente constituyen mayoría en el continente —porque Norteamérica es tam-

bién mesocrática— aspiran a dominar los instrumentos de la civilización occidental, pero no se resignan ya a ser colonos de Europa ni en economía ni en literatura.

Debemos mucho a Europa, ciertamente, mas no debemos vivir con los ojos fijos sólo en el Viejo Mundo. Nadie niega los tres mil años de civilización que nos legó Europa; de allí vendrán aún por mucho tiempo la forma antigua, el canon clásico, la novedad; pero la conciencia de nuestro propio valer —ya que no podemos hablar todavía de una cultura americana orgánica— obliga a extraer del suelo, de la raza, del ámbito geográfico y social, los modos vitales. Es un hecho lento, natural, irrenunciable: de adentro para afuera crecen hombre y sociedad.

Si como occidentales somos fáusticos, vertiginosos, como americanos transcurrimos profundos y morosos, porque sólo de grandes paciencias surgen edificaciones consistentes.

Por fuerte que sea la presión cultural de Europa, hay que evitar el peligro de la imitación, del servilismo, ese vasallaje a la forma culta.

Allí: un espíritu de dominio, la técnica en gran escala, el racionalismo utilitario. Aquí: lo ético y religioso predominando sobre la voluntad rapaz; un despertar de aurora contra el desorden y el retraso de las multitudes; lo emocional frenando las duras avideces de la inteligencia.

Tal vez sería mucho decir que una nueva religiosidad ha de brotar en tierras de América, sobre todo en el Centro o en el Sur. Pero sí es lícito señalar que un nuevo humanismo germina ya en estos pueblos jóvenes, que toman conciencia de sí mismos por un nacionalismo típico —muy distinto del occidental— a mitad de camino entre el imperialismo capitalista y la fórmula soviética. Aquí se ama la libertad y la sociedad se planifica con cierta inclinación social, al bienestar colectivo. Humanismo de la Necesidad ha dicho un pensador. No hay que asustarse de esta eclosión democrática, que siendo de raíz cristiana, de pura democracia, necesariamente debe apoyarse en determinados postulados socialistas. Mas distíngase: en el Viejo Mundo socialismo equivale a servidumbre y despotismo; en el Nuevo es signo de liberación y justicia social.

Verdad que un desarrollo espantable de la ciencia y de la técnica, han provocado una quiebra transitoria de los valores espirituales. Pero nadie podrá negar que los dos sucesos mayores de nuestro tiempo, la desintegración atómica y el socialis-

mo ruso son productos netamente occidentales. Volveremos al equilibrio humanístico cuando termine el largo proceso de evolución que atravesamos. Órdenes y conquistas, descubrimientos pueden bajar de Washington o del Kremlin; en el fondo es la inteligencia europea, aun trasplantada, metamórfica, la que sigue guiando a la humanidad. Física nuclear, matemáticas, filosofía, industria y técnica, artes, ciencia, nuevo derecho, educación y habilitación de masas, planificación económica, todo esto es de elaboración europea, aunque se re-exporte de Estados Unidos o de Rusia.

La cultura occidental está, pues, en el ápice de su energía creadora, a pesar del desajuste espiritual. Ha comenzado un tiempo nuevo.

Pero América aporta, a su vez, influencias inéditas a este movimiento integrador de la conciencia occidental. Grandes áreas despobladas, materias primas, riqueza por descubrir y explotar en forma organizada. Y sobre todo el hombre nuevo de América. La búsqueda de una moral internacional para oponerla al poderío bélico de la era atómica: la igualdad jurídica, la libertad política, la interdependencia económica de las naciones. La democracia responsable, que es norma y conducta a la vez. Mansa, inocente aún la muchedumbre. Refugio del antiguo señorío, de las últimas formas de la cortesía civilizada la minoría dirigente. Aquí hay estabilidad, intimidad, idealidad, las tres espuelas de la vida espiritual. Superando la clásica antinomia del hombre de espíritu y el varón de ocupaciones materiales, el continente devuelve un arquetipo compuesto: el idealista-práctico, soñador y dinámico al mismo tiempo. El que hace de sus sueños una edificación exterior, de sus empresas materiales un riesgo espiritual.

La síntesis equilibrada de pensamiento y voluntad, miran en América a una alta finalidad humana. Antes que banquero o guerrero, los dos símbolos del mundo antiguo, el americano quiere ser jefe de pueblos, mensajero de solidaridad. Por eso político, pensador, artista, devienen servidores de la colectividad.

Este despertar de la conciencia americana, anuncia el advenimiento de la nueva cultura: la que con soplo nuevo renovará las cansadas energías del orbe occidental.

Europa y América, dos polos culturales. No es que una deba perecer para que la otra la substituya. Juicio pueril. Ambas deben subsistir, en perfecta simbiosis, mudando, transmu-

tando calidades, para que del choque fecundo de fuerzas brote la síntesis futura, cargada de humanidad y de sentido.

Y no se hable de jerarquías ni supremacías. Allí saber y técnica florecen asombrosos; aquí virtud y sentimiento enaltecen los valores humanos. De todos requieren pueblos y hombres.

Por eso diré que frente al varón crepuscular de Europa, el hombre matinal de América debe responder:

—Mucho es lo que me diste, mas también yo traigo mi propia donación.

ASPECTOS DE LA VIOLENCIA AMERICANA

Por *Fedro GUILLÉN*

> "Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí, apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas para que ambulara vagabundo como los vientos y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación".

¿QUIÉN no reconoce estas amargas frases atribuidas a una carta de Arturo Cova, personaje central de *La Vorágine?*

¿Y éstas otras que abren la lectura del mismo libro?

"Antes de haberme apasionado por mujer alguna jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia".

La encendida poesía que vuelve incandescentes las páginas del memorable relato de José Eustasio Rivera, prepara así el ánimo para la epopeya próxima a desencadenarse. Epopeya americana del hombre contra la indomable naturaleza que sale vencedora.

La fuerza narrativa de *La Vorágine* parece trasuntar del cósmico dramatismo del trópico —sexo de la tierra que dijera un poeta. No en vano sus páginas forman parte del historial del Nuevo Mundo alzándose en el coro universal con voz propia, y su sabor candente de libro de una edad literaria terrosa y botánica, ha quedado en el cruce de los caminos como una señal, una guía, de esas que graban sobre añosos troncos peregrinos selváticos.

El lector de todos los tiempos jamás podrá sustraerse de la magia de este libro básico y desbordado. Hilos de un amor tremendo mueven a Arturo Cova como un poseído, hasta caer en alguna encrucijada del bosque preso entre lianas y flores de pesadilla, sin aliento para seguir adelante, aun con el nombre de amor y odio de la amada en los labios; infiel bien amada que se le fue de las manos a mitad del verdegueante cosmos donde la potestad del árbol, la fiera y el ave reina soberana sobre cualquier intruso.

Dejemos los tintes alucinantes y el mensaje entrañablemente telúrico de *La Vorágine*. Vayamos más allá de su barro amasado en un crisol de furias; busquemos el trasfondo humano de su personaje que huye del necio mundillo social para perderse en la selva —que se lo "traga"— arrastrando en su caída a un destino que se le ofrecía brillante. Todo por un desliz erótico, común en nuestra vida, que arma escándalo en cualquier medio recoleto rico en lenguas infalibles.

Descifremos el sentido esotérico de esa primera frase en que se habla de azar y de violencia, deidades inquietantes que sojuzgaron la voluntad de Arturo Cova —hombre americano por antonomasia.

La frase ha atravesado muchos ojos sin ser medida ni pesada en la aduana inasible de la poesía. Su significativa intención se ha tomado, en el mejor de los casos, como simple aleluya con que el autor quiso situar a su personaje. Quien dice en su primer encuentro con el mundo: "Antes de haberme apasionado por mujer alguna jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia", saca a flor de piel todas las claves de su temperamento. Jugar así con el corazón no es cualquier cosa. En la fauna psicológica el dato queda registrado y esa partida que tan olímpicamente gana la violencia, alguna señal deja al observador que se frote los ojos tras el deslumbramiento de la poesía.

La frase, llevada a una síntesis interpretativa puede enunciarse así: entregar el corazón a la violencia, bella frase que pasa dejando misteriosas resonancias en toda alma sensible, no petrificada.

Prescindamos ahora de su belleza y... analicemos.

¿Qué quiso decir Arturo Cova con esa extraña oferta hecha al Azar...? ¿O es una simple balandronada retórica...?

Vamos por partes. Cualquier modesto diccionario advierte que actuar violentamente es hacerlo contra el natural modo de

proceder. Y el natural modo de proceder —nos preguntamos— ¿qué afortunado oráculo lo señala...?

Para ahorrar problemas tautológicos bueno será convenir en que el natural modo de proceder es el común en el común de las gentes. Algo así como la universal plaga del sarampión.

Procede, entonces, violentamente quien no lo hace como el común de las gentes. Lo que supone grave pecado de calumnia colocar el vocablo Violencia en un casillero de pronóstico reservado; es decir, junto a otros subversivos y peligrosos, como destrucción, alboroto, y algunos más de la zona roja del idioma.

(Zona roja, para quienes aparenten ignorarlo, es esa parte de toda ciudad que el candor de cierta moral burguesa destina a transeúntes o habitantes del arroyo).

Ahora bien, no dar al diccionario demasiada importancia parece que es sutil herencia de la sabiduría. Y el más inadvertido pensará que no deja de ser irónico acudir a tales mamotretos gratos a la Academia cuando se tiene en la otra mano *La Vorágine* y su vital aliento.

De acuerdo. Pero lavar de ganga a una palabra tan calumniada no sólo es acto de elemental justicia. Sirve también en esta excursión cuasi filosófica en que nos ha metido Arturo Cova con sólo abrir la boca al comenzar el libro. Desbrozar obstáculos del camino es urgencia no nada más de quien aventura el paso en la selva; el escritor también tiene su alfanje, simbólico si se quiere.

Poéticamente el término Violencia abre un mundo infinito y desconocido poblado de pólenes creadores. Una cauda electrizada de astro le es propia y maliciosos, recónditos rayos bajan a cada una de sus letras con desenfadado escándalo de invierno.

La fantasía popular sabia y vieja como el mismo diablo intuye que quien no procede como el común de las gentes —en aras de la Violencia— tiene algo del magnetismo de la atmósfera. Fuerza su ruta por caminos antojadizos, tira por donde le viene en gana con suprema Voluntad de meteoro.

Quien entrega su corazón a la violencia da a su cordial víscera autoridad para entablar comercio con lo inédito, no violado por huellas de quienes hacen con su rutina los senderos. Y de fijo se impone una sensibilidad categórica, un estado de alma ante el plural repertorio de la vida.

El corazón capitanea la jornada cual viejo adalid de la conducta que registra la historia humana con sus latidos. Darlo

sin condiciones a la Violencia equivale a hacerlo entrar al reino de la aventura, grato siempre a todos los dioses. Y entrar en ese reino es, nada menos, que volver al ciclo elemental del hombre que no conoce más ley que su propio impulso, por encima de la abigarrada red de lazos sociales que atan al civilizado como a un pobre prisionero.

Entregarse a la Violencia es una forma de hacer frente al misterio de cada existencia con ademán viril, jugando cada quien su propia aventura, exigiendo a la vida todo lo que nos debe.

Estado de gracia que devuelve la armonía arrebatada desde el infausto día en que el ser humano antepuso el deber, al antojo; lo que conviene, a lo que se quiere.

Entregarse así es una perenne lucha por asir la estrella del destino donde se halle, cueste lo que cueste, contra viento y marea, trasmutando la pesantez de los remos terrenales por alas atrevidas que llevan hacia alturas por rutas que burlan la obcecación eterna de las brújulas.

Es, también, ingente curiosidad de quien emigra más allá de lo habitual, impulsado por rachas de fantasía. Caro afán de cambio, que es creación y no anegamiento en el légamo de quienes viven sin arrebato que salva o inspiración que ilumina.

Entregarse a la Violencia en un mundo donde infinitos escollos se oponen a toda violación a lo diario, es una justa revancha contra avatares de que no tenemos la culpa. Es una suerte de anarquía espiritual que complica, remoza el planeta, pues lanzarse al vacío en busca de algo nuevo es osadía que da temblor eterno a cada célula y no muerte virtual de quien nada busca, resignado a su suerte con ciego fatalismo de ostra.

Y si ese impulso de hender el arcano a golpes de corazón es vieja consigna de los hombres, no por azar el personaje de *La Vorágine* pronuncia sus palabras cabalísticas en el umbral del libro.

Su cruel historia, la pasión que arrastra y pierde a Arturo Cova en la maraña de la selva, tronchando de tajo su destino de hombre de superior inteligencia, descubre un sino americano de vivir cotidianamente como en trampolín, a punto de pegar el salto definitivo.

Ese oscilar constante de nuestra vida, ese salvarse unas veces y hundirse otras en aras de la aventura, esa inestabilidad de un destino que lucha contra el trasiego de sangres diversas, agobiado por injusticias económicas y sociales, ese existir americano tan cerca de la frustración como del éxito, halla su fór-

mula definidora en la actitud de jugarse el corazón al azar para que lo gane la Violencia.

¡Larga es la lista de Arturos Covas devorados en América que habla español y reza a Jesucristo, mas que por asechanzas de la selva, por hostilidad de las ciudades que devoran al hombre!

Porque ese impulso vital de darse de pronto al misterio —jugándose el todo por el todo, como dice el pueblo— en busca de algo que por un instante despierta a las turbinas volitivas —como en la fuga real y simbólica de Arturo Cova que abandona de golpe todo lo suyo—, esa alianza con el azar y con la violencia no es pan diario en otras razas y otras sangres en las que el oro del tiempo y de la cultura ha borrado las huellas iracundas que a nosotros nos mueven desde la noche de los tiempos.

Tampoco es dable pensar en esa vida aleatoria —como la flecha sin blanco del filósofo— en latitudes donde el equilibrio social ayuda a sofrenar la voz insurrecta del clásico demonio agazapado en cada alma latinoamericana.

En nosotros el mundo externo y el interno se concitan para llevar la vida en desconcierto, buscando afanosamente la oportunidad de salvación en esa entrega mística al minuto que ofrece develar lo que cada quien espera de destino.

Haz y envés de la vida americana, dos caras de paz y de guerra como las del viejo dios Jano; dicha y fatalidad esconden su oferta tras cada entrega del corazón a la violencia. Y en un mundo como el nuestro, que con seculares injusticias combate amorosamente a sus mejores hijos manteniéndolos entre la dualidad trágica de la cima y el vacío, la traición de Arturo Cova a sí mismo, su arrebato desertor, revelan el caos diario de una existencia que empuja a cada hombre de nuestra latitud a vivir a expensas del azar.

De ahí que la frase primera de *La Vorágine* esté suspendida como clara advertencia sobre el ígneo Nuevo Mundo, que trasmite a sus hijos el fragor de una corteza terrestre no apagada del todo, estremecida cada aurora con golpes de sol que avivan el deseo primordial de vivir y morir desconcertantemente.

Presencia del Pasado

LA UNIÓN DE LOS CONTRARIOS EN LA RELIGIÓN NÁHUATL*

Por *Laurette SÉJOURNÉ*

I. *El agua y el fuego*

SEGÚN la religión náhuatl, la dinámica de la unión de los contrarios está en la base de toda creación, tanto espiritual como material.

Si, como lo hemos visto, el cuerpo "brota y florece" su alma, sólo cuando es traspasado por el fuego del sacrificio, la Tierra, a su vez, no da sus frutos más que penetrada por el calor solar transmitido por la lluvia. Es decir, que el elemento generador no es ni el calor ni el agua simples, sino una combinación equilibrada de los dos. Y es bajo este doble aspecto que aparece frecuentemente la divinidad del líquido celeste.

A pesar de ser considerado como el representante por excelencia del elemento *agua, Tláloc* implica a veces una neta relación con el fuego, así como se deriva, por ejemplo, del hecho que la Era que él regía desapareció bajo una lluvia de fuego, mientras que la que fue destruida por el Diluvio, dominada por la divinidad del agua terrestre, le es extraña.

La liga de *Tláloc* con el fuego se hace aparente sobre todo en su papel de "...dios que habita el paraíso terrenal y que da a los hombres los mantenimientos necesarios para la vida corporal...".[1] Es un fresco teotihuacano el que permite aclarar este punto cuyo alcance no será apreciado en su justo valor más que cuando hayamos avanzado en el análisis de los símbolos.

Se trata de escenas pintadas en la pared de uno de los tres palacios exhumados en Teotihuacán, que por su correspondencia-

---

* De un libro de próxima aparición en Thames and Hudson, Londres.

1 BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de Nueva España,* Editorial Nueva España, S. A., México, 1946. Tomo I, p. 22.

cia absoluta con el Paraíso Terrenal como lo describe el informador azteca de Sahagún, han podido ser identificadas hasta en sus menores detalles.[2] Además de recalcar un rasgo típico de las culturas mesoamericanas y particularmente náhuatl —el respeto sagrado a la tradición primordial— estos cuadros ofrecen un gran interés religioso.

En un capítulo anterior, al observar que los difuntos no eran todos incinerados, hemos emitido la hipótesis de que aquellos que no alcanzaban esta última purificación debían ser los no iniciados, muertos en estado profano, porque su confinamiento a un sitio terrestre, por paradisíaco que fuese, indica el abismo interior que los separa de los bienaventurados del cielo.

Con estas pinturas se hace evidente que los habitantes de este Edén no han sobrepasado la condición humana. Están representados como seres pequeños, las caras y los cuerpos al descubierto, sometidos a las pasiones —hay unos que ríen, otros que lloran— y en un desorden agitado de danzas y de juegos deliciosamente expresivo pero inesperado en la *Ciudad de los Dioses* donde las máscaras impenetrables, la inmovilidad y el hieratismo son la regla.

Esta tierna imagen de la Creación está encerrada en un cuadrilátero formado por dos cuerpos de serpientes entrelazados, recubiertos de signos del agua y de cabezas de Tláloc.

El cuadrilátero, la serpiente y el agua terrestre son sinónimos de materia, pero los Tlálocs son portadores de jeroglíficos de valor celeste: el quincunce en cruz cuya conexión con el fuego es indiscutible,[3] y la flor solar de cuatro pétalos. La intrusión de estos rasgos ígneos no sería probatoria de la unión de los contrarios —muchos estudiosos, a causa de su presencia en este lugar, los han integrado al simbolismo del agua sin preocuparse de resolver el problema que plantea esta clasificación— si no tuviéramos una prueba definitiva de ello en la escena superior.

La divinidad que ocupa su centro ha sido reconocida como Tláloc (fig. 1), y es en efecto este dios que, según Sahagún, debe reinar sobre el Paraíso Terrenal. Por otra parte, la máscara adornada de colmillos; las estrellas de mar y los ondula-

---

[2] Ver ALFONSO CASO, *El Paraíso Terrenal en Teotihuacán,* Cuadernos Americanos, México, 1942, Nº 6.

[3] Sahagún especifica que este dios... "...tenía en la mano izquierda una rodela con cinco piedras verdes puestas en manera de cruz...". *Ob. cit.,* tomo I, pág. 39.

ciones que ornan las volutas que salen de su boca; las conchas marinas abiertas que tiene en sus manos y de la que escurren opulentas gotas lo confirman ampliamente.

Pero ¿qué hacen en este dominio acuático la gran peluca amarilla (color del fuego) que le cae sobre las espaldas y la venda con ojos romboidales que es el adorno más frecuente de Huehueteotl, viejo dios del fuego? Si se los asignamos a Tláloc,



Fig. 1. Tláloc, "dios que habita el Paraíso Terrenal. . .". (Fresco Teotihuacano).

Huehueteotl se vería despojado de sus atributos más esenciales, pero, felizmente para él, existen documentos que impedirán esta injusticia. En efecto, encima de este personaje complejo se elevan dos bandas de las que una, amarilla, está sembrada de mariposas. Ahora bien, este brillante insecto ES el fuego. Sin detenernos sobre los casos innumerables en los que lo simboliza, digamos que en los códices representa la llama misma. Resulta entonces que esta visión paradisíaca de la Tierra está basada sobre el concepto de la armonía dinámica del agua y del fuego.

Nos encontramos de nuevo este concepto en un Tláloc pintado al fresco sobre un vaso teotihuacano (fig. 2), el cual, además de los anillos a manera de gruesos anteojos que lo caracterizan, ofrece elementos que pertenecen a la mariposa, como se puede ver comparando sus alas con las de las representaciones de este insecto (fig. 3). Que se trata de la unión de los

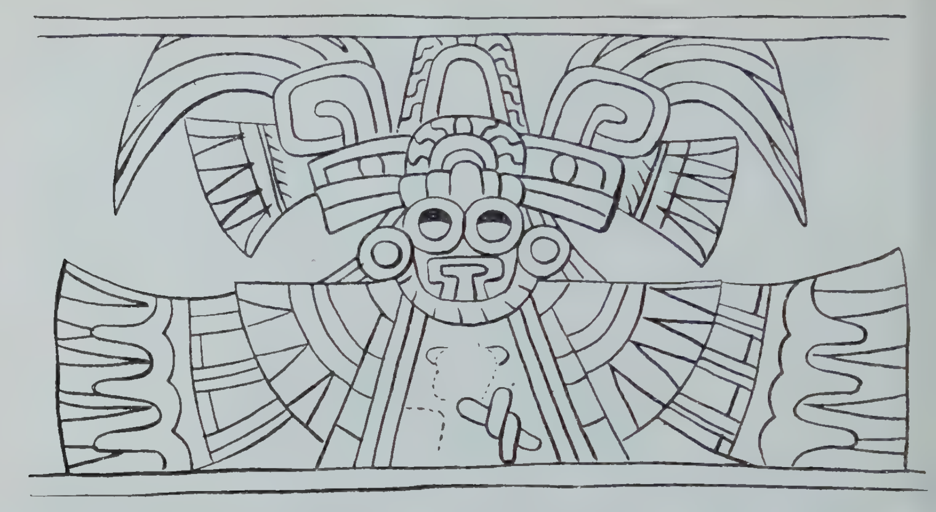


Fig. 2. Tláloc llevando alas de mariposa. (Vaso teotihuacano decorado al fresco. Museo Nacional de Antropología).

Fig. 3. Mariposas teotihuacanas en cerámica. (Museo de Teotihuacán).

contrarios y no de elementos acuáticos, está confirmado por las dos cintas entrelazadas que lleva sobre el pecho y que no son otra cosa que el jeroglífico *Movimiento* (Ollin) propio del Quinto Sol.

Esta idea está constantemente presente en la simbólica náhuatl. Podría descubrirse, por ejemplo, otra significación al hecho insólito que la imagen "...del antiguo dios y padre de todos los dioses que es el *dios del fuego,* está en la *alberca del agua* entre almenas cercado de piedras como rosas...".[4]

Y ¿por qué razón los aztecas habrían erigido su capital en el lugar donde ellos descubrieron una piedra de la que nacieron flores y una fuente en la que el agua era "...muy bermeja, casi como sangre, la cual se dividía en dos arroyos y en la división del segundo salía el agua tan azul y espesa que era cosa de espanto...?".[5] ¿A qué pueden referirse estos prodigios si no a la doctrina que enseña que la materia "brota y florece" por medio del esfuerzo que anula los contrarios? Esto es tanto más patente cuanto que los frutos de la piedra milagrosa —los higos de tuna— asumen en el arte azteca la forma de corazones humanos; y que son precisamente dos corrientes semejantes a las de la fuente en cuestión que simbolizan la "guerra florida" que el hombre debe sostener en su seno para alcanzar la liberación.

Desorientados por el materialismo azteca y tal vez por un exceso de racionalismo, los arqueólogos, siguiendo a Seler, consideran generalmente el jeroglífico de la "guerra florida" (fig. 4), el *atl-tlachinolli* (atl, agua; tlachinolli, cosa quemada) no como símbolo de lucha interior sino de la que los hombres sostienen los unos contra los otros. Esta interpretación se revela insostenible frente a la iconografía, porque este jeroglífico sigue fielmente al Señor de la Aurora, a la Estrella de la Mañana, es decir, Quetzalcóatl. La figura 5 muestra un quezalcóatl azteca llevando la imagen del *agua quemada* a manera de pectoral; la figura 6, de un fresco teotihuacano, representa el Señor de la Aurora guerreando contra los elementos opuestos: aparece en una barca —o sea sobre el agua— rodeado de llamas. Está provisto del arma náhuatl por excelencia, un instrumento lanzador de dardos llamado *atlatl.* Los motivos de las bandas que enmarcan la escena son esencialmente los mismos que aquellos que servirán a los aztecas para expresar el agua y el fuego en el *atl-tlachinolli.*

---

4 Sahagún, *ob. cit.,* tomo I, p. 485.

5 Códice Ramírez, Editorial Leyenda, S. A., México, 1944, p. 37.

¿Pero es necesario demostrar todavía, después de lo que nos han enseñado los mitos, que es sólo quemando la materia que la partícula divina es liberada? El mensaje de Quetzalcóatl no dice otra cosa. Hemos visto que el alma individual —Venus— se desprende del cuerpo incinerado del rey de Tollan, y que es de las cenizas del anciano ulceroso de donde emerge el alma cósmica, el Sol. Esas narraciones, por otra parte, han indicado suficientemente que el fuego liberador es el del sacrificio y de la penitencia; y se sabe que la institución del sacerdocio no tenía por fin más que la enseñanza de las prácticas que conducían al desprendimiento de la condición terrestre. Es entonces probable que el trofeo que perseguía el guerrero de la *batalla florida* no era otro que su propia alma.

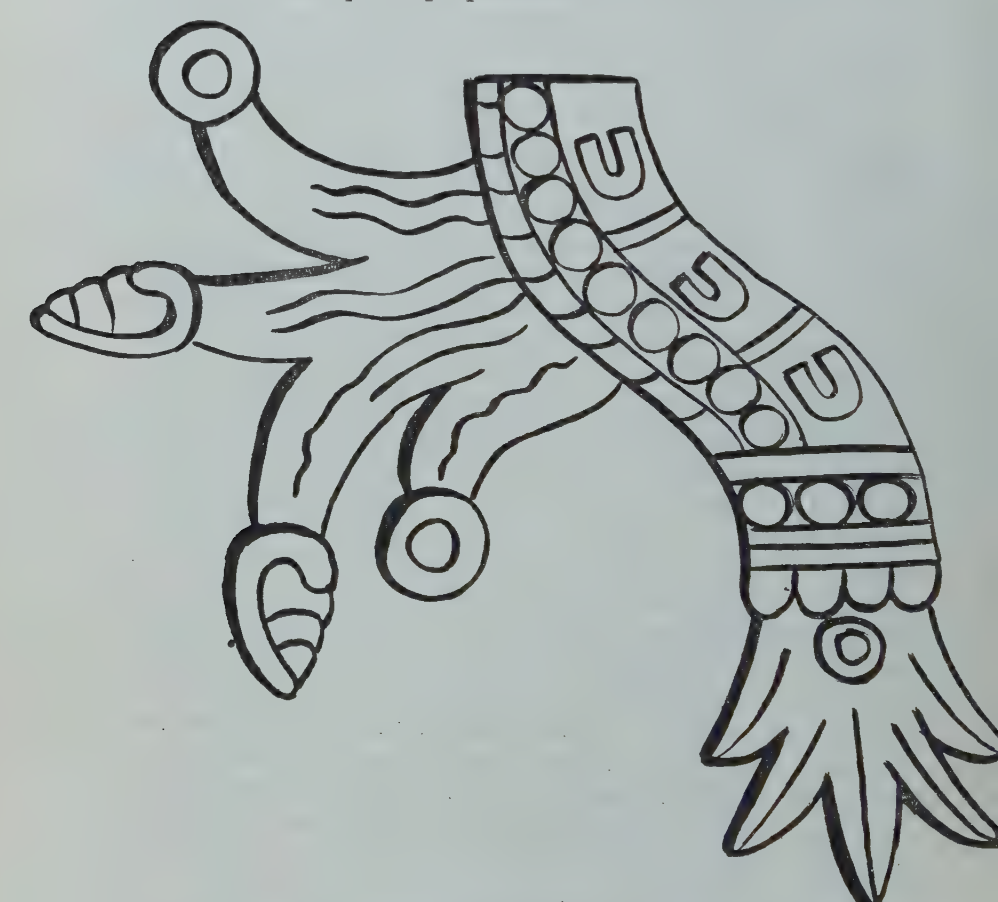


Fig. 4. El jeroglífico del *agua-quemada*, símbolo de la *guerra florida*.

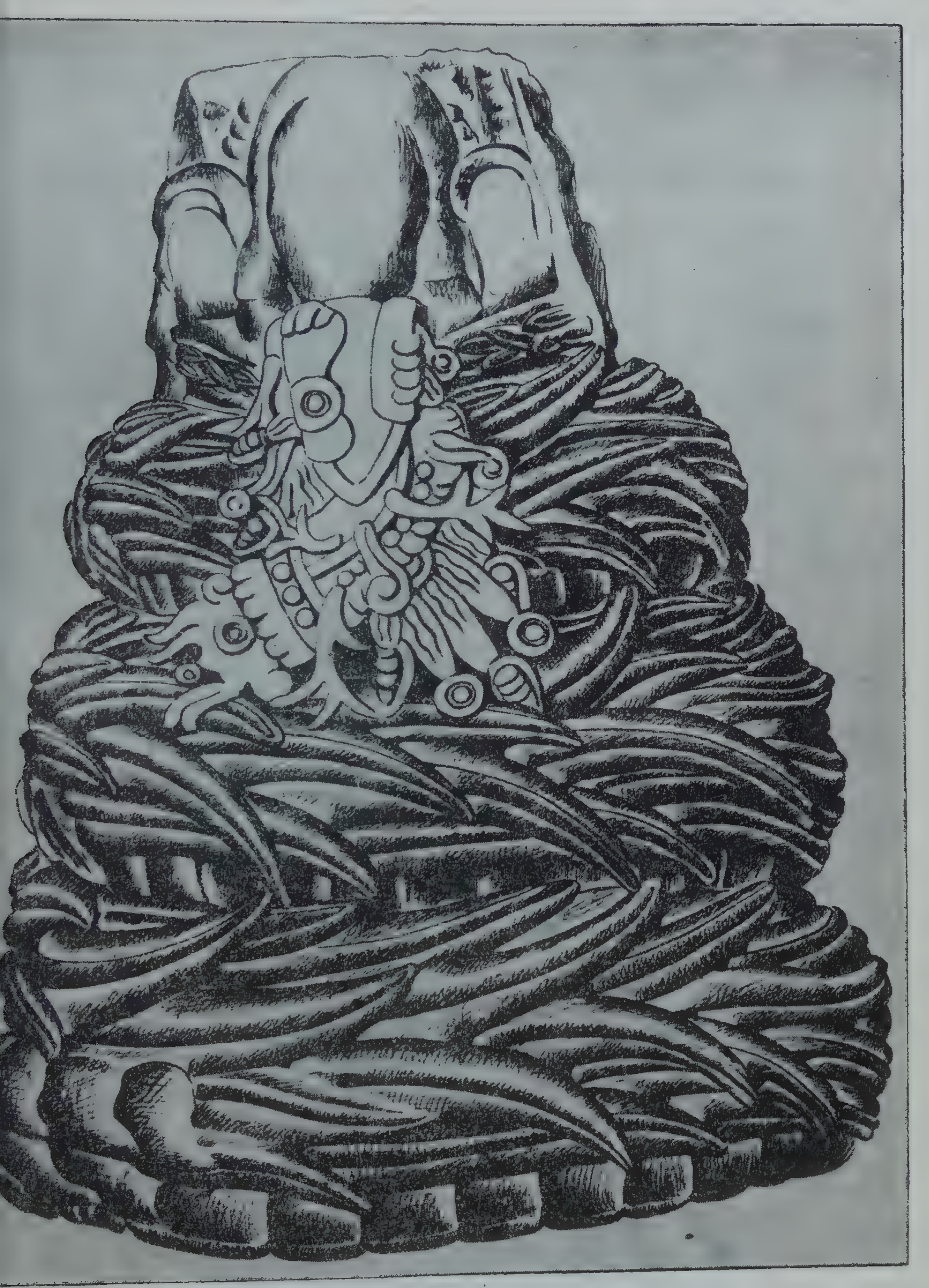


Fig. 5. Quetzalcóatl azteca llevando como pectoral el símbolo de la *guerra florida.*

Este principio espiritual es tan básico que a él le fue dedicado el Templo Mayor de Tenochtitlán: la circunstancia de que el dios de las lluvias y el del fuego hayan sido colocados uno al lado del otro, en la cima de la misma pirámide, no puede seriamente interpretarse de otra manera. Sabiendo, además, que el templo fue construido sobre el emplazamiento de la fuente de donde brotaban las aguas azules y rojas, se hace patente que las divinidades que lo regían simbolizaban la fórmula mística del *agua quemada*.

Esta hipótesis está sostenida también por el hecho que las estatuas que flanquean la escalera (fig. 7) llevan a manera de estandarte, un corazón florecido, recordándonos que, por degeneradas que hayan sido en la práctica, las ceremonias que tenían lugar en ese santuario estaban destinadas a proporcionar almas al Sol.

El Templo Mayor no hace entonces más que reproducir la visión que los oráculos aztecas esperaban contemplar antes de echar los fundamentos de su metrópoli: el *agua quemada* y la *piedra florecida* que constituyen los dos actos del drama de la unión cósmica.

II. *El cielo y el infierno*

Como lo hemos visto en la mitología, el Sol está sometido también al proceso de la encarnación: cada noche se transforma en Sol de Tierra y, bajo el aspecto de un tigre —símbolo del Occidente y del Centro de la Tierra—, recorre el mundo subterráneo hasta encontrar el lugar de donde se eleva de nuevo hacia el Cielo.

El tigre en marcha es un motivo náhuatl de los más característicos. En Teotihuacán, las pinturas ofrecen de ello hermosos ejemplares y entre los fragmentos de esculturas que existen en el museo de esta zona arqueológica, hay representaciones de patas en movimiento que, a juzgar por sus proporciones, deben haber adornado un gran edificio. La peregrinación nocturna del Sol es la correspondiente a la que cumple Venus para ir a convertirse en Estrella de la Mañana —o el Rey de Tollan para alcanzar el fuego redentor— y es evidente que los dos simbolizan el *movimiento* que reúne los contrarios. Esto surge con claridad de un fresco teotihuacano donde el tigre y el coyote (perro lobo), forma animal de Quetzalcóatl, avanzan sobre la



Fig. 6. El Señor de la Aurora —Tlahuizcalpantecutli. (Fresco Teotihuacano).

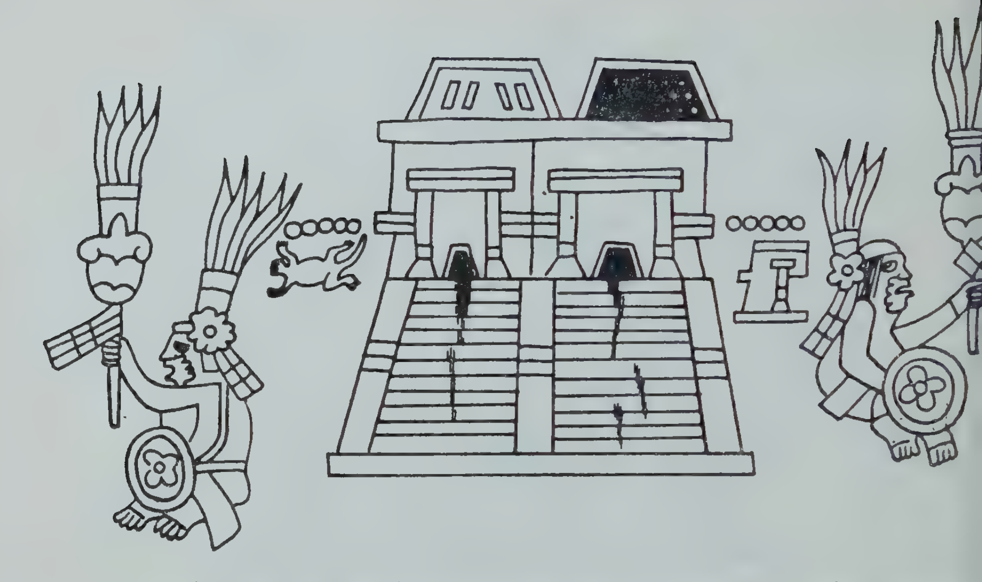


Fig. 7. Templo mayor de Tenochtitlán con estatuas de Xochipilli. (Códice Florentino

misma ruta (fig. 8). Para mayor verosimilitud, estos personajes están representados en la parte inferior de los muros, lo que parece indicar que se trata de regiones subterráneas.

Volvemos a encontrar reunidos los astros prisioneros de la materia en la página 16 del Códice Borbónico en la que el perro-lobo es portador de los atributos de su ilustre doble y el Sol, en la boca del *monstruo de la tierra,* tiene el cuerpo envuelto y



Fig. 8. Tigre y Coyote, formas animales del Sol y de Quetzalcóatl. El motivo qu rodea está formado por elementos pertenecientes al tigre, al pájaro y a la serpiente. (F Teotihuacano).

atado como el de un cadáver. Recordemos que una de las Edades muertas es precisamente la del *Sol de Tierra* regida por un tigre.

En el cielo, el Sol es un águila pero no es más viable bajo esta forma que bajo la precedente porque a cada crepúsculo se hunde en las tinieblas. (El Sol en el ocaso es llamado cuauhtémoc, Águila que cae, nombre predestinado que llevaba el último Emperador del mundo precolombino). Esto evoca la Era desaparecida bajo la *lluvia de fuego* de la que sólo los pájaros escaparon.

El jeroglífico del *agua quemada* simboliza la lucha que sostiene esta masa ígnea contra la materia que amenaza constantemente anularla, lucha a la cual se refiere sin duda la actitud belicosa de ciertas águilas y tigres de los códices y de las pinturas murales.

Por otra parte, sabemos que la poderosa Orden de los Caballeros Águilas y Tigres no tenía por misión más que la *guerra florida*, y todo lleva a hacer creer que el carácter civil que asumía en la sociedad azteca era una degradación de los rituales de iniciación representando, en el origen, la batalla sagrada del Cielo y de la Tierra —del Ser y de la Nada—. Lo cierto es que en Teotihuacán parecen desprovistos de toda finalidad profana, ya que los Caballeros allí representados (figura 9), no tienen nada del aspecto marcial caro a los conquistadores. Pero, a pesar de su intromisión en los asuntos del Imperio, esta Orden guardó una indudable significación religiosa. Sería difícil, por ejemplo, considerar las águilas y los tigres esculpidos sobre el tambor azteca de Malinalco de otro modo que como símbolo de la lucha que permite al cuerpo que su alma florezca. En cuanto al caballero águila que domina la escena (fig. 10), tenso por un poderoso dinamismo interior, aparece más bien como una apoteosis del alma universal que como una bárbara divinidad ahita de sangre. Interesa señalar que aunque muy expresiva, esta imagen no hace más que reproducir la geometría del signo *movimiento* que se encuentra a su lado.

Por su parte, el hombre, por pertenecer a la vez a los abismos opacos y a los esplendores celestes, constituye el terreno de reencuentro fuera del cual los principios opuestos morirían en el aislamiento. Y es por ser la efigie de la conciencia de esta dualidad creadora, que la serpiente emplumada es la imagen clave de la religión náhuatl.

La unificación de los tres mundos se evoca por medio de

Fig. 9. Caballero Tigre, fresco teotihuacano encontrado en las exploraciones de Zacuala
febrero de 1956.



Fig. 10. Caballeros Águila y Tigre esculpidos sobre el tambor azteca de Malinalco.
seo Nacional de Antropología).

los animales que los simbolizan. Un ejemplo de esto se observa en Malinalco, zona arqueológica perdida en las montañas y de acceso difícil aún en nuestros días, que tiene todo el aspecto de constituir un sitio de iniciación secreta de los Caballeros Águilas y Tigres. Se trata de un conjunto de santuarios entre los cuales uno, tallado enteramente en la roca viva, reúne en un templo circular, imagen de la armonía cósmica, el Cielo, la Tierra, y los Infiernos: la entrada está formada por dos enormes cabezas de reptiles y bellas esculturas de águilas y tigres presiden al interior. Este triple motivo, relacionado al simbolismo de Quetzalcóatl, está tratado con una sorprendente riqueza de invención en la cerámica y los frescos de Teotihuacán, así como en los códices de las épocas posteriores.

Es esta misma unificación que simboliza el Árbol de la Vida cuyo modelo, desgraciadamente incompleto, crece encima del Paraíso teotihuacano.

He aquí uno de ellos esculpido sobre un monumento azteca (fig. 11): la materia está representada por la divinidad del agua terrestre; el cielo por el águila solar cantando el himno del *agua quemada*. Su unión se hace por medio de un nopal cargado de corazones en flor. Alfonso Caso ha demostrado que se trata del emblema de Tenochtitlán[6] y es fácil descubrir que esta escena que ilustra los prodigios aparecidos sobre el emplazamiento de la futura capital del Imperio, constituye una síntesis de la doctrina de Quetzalcóatl.

En lenguaje diferente, el Árbol maya no hace más que reproducir la misma síntesis (foto 1). En su base, el *monstruo de la Tierra* cuyo tocado lleva signos de muerte y resurrección. Después, el hombre —los pies sobre la materia y la cabeza levantándose al oriente como la Estrella de la Mañana— atravesado por el eje cósmico cuya cima está ocupada por el pájaro solar. Estamos evidentemente en presencia de una Iniciación a la vida espiritual, única que establece la comunicación entre las tres esferas.

Más explícito, el Árbol del Códice Borgia (fig. 12) confirma el significado de los ya descritos. En la parte inferior, la materia bajo forma de muerte; en lo alto, el Sol. El eje que los une está ocupado por un gran círculo que encierra líneas

6 Alfonso Caso, *El Teocalli de la Guerra Sagrada,* Talleres Gráficos de la Nación, México, 1947, p. 54.



Fig. 11. Árbol de la Vida. Monumento azteca. (Museo Nacional de Antropología).



Foto 1. Árbol de la Vida. Lápida esculpida. (Palenque).

concéntricas evocadoras de los remolinos que simbolizan el dinamismo de la reconciliación de los opuestos. Los dos cuchillos antropomorfos de sacrificio que flanquean la base del tronco aclaran el valor religioso de la imagen. En la zona occidental, a la izquierda del árbol, se encuentra Quetzalcóatl; en la oriental, Xochipilli, el Señor de las Flores, que como ve-



Fig. 12. Árbol de la Vida. (Códice Borgia, página 53).

remos, es el Patrón de las almas, representando el espíritu liberado. El remolino que los separa marca el *movimiento* giratorio creador del Quinto Sol: el de descenso a los Infiernos de Quetzalcóatl, y de ascensión al cielo de Xochipilli. Cada divinidad lleva en la mano una tibia de la que se escapa un chorro rojo que se precipita en la tierra y que recuerda la operación por la que Quetzalcóatl salvó al hombre de la muerte. El conjunto de la imagen reproduce la geometría del signo *movimiento*.

Confirmando los mitos, estas imágenes no hacen entonces



Fig. 13. Imagen de Tamoanchan. (Códice Vildobonensis).

más que subrayar el papel esencial que juega el hombre en el mantenimiento de la armonía cósmica asegurada únicamente por la constante regeneración espiritual.

Otro jeroglífico aporta una preciosa contraprueba de la importancia que tiene para la Creación el comportamiento humano. Es el del Árbol quebrado que simboliza el jardín *Tamoanchan*, "...la casa del descenso, sitio del parto, místico oeste donde tuvieron su origen dioses y hombres...".[7] Por la circunstancia de que la patria del género humano estaba figurada por un árbol, algunos pueblos, como por ejemplo los mixtecos —detentadores de la cultura náhuatl que transmitieron a las tribus nómadas llegadas tardíamente al Altiplano mexicano— se decían descendientes de los árboles e ilustraban su origen por un hombre saliendo por un tronco quebrado (fig. 12). Teniendo el árbol el carácter de pilar cósmico, la fractura de donde el individuo emerge señala con claridad que el nacimiento es una separación, un detenimiento; y que la *unidad* y el *movimiento* se restablecen únicamente si la partícula encarnada remonta hacia Dios.

---

7 EDUARDO SELER, Obras completas, traducción inédita. Archivo del Museo Nacional de Antropología e Historia. Tomo III, p. 229.

BAQUIANOS Y CHAPETONES, CRIOLLOS Y GACHUPINES

ALBORES DE LA SOCIEDAD AMERICANA COLONIAL

Por *José DURAND*

A PARTIR de fines del siglo XVI, y aun antes, dos pequeños grupos, ambos aristocráticos, muestran una rivalidad a veces franca, a veces sorda y contenida. De un lado, aparecen los funcionarios que acompañan al virrey y miembros de la Real Audiencia (por lo general españoles peninsulares, que vivían en América sin arraigar en ella); de otro, la alta aristocracia local, cargada de presunción y riquezas, obsedida por el recuerdo de las hazañas de los conquistadores, que a costa de su sangre y hacienda ganaron la tierra. Richard Konetzke observa que una gran burocracia de letrados burgueses se convirtió en Indias en una verdadera clase social, compuesta por gentes que se hallaban en sus puestos de manera transitoria, como típicos funcionarios metropolitanos destacados en la administración de la colonia. Las leyes mismas así lo querían, pues estaba prohibido que esas autoridades entroncasen en América, para prevenir así el influjo de amistades interesadas. También los criollos ocupaban puestos públicos, especialmente municipales, y se hallaban recomendados por la legislación para que fuesen preferidos como herederos de los conquistadores. La pugna crecía porque buen número de virreyes, como el conde de Nieva en el Perú, favorecieron demasiado a los de su comitiva, en perjuicio de los criollos. Otros escándalos se produjeron, como el monopolio del codicioso virrey conde de Gálvez, en México, por sólo citar un ejemplo. Hechos semejantes a menudo repetidos, dieron lugar a severas prohibiciones regias contra los funcionarios que se atreviesen a comerciar. Así, como lo recuerdan tanto Jorge Basadre como Guillermo Lohmann Villena, en las instrucciones dadas al virrey conde de Lemos cuando pasó al Perú, figuraba señaladamente la de no

permitir negocios "a las personas con cargo de gobierno y justicia". Reveladora advertencia. Por razones de preeminencia económica y social, entre otras, ambos grupos mantenían seria rivalidad. Y a la larga, la nobleza criolla acabó por tomar parte importantísima en el movimiento emancipador, sugiriéndolo y encabezándolo en muchos casos.

Otros dos sectores distinguidos, los comerciantes plebeyos adinerados y los nobles criollos empobrecidos, rivalizan a veces y fraternizan otras, según los tiempos que corran. Estas gentes, claro está, mantenían también estrecha relación con los miembros de los grupos superiores, así como de los inferiores. Durante la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII los criollos empobrecidos no cesan de quejarse, triste o airadamente, por la postergación en que se encuentran. Conservan el viejo orgullo y con éste el resentimiento, cuya enemiga principal serán los ricos peninsulares, llamados *gachupines* (sobre todo en México) o *chapetones* (especialmente en el Perú). Esos españoles de fuera solían ser funcionarios o mercaderes. De los segundos, quienes comercian al mayoreo van infiltrándose, paso a paso, en las clases aristocráticas, salvando barreras de sangre y orgullo al recibir la bendición nupcial, o bien al entrar en conciertos, negocios y compadrerías. Reina el cohecho por entonces. Aparecen, en fin, los que desempeñan profesiones liberales, hombres de situación modesta, pero que a veces logran distinguirse y levantarse; su número adquiere importancia en el XVIII, y los mestizos cultos abundan en tal sector. Otros grupos sociales muy distinguidos, unidos o mezclados con los anteriores, son los de los jefes militares y el alto clero. Y el pueblo, o por decir mejor, los plebeyos, se presenta como una extraña mezcla de gentes de diversas razas, educación y riqueza. Este cuadro social, trazado ahora a grandes rasgos, sufre modificaciones importantes según el lugar y la época en que se dé, y las diferencias van acentuándose cuando se pasa de las regiones ricas a las pobres.

La rivalidad

Los celos y la lucha entre indianos y peninsulares empezó desde muy antiguo; ya hemos recordado en otra ocasión [1] cómo

---

[1] Cf. *La transformación social del conquistador*, México, Porrúa y Obregón, 1953; Colección "México y lo mexicano" (2 vols.). El pre-

los conquistadores cuidaban celosamente de distinguirse en "primeros" y "segundos", de acuerdo con su antigüedad en la tierra, cosa que por igual ocurría en México, que en Perú u otros lugares. Del mismo modo, los veteranos de Indias, conocedores de las costumbres reinantes, físicamente aclimatados, superiores en años de servicio, habituados al trato con los indios en paz y en guerra, se diferenciaban de los recién llegados, a quienes tenían en menos. Según el Inca Garcilaso de la Vega, ya en la lengua usada en las Antillas existía el mote de *chapetón* para los bisoños; a los chapetones, en el Perú, se oponían los *baquianos,* o "pláticos en la tierra". Y hasta batallas hubo en las guerras civiles del Perú en que el bando formado por baquianos alcanzó victoria porque el enemigo incluía en sus filas excesivo número de chapetones. Los novatos, según el Inca, se marean al subir los Andes y, como suele ocurrir en camaradas militares, pagan muy caro su bisoñería. Ya desde tiempos del descubrimiento del Perú, al iniciar el viaje definitivo que acabó en la captura de Atahuallpa, existieron rencillas entre veteranos y bisoños. Según Pedro Pizarro, testigo de vista, en Panamá se malquistaron Diego de Almagro y el orgulloso Hernando Pizarro, porque éste, un recién venido aunque hidalgo y bien nacido, lo maltrató de palabra "llamándole de baquiano y más baquiano, y bellaco" (no debió usar esa palabra, que es un quechuísmo, pero sin duda otra equivalente, que es lo importante aquí).

Las diferencias entre los hombres adaptados a la nueva tierra y los que seguían los hábitos europeos se marcaba en mil menudencias, como cabe suponer. El padre Morúa, por ejemplo, refiere cómo la carne de llama "es para los criollos, y aun de algunos baqueanos, muy regalada y sabrosa"; no para los chapetones, claro está. El ambiente de rivalidad afectaba a todos, y cuenta el *Jesuíta anónimo*, cronista de la segunda mitad del XVI, que cuando la Compañía llegó al Perú y se dispuso a predicar, se mofaron de ello los otros religiosos, porque "como nuevos y chapetones", creían que sus prédicas servirían de algo con los indios.

---

sente trabajo debió figurar, como un capítulo, dentro de ese ensayo interpretativo de los orígenes de la sociedad colonial. Más adelante esperamos ofrecer una obra más completa, que incluya las notas al pie que adrede se suprimieron allí, a fin de subrayar su definido carácter de ensayo y no de investigación erudita.

Gachupines y chapetones

GACHUPÍN y *chapetón* se usaban en los siglos XVI y XVII en el mismo sentido de 'novato en tierra americana'. La primera forma se prefiere en la Nueva España, la segunda en el virreinato del Perú. Muchos usaban ambas, y en especial quienes, como el doctor Juan de Cárdenas, había vivido en las dos regiones: "el cachupín o recién venido", escribe Cárdenas en un lugar; pero más adelante anuncia a sus lectores que "verán al chapetón". Hacia 1600, el poeta satírico Mateo Rosas de Oquendo, nada amigo de gente indiana, al dar cuenta de las rivalidades entre peninsulares y criollos, tanto en la Nueva España como en Lima, usa también ambas formas. Confiesa alegremente que, apenas llegado a América,

no escapé de Panamá
sin tener chapetonadas
cuatro meses por lo menos.

Al parecer, usa *chapetonada* en el sentido de 'enfermedad propia del hombre no adaptado a Indias'. Luego, en otro lugar, el poeta se burla de la exagerada presunción de los baquianos:

Lo que es saber de baquía
yo sé que os llevo ventaja;
aunque el noviciado es corto,
nada sé que se me escapa.

Repárese en que *baquiano,* palabra muy reciente, derivada del quechua, ya se transformaba dentro del español de Indias, plenamente asimilada. Personaje peculiarísimo en la vida colonial, el gachupín no puede faltar en el recuerdo que hace Bernardo de Balbuena de las gentes que se ven por las calles de México:

...arrieros, oficiales, contratantes,
cachopines, soldados, mercaderes,
galanes, caballeros, pleiteantes,
clérigos, frailes, hombres y mujeres...

El chapetón aparece como el hombre inexperto, de quien se puede abusar fácilmente, objeto de trampas y burlas El judío portugués anónimo, cuya crónica manuscrita de los sucesos que

ocurrían en Lima hacia 1600 se conserva en la Biblioteca Nacional de París, cuenta cómo los vagos de la ciudad andan siempre "con los naipes en las manos, por no perder la ocasión de jugar con cuantos topan, y por si acaso topan con algún novicio o chapetón que no está diestro y bien disciplinado en su malicia, con naipes falsos le dan mates y les quitan el dinero y la hacienda y tal vez los dejan a pie, porque les ganan hasta las cabalgaduras". Pero no se trata tan sólo de las clásicas burlas al forastero, frecuentes ayer y hoy en cualquier lugar, sino de algo que se articula muy estrechamente con una rivalidad social, económica y hasta espiritual entre los españoles de América y los de la Península.

Situación del criollo pobre

Si la rivalidad y los celos nacieron desde antes de consumada la Conquista, en la segunda mitad del XVI, cuando ya los criollos participaban de la vida social como gentes cuyo carácter y problemas diferían de los típicamente peninsulares, el antagonismo se pronunció con mayor fuerza. Una circunstancia resultaba decisiva: la situación económica y social en que se encontraba la estirpe de conquistadores y pobladores, venida a menos en la mayor parte de los casos, salvo aquellos en que se conservaba la encomienda. Los segundones e hijos naturales que no heredaban a sus padres, los mestizos de sangre real indígena, que nacieron en los primeros tiempos, quedaban postergados y en condición a veces deplorable. Puede afirmarse, por ejemplo, que si el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de la ñusta Isabel Suárez o Chimpu Ocllo, prefirió residir en España porque allí, prohijado por su tío carnal Alonso de Vargas, tenía mejores perspectivas económicas que en su Cuzco natal; y luego, cuando se desencadenó la persecución contra los indios y mestizos de sangre incas, ya no hubiera podido regresar al Perú, aunque lo hubiese querido.

En 1568, el capitán Juan Cortés, regidor del Cabildo de Lima, gestiona ante el rey que se cree un *Estudio general* en la Universidad, para que los segundones "fuesen ocupados en cosas virtuosas", como la clerecía, y pudiesen ocupar las dignidades eclesiásticas. El capitán Cortés subraya que en el Perú "hay mucha cantidad de hijos de vecinos conquistadores y pobladores, los cuales, por encomendarse a los mayores los repartimientos de sus padres, quedan perdidos", en lastimera condi-

ción. Y pide que las dignidades eclesiásticas "se provean de aquí adelante en los hijos de los dichos conquistadores y pobladores y beneméritos, prefiriendo en ello a los más virtuosos y beneméritos, para que todos ellos se animasen a seguir el estudio". Esa era la batalla incesante: la de pedir mercedes para los hijos de los conquistadores, herederos de las prerrogativas ganadas por sus padres según la costumbre mantenida en el Medioevo, y el irritarse porque las autoridades españolas, como el virrey conde de Nieva en el Perú, por ejemplo, favoreciesen a sus deudos y criados, que por lo común eran peninsulares. Los de un bando señalan el peligro de dar alas a los criollos o ponderan los abusos que ocurren cuando los nacidos en Indias ocupan puestos públicos, pues de inmediato benefician a parientes y paniaguados. Según los americanos, peores atropellos y más injustos son los que cometen los peninsulares. La legislación ordena que se favorezca a los descendientes de conquistadores y pobladores y, no obstante las repetidas disposiciones en este sentido, los nombramientos de la mayor parte de las autoridades, particularmente las más altas y apetecidas, recaen en españoles peninsulares. En conclusión, la lucha entre criollos y gachupines se agrava, llegando a verdaderos extremos, especialmente en la Nueva España, que ya desde entonces se distinguía en América por su acentuado sentimiento nacional, si es que ya en esos tiempos se pudiera hablar dentro de los modernos conceptos de las nacionalidades.

Mateo Rosas de Oquendo pinta como ninguno de estas desavenencias. Poeta que —según el sabio juicio de Alfonso Reyes— "no vale por la excelencia de la obra, sino por el testimonio que ella nos da de la vida americana en el siglo XVI", su inteligencia lo obliga a burlarse por igual de criollos y gachupines. A Rosas de Oquendo debe atribuirse, como piensa Alfonso Reyes, el clásico soneto en que el gachupín ataca a sus rivales ("Minas sin plata, sin verdad mineros") lo mismo que la respuesta del criollo, en donde le echa en cara al gachupín su mal agradecimiento y el ridículo presumir de falsos títulos:

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin algún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre.
Y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican en su bárbaro concilio

otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.
Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar;
y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes;
¡y tiraba la jábega en Sanlúcar!

El mismo Rosas de Oquendo nos da noticia de las mil formas en que se daba esta pugna. Y así en boca de un galán, que pudo ser él mismo, pone una sátira a "una dama criolla que alababa mucho a México". Como se ve, la confrontación de grandezas indianas y españolas era parte importantísima en el pleito. Nada de extraño tiene el que esta rivalidad alcanzase a los enamorados, cuando alcanzaba también hasta a los frailes de los conventos. Muy bien recuerda Ramón Iglesia cómo el pintoresco franciscano inglés Thomas Gage cita muchos casos de conflictos dentro de comunidades, por la oposición entre criollos y peninsulares. Y así, el socarrón cronista observa el resentimiento de los criollos al verse postergados en los altos cargos de las órdenes religiosas, lo mismo que en las dignidades eclesiásticas. En algunas órdenes, prosigue, como en la de los mercedarios, llegan a las manos en 1625, y los criollos se imponen a cuchilladas para nombrar prior. Si esto ocurría en México, Gage afirma que también "en todos los países de América pertenecientes a la corona de España hay dos clases de habitantes, tan opuestos entre sí como en Europa lo son españoles y franceses; a saber: los que han nacido en la metrópoli y van a establecerse en aquellas regiones, y los que nacen allí de padres españoles, y que los europeos llaman criollos para distinguirlos de su clase". Gage llega a ver en esto ocasión de que la corona de Inglaterra pueda emprender con fortuna la conquista de los dominios españoles en América: "El odio que se profesan unos a otros es tal, que me atrevo a decir que nada puede contribuir tanto a la conquista de América como esa división, siendo fácil ganar a los criollos y decidirlos a tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre a que están reducidos, y vengarse de la manera rigurosa como los tratan, y de la parcialidad con que se les administra justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España. Y tan amargo, tan duro es esto para los

pobres criollos, que les he oído yo mismo decir con frecuencia que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles, con tal de que los dejaran libres en el ejercicio de la religión". Y añade, cada vez más enfático, que "los españoles han temido y temen siempre que los criollos se sacudan el yugo". Aludía sin duda a la llamada conjuración de Martín Cortés. Claro está que Gage pecaba de exagerado y optimista, pero sin duda se fundaba en un hecho cierto, el del resentimiento de los criollos, acerca de lo cual existen infinidad de testimonios.

La indignación contra el abuso de los funcionarios, y el deseo de mejorar su situación económica, movieron a los criollos, según el mismo Gage, a la revuelta contra el virrey conde de Gálvez, quien había establecido en México, mediante terceras personas, un monopolio comercial que ocasionaba la extorsión del pueblo. El arzobispo don Alfonso de la Serna encabezó a los enemigos del virrey, criollos en su mayoría, y todos juntos lo echaron del país. No sería el último extranjero pernicioso e indeseable a quien le ocurriría lo mismo en tierras de Anáhuac, siempre alumbradas por el mismo sol.

Dentro del complejo cuadro de facciones que existían en la sociedad colonial, parece que también había un sentimiento de oposición entre vizcaínos y extremeños, lo cual resultaba equivalente, o al menos paralelo, al antagonismo entre chapetones y criollos, tanto por la raíz económica de la pugna, cuanto por el sentimiento de superioridad que existía en los extremeños, como gentes tradicionalmente más antiguas en la tierra: eran la raza de los conquistadores, mientras los vizcaínos representaban los advenedizos prontamente enriquecidos en provechosas granjerías. El judío portugués anónimo, que fue tendero y mercader, afirma que en la Lima de principios del XVII, se mostraban particularmente enemigos "los extremeños y los vizcaínos, porque los extremeños ganaron el Perú, y los vizcaínos son agora la gente más rica del Perú, y los que tienen mejores cargos del rey, así los extremeños no los pueden llevar con paciencia, y ansí son grandes enimigos, que los pobres son muy grandes enimigos de los ricos: propiedad antiga en el mundo", concluye sentencioso. Como se sabe, también los vizcaínos fueron muy poderosos en México, y aún más que en Lima, especialmente en el siglo XVIII. Eso mismo ocurrió en Venezuela y otros lugares. En México, como se sabe, formados en una verdadera colonia, construyeron hermosos edificios, como el actual Co-

legio de las Vizcaínas, una de las más importantes muestras de la arquitectura virreinal de la ciudad, modernamente estudiada por Gonzalo Obregón. No sabemos si la misma oposición contra los extremeños ocurrió también en México y Venezuela, pero debió ser así, muy probablemente al menos.

Conquistadores primeros y segundos, los conquistadores todos y los que vinieron después, baquianos y chapetones, criollos y gachupines, extremeños y vizcaínos: la lucha, de un modo u otro, comprendía a todas las gentes de sangre española que había en Indias y esa rivalidad, hondamente acentuada entre criollos y gachupines o chapetones, continuó durante todo el virreinato y acabó por ser una de las principales causas de la independencia. Esas riñas pasaron a ser algo habitual, estable y casi rutinario, como cuanto ocurría en la sedentaria vida de la Colonia. Pero al fermentar en el XVIII el movimiento emancipador, las injurias contra los *godos*, como también se les llamaba a los peninsulares en algunas regiones de Sudamérica, empezaron a menudear. En la revolución de Huánuco de 1814, el regidor de la ciudad, don Juan José Crespo y Castillo —un criollo distinguido— avanzaba con sus huestes al grito de "¡Toma, chapetón!" Era que entonces, tras el largo proceso en que maduró históricamente el sentimiento de diferenciación y amarga rivalidad con los peninsulares, se había llegado a otro sentimiento muy cercano, más hondo aunque siempre oscuro en casi todas las mentes, el de la inmediata necesidad de llegar a la independencia. Porque las ingenuas "causas mediatas e inmediatas" que suelen darse para explicar ese gran fenómeno histórico de la Emancipación no son, en última instancia, sino manifestaciones de un largo, firme y acentuado proceso de maduración interior, el cual arranca de los mismos días de la conquista y de los propios conquistadores. Ya en los primeros tiempos virreinales, conquistadores y criollos no eran sino una sola y misma cosa, frente a las autoridades públicas venidas de fuera.

Vanidad y desengaño

PARA la estirpe de los ganadores de Indias, la situación económica había cambiado profundamente. La holganza y el boato reinantes a mediados del XVI habían desaparecido para muchos, junto con las encomiendas, cuarenta, cincuenta o sesenta años más tarde. Las expresivas quejas con que el buen fraile Motoli-

nía predicaba contra las gentes de su tiempo sirven para pintar el cuadro de las comodidades con que vivían los opulentos conquistadores: "Cuando yo considero —escribe— los embarazos de los españoles, querría tener gracia para me compadecer de ellos, y mucho más y primero de mí. Ver con cuánta pesadumbre se levanta un español de su cama muelle, y muchas veces le echa de ella la claridad del sol, y luego se pone un monjilazo, por que no le toque el viento, y pide de vestir, como si no tuviese manos para lo tomar, y así lo están vistiendo como a un manco; y atacándose está rezando y podéis ver la atención que tendrá. Y porque le ha dado un poco de frío o de aire, vase al fuego mientras le limpian el sayo y la gorra, y porque está muy desmayado desde la cama al fuego, no se puede peinar, sino que ha de haber otro que le peine. Después, hasta que vienen los zapatos y pantuflos y la capa, tañen a misa y a las veces va almorzado, y si el caballo no está acabado de aderezar, ya veréis en qué son irá a la misa, pero como alcance a ver a Dios, o que no hayan consumido, se queda contento, por no topar con algún sacerdote que diga un poco despacio la misa, por que no le quebrante las rodillas. Algunos hay —prosigue, santamente horrorizado— que no traen maldito escrúpulo aunque sea domingo o fiesta. Luego, de vuelta, la comida ha de estar muy a punto, si no no hay paciencia; y después reposa y duerme". No para la cosa allí, sino que "ya veréis si será menester lo que resta del día para entender en pleitos y en cuentas, en proveer en minas y granjerías, y antes que estos negocios se acaben es hora de cenar, y a las veces se comienza a dormir sobre la mesa si no se deshecha el sueño con algún juego; y si esto fuese un año o dos y después enmendase la vida allá pasaría, pero si así se acaba la vida, creciendo cada año más la codicia y los vicios de manera que el día y la noche y casi toda la vida se les va sin acordarse de Dios", nada bueno se les puede esperar, concluye, para la hora de la muerte.

Años después, esa vida muelle habrá cambiado. En el mismo México, un criollo, el poeta Francisco de Terrazas, pintará la situación de los hijos de los conquistadores, muchas veces desesperada:

> ...cual pequeñuelos pollos esparcidos,
> diezmados del milano y acosados,
> sin madres, sin socorro, sin abrigo.

Han muerto ya los conquistadores y de su descendencia, al decir de Terrazas, no quedan sino trescientos, "contados nietos, hijos y parientes". Los conquistadores, concluye, "ya los más han fenecido / y los hijos de hambre perecido". Terrazas, claro está, sangraba por la herida, exageraba y quería sin duda con sus quejas procurar una mejor situación para él y los demás nobles criollos. Odia también a los gachupines, con quienes México ha sido "dulce madre pía", y endereza sus cantos a loar y justificar la nobleza indiana.

Protestas en México y el Perú

A FINES del XVI, la lucha entre los nobles criollos y los funcionarios oficiales alcanza violenta tensión. La esperanza de obtener un repartimiento general y perpetuo de las tierras en beneficio de los hijos de los conquistadores, asoma en memoriales, informaciones, crónicas y tratados nobiliarios. La aristocracia criolla jugaba en ello su última carta: las viejas encomiendas se habían otorgado por *dos vidas,* y ya corrían los tiempos en que la concesión caducaba, a la muerte de los primeros herederos. Con la extinción de las encomiendas declinaba el poder, la riqueza y el señorío de los nobles criollos que, alarmados, revivían las quejas de sus mayores contra la mezquindad de la Corona. Además, ellos añadían las suyas propias contra los virreyes, por lo general enemigos de los encomenderos. Silvio Zavala recuerda cómo dos virreyes peruanos, el conde de Nieva y don Francisco de Toledo, se mostraron enemigos de la perpetuidad de las encomiendas —base efectiva de la nobleza criolla. Era necesario reprimir los abusos de los encomenderos y también mantener a raya a la nobleza criolla, cuyo exceso de poder no resultaba conveniente. Las encomiendas, tanto o más que las minas, constituían una importante fuente de ingresos, e implicaban un cierto señorío. Su extinción, pues, planteaba un problema gravísimo. Aquel "Padre mercader, hijo caballero, nieto pordiosero", estaba a punto de cumplirse.

Los hijos de los antiguos vecinos del Cuzco, escribe el padre Lizárraga, "ahora tienen abundancia de deudas y no se les alcanza la sal al agua: gastan sin orden ni descreción". Por entonces, muchos aristócratas criollos, faltos de riquezas, se veían obligados a casarse con mujeres ricas de inferior condición, cambiando el nombre por el dinero.

Las fortunas de los conquistadores, amasadas con gran rapidez, se habían gastado en muchos casos por el dispendio de sus dueños, o la pasión del juego, general en los indianos. En 1543, al juzgar residencia a Francisco Vázquez Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, se le acusa de haber sido gran jugador; el mismo cargo se hizo en diversas ocasiones a otros muchos funcionarios.

Hubo un soldado, Mancio Sierra de Leguízamo, a quien por suerte le tocó en el botín la efigie del sol del templo de Coricancha, en el Cuzco; "gran jugador —escribe el padre Lizárraga—, jugó la lámina y perdióla; verificóse en él que jugó el sol". Así se esfumaron enormes riquezas, y pronto empezó a creerse que tal desgracia se debía a un castigo divino. Cuando Motolinía predica contra los ambiciosos, dice que ponen "en el cofre más barras de oro para no sé quién, que tales bienes digo yo no los gozará el tercer heredero, como cada día vemos que entre las manos se pierden, y se deshacen como humo o como bienes de trasgo, y a más tardar hasta la muerte". Motolinía basaba sus augurios en la opinión de autoridades, y recuerda que los bienes mal adquiridos, "según San Agustín, no llegarán al tercer heredero".

En 1599, Gómez de Cervantes —acaudalado, inteligente, hombre principal, hijo de conquistadores— se dirige a un oidor del Consejo de Indias, su amigo, y razona hábilmente en pro del repartimiento general. Los descendientes de conquistadores, afirma, en su mayoría se hallan necesitados y postergados. Su hacienda escasea y resulta inferior a la de cualquier mercader o bodegonero. El propio Gómez de Cervantes, hombre poderoso, será la excepción, pero se queja en nombre de sus compañeros, sin duda con la esperanza de mejorar él también. Recuerda que con el repartimiento se cumpliría la real palabra que el emperador Carlos V había dado muchos años atrás a sus vasallos mexicanos. Y añade, exacto, que esa "promesa y real palabra conste por una real provisión dada en la villa de Madrid", el 5 de abril de 1528, la cual "está en un libro de cédulas que Su Majestad mandó imprimir en esta ciudad de México". Con el repartimiento, insiste en otro lugar, "se descargará la real conciencia", pues, según hace presente el noble criollo, la conquista se llevó a cabo como empresa privada, "ganando y conservando sin sueldo, socorro ni paga, sino todo a costa de los ministros que lo ganaron y sustentaron, habiendo vendido para ello sus patrimonios y dejando sus naturalezas, gastándolo to-

do en ello, y los más de ellos su vida. Y no están gratificados —concluye— sus hijos y descendientes". No se limita a lanzar tan duros cargos, sino que denuncia más adelante que "ninguna merced de las que piden los conquistadores tienen efecto, si no se saca por mano o tercería de algún criado del virrey". Imposible hablar con mayor dureza.

El alegato de Gómez de Cervantes poseía un sólido fundamento jurídico: el derecho a recompensa de los conquistadores y la circunstancia importantísima de que las Indias se ganaron por empresa privada. Con estas firmes razones coincide, años más tarde, la autorizada opinión de Juan de Solórzano Pereyra. Las encomiendas, afirma en su célebre *Política indiana*, se dieron a los conquistadores, pobladores y pacificadores "por estipendio de sus muchos trabajos, por pago de sus muchos gastos y por remuneración de tantos y tan dilatados reinos, tierras y provincias que ellos descubrieron, ganaron, poblaron y pacificaron para sus reyes, y se las dieron y ofrecieron sin costa alguna suya, voluntaria, fiel y libremente".

Como el mexicano Gómez de Cervantes, también el marqués de Oropesa, peruano, embiste contra los funcionarios virreinales. Censura airado a los corregidores y los culpa de la despoblación del Perú. Una de las causas principales de ella, acusa, son los corregidores y los tenientes de éstos: "polilla de los indios", los llama, "ladrones públicos" y, como tales, "no atienden más que a robar lo que pueden en dos años", mientras dure su mandato. No sirven para más que "quitar al indio la hacienda, la hija y la mujer". Y, a su juicio, el más eficaz remedio debe ser "el perpetuar los indios con jurisdicción". Si Su Majestad, añade, diese "la gobernación a los encomenderos", se quitaría "el inconveniente de los doctrineros y los caciques, de los tenientes y españoles" (¡ya está aquí el criollo en pugna con el español o gachupín!). Claro está, acepta Oropesa, que con el repartimiento perpetuo el rey se quedaría sin tierras con qué premiar a futuros beneméritos. Grave inconveniente, pero el remedio está a la mano, y sería el de no conceder encomiendas futuras sino "por una vida, como se dan las encomiendas en Castilla". Y, en fin, el marqués de Oropesa se atreve a insinuar la responsabilidad que le cabe al virrey por el desorden existente: "Parece —dice— que de todas las cosas referidas contra los corregidores se debía culpar a la cabeza, a cuyo cargo está el gobierno de estas provincias, juzgando que a un poder tan grande como el del virrey, si quisiese, nada le

sería dificultoso"; pero añade que "a esto se podría responder... que quien conociere la anchura y libertad de los indios, sabría cuán moderadamente se obedecen los mandatos, aunque sean de superiores tan grandes".

Los ataques a la administración colonial menudean por todas partes, hasta en los libros de genealogías como la *Ovandina* de Pedro Mexía de Ovando, o en crónicas que pretenden ilustrar a la nobleza indiana, como la de Baltasar Dorantes de Carranza. Dorantes, noble criollo, culpa a los gobernantes de que muchos conquistadores hayan desamparado la tierra, y se queja amargamente de los advenedizos que ocupan sus lugares.

Considerar injusta la recompensa dada a los conquistadores era opinión que se aceptaba en Indias como un lugar común. Fray Reginaldo de Lizárraga, al elogiar a la Universidad de San Marcos de Lima, piensa que "con esta universidad ha hecho gran bien y merced Su Majestad a los reinos, halos ennoblecido y ha descargado su conciencia real, gratificando y haciendo hombres a los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, a cuyos antecesores no se les había hecho merced, y si hecho, no tanta cuanta sus servicios merecían". Como se ve, Lizárraga habla de la injusticia regia con la mayor naturalidad, dándola por cosa sabida y aceptada, y sin mostrar interés o pasión en favor de los mal pagados.

Entre los que protestaron por la cortedad de mercedes y exigieron otras mayores, aparecen ilustres personajes. Uno de ellos, todavía a mediados del siglo XVI, el marqués del Valle don Martín Cortés, que dirige una carta a Felipe II sobre los repartimientos novohispanos (10 de octubre de 1563); otro, ya en el XVII, don Fernando Pizarro y Orellana, que en 1639 publica un "Discurso legal de la obligación que tienen los reyes a premiar los servicios de sus vasallos, o en ellos o en sus descendientes", según reza la portada.

Pero virreyes y funcionarios se resisten a ceder ante sus rivales, ni siquiera cuando Felipe II legisla en favor de éstos, en 1595, enterado de "que las gratificaciones destinadas por nos a los beneméritos de las Indias en premio de sus servicios, no se han convertido ni convierten, como es justo, en beneficio de los hijos y nietos" de los conquistadores y pobladores. Y por ello dispone: "Mandamos y repetidamente encargamos a todos los que en las Indias tienen facultad de encomendar, que en esto procedan con toda justificación, teniendo especial cuidado de

preferir a los que hubiere de mayores méritos y servicios, y de éstos a los descendientes de primeros descubridores, pacificadores, pobladores y vecinos más antiguos que mejor y con más fidelidad hayan servido en las ocasiones de nuestro real servicio". Y añade, previniendo abusos, que en todas las concesiones que se hagan, "nos avisen en carta aparte, con los despachos que enviaren de los repartimientos encomendados, desde la última, sin reservar ni omitir ninguna, y lo que rentan, a qué persona las hubieren dado, y de sus calidades y méritos". Sin embargo, cuatro años después, Gómez de Cervantes continúa quejándose de los subalternos de los virreyes, quienes impiden que prospere cualquier gestión de los criollos, salvo que se acuda al socorrido y eficacísimo expediente de la coima.

Las quejas y demandas no sólo tocan, justo es subrayarlo, al repartimiento general pretendido; también se pide nobleza, también protestan por el mezquino reconocimiento que merecieron de las hazañas de sus padres. Un trasfondo de amarga queja se vislumbra aquí y lo vemos salir a borbotones en los criollos y mestizos de la época: Gómez de Cervantes, Terrazas, Dorantes de Carranza, el marqués de Oropesa, el Inca Garcilaso de la Vega y tantos y tantos más. El sentimiento de diferencia que existía ya entre España e Indias no podía mostrarse más claramente y una casta social, inconfundiblemente indiana, pide, protesta y lanza cargos contra los españoles y también, apuntémoslo, contra otras clases sociales igualmente americanas.

FRANCISCO GINER Y LA RENOVACIÓN DE LA CULTURA EN ESPAÑA

Por *Jerónimo MALLO*

La reelaboración de la filosofía germánica de Krause —por Sanz del Río y sus discípulos—, produjo un grupo selecto de pensadores que, además de ser típicamente españoles, vivieron siempre, de un modo ejemplar, con arreglo a sus doctrinas. Existían ciertamente en el krausismo elementos que, de un modo natural, habían de penetrar en la conciencia de los intelectuales españoles de la segunda mitad del siglo XIX. En primer término, un sentido de profunda religiosidad teísta —no eclesiástica—, a la que tenían que inclinarse quienes se separaran del catolicismo, ya por imperativo racionalista, ya porque, como dice el religioso franciscano Miguel Oromí *(Pensamiento Filosófico de Miguel de Unamuno)*, las doctrinas krausistas son recibidas en España "*con un entusiasmo de neófito y erigidas en divinidades en lugar de la religión decadente, virtualmente practicada por un pueblo que ignoraba el contenido de sus dogmas, y tristemente representada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar*". Había en el krausismo también una fundamental afirmación de la ética en cuanto norma inexcusable y distintiva del ser humano, superior a todos los demás valores y situada al mismo nivel que la razón como característica de la personalidad del hombre; enlazándose así con la íntima tradición española del senequismo. Y había como tercer elemento de penetración krausista un sentido de libertad en su plena manifestación, de libertad intelectual primordialmente y de libertad de determinación en los demás órdenes de la vida humana, que se conforma igualmente con el característico individualismo español. El krausismo y su interpretación española eran tan adecuados para satisfacer la apetencia intelectual de entonces, que como dice el mismo señor Oromí *(obra citada)*, "*tuvieron muchos y muy celosos discípulos en España, algunos de no corto ingenio,*

entre los cuales hay que notar varios sacerdotes que atraídos por el brillo del sistema volvieron la espalda a las autoridades eclesiásticas. A pesar de las contradicciones y de la oposición poco acertada que le hicieron principalmente los círculos tradicionalistas católicos y allende de las prohibiciones emanadas de la autoridad civil y eclesiástica, el krausismo se divulgó de tal manera que muchos católicos, consciente o inconscientemente, quedaron "krausizados" y sus ideas pasaron a la literatura popular". Basta a mi propósito dejar sentado el hecho sin entrar en el análisis de las causas de la difusión del krausismo en España, que Unamuno atribuye a que tenía raíces pietistas y el pietismo "*tiene raíces específicamente católicas y significa, en gran parte, la invasión o, más bien, la persistencia del misticismo católico en el seno del racionalismo protestante. Y así se explica que se "krausizaran" aquí hasta no pocos pensadores católicos" (Del sentimiento trágico de la vida).*

En el brillante grupo de los pensadores krausistas (Julián Sanz del Río, Fernando de Castro, Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Urbano González Serrano y otros), se distingue Giner quien, principalmente por efecto de su extraordinaria labor pedagógica, difundió más en las conciencias españolas los principios esenciales del krausismo. No quiero decir con esto que la obra, en conjunto, de Giner de los Ríos haya consistido en la penetración del krausismo, porque fue muchísimo más amplia y de más largo alcance, sino que ciertas ideas esenciales de Giner —la religiosidad como íntimo sentimiento humano, la libertad intelectual como postulado de la razón y la rectitud inexcusable como norma de conducta—, tuvieron en él una firme raíz krausista. Partiendo de estas bases e incorporando a su desarrollo todos los adelantos del pensamiento moderno y de la cultura occidental más depurada, realizó Giner una obra nacional de asombrosa magnitud, cuya importancia principia ahora a ser reconocida, quizá porque, como decía Joaquín Costa, es a los cuarenta años de su muerte —que recientemente se han cumplido para don Francisco—, cuando los españoles comprenden el valor de los que fueron sus grandes hombres.

Por sus obras los conoceréis, dice el Evangelio hablando de los hombres. Y con este criterio de valoración la categoría humana de Giner es extraordinaria. No puede decirse que el engrandecimiento cultural y la renovación espiritual de España en el primer tercio del siglo XX hayan sido exclusivamente obra

suya, pero es indudable que ningún otro español realizó una labor tan bien orientada y tan eficiente para levantar a su patria de la tremenda postración simbolizada por la fecha del año 1898. Si hay algún apasionamiento en la afirmación de Antonio Zozaya de que "*toda la nueva España es obra de Giner*", no cabe duda de que fue, escrita en 1922, un juicio muy certero. De Giner partió el impulso renovador y él mantuvo la presión en su obra con la fe y la energía de quien raliza a conciencia un destino histórico.

Pero, ¿cuál fue la obra de don Francisco Giner? En apariencia no parece que haya sido muy importante. Desempeñó la cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid; fundó y dirigió la Institución Libre de Enseñanza; escribió libros de diversa naturaleza que forman diecinueve volúmenes. Pero en su cátedra no fueron numerosos los alumnos; la Institución era una escuela instalada modestamente; sus libros no tuvieron divulgación popular. No obstante, y esto es lo maravilloso, sin contar con otros medios, Giner difunde en la vida cultural de España importantes valores: el sentido de la libertad intelectual, el de la rectitud de propósitos, el de la moralidad en la conducta y el de la religiosidad sincera, además del culto a los ideales, el espíritu de sacrificio, el respeto a la propia dignidad y el patriotismo consciente. Nada de ello era nuevo como concepto, ciertamente, pero eran pocos los españoles que entonces reconocían la urgente necesidad de incorporar esos valores esenciales, de tipo espiritual, a la conciencia de la nación, por cuanto sin ellos la regeneración o reconstitución del país, de la que tanto se hablaba, sería imposible. En la charca inmunda de la política de los partidos gobernantes y en la feroz intolerancia de los "infalibles" se sentía desdén, cuando no odio, hacia toda reforma y toda novedad.

Giner pensó que España no tenía remedio para sus males si no se renovaban las directrices espirituales de los españoles, y para ello no había más que un camino: la instrucción educativa. Por fortuna, él era, esencialmente, maestro, educador. Se hacía preciso sembrar nuevas ideas en las inteligencias de los hombres a quienes pudiera alcanzar su enseñanza, para que ellos, como espigas henchidas de granos, multiplicaran la siembra en continua renovación germinal.

Era don Francisco, por excelencia, maestro, sembrador, con dotes pedagógicas insuperables. Ningún otro de los profesores con que entonces contaba la Universidad de Madrid,

y los había muy ilustres, ejerció tan profunda influencia en los alumnos. Por su cátedra de Filosofía del Derecho pasaron jóvenes selectos en los que dejó huella imborrable la palabra maravillosa de Giner, que proyectaba luz sobre los temas más difíciles. Ellos fueron ya desde entonces y para toda su vida evangelistas de unos principios filosóficos, jurídicos, sociales y políticos que habían de inspirarles en sus futuras labores docentes y profesionales. Allí se formaron intelectualmente profesores, abogados, escritores, periodistas, políticos, funcionarios, etc., que pronto habían de encargarse de dirigir los destinos de España. La semilla caía en surcos de terreno bien preparado, y por ello los frutos fueron excelentes.

Pero Giner no limitó su función de maestro a las alturas de su cátedra del Doctorado en Derecho de la Universidad de Madrid. Cuando un ministro de la monarquía restaurada intentó destruir la libertad de enseñanza, Giner y otros ilustres profesores quedaron separados de sus cargos docentes al no querer someterse a la imposición reaccionaria. Fue entonces cuando, por iniciativa y bajo la dirección de Giner, los catedráticos desposeídos de sus cátedras fundaron la Institución Libre de Enseñanza, cuyos estatutos fueron aprobados con fecha 16 de agosto de 1876. El artículo 15 de los mismos dice así: "*La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunidad religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas*". Los términos categóricos con que se definen la libertad y la independencia de la cátedra ponen de relieve los ideales pedagógicos de aquel grupo en que figuraban Giner, Figueras, Salmerón, Moret, Azcárate, Costa, Linares, Montero Ríos, los Calderón, Messía, Hermenegildo Giner, Soler, García Labiano y otros, muchos de ellos verdaderamente insignes.

La Institución fue en sus principios como una especie de Universidad libre, donde los profesores separados de la enseñanza oficial desarrollaban sus cursos, pero hacia 1880 tuvo una mayor expansión incluyendo en sus estudios una escuela-hogar para niños pequeños, una escuela primaria y una secundaria, para formar en conjunto todo un sistema orgánico de instrucción y educación de sus alumnos.

En 1881 fue reintegrada a Giner su cátedra de la Universidad y allí continuó las enseñanzas en el elevado tono científico que siempre tuvieron, rodeado el maestro de la devoción profunda que sentían por él sus discípulos cuando "administraba el sacramento de la palabra" al examinar los arduos problemas relacionados con la filosofía del derecho.

Pero no por ejercer la docencia en la Universidad dejó don Francisco de consagrar atención solícita y constante a la Institución Libre de Enseñanza, que rigió durante cuarenta años. Si en la Facultad de Derecho procuraba la formación de intelectuales dignos de ponerse al frente del movimiento cultural del país, en la Institución se dedicaba fervorosamente a la formación de hombres y de ciudadanos capaces de renovar la vida de España con los ideales y los esfuerzos propios de unos europeos del siglo XX. Tuvo Giner siempre a su lado, con adhesión inquebrantable, un grupo selectísimo de profesores encargados de los cursos de la Institución. Uno de ellos, Martín Navarro, muerto en el exilio, escribió estas sentidas palabras: "*Los que fuimos de por vida discípulos de don Francisco Giner no podemos hablar de su persona y de su obra sin una veneración semejante a la que siente el devoto por el santo más amado cuando toca sus reliquias, o la del hijo que busca en los papeles de su padre la información de algún suceso íntimo de su vida*".

Pensaba Giner que: "*El maestro no representa un elemento importante de ese orden* (la obra educativa), *sino el primero, por no decir el todo. Dadme el maestro, y yo os abandono la organización, el local, los medios materiales, cuantos factores, en suma, contribuyen a auxiliar su función. Él se dará arte para suplir la insuficiencia o los vicios de cada uno de ellos*". Pero no bastaba, aunque ya era mucho en la España de entonces, tener buenos maestros. Era preciso, además, servirse de los nuevos métodos y de procedimientos de enseñanza absolutamente desconocidos en la intolerante rutina de las escuelas oficiales y privadas de aquel tiempo. El espíritu alerta de don Francisco le movía a introducir en la Institución, adaptándolos debidamente, todos los adelantos pedagógicos que en otros países de Europa habían alcanzado la garantía de una positiva eficacia.

Bien pronto, y a pesar de los modestos medios materiales de la Institución, le declararon la guerra los representantes de la educación tradicional, dogmática y memorista, que predominaban en la España decadente. Fue una guerra a muerte, en

la que se emplearon los recursos más innobles para desprestigiar la nueva escuela: falsedades, calumnias, intrigas, presiones oficiales, todo lo que hubiera podido anular una obra que no contara con la firmeza inquebrantable de Giner y de sus colaboradores.

Se acusó a la Institución de ser una escuela anti-religiosa, y fácil es imaginar el efecto de semejante acusación en un país donde la iglesia católica tenía tanto ascendiente. La acusación era absolutamente falsa, Giner, como krausista —*krausiano,* para dar mayor expresión a la palabra, solía él decirse—, era un hombre profundamente religioso. He aquí sus palabras escritas: "*La vida entera del hombre, en cuanto es realizada en íntimo enlace de amor y subordinación a Dios, como ideal y modelo inimitable para el ser racional finito, constituye la religión. No se reduce ésta, por tanto, a una esfera determinada de actos, verbigracia, a tales o cuales prácticas, sino que abarca toda la conducta humana, en tanto que se inspira en aquella relación trascendental. Por esto, la religión, como la moralidad, como el Derecho, como el arte, es una forma fundamental y total de la vida*". Y este profundo sentido de religiosidad se dio a la enseñanza en la Institución. Se enseñaba la historia de las religiones como la de una de las fundamentales actividades del ser humano que ha tenido diferente expresión y contenido en los varios pueblos. Pero no se daba una enseñanza confesional, es decir, no se inculcaba a los alumnos una religión determinada, sino que con todo respeto y con la mayor imparcialidad se explicaba lo esencial y característico de las distintas religiones. Pensaba Giner que la escuela debe ser *neutra,* tanto la pública como la privada, y que la enseñanza de la religión con el carácter dogmático o confesional corresponde a las iglesias y a las familias. En los Estados Unidos, por ejemplo, todas las escuelas públicas son *neutras*, y también algunas de las privadas, si bien existen escuelas confesionales sostenidas por las respectivas religiones.

He aquí el parecer de Giner de los Ríos: "*Por lo dicho* (en su obra *Educación y enseñanza) se comprende, sin gran dificultad, que no sólo debe excluirse la enseñanza confesional o dogmática de las escuelas del Estado, sino de las privadas, con una diferencia muy natural, a saber: que de aquéllas ha de alejarla la ley; de éstas, el buen sentido de sus fundadores y maestros. Así que la práctica usual en muchas naciones de Europa, y en general donde existe una religión oficial, incluso entre*

nosotros, de establecer escuelas particulares para los niños de los cultos disidentes, católico, protestante, hebreo, etc., ha producido y producirá siempre los más desastrosos resultados, dividiendo a los niños, que luego han de ser hombres, en castas, incomunicados ya desde la cuna. La escuela privada, no sólo la pública, debe ser campo neutral, maestra universal de paz, de tolerancia y de respeto, que despierte doquiera este espíritu humano desde los primeros albores de la vida". Como se sabe, Giner atribuía el cuidado de la enseñanza religiosa, confesional o dogmática, a la familia y a las iglesias, aun cuando, respetuoso siempre con la libertad y la conciencia, no pedía que se prohibieran las escuelas privadas de signo religioso.

Claro es que no sólo respecto de este punto fundamental de la instrucción dogmática o religiosa discrepaba Giner de la enseñanza tradicional, en uso y abuso, a que se atenían los maestros de las escuelas públicas y privadas. Odiosos parecían a los hombres de la Institución no sólo el principio autoritario del *magister dixit* y el bárbaro aforismo de que "la letra con sangre entra" en los que, sin confesarlo, aún creían no pocos "educadores", sino además muchos procedimientos que la pedagogía científica de aquel tiempo rechazaba en absoluto. Giner pensaba que había de llegarse a la inteligencia del niño por el camino del razonamiento y a su voluntad por el de la confianza amistosa. Que para la enseñanza eran indispensables los juegos al aire libre, y las excursiones al campo, y las visitas a los museos, a los monumentos artísticos, a las fábricas y a las granjas agrícolas. Que enseñar, dicho en pocas palabras, es proyectar ante los ojos de los niños, en lo posible, una anticipación de lo que la vida va a ofrecer. Pero nada de esto entraba en la rutina magisterial española, para la que enseñar era solamente ganarse un sueldo en las escuelas públicas y subyugar unas inteligencias en las privadas.

Pero a pesar del acortezamiento mental de varios siglos y no obstante la guerra implacable que se hizo a los "institucionistas" —así, como poniéndoles un "sambenito", se les llamaba—, las orientaciones pedagógicas de Giner se extendían. Los sesudos varones que sesteaban en las butacas del Consejo de Instrucción Pública y los burócratas que consumían sus horas de oficina sobre los pupitres del Ministerio comenzaron a pensar que alguna agua llevaría la corriente del río cuando sonaba. Sonaba, sí, el clamor popular y sonaba la protesta de los intelectuales que habían recibido en la cátedra uni-

versitaria de Giner una nueva sensibilidad para la cultura y un anhelo de renovación nacional. El Profesorado joven de las Universidades, de los Institutos, de las Escuelas Normales y de las Elementales exigía una reforma de la enseñanza que pusiera a España al nivel de las principales naciones del Occidente de Europa. Y los políticos más despiertos o más ilustrados influyeron sobre los gobiernos para que se hiciera algo en el sentido de mejoramiento de la instrucción pública siguiendo las inspiraciones pedagógicas de Giner de los Ríos.

Algo se hizo oficialmente. Se creó la Junta para Ampliación de Estudios, que presidía el insigne sabio Cajal y de la que fue secretario un gran "institucionista" —muerto muy pronto en el exilio—, José Castillejo. La Junta administraba la concesión de pensiones para estudios en el extranjero. La aportación de los pensionados llevó a España —a la enseñanza y al movimiento intelectual—, contribuciones valiosísimas que enriquecieron el contenido pedagógico y científico de la nación. Se hizo otra cosa. Se creó el Instituto-Escuela, como organización oficial modelo, inspirada en el sistema educativo de la Institución Libre de Enseñanza, y sus resultados fueron magníficos.

La cátedra de Filosofía del Derecho, la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios, el Instituto-Escuela, fueron por decirlo así —además de los diecinueve volúmenes de sus obras sobre filosofía, educación y problemas nacionales— los focos de irradiación del pensamiento pedagógico y cultural de Giner de los Ríos. No parece que hayan sido muchos. Sin embargo, ya porque la apetencia y la receptividad de ideas del movimiento intelectual de España fuera muy grande y cayera la semilla en buen terreno, o ya porque las nuevas ideas tuvieran un extraordinario y prodigioso poder de difusión y de fecundidad, el hecho fue que ya desde principios de siglo y en proporción creciente se notaron los efectos de una vigorosa renovación de las ideas. España se ponía en pie y caminaba hacia adelante. El 15 de diciembre de 1917 se publicó en *El Sol,* diario de Madrid, un editorial escrito por José Ortega y Gasset, en el que con motivo de la muerte de Azcárate —profesor de la Universidad de Madrid, hombre de la misma estirpe intelectual y moral de Giner—, refiriéndose a la generación de los jóvenes, se decía: "*Porque nosotros somos del futuro. Nuestra piedad filial consistirá en seguirle. Pero*

seguir a Azcárate —como seguir a Giner—, es seguir hacia adelante".

Giner había muerto dos años antes, el 18 de febrero de 1915. Nada refleja mejor la impresión causada por la pérdida del gran maestro, que el poema a ella dedicado por uno de los mejores ex-alumnos de la Institución, el gran poeta Antonio Machado:

Como se fue el maestro
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.

Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren, y las sombras pasan;
lleva quién deja y vive el que ha vivido.
¡Yunkes, sonad; enmudeced campanas!

"Seguir a Giner es seguir hacia adelante", escribió Ortega. En la cátedra universitaria sucedió automáticamente a don Francisco —¡qué cosa tan horrible!— un buen señor sin categoría científica, pero al frente de la Institución Libre de Enseñanza continuó su obra un hombre admirable también, que era como el hijo espiritual de Giner: Don Manuel B. Cossío. El movimiento intelectual español iba a seguir adelante. Su inspirador había sido hasta entonces Giner de los Ríos; en lo sucesivo lo sería un joven de treinta y cuatro años, pero ya ilustre: Don José Ortega y Gasset. El movimiento pedagógico de renovación y progreso de la enseñanza seguiría también hacia adelante, bajo la orientación de la Institución Libre de Enseñanza dirigida por Cossío. La obra de Giner seguía funcionando para bien de España y de la cultura del pueblo español.

No ha sido mi propósito al escribir este artículo poner de relieve las manifestaciones del progreso pedagógico y del adelanto cultural de España en el primer tercio del siglo XX. Son, por otra parte, hechos muy conocidos. Sólo diré que en cual-

quier sector de la vida intelectual que se examine atentamente percibiremos la huella de la influencia de la Institución. El engrandecimiento cultural y la renovación espiritual no fueron exclusivamente obra de Giner sino manifestación de la vitalidad del pueblo español, antes comprimida o desviada, que vino a encontrar posibilidades de desenvolvimiento. Giner abrió cauces de libertad, difundió ideas nuevas y con mano firme enarboló la antorcha siempre encendida de la soberanía del pensamiento. La luz que proyectaba esta antorcha llegó a las conciencias de los hombres de buena voluntad y de sentimientos patrióticos, y España iba entrando por el camino ascendente de los grandes destinos históricos. Cultura, libertad, democracia y prosperidad eran metas que estaban alcanzándose.

Pero vino la catástrofe. El pueblo español perdió la libertad, y con ella los valores supremos sin los cuales la vida humana no vale la pena de ser vivida. La libertad de cátedra, de palabra, de prensa, de arte, de asociación, de trabajo, etc. —características esenciales de la civilización occidental—, son elementos sin los cuales un pueblo pierde la categoría a que le dan derecho treinta siglos de posesión del alfabeto y una lengua que hablan doscientos millones de seres humanos.

¿Se ha perdido la obra de Giner de los Ríos? ¿Toda la obra? ¿No queda nada de los frutos de la semilla esparcida por la gloriosa Institución Libre de Enseñanza? Es difícil dar una contestación rotunda. Pero yo creo que no está todo perdido. Que aún queda en lo íntimo de la conciencia española mucho más de lo que parece. Y quiero citar en apoyo de mi creencia un testimonio —un testimonio injurioso—, pero que tiene en este caso el gran valor de provenir de la acera opuesta. El Padre Félix García, nada menos que el Padre Félix García, ha escrito y publicado lo siguiente: *"Se coquetea impunemente con ideas y con nombres y se vuelve a hacer deporte con la literatura y el ensayo. Y es que, en realidad, no se ha desasimilado la intoxicación extensa del espíritu sinuoso, soslayado y cauto de la Institución Libre de Enseñanza, nacido de la alianza oscura de la generación del 98 con el extranjerismo de la extranjería antiespañola"*. (En la revista *Ecclesia,* "Orientaciones bibliográficas", 1941, n. 24, 29).

No voy a discutir los conceptos y calificaciones del señor García, que rechazo en absoluto, avergonzado de que sea un español quien los escriba. Recojo el testimonio, simplemente. Parece que por fortuna pervive el espíritu de la Institución,

es decir, el sentido fundamental de la libertad. Por lo menos entre la juventud universitaria. Tenemos una prueba viva y elocuente. Pocos días después de la muerte de José Ortega y Gasset se celebró en la Universidad de Madrid una sesión necrológica como homenaje al gran pensador que fue maestro esclarecido de la Facultad de Filosofía y Letras mientras hubo libertad de cátedra. Se pronunciaron discursos más o menos anodinos. Pero Gregorio Marañón, catedrático de Medicina y escritor, dijo: *"No hablo del derecho a la crítica, pues para mí, que soy liberal, éste es un derecho sagrado";* y al escuchar esta declaración de liberalismo los estudiantes que llenaban el salón aplaudieron estruendosamente al orador, rubricando con su espontánea y fervorosa ovación el principio de la libertad de la cultura que ellos sin duda profesan con el entusiasmo y la generosidad de los años juveniles. No, no está todo perdido en España.

MI HERMANO JOSÉ

RECUERDOS DE INFANCIA Y MOCEDAD

Por *Eduardo ORTEGA Y GASSET*

El molde familiar

DESEO hablar sobre mi hermano con recogimiento y serenidad. He de procurar que, casi siempre, sea él mismo quien lo haga, a través de sus actos que viven en mi recuerdo o de sus palabras literales. Me limitaré a ordenar y encauzar unos y otras. También quiero aislarme en lo posible de la emoción que no puedo mitigar por la orfandad en que me deja el haber perdido a quien siempre creí mi mejor yo.

Se han consagrado a su memoria, en el instante de su muerte, gran suma de trabajos, análisis de sus obras y de su sistema filosófico. He leído cuanto ha llegado a mis manos, no hay que decir que con agudo interés, gratitud y no pocas veces con admiración. Voces que venían de muy lejos me han mostrado recovecos y matices del luminoso laberinto de sus creaciones espirituales. He de apresurarme a decir que no por ser hermano me creo asistido de privilegio alguno. Soy un simple lector igual y muchas veces inferior a otros para juzgarle. Sólo el ambiente de mi convivencia en la niñez y en la mocedad me ofrece algunos especiales elementos de comprensión. Ellos son los que pretendo ofrecer movido por las numerosas inexactitudes, errores de hecho que han de inducir a juicios equivocados. Tal es el motivo que justifica, y aun me obliga a escribir estas líneas que aspiran a contribuir a crear una base de positivas realidades. Mi solidaridad fraternal trata de rectificar esenciales inexactitudes de hecho y otros de tendencia que desvían la flecha de la diana. Hay trabajos, biografías, críticas que sufren la deformación del ambiente, difusamente coactivo, vigente en la Península. Se ejerce la censura, no sólo como la tradicional política, sino además ideológica por el se-

creto fanatismo del *opus dei.* España es de los pocos lugares de la Tierra en que existe la censura para libros. No aludo, sin embargo, en este momento, a ese tipo de censura directa, la personificada en el lápiz rojo y que, aunque condenable, era más amplia y abierta. Me refiero a la deformación originada en un fenómeno que llamaría de "ósmosis censora". Los escritores inmersos en ese ambiente, casi sin advertirlo, ven nacer sus párrafos a la manera de las pompas de jabón que, presionadas unas por otras, pierden su esfericidad. El viejo lápiz rojo solía ser inocuo. El censor tachaba un párrafo, pero quedaban otros tres que decían lo mismo. El escritor político suele ser un maniaco que se repite hasta la saciedad. La censura de nuestros tiempos, en los regímenes coactivos, actúa directamente sobre la médula, sobre la misma fuente germinal de las ideas. Como las radiaciones atómicas diríamos que ataca los cromosomas del pensamiento. Y así algunos biógrafos que no he de citar, han envuelto en hechos inexactos o artificiales la vida de José.

Fue él mismo quien dijo que, "El hombre rinde el máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de su circunstancia". Agreguemos que sin conocer esa circunstancia en toda su bien medida exactitud, no será posible comprender a un hombre, ni menos a un pensador en cuyo espíritu vuelan las policromas mariposas de los accidentes y matices, sin los que nada existe en plenitud. Los decisivos elementos de juicio nos los ofrecerá él mismo en sus libros. A su jardín iremos a cazar esas mariposas. Lo mejor de cuanto pueda decir aquí estará entre comillas. Evocando los hechos precisos de su formación infantil y de mozo y aun de su vida hasta la senectud, podremos captar las vibraciones de ese "hombre agitado por el vivo afán de comprender". Ya que tan vigorosos sacrificios hizo para brindarnos hermosas formas y floridas sendas de comprensión, esforcémonos también por comprenderle a él y contemplarle en el hontanar de sus hechos mismos y no de los que postizamente le sean atribuidos. O de aquellos otros, sin volumen ni trascendencia, en los que una supuesta sagacidad funda y dicta fallos.

En algunos estudios y ensayos sobre mi hermano se advierte que los responsables de algunos juicios equivocados son esos biógrafos a los que antes he aludido y que no quiero aquí nombrar. No trato de rectificar a nadie sino sólo de decir mi directo testimonio.

José Ortega y Gasset nació en Madrid el 9 de mayo de 1883. Nuestro padre José Ortega Munilla, había nacido en la ciudad de Cárdenas (Provincia de Matanzas, Cuba) el 26 de octubre de 1856. Nuestro abuelo, José Ortega Zapata, ocupaba, a la sazón, el cargo de Juez de Primera Instancia e Instrucción en dicha localidad. Luego fue destinado a España donde regresó cuando su hijo contaba apenas 2 años. Era Ortega Zapata castellano viejo nacido en Valladolid. Periodista y agudo escritor, polemista político. Publicó, ya en su ancianidad un libro *Memorias de un vallisoletano setentón* cuyo estilo mereció el honor de las Antologías. Breve de cuerpo, de prodigiosa retentiva que recordaba fechas y hechos muy lejanos, ostentaba algunos de los rasgos que se extremaron en la capacidad intelectual de su nieto. Aunque adolecido de seniles achaques vivió hasta cerca de los 90 años.

Nuestra abuela paterna, María del Pilar Munilla, nacida en Plasencia, hermosa e histórica ciudad de la Alta Extremadura, procedía de la zona del noroeste castellano, presidida por Torrecilla de Cameros en la que está enclavado el pueblo de Munilla. De esa comarca salían desde remotos tiempos casi todos los comerciantes que se dispersaban por la Península. Era tierra de hábiles y sutiles tenderos. La vida antigua de España —tampoco estudiada en muchos de sus aspectos—, se caracterizaba por la existencia de esas zonas tradicionalmente adscritas a determinados oficios, o profesiones. Los Munilla, radicados en Plasencia desde varias generaciones y ya con mucha sangre extremeña, eran tenderos y boticarios. He estado en la botica que desde el siglo XVI tuvieron mis parientes, los Rosado Munilla, hasta principios de este siglo. Aún pude admirar los frascos y cacharros de la botica de la época de Carlos V.

Los abuelos maternos fueron don Eduardo Gassêt y Artime nacido en Padrón (Galicia), la antigua Iria Flavia Romana. Era, sin embargo, de origen levantino, de Castellón de la Plana, ciudad en la que aún es muy numerosa la rama troncal de esta familia; y doña Rafaela Chinchilla y Díez de Oñate perteneciente a una familia malagueña del pintoresco pueblo de Marbella —la del romance de Góngora— los del primer apellido y de Algeciras los del segundo. El apellido Artime es, según mis datos —no tan precisos como los anteriores— de origen isleño, de la Gran Canaria.

Quedan con esta enumeración informados y rectificados los

que —por ese atajo que se califica de "simplificación" que desvía y conduce al error— han dicho que, José, tenía una mezcla de sangre gallega y andaluza. Como queda relacionado, sobre una base castellana, nuestro celtiberismo es más complejo e integral. Por el matiz de nuestra sangre andaluza que tanta influencia ha tenido en nuestra formación mediterránea creo que llevamos también una gotas de sangre árabe, de muladíes como Ibn Hazam.

La rebeldía del moro tentetieso

EXTRAIGO de mis inéditas memorias este primer recuerdo de Pepe. Le llevaba un año y él tendría tres, cuando tuvo lugar este episodio que se filtra en el amanecer de mi memoria. Estábamos pasando el verano con nuestros padres en un villorio inmediato a Madrid, Pinto, arrabal polvoriento, de campos yermos. Pepe, tenía una fisonomía muy aguda, gran cabeza aunque no desproporcionada, nariz respingona y el rostro animado de una gran luz que partía de sus ojos negros. Marchábamos juntos con nuestros delantalitos de hilo crudo. A hurto de nuestra madre, hacíamos excursiones "peligrosas" hacia la próxima vía férrea por la cual, de tiempo en tiempo, pasaba, con estrepitoso traqueteo férreo, el tren. Parecía que la locomotora atropellaba la llanura sin límites y para nuestra imaginación era un hórrido monstruo. Nos acercábamos a la vía férrea con temor, mirando a un lado y a otro. Llamaba nuestra atención el pulimento que, el paso de las ruedas producía en los rieles y colocábamos sobre ellos alfileres, bolitas de plomo y cuanto creíamos a propósito para que, al paso de los vagones, se laminase creando inesperados objetos. De un alfiler, obteníamos una lanceta perfecta.

Nuestra madre, Dolores Gasset tenía un rostro de suave hermosura con ojos grandes, muy serenos que se parecían extraordinariamente a los de mi hermano José. Siempre he vivido suspenso de esos ojos maternos.

Solía acompañar a mi padre, o a mi madre, cuando iban a Madrid. Pepe se quedaba porque era aún muy pequeño, pero protestaba con el agudo relámpago de sus ojos y de su voz. Oíamos sus gritos desde lejos... Me había confiado mi padre —al regresar un día— dos cajas que guardaban sendos juguetes. Era el mío un rompecabezas de letras, juguete didáctico de los

que tienen pedante pretensión, aunque, ni enseñan, ni divierten. Para mi hermano traíamos un muñecón tentetieso, grandote, con un turbante moro y cara de payaso. Pepe se apoderó de su moro cuya redonda y plomiza base le mantenía siempre enhiesto. Ha quedado grabada en mi memoria, en la que tantas cosas han naufragado, la impresión que este juguete causó a mi hermano. Al principio, le hizo reir su propensión a la verticalidad. Más luego le irritó, como acaso ocurre con los chistes reiterados. Lo mantenía horizontal con su manita pero, en seguida, tornaba a su deber, a su fatalidad de tentetieso. Acabó esa terquedad del muñeco por desatar una rabieta. Le molestaba la tenacidad, la absurda voluntad de estar siempre parado y lo tiró para romperlo. En vano nuestro padre trató de explicarle que, el plomo de la base, le hacía levantarse. Pero, ni le convenció ni le satisfizo la indisciplina del muñeco que la pareció terco y tonto. Por fin nuestro padre, para tranquilizar a Pepe quitó el plomo al moro que se quedó acostado. Pepe al verse obedecido exclamó ¡Ahora que se duerma! La energía y el carácter de mi hermano habían logrado su primera victoria frente a la tozudez eréctil del muñeco.

Rectificaciones de hecho

Ahora hablaré de nuestro padre, José Ortega Munilla factor que por su espíritu, sus tendencias ampliamente liberales y su talento fue esencial en la formación de mi hermano. Se han divulgado informaciones inexactas que importa rectificar. Sobre ellas, se han fundado errores interpretativos en cuanto a nuestra educación. Esas falsas informaciones le atribuían sentido reaccionario al traducir equivocadamente la exterioridad de algunos hechos. Así, uno de los comentaristas que, en otros aspectos se ha expresado con acierto y elevación, llega a decir: "Su padre José Ortega Munilla, escritor y periodista, oriundo de Cuba, fue seminarista frustrado. De ahí la severa educación religiosa a la que fue sometida la prole". "Cuando Pepe cursaba las primeras letras con el sacerdote Ramón Mingüella"... Por estas y otras graves inexactitudes es por lo que me siento impulsado a trazar las exactas circunstancias de la formación de mi hermano. En ese momento diré cuáles fueron nuestros verdaderos maestros. El clérigo Ramón Mingüella no lo fue en modo alguno. No sé de qué biografía ha salido su nombre

que es casi exacto. Cuando teníamos cuatro a cinco años nos llevaban muy temprano en la mañana a casa de este clérigo y juntamente con otro grupo de chiquillos, salíamos a pasear bajo su custodia. Llegábamos cuando tomaba un suculento chocolate con buñuelos. En su ración de churros y buñuelos estaba prevista la nuestra pues, generosamente, nos los repartía. Sólo, por lo tanto, nos enseñó a comer buñuelos! Era alto, seco, de fisonomía angulosa. Muchas veces he pensado en él cuando en la ópera oía el aria de don Basilio. Estos paseos duraron sólo un invierno. Ocurrió un incidente que pudo tener fatales consecuencias. Solíamos pasear por los campos secos y abiertos próximos al hipódromo atravesados por el Canal de Isabel II que conduce las aguas potables del Lozoya a Madrid. Uno de los chicos recuerdo se llamaba Obregón —saltaba audazmente de una orilla a otra del canalillo— así lo llaman en Madrid. En uno de los saltos cayó en medio y como corría el mes de diciembre y las aguas estaban semiheladas, el muchacho adoleció de una pulmonía. El clérigo perdió la confianza de los padres. Es curioso, cómo se hacen tan rápidas y ligeras deducciones que, con alarde de sagacidad, son origen de confusión.

También de mis memorias —que no sé si tendré tiempo de completar, ni si algún día se publicarán— reproduzco el ambiente que envolvió nuestra infancia.

El abuelo paterno sólo sirvió el cargo de Juez de Cárdenas dos años escasos. Regresó a España y se domicilió en Madrid. Mi padre no volvió a Cuba si bien ostentó siempre con orgullo su cubanidad y, durante largos períodos de su vida, colaboró en un importante periódico habanero. Comenzó sus estudios elementales en Madrid y los continuó en Cuenca por haber sido destinado como Juez, el abuelo. Tuvo allí un insigne maestro de latín, el humanista Antonio Cantillo que le distinguió como al mejor de sus discípulos. A los diez años obtuvo el premio creado por el Obispo señor Payá y Rico para los jóvenes latinistas. Ordenó y tradujo directamente ante el público largos trozos de la Preceptiva, del *Humano capiti* de Horacio. Siguiendo los traslados de su padre residió luego en Gerona y en el Seminario Tridentino de aquella ciudad, tuvo también un excelente profesor de Humanidades, Mosén Antonio Riera. No hay juicio menos perspicaz que el que se dispara desde la piel de los hechos. En aquella vieja época los estudios humanísticos, el griego y el latín sólo podían lograrse en algunos

Seminarios. Muchos estudiantes acudían a ellos sin vocación religiosa. Tuvo así, José Ortega Munilla base sólida de cultura clásica que iba a campear en el ambiente que creó en torno nuestro. No mucho después vivía con su familia en Madrid donde hizo el bachillerato y cursó la carrera de Derecho, en la Universidad Central. Al tiempo de obtener la licenciatura y contando 19 años, publicó su primera novela *La cigarra* que alcanzó gran éxito.

Una institución familiar: El Imparcial

PARA reconstituir el complejo de circunstancia que rodearon nuestra formación he de referirme, no sólo a las personas sino a una institución que fue realmente el crisol familiar: el periódico *El Imparcial.* Desde su fundación en 1869, por mi abuelo Eduardo Gasset y Artime hasta que, mi hermano y yo contribuimos a la de *El Sol* fue, el diario de mayor autoridad y circulación en España. Ese especial influjo que manaba en nuestras sociedades de un gran periódico independiente y de pulcra conducta; del prestigio de las antiguas redacciones asistidas por entonces de especialísima personalidad, integrada por hombres populares, bien conocidos, fue, ciertamente, del que gozamos en la infancia y en la mocedad.

Vendíanse en aquella época los diarios al ínfimo precio de cinco céntimos. Esa "perra chica" —la más modesta de las monedas de cobre—, es la que nos ha nutrido. Nuestra vida estuvo teñida de una inclinación a lo popular. *El Imparcial* emanado de la revolución del 68 —aunque manca como siempre las llamadas revoluciones hispánicas, de violencia hueca— dio un tinte liberal a sus campañas. Con la sensibilidad que poseen los públicos para apoyar cuanto logra positiva actualidad —esto es interpretación exacta y acomodación al día, a la ola que pasa— acogió el nuevo periódico por estimarlo un progreso, un mejor reflejo de su tiempo.

En esta aportación de elementos de juicio por cuya obligada prolijidad he de pedir dispensa debo dar los trazos esenciales de la personalidad del fundador de *El Imparcial.* Su familia radicada en Padrón disfrutaba de un pasar de holgada clase media. A los 15 años, Eduardo Gasset se trasladó a Madrid. Estudió contabilidad y logró ser funcionario del Banco de España. Ordenado, meticuloso, seguro del dinero que admi-

nistraba, poseía cualidades muy distintas de las que suelen brillar en el escritor o el periodista. Su disciplina para el ahorro, avivada por una pintoresca afición numismática, le llevaron a guardar en una hucha cuantas moneditas de plata de dos reales, pasaban por sus manos. Una gran ilusión le aguijaba, la de fundar un periódico. No hacía falta demasiado dinero para eso en aquellos tiempos románticos en los que aún no habían nacido las poderosas empresas.

Al cabo de no mucho tiempo las moneditas habían formado un ejército de mil duros. Asociado con un amigo fundó entonces *La Ilustración Española y Americana* que tuvo bastante éxito. Al adoptar ese título dio prueba de que tenía ya conciencia del gran ámbito hispanoamericano. Pronto vendió esta publicación que alcanzó en otras manos larga vida. Su verdadera ilusión era la de crear un periódico moderno que superase la forma retardada y aldeana de los diarios locales, presididos por la *Correspondencia de España* a la que los madrileños apodaban "La chismosa", centón de pequeñas noticias de articulitos románticos y de versos ramplones.

Fundó, en aquel momento, el joven empleado del Banco de España, *El Imparcial*, que por sus normas de gran información telegráfica, independencia y autoridad logró prestamente difusión. Su auge atrajo a las mejores plumas que entonces se inclinaban a la actividad periodística.

Por la circulación del diario, los nombres de los redactores alcanzaron popularidad y prestigio. El periodismo estaba en ese momento de su evolución en el que, la personalidad de la redacción era decisiva. En el periodismo anterior, se destacaba el individuo, generalmente periodista o polemista que salía a las arenas nacionales a combatir violentamente, constituyendo el diario su espada y su adarga. Eran *condottiere* en los que sólo habían cambiado las armas.

Los redactores de *El Imparcial* pensaron que no era justo lograse el propietario —que no era periodista— las mejores ventajas. Ignoraban la paradójica máxima de Villemessant el gran diarista parisién: "la primera condición para fundar un periódico es la de no ser periodista". Sin detenernos en analizar tan pintoresco axioma diremos que los redactores, sigilosamente, arrendaron un local, compraron e instalaron máquinas, contrataron tipógrafos. Todo estaba dispuesto para en el instante oportuno, dar el golpe de gracia a *El Imparcial*. Decidieron aprovechar la ausencia de mi abuelo, enfermo en el

balneario de Fitero para trasladarse de madrugada a *El Liberal* —que tal era el título de su periódico—, concebido en la sombra y la infidencia.

Supusieron que *El Imparcial* no podría salir en varios días. No contaron con la lealtad de una humilde repartidora, Petra —a quien ya vieja y pensionada por la familia— conocí. Avisó de lo que se tramaba. Se consiguió reunir apresuradamente en la abandonada Redacción, a algunos periodistas. Esta profesión no estaba entonces muy definida. En realidad acudieron algunas personas cultas guiadas de un sentimiento de repulsa a la traición de los redactores. Entre los que lo hicieron se encontraba el joven escritor José Ortega Munilla, el que casi desde niño, había mostrado vocación de periodista. Con su compañero de estudios en el Instituto Miguel Moya fundó, a los 14 años, la revista literaria *La Linterna* y el periódico taurino *El Chiclanero.* Es curioso que andando los años estos dos muchachos llegaron a ser los directores de los dos diarios más importantes de España. Siguiendo nuestro relato diremos que, después de aquella "noche triste" de *El Imparcial* no volvió Ortega Munilla por la redacción. No tenía allí amistades. Sólo más tarde ganó un puesto distinguido en ella. Veremos como:

El director de Los Lunes de El Imparcial

PUBLICABA el periódico una hoja literaria que con el título de *Los Lunes de El Imparcial* se hizo famosa y logró tal autoridad en el parnaso madrileño que daba espaldarazos y armaba caballeros a los jóvenes escritores. Eduardo Gasset era sólo un aficionado a la literatura. Gustaba de hacer versitos discretos y románticos, mas tuvo el buen gusto, diremos que el talento, de no publicarlos jamás desdeñando las facilidades publicitarias de las que disponía. El era el Director, es decir, el mantenedor de la disciplina de la que muchos de aquellos ingeniosos bohemios eran incapaces; el escrupuloso administrador, sin el cual, ninguno habría cobrado puntualmente, y el rígido cumplidor de la austeridad política y de todo orden, prestigiosa base del diario. Cuando ocurrió "la traición de Fitero" no sólo quedó sin dirección el periódico sino la hoja literaria. Había sido dirigida ésta por el escritor Fernández Flores que popularizó el pseudónimo de "Fernanflor". Fue, ciertamente, un escritor distinguido, de una sobria y elegante ironía, muy superior

entiendo yo al que con igual nombre llena hoy las planas de la prensa franquista. Este Fernanflor del que recuerdo la fisonomía, seca y arrugada, de ojos penetrantes y facies que recordaba al murciélago, fue de los principales capitanes en el turbio episodio de la fundación de *El Liberal*. Forzoso era elegir un nuevo Director para la hoja de *Los Lunes*. Mi abuelo pensó en que sería preferible a la elección directa abrir un certamen u oposición general entre jóvenes escritores. Anunciado un concurso de crónicas de actualidad no hay que decir que acudieron muchos aspirantes. Mi padre pensó vagamente en presentar algún trabajo. Contaba entonces 21 años y había publicado su primera novela *La Cigarra* con la que había logrado distinguirse. El plazo del concurso estaba a punto de expirar, cuando presenció en la calle de Alcalá, el pintoresco cortejo de la primera Embajada china que acreditaba sus diplomáticos en la Corte madrileña. Marchaba la comitiva por el centro de la amplia avenida, compuesta por funcionarios chinos con sus policromos y curiosos trajes, sus trenzas y bonetes, algunos con sus borlas de coral que probaban una aristocracia con más de mil años de árbol genealógico, precedidos y envueltos por piquetes y bandas militares. En el centro de aquel abigarrado conjunto marchaba uno de los coches de Palacio con incrustaciones de nácar, tirado por tres troncos de caballos con postillones a la federica, en cuyo coche, más bien estuche, iba la altísima dignidad del Embajador del monarca pekinés. Impresionado mi padre por aquellas notas de color y la extraña novedad de una Embajada que parecía responder al milenario viaje de Marco Polo, entró en el café de Levante de la Puerta del Sol, y, en el pico de una de aquellas venerables mesas de mármol, escribió unas cuartillas que, apenas releídas, metió en un sobre y depositó en la no muy lejana Redacción de *El Imparcial* situada en la plaza de Matute. El plazo terminaba aquel mismo día a las 12 de la noche. Ocho días más tarde aparecía publicada, en la primera columna, la crónica triunfante del concurso cuyo premio era, nada menos, que la Dirección de la hoja de *Los Lunes de El Imparcial*. Como hemos dicho, mi padre, no tenía influjo alguno en la empresa del periódico, ni hizo la menor gestión, pero le he oído contar que, en aquellos días, le invadió una esperanzada inquietud. El lunes se echó a la calle a las cinco de la madrugada para comprar el primer número que encontrase del periódico. Indescriptible el júbilo con el que vio desde el primer momento la cró-

nica en el lugar de la victoria. Recorrió las casas de sus amigos con el periódico ya arrugado en la mano. Algunas veces he pensado al recordar esta escena, cuanto influye un aguijón —tábano o estro como le llamaban los griegos— de esa suerte, para encauzar a un muchacho en la senda de los éxitos y de su peculiar vocación. El joven escritor halló ojos benévolos y justos.

Una vez en el ámbito de la familia Gasset intimó extraordinariamente con ella. Mi abuelo concibió por él un gran cariño. José Ortega Munilla se enamoró de la segunda de las hijas de Eduardo Gasset, Lola, y pocos meses después se celebraba el matrimonio.

Los amigos de Ortega Munilla

Mis padres deseaban mudarse de la casa que ocupaban en el piso bajo izquierdo de la Plaza de la Independencia. A mí me ilusionaba mucho los dos grandes leones de mármol que ostentaba a un lado y a otro, dentro del portal y que no sabré decir por qué, creía daban prestancia y calidad a nuestro domicilio. En el comedor, contiguo a una sala con balcón a la plaza, se reunían frecuentemente los amigos de mi padre. Todos eran mozos que más tarde lograron fama y prestigio en la literatura y otras profesiones. Viene a mi memoria enmarcada precisamente en ese comedor, la faz abierta de ojos y barba muy negros de Blanco Asenjo que triunfó en el teatro con algunas obras románticas. Hacía contraste con su figura meridional, árabe, otro gran amigo de mi padre, Manuel Tolosa Latour, que se graduaba de doctor en Medicina. Éste era alto y esbeltísimo de barba rubia y ojos azules. Su madre era francesa. Bondadoso y alegre, daba grandes gritos cuando nos veía y jugaba con mi hermano Pepe y conmigo como si fuera un niño. Nos cuidó durante toda la infancia. También formaba parte de la tertulia Francisco Alcántara, natural de un pueblo de la provincia de Córdoba. Doña Mencia, pintor y crítico de arte, tan desacertado con los pinceles como diestro esgrimiendo la pluma. Consiguió merecida fama por su fino sentido estético, su gran cultura y talento de escritor. Curiosa paradoja que alguna vez oí comentar a mi padre, era la de que, quien tan equivocadamente manejaba los colores, los juzgara con fino acierto en los demás. Esto es secundario en la estimación del personaje. Lo refiero porque el lector debe formar sus impresiones del

heterogéneo conjunto respecto a las realidades sociales, morales y de cultura que integraron la infancia de mi hermano. De una manera o de otra, los amigos de mi padre fueron, más o menos, nuestros maestros. Desde luego, el maestro a quien más debemos, a gran distancia de todos los demás, fue el alto espíritu, alerta gracioso de nuestro padre, a su juicio libre, escéptico, algo volteriano, de luminoso y vibrante ingenio.

Alcántara era como los otros amigos, un corazón abierto y alegre. Hablando prodigaba tal policromía que, andando el tiempo llegué a pensar que era un pintor verbal. Relataba con extraordinario gracejo y su conversación era muy afluente y prolija. Él nos acompañó a los museos explicándonos autores de cuadros, estilos y épocas con una sutileza que nos encantaba. Como ejemplo de su ingenio diré como Alcántara describía una procesión que había presenciado en la pintoresca y arcaica ciudad de Sigüenza: "Salió de la catedral —relataba— con cruz alzada, al frente. Seguían los canónigos cubiertos de roquetes blancos y sobrepellizas, y estolas. Sus personas eran adiposas y grandes. Los sacristanes con su roja sotana. Nunca he visto, decía Alcántara, mayor número de canónigos y beneficiados, gordos. La procesión tenía que dar la vuelta a la hermosa Catedral y he aquí que, en ese trayecto varios arrieros habían atado sus recuas de mulos y burros en un prado inmediato. De pronto, aquel conjunto de asnos sin que pueda inducirse quién los inspiró, se pusieron a coro a lanzar tremendos e interminables rebuznos. Los canónigos se amilanaron un poco ante aquel conjunto pero a uno de ellos que debía ser, según creo, más espiritual que los otros, le hizo tanta gracia la situación que empezó a reírse y contagió de su risa a los demás. Se dio el caso de que los burros rebuznaban y los canónigos reían a carcajadas mientras se agitaban —contaba gráficamente Alcántara— sus enormes y bien nutridos vientres".

La revelación de la muerte

Mi madre buscaba tenazmente una casa a la que nos pudiéramos mudar. Por fin la encontró en la calle de Santa Teresa núm. 7 y piso tercero. No recuerdo el momento de la mudanza porque probablemente nos enviaron a casa de algún pariente mientras efectuaban la enojosa operación. Me veo ya en aquel apartamiento. Era bastante más amplio que el ante-

rior. A la entrada tenía un pasillo y en frente la primera puerta que comunicaba con el que fue despacho de mi padre; al lado una sala con balcones a la calle. Quiero destacar un recuerdo importante para mi hermano y para mí. Habían encargado mis padres a un carpintero que tenía su taller en frente, un mueble que hemos usado durante muchos años. Era un gran sofá de cuyos brazos tallados en caoba surgían dos columnetas soportando una repisa para colocar floreros, fotografías. . . Estaba tapizado con un buen damasco rameado, verdoso. Aquel carpintero suscitó nuestra admiración infantil el día en que le vimos tallar con destreza unas cabezas barbadas, remate de los brazos del sofá. El recuerdo se hace grave porque se mezcla con uno de nuestros primeros dolores, como es el de haber tropezado con algo desconocido y tétrico: la muerte. El carpintero en aquel duro invierno enfermó de pulmonía. La gente humilde no llamaba entonces nunca al médico y, los hospitales, les inspiraban un horror semejante al de la cárcel. Se curaban o morían solos aplicando remedios caseros. En efecto, el carpintero, hombre alto, de largas barbas rojizas se curó aplicándose al costado una alpargata caliente. Tal oí en la casa. Se sintió curado, mas se confió y en vez de seguirse aplicando sus alpargatas, se puso a trabajar y recayó, tan gravemente, que murió. Es la primera vez que en mi memoria encuentro lágrimas para el dolor ajeno. Mi hermano Pepe se sorprendió dolorosamente: ¿Qué es eso de morir? le preguntó a mi madre. Trataba Pepe a los 6 años de inquirir el fatal misterio. La muerte a la vista, como dijo después de Dios. Es siempre en un día, de la jubilosa primera infancia, aquel en que, al niño le es notificada la sentencia de muerte. La vida es, próximamente hasta los 7 años como la de un Dios que mira indefinidamente hacia el futuro sin vislumbrar, en los horizontes, la negra frontera. En cuanto a mí, recuerdo que hasta esa edad gozaba de la eufórica sensación de sentirme directamente unido a la realidad circundante, de la cual aún no había apartado mi yo. Era una sensación de plenitud vital. Más tarde me pareció contemplar la vida con menos diafanidad como a través de un velo.

En mis recuerdos de adolescente y de mozo viven aún estas imágenes, estos hechos que pertenecen a la historia de mi hermano y que, por eso, pueden tener interés para los que recorren los caminos que dejó trazados su espíritu.

Primera estancia en El Escorial.
Desde El Jardín de los Frailes

En Madrid es inveterada la costumbre de "veranear", esto es huir de la insufrible canícula para refugiarse en los frescos e inmediatos pueblos de la sierra, o visitar el norte o el noroeste de España. En el año 1887 pasamos nuestro primer verano en El Escorial al que habían de suceder otros muchos. José, por primera vez a los cinco años no cumplidos, contempló la que calificaría luego de "nuestra gran piedra lírica". Las piedras talladas de Herrera, y las rústicas de la sierra, los robledales de la Herrería; la gran llanura que como un mar quieto, cuajado, se contempla desde el Jardín de los Frailes en el que, el Monasterio orienta su quilla hacia Madrid, fueron las imágenes profundamente grabadas en mi hermano.

Había arrendado mi padre una casa en las afueras de El Escorial, al final del Paseo llamado de los Terreros, de donde arranca la carretera de Guadarrama que fue, en tiempos, paseo de los reyes. Por eso, de trozo en trozo, se ensancha en círculos provistos de bancos de piedra. El paseo de los Terreros es un amplio terraplén rectangular cubierto de árboles. En el lado opuesto al de nuestra casa y, en un nivel mucho más bajo, se encontraba la frondosa finca "Torrealta" propiedad de una tía nuestra. Nos gustaba perdernos por sus calles de hermosos árboles con soledad y recogimiento de Paraíso oyendo el canto de ruiseñores, mirlos y el vuelo áureo de las oropéndolas. Estas oropéndolas atraviesan también las frondosas páginas de mi hermano. Allí descansábamos de la sensación opuesta, a la de la sublime y austera piedra lírica.

Una de las básicas impresiones de mi hermano, es la del paisaje antes aludido, el que se contempla desde el Jardín de los Frailes y al que tanto nos agradaba ir. De aquellos recuerdos del niño surgió esta descripción: "Sobre el paisaje de El Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes con la mayor fijeza y pulimento de sus aristas. En estos días de primavera hay una ola en que el sol, como una ampolla de oro se quiebra contra los picachos de la sierra y, una luz blanda, coloreada de azul, de violeta, de carmín, se derrama por las laderas y por el valle, fundiendo suavemente todos los perfiles. Entonces, la piedra edificada, burla las intenciones del constructor y, obedeciendo a un instinto más poderoso, va a confundirse con las canteras

maternales". Y luego nos habla de aquel andariego maestro diciendo: "Francisco Alcántara, que tanto sabe de cosas de España, suele decir que, como el castellano es el idioma en que, de cierta manera, se integran los dialectos y lenguas de la periferia hispánica, es la luz de esta Castilla central una quintaesencia de las luces provinciales". "Esta luz castellana es la que, poco antes de llegar la noche, con lento paso de vaca por el cielo, transfigura El Escorial hasta el punto de parecernos un pedernal gigantesco que espera el choque, la conmoción decisiva, capaz de abrir las venas de fuego que surcan sus entrañas fortísimas. *Hosco y silencioso aguarda el paisaje de granito, con su gran piedra lírica en medio, una generación digna de arrancarle la chispa espiritual*".

Las chispas del pedernal. Tradiciones vitales. Maestro de primeras letras

PARA que se engendre la generación capaz de arrancar esa chispa que ilumine los caminos fecundos de España, ha recolectado las mejores semillas intelectuales y ha colocado en sus libros toda suerte de flechas indicadoras de rumbos. Él soñó esa generación que, los hombres de fe, tenemos la certeza de que un día renovará *las tradiciones vitales*, no las muertas, de España. Hasta ahora, sólo se han llevado allí cadáveres para que sigan gobernando los muertos, por esa incapacidad que él señaló de los sectores que falsamente se denominan tradicionales, de comprender que la tradición no consiste en actualizar momias ni fantasmas. Tal es la generación, las generaciones a las que consagró su esfuerzo de conferenciante y artista, de filósofo y de gran político. Triunfará al cabo, remontando los obstáculos y los diques del odio a la inteligencia que al clamor de "¡viva la muerte!" quieren que a España la rijan cosas tan podridas, que ni aún huelen mal.

En aquel veraneo escorialense aprendimos a leer y a escribir. Por las mañanas a las 11 venía el maestro, don Manuel Martínez, hombre de poca talla; ojos y cabellos negros, éstos entreverados de canas con un gran bigote castelarino y nariz respingada. Era el modelo del maestro antiguo que, durante mucho tiempo, se perdió en busca de fórmulas mejores de pedagogía aunque, las tradicionales de España fueran muy eficientes. Poseía bien asentados los elementales conocimientos y

sabía enseñarlos. Oprimía la pluma con la precisión que, un maestro de esgrima, la espada. Nos suministraba unos palilleros provistos de huellas metálicas para colocar correctamente los tres dedos. Su caligrafía española era muy bella. Nos dirigía afectuosamente, no sin cierta autoridad.

Ignoro por qué privilegios de la inexactitud, casi todos los biógrafos atribuyen la gloria de haber enseñado a leer a mi hermano a diferentes maestros y ninguno al que verdaderamente nos dio las primeras letras a ambos. Tuvo otro mérito aquel don Manuel Martínez: fue el primero en advertir y proclamar la pasmosa precocidad intelectual de José. A mediodía cuando, terminada la clase iba hacia la escalera, oí una vez que decía a mi padre: —Pepito, es el niño más inteligente que he tenido —y con enorme diferencia— en toda mi vida de maestro. A veces me da la impresión de que por sí solo sabe ya las cosas que voy a enseñarle. Le felicito don José. Aunque, de tal palo, tal astilla!...

En aquel verano nuestra hermanita Rafaela sufrió muy graves quemaduras al caer en un barreño de agua hirviente con potasa. Estuvo días entre la vida y la muerte con insufribles dolores. A Pepe y a mí nos estremecía oir sus lamentaciones. Pero mi hermano se reconcentraba con un penetrante gesto de dolor y no lloraba.

El médico era un personaje galdosiano, enormemente grueso. Al llegar a la casa se sentaba enjugándose con el pañuelo el copioso sudor. Entonces lanzaba su estribillo, continuamente repetido, viniera o no a cuento:

—Señor, Señor, aplaca tu furor!...

Tal era su sistema mágico de atenuar sufrimientos. La menos peligrosa, porque, en una fórmula que recetó a mi madre, equivocó la dosis de láudano y estuvo dos días gravísima. Afortunadamente el boticario de Plasencia, nuestro tío Joaquín Rosales Munilla, recomendó y suministró un bálsamo, creo que alemán, el cual curó a nuestra hermana en pocos días. Entonces la reiterada invocación del doctor Leyrado —tal era el apellido del adiposo médico— fue oída.

Vivimos dentro de la Piedra Lírica. La Herrería

DURANTE más de 40 años tuvieron mis padres alquilado un apartamiento en las que se llamaban Casas de Oficios de El Es-

corial que forman parte de la estructura del Monasterio, del mismo estilo herreriano y pétreos muros. En ellas habitaron los funcionarios de la Corte de Felipe II. En nuestro tiempo pertenecían al Real Patrimonio de la Corona que las alquilaba a precios módicos. El apartamiento que habitábamos en la Casa de Oficios número 2 rentaba 40 pesetas.

No todos los veranos fuimos a El Escorial, pero, al disfrutar permanentemente de aquel alojamiento, pasábamos días o temporadas en diversas épocas, incluso en las muy frígidas del invierno de la Sierra. También hicimos otros "veraneos" en los que íbamos "cazando paisajes". Sigamos ahora en este crisol del espíritu de José que fue El Escorial. Sus piedras y sus arbustos labraron su sensibilidad. El hombre maduro escribió, cinceló la huella que el niño había recibido. Pienso que, en dos momentos de su vida y de su obra, contempló la médula de España a través del prisma pétreo de El Escorial. También a través de los robledales de "La Herrería". Era esta campiña de robles, fresnos y retamas en la que afloran redondas y grandes piedras cubiertas de musgo, lugar de nuestras continuas correrías. Hacíamos excursiones "a la silla de Felipe II" cincelada en un peñasco y desde la que dicen observaba el rey las obras del Monasterio.

Íbamos una tarde con nuestro padre y un Profesor de la Escuela de Ingenieros Agrónomos radicada entonces en El Escorial. Nos detuvimos ante un roble y, el profesor —cuyo nombre lamento no recordar— asió algunas de las muchas "agallas" que tenía el arbusto y nos dijo:

—Estas redondas bolas oscuras parecen frutos del roble. No lo son sino más bien una enfermedad, tan útil, que se recogen como si fueran fruto. Un mosquito, un cínife es la causa. Con su picada provoca la formación de esas excrecencias esféricas de escaso peso. Sirven para hacer tinta.

Recogimos algunas. A Pepe le interesaron y muchas veces pretendió fabricar tinta. En una de sus obras habla de estas agallas y de su fracasado deseo de obtenerla.

Oigamos la descripción de esa Herrería cuyos paisajes trazó repetidas veces en sus páginas aunque en algunas sin nombrarla. Creo que fue el paisaje a través del cual veía todos los demás. Dijo así:

"El Monasterio de El Escorial se levanta sobre un collado. La ladera meridional de este collado desciende bajo la cobertura de un boscaje, que es a un tiempo robledo y fresneda. El

sitio se llama "La Herrería". La cárdena mole ejemplar del edificio modifica, según la estación, su carácter merced a este manto de espesura tendido a sus plantas, que es, en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío. La primavera pasa por aquí rauda, instantánea y excesiva —como una imagen erótica por el alma acerada de un cenobiarca. Los árboles se cubren rápidamente con frondas opulentas de un verde claro y nuevo; el suelo desaparece bajo una hierba de esmeralda que, a su vez, se viste un día con el amarillo de las margaritas, otro con el morado de los cantuesos. Hay lugares de excelente silencio —el cual no es nunca silencio absoluto. Cuando callan por completo las cosas en torno, el vacío de rumor que dejan exige ser ocupado por algo, y entonces oímos el martilleo de nuestro corazón, los latigazos de la sangre en nuestras sienes, el hervor del aire que invade nuestros pulmones y que luego huye afanoso. Todo esto es inquietante, porque tiene una significación demasiado concreta. Cada latido de nuestro corazón parece que va a ser el último. El nuevo latido salvador que llega parece siempre una casualidad y no garantiza el subsecuente. Por esto es preferible un silencio donde suenen sones puramente decorativos, de referencias inconcretas. Así es este lugar. Hay aguas claras corrientes que van rumoreando a lo largo, y hay dentro de lo verde avecillas que cantan —verderones, jilgueros, oropéndolas y algún sublime ruiseñor".

¡Oh! Qué pensamientos fundamentales le revelaron aquel paisaje y aquellas piedras. Fue como si España hubiese abierto sus carnes para mostrarle las entrañas y la médula. Allí es donde halla "un temblor en el aire como si se aprestara a llenar el hueco que ha dejado al huir un ligero cuerpo desnudo". Allí también nos habla de aquellas oropéndolas que veíamos pasar lanzando un armonioso grito, como un trazo dorado, de un roble a otro. Bajo el epígrafe "Arroyos y Oropéndolas" en el que va buscando la esencia del bosque, nos declara que "el pensamiento, siente una fruición muy parecida a la amorosa, cuando palpa el cuerpo desnudo de una idea".

Meditaciones en el hueco de la ventana

Las meditaciones del Quijote y la de El Escorial están inspiradas y centradas en "La Herrería" y en el Monasterio. Veo el sitio en que las escribió. El muro es tan ancho que, en el

hueco de una ventana, cabía la modesta mesa que allí colocó mi padre. Desde la ventana cuadrada se divisaba la galería de en frente y los puntiagudos tejados de negras pizarras. La mesa era de pino con un recuadro de balleta verde. Tal fue el observatorio y el lugar de inspiración del joven y del hombre máduro. Pensó, meditó, escribió dentro del muro de la inmensa piedra lírica. Logró hacer de ella una caja de sonoridad universal. Interpretó el sentido histórico de la gigante piedra ibérica, el lirismo trascendente de su granito, el mensaje de esfuerzo gigante, mas enano de fines; expresión del amor a la hazaña por ella misma cual glorioso deporte sin objeto, ni utilidad. Acaso por ello pueda negarse el heroísmo que, esencialmente se caracteriza, en el sacrificio *útil* a la colectividad.

Allí, en el hueco de la ventana, en que se empotraba la mesa y que fue su bocina hacia el Universo escribió estas reveladoras meditaciones del Quijote. El Monasterio ha sido una de tantas ventas soñadas por el ingenioso hidalgo y labradas por manos poderosas e insensatas de los Sanchos que le siguieron despilfarrando el esfuerzo nacional. Tal es la síntesis de su visión tan diáfana como dolorosa.[1]

Siguió en estas meditaciones el "methodo" de que "dado un hecho —un hombre, un libro, un paisaje, un error, un dolor— llevarle por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies, como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal, que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones".

---

[1] ...En este monumento de nuestros mayores se muestra petrificada un alma toda voluntad, todo esfuerzo, mas exenta de ideas y de sensibilidad. Esta arquitectura es toda querer, ansia, ímpetu. Mejor que en parte alguna aprendemos aquí cuál es la sustancia española. Cuál es el manantial subterráneo de donde ha salido borboteando la historia del pueblo más anormal de Europa... Nietzsche dijo: ¡Los españoles! ¡He ahí hombres que han querido ser demasiado... Hemos querido imponer no un ideal de virtud sino nuestro propio querer... Somos en la historia un estallido de voluntad ciega, difusa, brutal. La mole adusta de San Lorenzo expresa acaso nuestra penuria de ideas pero a la vez nuestra exuberancia de ímpetus... He aquí la genuina pontencia española. Sobre el fondo anchísimo de la historia universal fuimos los españoles un ademán de coraje. Ésta es toda nuestra grandeza, ésta es toda nuestra miseria... No le interesa al esforzado la acción, sólo le interesa la hazaña... Cervantes compuso en su Quijote la crítica del esfuerzo puro. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas.* Tomo II. Meditación de El Escorial.

Guiado por don Quijote y por aquellas piedras quijotescas levantadas en honor y recuerdos de una victoria, la de San Quintín, pírrica como lo fueron casi todas las de nuestra esforzada historia, señala con amargura cómo "se ha convertido para el español, el Universo en una cosa rígida, seca, sórdida y desierta" y ve el desfile "de nuestras almas por la vida haciéndole una agria mueca, suspicaces y fugitivas, como largos canes hambrientos".

La época. La Restauración detiene la vida en España

NUESTRA niñez y juventud vivió en una época, más que pacífica, muerta, con esterilidad de sepulcro, la de la Restauración que, en su concepto, supuso "la detención de la vida nacional" y durante la cual "llegó el corazón de España a dar el menor número de latidos por minuto". ¡Cómo se nos ha castigado a los españoles por el intento de resucitar de entre esa inercia sepulcral! En la "Meditación de El Escorial" reprodujo, él mismo, la interpretación que ya había dado en una de sus primeras conferencias políticas y que consideramos esencial para comprender la justificación de sus actos. Dice así:

"¿Qué es la Restauración? Según Cánovas, la continuación de la Historia de España. ¡Mal año para la Historia de España, si legítimamente valiera la Restauración como su secuencia! Afortunadamente, es todo lo contrario. La Restauración significa la detención de la vida nacional. No había habido en los españoles durante los primeros cincuenta años del siglo XIX complejidad, reflexión, plenitud de intelecto, pero había habido coraje, esfuerzo, dinamismo. Si se quemaran los discursos y los libros compuestos en ese medio siglo y fueran substituidos por las biografías de sus autores, saldríamos ganando ciento por uno. Riego y Narváez, por ejemplo, son como pensadores, ¡la verdad!, un par de desventuras; pero son, como seres vivos, dos altas llamaradas de esfuerzo.

"Hacia el año 1854 —que es donde en lo soterraño se inicia la Restauración— comienzan a apagarse sobre este haz triste de España los esplendores de aquel incendio de energías; los dinamismos van viniendo luego a tierra como proyectiles que han cumplido su parábola; la vida española se repliega sobre sí misma, se hace hueco de sí misma. *Este vivir el hueco de la propia vida fue la Restauración.*

"En pueblos de ánimo más completo y armónico que el nuestro, puede a una época de dinamismo suceder fecundamente una época de tranquilidad, de quietud, de éxtasis. El intelecto es el encargado de suscitar y organizar los intereses tranquilos y estáticos, como son el buen gobierno, la economía, el aumento de los medios, de la técnica. Pero no ha sido la característica de nuestro pueblo haber brillado más como esforzado que como inteligente.

"Vida española, digámoslo lealmente, vida española, hasta ahora, ha sido posible sólo como dinamismo.

"Cuando nuestra nación deja de ser dinámica, cae de golpe en un hondísimo letargo y no ejerce más función vital que la de soñar que vive.

"Así parece como que en la Restauración nada falta. Hay allí grandes estadistas, grandes pensadores, grandes generales, grandes partidos, grandes aprestos, grandes luchas: nuestro Ejército en Tetuán combate con los moros lo mismo que en tiempo de Gonzalo Córdoba; en busca del Norte enemigo hienden la espalda del mar nuestras carenas, como en tiempos de Felipe II; Pereda es Hurtado de Mendoza, y en Echegaray retoña Calderón. Pero todo esto acontece dentro de la órbita de un sueño; es la imagen de una vida donde sólo hay de real el acto que la imagina.

"La Restauración, señores, fue un panorama de fantasmas, y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría".

Crisis de crecimiento intelectual

He de procurar ceñirme al ámbito de concretas finalidades que me he propuesto. Pienso, en otra ocasión, analizar el aspecto injustamente olvidado y aun amputado en sus libros, que en mi sentir, es culminante y vital: *El de su pensamiento y actuación políticos.* En verdad, los literatos y filósofos, suelen desdeñarle inducidos, posiblemente, del bien ganado descrédito de lo que se suele llamar política. Mas, tal confusión no es admisible entre hombres cultos que han de manejar conceptos exactos. La verdadera y alta política es la actividad suprema del hombre, como creador con el pensamiento y ejecutor con la acción, de las formas trascendentes de la convivencia. Mi hermano fue el gran político que desoímos cuando sus orientaciones hubieran sido salvadoras. Por el contrario fueron

acremente combatidas por la gárrula violencia verbal de quienes lanzaban las palabras cual cantos rodados con sus rústicas hondas y no las trataban como vehículos en los que viajan las ideas.

Vuelvo a nuestra casa del Escorial. En ella cuando mi hermano contaba de 11 a 12 años padeció una crisis tan profunda que le enfermó. Leía con un interés que era más bien ansia voraz.

Se sintió atraído, más bien arrastrado, por la compleja corriente de pasiones y experiencia vital de la serie de novelas de Honorato de Balzac de "La Comedia Humana". Las leyó con tal concentración que, un mundo de realidades le nació en torno. De tal manera se vio afectado por aquellas emociones que cayó enfermo y, el médico de El Escorial, emitió el poco claro diagnóstico de que padecía unas fiebres nerviosas. Los personajes de Balzac palpitaron en su imaginación de modo demasiado ardiente. Me dijo entonces:

—He adquirido una experiencia como si hubiera vivido, no una, sino varias vidas. Soy ahora un viejo cargado de experiencia. Y no sólo por lo leído. Se han levantado en mí ideas a bandadas y no sé qué hacer para retenerlas. Temo que se me escapen, que se me olviden, aunque estoy seguro de que volverán.

La agitación de aquellos enjambres de ideas le obligó a guardar cama durante varios días. Mi madre, inquieta, avisó al doctor Tolosa Latour el cual acudió desde Madrid. Le recetó un calmante ligero que, al provocar un profundo sueño, le curó. Un médico vulgar le habría prohibido leer. Pero Tolosa, le dijo:

—En cuanto te despiertes continúa leyendo a Balzac. Cuando veas el fin de Restignac acabarás de curarte. Tu enfermedad es la de tener espíritu!

Y con sus alegres maneras le amenazó cómicamente: —"Si continúas así avisaré a la fuerza pública!...

Cuando salió de entre los fantasmas apasionados y vibrantes de Balzac era un hombre cuajado a los 12 años.

—He encontrado en estos días —me dijo— el principio o el lema que me va a guiar (lo dijo primero en griego, luego en castellano). "Seamos con nuestras vidas, como arqueros que tienen un blanco". Hay que elegir un fin en la vida, una diana para ir derechos aprovechando incluso los atajos, sin perder tiempo en la duda y en la desorientación.

En efecto, llegó rápidamente a ocupar su puesto rector. Como ha dicho Alfonso Reyes, en su magnífico *Treno,* "cuando le conoció, en el Madrid de 1914, José Ortega y Gasset, aunque muy joven todavía, era una estrella radiante en torno de la cual giraba toda una ronda de planetas". Y luego describe su estela póstuma diciendo que "ha dejado un rastro de fuego en la lengua y en la mente de nuestro siglo".

Dignas del bronce son estas frases del gran maestro mexicano, par de José, Alfonso Reyes y no me resisto a transcribir también esta otra frase con la que le coloca en el trono de la estimación universal: "cuando hayan corrido los años operando su justicia de larga vista sobre las desigualdades, accidentes y demás miserias del acontecer cotidiano, esta imagen se levantará entre las más altas de España, no lo dudo.

Revelación de la memoria de José

MAS, regresemos, de esa supervejez que es la inmortalidad, al José niño y mozo de El Escorial. El invierno de 1887-88 lo pasamos en Córdoba. Mi padre se prendó de la belleza teñida de resonancias históricas de esa ciudad prodigiosa. De la ciudad de Felipe II y la de Al Hakam —tan semejantes en virtudes y defectos estos soberanos con algunas ventajas en favor del Califa— provienen nuestras primeras imágenes que se enlazan con las de El Escorial. Asistimos al Colegio que un gran amigo de nuestro padre dirigía. Su nombre era don José del Río y Labandera al que casi todos los biógrafos atribuyen el haber enseñado a leer a mi hermano José y a Fernando de los Ríos que fue, efectivamente, nuestro condiscípulo. En realidad el maestro que nos daba la clase salpimentada de palmetazos —todavía la palmeta era un instrumento pedagógico— se llamaba Córdova, como la ciudad aunque con otra ortografía. Mas ya entonces leíamos de corrido. Fernando de los Ríos nos llevaba cuatro o cinco años e ignoro por qué acudía tan tardíamente a una clase elemental.

Por aquellos días tuvo lugar un episodio que demostró la portentosa memoria de José y el cual también se suele relatar de manera inexacta. Al ver los borriquitos, llamados morunos, porque abundan en las ciudades marroquíes y que son muy pequeños, con cabos finos como de gacela, pidió a nuestro padre que le comprase uno. El pueril capricho se acentuaba cada día. Mi padre, posiblemente para atenuar la negativa, le dijo:

—Te lo compraré con su silla y riendas cuando te aprendas de memoria el primer capítulo de El Quijote.

Mi hermano se calló. A los dos días se presentó ante su padre, diciendo: —Papá, ya me lo sé de orejas a rabo— dijo aludiendo al borriquito. A continuación lo recitó, ce por be, exactamente, sin que faltase una coma. Recuerdo que no lo recitó, de carretilla, sino en forma en la que era agradable seguir los geniales párrafos cervantinos.

Pocas veces ha sido premiado el entendimiento con símbolo tan proverbial de su ausencia, ya que consistió en un jumento.

En el colegio de jesuitas de Miraflores de Málaga

He de poner coto al fluente arroyo de mis recuerdos. En mis memorias —si mis viejos años me dan lugar— podré construir hornacinas para todos. Allí contaré, con detención que puede ser aleccionadora, nuestra estancia, desde las primeras letras al Bachillerato, en el Colegio de Jesuitas de Miraflores de El Palo, en Málaga. Deseo relatar, sin embargo, algunos episodios que sean a modo de pinceladas significativas. Tuvimos allí un maestro excelente por su talento y cultura. El padre Gonzalo Coloma hermano del famoso novelista. Nos distinguió a ambos y nos daba clases especiales suministrándonos otros libros, no permitidos a los demás alumnos. Estaba encargado de la clase de Historia Universal y acudíamos a ella como a una fiesta. Era tan elegante la amenidad, tan vasta la cultura del Padre Coloma que se le escuchaba en completo silencio. Mas pronto íbamos a chocar con la estopa del fanatismo y de la peculiar educación jesuítica. Los siempre ignorados rectores de esta sociedad integralmente comunista, pensaron que no era bueno el que los alumnos aprendieran con placer, ni tampoco que el profesor experimentase el halago del orador. Hablaba Coloma sencillamente, con su voz de doble inflexión y como si contase un cuento, hacía que se paseasen por el aula Alejandro, o César. Un día experimentamos el disgusto de que compareciese en su lugar otro profesor, el Padre Barba. En cambio, al Padre Coloma, le encargaron de la clase de Álgebra, disciplina que tuvo que estudiar.

La ignorancia de los alumnos posee sutileza para atisbar la ciencia o ignorancia de sus maestros. Una clase, por fenó-

menos complejos de perspicacia colectiva, juzga rápida y exactamente a sus profesores. Al oir las primeras palabras del padre Barba, que era un clérigo pequeñito y agrio, la clase comprendió que ni su ciencia histórica, ni su arte magistral podían compararse con los del Padre Coloma. Durante varios días apareció en la pizarra una misteriosa sílaba: *Ro.* Todos andaban intrigados. ¿Qué significaba? Sería el nombre de un Faraón o el de un dios asirio. Nadie llegó a saber quién trazaba con tiza esas dos letras. Mas un día comenzó a circular, de oído en oído, la explicación. Era la sílaba que debía añadirse al apellido del Padre *Barba!*

Mi hermano y yo nos concertamos para someter a una prueba la sabiduría histórica al nuevo maestro. Como disponíamos de libros que no tenían los demás, entre ellos un Diccionario griego, elegimos una pregunta, cándida por lo elemental, mas que, entonces, nos pareció difícil. ¿Quién ignora lo que es el Partenón? En el momento de las consultas levanté la mano y formulé la pregunta:

—Padre, ¿qué es el Partenón?

El Padre Barba quedó un instante perplejo como buscando en el vacío desván de su memoria. Mas no podía confesar que lo ignoraba. Triunfaría con audacia sobre la que él suponía ignorancia de sus discípulos y contestó:

—Es un navío que tenían los griegos...

Unos meses después el Padre Barba fue expulsado de la Compañía de Jesús mas no por su ignorancia que solía estimarse como beata virtud, sino por otras razones. Profesores como el Padre Nogal consumían el tiempo de la clase en fervorosos y ardientes sermones.[2]

Basten estas pinceladas de unos cuantos hechos. Ahora y aquí, no puedo extenderme sin desmesurar mi intento en estas hospitalarias páginas.

---

[2] Algunas personas muy cultas e íntimas que han leído este original me aconsejan que suprima el episodio del Padre Barba por estimarlo de mal gusto. Si se tratase de una invención de mi humilde fantasía aceptaría el consejo. Mas se trata de hechos reales, efectivos y de positiva significación que no debo amputar al relato. Aparte de que no estoy componiendo una obra estética, el buen o el mal gusto habrá que ponerlo a cuenta de la vida real... Esto es un síntoma de la educación jesuítica de nuestra sociedad. ¡Cuántas veces en el Parlamento, o en la Prensa, se me ha combatido porque denunciaba abusos y crímenes! Para ese criterio de la hipocresía social, el mal, no está en hacer las cosas, sino en denunciarlas.

¿Por qué los hombres de espíritu liberal, escépticos y cultos como lo era mi padre, llevaban, en la España de esa época, a sus hijos a los colegios de jesuitas? En primer lugar porque no estaba organizada la enseñanza privada, ni oficial; además, porque los jesuitas, se beneficiaban del crédito de cultura del que antaño disfrutaban pero que, en los tiempos de mi niñez, se había desvanecido. Esperaban aquellos hombres liberales modelar luego el alma de sus hijos, limpiarla de prejuicios y supersticiones. Imprudente conducta, sin duda, porque no sabían hasta qué punto son difíciles de eliminar esos parásitos del alma. Casi todos mis antiguos compañeros sucumbieron por tal causa.

Mas, era demasiado lúcido y eficiente el espíritu de nuestro padre para que con nosotros ocurriera lo mismo. Los tres meses del verano nos abrían las ventanas del espíritu. Por eso, en el Colegio, nos trataban de liberales y revolucionarios. Yo que era lector, desde el púlpito del Refectorio, tenía que leer a mis compañeros las puyas y diatribas periodísticas que un periodiquito de sacristía *La Lectura Dominical* dirigía, en una sección titulada "Fuego Graneado" contra *El Imparcial* y contra mi familia.

El aula paternal

EL aula que más nos guió y formó fue el comedor de la casa del Director de "Los Lunes del Imparcial" y, más tarde, de todo el periódico. Trabajaba hasta la madrugada y, en consecuencia, dormía toda la mañana. No asistía por lo tanto al almuerzo, mas por la noche, presidía la comida. En las viejas costumbres de Madrid se cenaba muy tarde, después de las 9 de la noche y los manjares eran muy fuertes, presididos por el sustancioso cocido madrileño. Entre la familia e invitados —casi siempre espontáneos— se reunían una docena o más de comensales. Acudían también amigos o parientes que se sentaban detrás. Así la cena parlante, hacía crítica de políticos, escritores y artistas bastante severa, humorística. En ella interveníamos todos. A los niños se nos daba beligerancia. El espíritu liberal y escéptico de mi padre se desenvolvía con gran ingenio mostrando vastos conocimientos y profusas lecturas. Seguíamos su vibrante caminar por los campos de la literatura o del arte. La política ocupaba mucha parte también en las controversias. España

miraba entonces con especial interés hacia Francia a través de escritores españoles y de traducciones castellanas se propagó esta influencia, más que directamente, a Hispano América.

Solían asistir a estas cenas algunos personajes pintorescos, parásitos de la familia, como don Rafael Ortiz de Molinillo del que, mi padre, calcándole, hizo un personaje de novela.

En suma —prescindo de otros pormenores para señalar la gran importancia formativa y aun de ejercicio y gimnasia mental de aquellas reuniones en las que, sobre los fuertes manjares y la moderada animación del Valdepeñas se cruzaban apasionadas opiniones. Muchos factores tejieron el alto espíritu de mi hermano, mas, en las cenas de la Calle de Goya 6 —donde habitamos durante 20 años— practicó la más ingeniosa y difícil esgrima, la de la palabra en la que iba a culminar, tanto como con la pluma. La oratoria del profesor, la del conferenciante y la del político, triunfaron huyendo de lo que vulgarmente se llama elocuencia. Fue elocuente con máximo, sereno y sobrio arte.

Desde luego la fecundidad de los elementos formativos se multiplicó en razón de su gran capacidad, de su talento que como decía Gómez de la Serna, en los momentos oportunos sacaba a la manera de una espada refulgente. Cualquier semilla la convertía en árbol rápidamente.

La vida como arte

LOGRÓ el dominio de sí mismo casi en la pubertad. Pronto usó el espejuelo de su prodigiosa retórica, para atraer a la inocente alondra filosófica.

Su vitalismo fue una doctrina que surgió en él de su amor al arte. Creó así la nueva forma de arte sumo que a todos los demás enhebra. "Se inicia una nueva forma —dijo— de la cultura. La vida selecta y armoniosa despierta un arte nuevo: la vida como arte, el refinado sentir; el saber amar y desdeñar y conversar y sonreír. Frente a ese arte sumo, todos los demás, poesía, pintura, música, pasan a ocupar un segundo término como mero ornato, fondo y aditamento de vida".

Este supremo arte vital sólo un español de alta mente infundido de la gentileza del hidalgo podría concebirlo. ¿Qué diferencia respecto del gastronómico sahumerio que tiene la palabra francesa "savoir vivre"? Y dicho sea sin desconocer sus excelencias.

Inexactitudes que desvían el juicio

Voy a abordar otro aspecto con ánimo de rectificar. Son tantos los que demandan comentario y revisión que sólo puedo ir saltando, sobre los troncos flotantes como ambos vimos a los madereros que dirigían la conducción de un verdadero bosque navegando hacia las serrerías en aguas del Tajo. El espinoso tema religioso obliga a ir de brinco en brinco. Nadie ha puesto en duda —a pesar de ciertos incidentes lamentables— que sus convicciones superaron desde niño la fe religiosa y aquéllas las mantuvo serenamente, sin alarde, pero firmes, hasta su muerte.

Voy a aludir al juicio que él formó sobre la inferioridad de la enseñanza de los jesuítas, señalando entre otras deficiencias "la incapacidad intelectual" de los Reverendos Padres. Partiendo de estas afirmaciones, el biógrafo Marrero, dice: "*Su pasión anticlerical* le impidió ver cuanto debe la seriedad intelectual de su empeño, su casi ascética disciplina de estudioso a los hábitos intelectuales que le inculcaron los "reverendos padres". He aquí un párrafo que se incuba en esas deformaciones que he apodado de "censura medular" en anterior comentario. No me importa tanto la hipótesis de dicho influjo, como el suponer que "su pasión anticlerical" le ha cegado, "le ha impedido ver". Pretendo ofrecer explicaciones a través de hechos y de palabras auténticos, mas con amplísimo respeto del juicio ajeno. No aspiro al vano intento de proclamar verdades sino de exponer los elementos y justificaciones auténticos para que, cada cual juzgue. La flecha que me guía, en estas líneas, es de presentarle a él directamente. Por eso creo que, el emplear la palabra "anticlerical" respecto de mi hermano, constituye una de las más toscas incomprensiones de su persona. Creyó con íntima convicción y firmeza que nuestra cultura había superado el escalón religioso. Pero nunca adoptó gesto o palabra en que se pueda fundar tal calificativo aplicable a políticos apasionados, violentos y en muchos casos vulgares por muy justo que sea efectivamente el "anticlericalismo". Si a mí se me acusase esas irritaciones verbales, habría de admitirlo. Mas yo no cuento en estas líneas más que para escribirlas. José depuró —en la forma al menos— y en la exteorización sus sentimientos apasionados. Por eso profundamente libre de trabas y prejuicios, limpio hasta los redaños de tales estorbos, supo romperlos, como un atleta espiritual a pesar de las recias ligaduras de los "reverendos padres". No obstante, jamás fue "anticlerical" en el sentido

que se ha dado siempre esta palabra. Discrepaba de que la educación fuese ejercida por elementos confesionales, mas nunca hizo campaña de clerofobia.

Cuando salimos del colegio de jesuitas en Málaga haciendo en el verano el último curso del bachillerato para vernos libres de volver enfermos de una saturación que nos desbordaba, recuerdo que él me decía: —"de buena nos hemos librado. Si continuamos ahí habríamos terminado por ser como los indios de la misiones del Paraguay, autómatas cuyos movimientos estaban regidos por la campana que tocaba uno de los "reverendos". Creo decía que los males de España se originan en el predominio de esta enseñanza que no enseña y de esta educación que tampoco educa.[3]

En el Colegio era, en efecto, la campana la voz de nuestro día. Yo la conocía bien, pues había sido el "paraguayo" campanero que era la segunda "dignidad" del Colegio. Aprendí a voltear aquella campana para que surgiera la metálica orden, la que cortaba nuestra vida en trozos bien medidos y uniformes, que hacían todos los días iguales. De ahí acaso, el viejo refrán: "Qué mayor regusto que campanear a gusto".

Hispanoamericanismo. El sacrificio de su retorno. Exilado en su patria. Su iluminado sentido democrático

DESEO poder tratar en otro momento con toda la amplitud precisa tres temas: el relativo al hispanoamericanismo de mi hermano; las causas que le indujeron y justifican su entrada en España; su elevado sentido político, su visión transformadora de la vida española dentro de un régimen republicano de democracia.

El primero lo ha tratado desde un ángulo acertadísimo y con alto espíritu, Leopoldo Zea en el número de enero-febrero de estos CUADERNOS AMERICANOS. Mas, el tema tiene varias

[3] No obstante en Madrid le convencieron de que en la Universidad de Deusto en Bilbao de los Jesuitas podría especializar sus estudios de humanidades con el sabio filólogo Julio Cejador. Estuvo, en efecto, allí durante un curso pero salió definitivamente decepcionado. El Padre Cejador fue expulsado aquel año de la Compañía de Jesús y ahorcó los hábitos. Todos conocen la abundante obra literaria y erudita de Julio Cejador un tanto apresurada y ligera. En este caso fue el discípulo el que se vio forzado a aplicarle algunos amables palmetazos.

dimensiones. Expresó José desde su mocedad amplia y exactamente su visión de que, nuestra patria intelectual era Hispano-América y, España, sólo una provincia, ya no hegemónica, ni rectora. Desde El Escorial "rigoroso imperio del alma y la geometría donde había asentado su alma" dirigió una ojeada circular al ámbito hispano-Americano exclamó: "En las páginas de El Espectador, no se pone el sol".

Esta ingeniosa fórmula de identificación la complementa así: "un escritor español no debiera, pues, sentirse a más distancia de Buenos Aires que de Madrid". Latió en su alma un afán hacia América "de índole pareja al Nisus Migratorio de las aves" y creyó que el viaje al Nuevo Continente era "la experiencia más aguda que pueda hacer un español intelectual". Su obra se halla esmaltada de tales exultaciones. No es cierto, sin embargo, según afirma Raúl Roa que: "En Buenos Aires encontró alero y calor" refiriéndose a la época de su emigración política en 1940. Sufrió, por el contrario, grandes decepciones y amarguras que me expuso en carta explicativa de los motivos por los que regresaba a Europa fijando su domicilio en Lisboa. Su intercadente salud le impidió otros viajes a América que él deseaba realizar para atender importantes invitaciones. Tenía, desde tiempo un cerrado compromiso que vivamente deseaba cumplir con la Universidad de Puerto Rico. Su editorial "Revista de Occidente" ha publicado varias obras en colaboración con dicha Universidad. Así mismo proyectó el viaje a Cuba y, últimamente, a Caracas. Mas, me decía en carta de fecha 20 de enero de 1953 que me dirigió a Cuba acompañando otra oficial para el Gobierno cubano que lo invitaba: "Querido Eduardo: Todo lo que digo en la carta adjunta es verdad. Supongo que sabrás por los chicos que desde hace años, padezco etapas de gran depresión y que, a veces, duran muchos meses. Se trata de trastornos circulatorios, propios ya de la edad. A esas etapas suelen seguir otras magníficas para el trabajo, pero como las malas me hacen perder mucho tiempo, mi vida resulta atropellada y por ello muy enojosa". "Claro que, además de la razón expresada en la carta, no te oculto que desde mi última permanencia de dos años y medio en la Argentina —terminó en comienzos del 42— he llegado a convencerme de que no son estos tiempos adecuados para estas visitas de actuación intelectual en los países hispanoamericanos que atraviesan situaciones públicas complejas. Ello hace que no se pueda saber bien si es oportuna la propia presencia en el momento en que se verifica. Por

esta razón te pedía consejo". "Comprenderás que nada me hacía tanta fuerza para desear ir como la posibilidad de verte y de que pudiésemos hablar largamente sobre cuanto ha pasado en estos años. Entonces comprenderías cómo el atropellamiento de mi vida ha sido la principal causa de que no te haya escrito. Y digo la principal porque hay otra menor, pero no desdeñable: la imposibilidad de que mis cartas pudieran llevar el contenido que tendrían nuestras conversaciones. Pero no creas que renuncio a la posibilidad de verte. Con la gente de Puerto Rico tengo un verdadero compromiso desde hace años. Están muy unidos a mí y quisiera cumplir su deseo de tenerme en aquella Universidad".

En algunos lugares de América en efecto por contaminación acaso de las carroñas ibéricas que hoy gobiernan haciendo reinar la muerte, matando, imperan sistemas políticos que aunque mucho más populares —y en el fondo de sentido democrático— a despecho de apariencias, son radicalmente distintas porque, la libertad, es algo consustancialmente americano. No dejaba, ante la perspectiva de un viaje de temer a los zamuros y auras tiñosas que infectan las alturas y que viven también de la muerte.

Los consejos formulados en su artículo "El Hombre a la Defensiva" —nada severos e impregnados de magnas esperanzas— fueron mal interpretados por la hiperestesia vulgar de algunos nacionalistas a flor de piel y no de entrañas. Pensó, como luego Waldo Frank, en su "redescubrimiento de América" que ésta no ha sufrido aún y es ilusorio creer que pueda aún ejercer el mando". Hasta en su posible falta actual, saludaba las virtudes de la juventud. Ciertamente, la mayor prueba de amor e interés, de afinidad intelectual —que es como decir íntimo parentesco— que dió a América, fue la de no adularla. La adulación es la forma más baja del desdén que por igual envilece al hipócrita que habla y al vanidoso que escucha. Alejandro Korn dijo —él lo recordó— que en algún capítulo de la historia Argentina habría tal vez que poner su nombre. Mi hermano proclamó: "yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situación, emoción, hondas experiencias, pensamientos— a la Argentina".

En un trabajo de adecuadas proporciones acaso me explaye en la exposición de las angustias que sufrió durante los dos años y medio de su última permanencia en Buenos Aires. Creyó

cumplir un deber abandonando la tranquilidad de la vida porteña para aproximarse a la gigante hoguera europea de 1943.

Uno de los temas angustiosos y dramáticos de la torturada vida de mi hermano es el de asomarse a los motivos por los que decidió, primero trasladarse de Buenos Aires a Lisboa, más tarde entrar en España. Siempre dijo que su domicilio oficial era el de Lisboa que efectivamente ha conservado hasta la muerte.

Se instaló en Lisboa y durante mucho tiempo siguió una ordenada vida de trabajo a veces alterada por su vacilante salud.

Tres impulsos iban a confluir para llevarle a España: primero, a no dudarlo, el apasionado amor a sus hijos que residían en Madrid y que sólo breves días podían acompañarle a él y a Rosa, su ejemplar compañera; su concepto —de vieja tradición latina— del emigrado y, finalmente, el más decisivo, la esperanza de utilizar su autoridad como puente y transición en el camino de normalizar la vida de España, al servicio de la cual puso toda su vida.

Oigamos sus palabras acerca del exilado, escritas en épocas en las que no podía prever ni remotamente, el peligro de llegar a serlo, en julio de 1922. Se refería a los que se iban a vivir a Francia y decía: "El español trasladado a Francia habrá eludido el roce con nuestra áspera atmósfera celtibera y, en consecuencia, sentirá menos molestias pero no por eso vivirá más. Al contrario, pronto comenzará a advertir que se le paralizan todas las mejores actividades vitales. Irá y vendrá, fantasma de sí mismo, al través del suave ambiente extranjero, sin tomar en nada parte, desplazando, de acá para allá, una personalidad tullida y como ausente, mero espectador sin emociones, pupila exánime de cuanto en su derredor pasa. Todo lo que hay de incitante y existente en el tránsito por un país extraño, desaparece cuando a él trasladamos el eje y la raíz de la vida. Los antiguos tenían fina percepción de esa parálisis íntima en la que cae el trasplantado y por eso era para ellos una pena de rango parejo a la muerte, la del destierro. No por la nostalgia de la patria le será horrendo el exilio, sino por la irremediable inactividad a que los condenaron. El desterrado siente su vida como suspendida: *exul umbra,* el desterrado es una sombra, decían los romanos. No puede intervenir, ni en la política, ni en el dinamismo nacional, ni en las esperanzas, ni en los entusiasmos del país ajeno. Y no tanto porque los indígenas se lo impidan sino porque, todo lo que en derredor acontece,

le es vitalmente heterogéneo, no repercute dentro de él, no le apasiona, ni le duele, ni le enciende"... "Todos hemos observado en los que viven fuera de su raza un peculiar entontecimiento y bobería. Nada enérgico, robusto, creador queda en ellos. Las potencias vitales se les han envaguecido y, en el secreto fondo de sí mismos sienten su persona radical e irremisiblemente humillada".

Podrán hacerse muchas objeciones a esos puntos de vista, si bien nadie podrá negar su esencial realidad. Me limito a aportar expresado por él mismo uno de los móviles de la conciencia, lúcida y largamente formada de mi hermano, que explican sus actos.

Mas si mi hermano no ha recorrido toda la América hispánica por obstáculos físicos y no por falta de voluntad, la han transido sus ideas, ha creado medidas espirituales, ángulos de visión, profusas semillas destinadas al gran ámbito de nuestra cultura. Además ha enviado sus discípulos más dilectos como Gaos, Recaséns Siches, García Bacca, Granell, María Zambrano y otros que como ellos devota y luminosamente siguen su apostolado en América.

Pretendió sustituir la vida caduca de una España regida por momias, por una España vital católica, no en el sentido religioso, sino en el de universalidad. Habiendo negado a una España muerta afirmaba a otra fecunda con un amor múltiple que partiendo de su Castilla llenase el ámbito hispanoamericano que consideró su patria grande.

El más transcendente de los motivos que le llevaron a España fue el utilizar su autoridad como puente para normalizar la perturbada vida española. Tan alto y arduo propósito fracasó, mas ya veremos hasta qué punto justifica lo que hizo. Fui de los que discreparon de su retorno a España. Lo creí un error. Los hechos posiblemente han probado que lo fue, mas la alteza de su intento y la magnanimidad de su secreto sacrificio son innegables. Vivió rodeado de hostilidad, no inclinó nunca el espinazo ante el poder. Debe consignarse porque tiene jerarquía de hecho histórico, la anécdota referente a la prohibición de que siguiese publicando la *Revista de Occidente*. En un Consejo de Ministros, presidido por Franco, se tramitó una instancia para que se autorizase legalmente la publicación de esta Revista órgano sumo de cultura. Un ministro preguntó: —¿El señor Or-

tega Gasset ha ido a visitar al Caudillo? Éste contestó: —¡No lo ha hecho! Entonces recayó unánime el acuerdo negativo.

José no había aceptado el ocupar la cátedra que ganara por oposición en la Universidad. No mantuvo el menor contacto oficial. Intentó sí, luchar dentro de la patria. Día a día contemplé y anoté con una mezcla de dolor y admiración cómo recorría el calvario de sus elevados fines.

Como Lope de Vega acaso pensó

> ...huir del arco llevando
> atravesada la flecha...

Prefirió aproximarse al arco para desmontarlo. Si su empresa era atinada y posible, cuestión es que no entra en mi propósito discutir ahora. Me basta con establecer que tal fue su íntima voluntad. Políticos muy expertos —no fueron otra cosa en su vida—, radicalmente republicanos, afiliados a partidos extremistas, han concebido e intentado soluciones menos lógicas y menos compatibles con el republicanismo.

La tramitación de ese propósito, discreto y oculto como deben serlo los de una política hábil, de altos, audaces y difíciles objetivos no es momento de precisarlo si bien, día a día, los he marcado en mis preocupadas notas.

En su conferencia en el Ateneo de Madrid esmaltada de alusiones, expresó con claridad, dentro de la forzada cautela, su tendencia. Los periódicos, con la sola excepción del *ABC*, le atacaron rudamente. La hostilidad le ahogaba y sólo su nombre internacional ponía una frontera de respeto. Circunstancia que la propaganda explotaba pregonando, como un triunfo, su permanencia en España.

Sabido es que las conferencias que organizó privadamente lograron tal éxito que fue preciso buscar más espacio en un teatro. Provocaron nueva avalancha de toscas agresiones y finalmente tuvo que renunciar a ellas.

Pasaba largas temporadas en Alemania. Su residencia en España era breve. Su famosa tertulia, antaño lugar de cita de eminentes intelectuales, quedó en la mengua de un rincón de murmuraciones que le desasosegaban. Su desazón, su amargura íntima fueron enormes. Sufrió la más dolorosa de las emigraciones para un espíritu de su sensibilidad y penetración: la de quien se siente extranjero dentro de su patria, extrañado de su esencial sistema de vida. El dolor y la disminución del emigra-

do que describiera con magníficos trazos, la irremediable inactividad, el ser *exul umbra*, lo padeció en su Madrid, natal. Intolerable tortura la de comprobar que la semilla de sus meditaciones no podía ser fecundada en una entraña hostil. Por eso es social, histórica y políticamente inexacto este final del trabajo que ha dedicado a mi hermano Raúl Roa:

"José Ortega y Gasset, debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no le reconciliará con Dios, ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho".

Como hombre justo que conoce la verdad —apartando el sentimiento fraternal— he de pedir que esas líneas sean borradas por la leal mano de su autor, convencido de la inexactitud de las informaciones que a trazarlas le llevaron. En "entredicho" sólo puede estar un pueblo —no un individuo— en tanto se solidariza o no con su rey cuando éste ha sido excomulgado. Tampoco en sentido metafórico es aplicable la palabra. Estará acaso *entre-dichos,* es decir entre comentarios como ocurre siempre con los actos o pensamientos sometidos al juicio público.

Mas dejando a un lado ese aspecto filológico he de defender ante la opinión democrática y la historia a mi hermano José. Ello es trascendente en muchos sentidos, no sólo en el emocional. Hay que borrar las tachas, el barro que la malquerencia trata de echar sobre su obra. No hubo tal sahumerio de santidad franquista. Su filosofía como su arte, su vida espinosamente austera se impregna en tan elevada dignidad que rebasa las fronteras del lugar en el que murió envuelto en el respeto de sus adversarios y en la admiración universal.

Murió en Madrid, pero en el más desolador de los exilios. Diré con un verso del poeta Borges:

"Murió cercado de un destierro implacable
la eternidad le espera en una encrucijada de estrellas"

Según he insinuado anteriormente me propongo hacer una exposición del que estimo culminante y trascendente sentido político de José, poco estudiado y, en parte, eliminado de sus obras. Voy ahora únicamente a hacer una breve síntesis de algunos de sus puntos esenciales. Le admiró la forma elegante y simple con la que, el pueblo, entendido como conjunto de todas las clases, proclamó su República. El nuevo estilo, dijo, comienza con un imperativo general de sencillez. Expresa la

trascendencia de ese acto. "Los monárquicos, en los estertores de su régimen, insistían en este tópico: declararnos mentecatos a los que nos interesábamos por un "mero" cambio en la "forma" de gobierno. Pero ello iba a acarrear nada menos "que todo un estilo de vida" —de vida pública y de vida privada—. Queramos o no, desde el 14 de abril, todos vamos a ser otra cosa de lo que éramos —en la política, en la conversación, en nuestro trabajo profesional, en nuestras faenas sentimentales. Todos —los republicanos y los monárquicos.

Tales fueron las jubilosas manifestaciones de esperanza con las que saluda el advenimiento de una República que espera ha de engendrar nuevas formas de vida. Y por eso su robusta euforia optimista le hace exclamar: "El gobierno habrá de ir lanzando la nación hacia los grandes horizontes". Mas con elevado sentido político quiso poner riendas, más que freno que fueron, guía y progresión prudente hacia esos abiertos horizontes, ya que, la voluntad de realización "nos obliga a retener en la jaula íntima las ideas y los temas con ala demasiado larga y esperar que la circunstancia, ella por sí misma, se dilate y amplifique".

Quiso darlo todo sin escatimaciones a esta nueva forma de vida española que había ansiado y predicho desde su primer discurso político, en plena juventud, en el Teatro de la Comedia "Nueva y Vieja política".

Qué puedo dar yo a la República —dijo— claro está que después de darle todo lo que tengo y lo que soy. Poco, muy poco, casi nada: *unos adarmes de doctrina.* No me censuréis amigo, ¿Si no tengo otra cosa qué queréis que dé? *Veinticinco años de meditación sobre España bien estrujados pueden gotear algunas observaciones estimables*". Mas esas gotas tan modestamente ofrecidas que podían haber salvado a España se ahogaron ante las avalanchas y las torrenteras del partidismo. Al fapresto de las improvisaciones vehementes oponía su protesta: "no se me exija que ahora dibuje urgentes arquitecturas".

Se enorgullecía de la forma original en que nació una República que con el alto espíritu y la secular experiencia popular, sabía que la verdadera revolución era enemiga de la violencia; que la violencia es precisamente la que provoca la contrarrevolución. Por eso nació sin sangre y con esa sencillez que le hemos oído describir. Pretendía defender esa originalidad. "Los extranjeros —escribía— que no entienden nada del hombre ibérico se han quedado sorprendidos al ver cómo en nuestro país

los cambios de régimen se hacen de distinta manera que en los demás. Seamos dóciles a ese originalísimo advenimiento de la República".

Mas eran muchos los que, insensatamente, pensaban y aun decían que la República sólo se podía consolidar con sangre y que su noble nacimiento pacífico discrepaba de la guillotina francesa revolucionaria. En lugar de emplear las mejores cabezas pensantes de hombres políticos que hubo en aquella época en Europa, se dedicó Francia a cercenarlas de los hombros. "Vivamos decía José, no de imágenes forasteras sino bien sumergidos en nuestra circunstancia oprimiendo a ésta para nutrirnos de su zumo. Vivamos nuestro destino, no imitemos el ajeno". Y recordando que el Gobierno de la República salió a gobernar desde la cárcel dijo: "Casi todo lo interesante de la historia de España ha salido de la cárcel —el Quijote y la República".

Tales eran sus altas ilusiones expresadas en un artículo fechado el 23 de abril de 1931 pocos días después de que yo colocara en el balcón central del Ministerio de la gobernación, la bandera tricolor. Será muy útil aún repensar aquellos altos consejos tan mal escuchados. Invitó a pensar en grande rompiendo las gateras, los módulos pequeños de selección a la inversa de la Restauración por donde sólo podían filtrarse las anguilas y las ratas y exclamaba con clarividencia de larga antevisión: "*Es la gran sazón que a veces tarda siglos en volver*".

¡Se perdió la gran sazón! Esperemos pacientes a que vuelvan a pasar los siglos. Él invitaba a formar un pueblo, a anticipar el porvenir, creándolo. De su voluntad de comprender nos dijo que había llegado a hacer una voluptuosidad.

Por eso, por no haber oído a tiempo, por haberse emborrachado con la demagogia, la República comenzó a marchar con los zigzagueos de la ebriedad. Desdeñamos aquellos adarmes de doctrina y aquellas gotas de largas meditaciones y por eso es hoy España una vasta ruina tendida entre La Maladeta y Calpe. Líbreme el cielo de definir ni de hacer afirmaciones tajantes. La verdad tiene muchos senderos y posiblemente sólo existe cuando esos largos senderos se tejen en una compleja urdimbre. Aporto sólo elementos que me parecen sustanciales para que, un día, se escriba esta página de la historia de España tan lamentable y trascendente. La culpa de la muerte no es siempre de la enfermedad sino, muchas veces, del médico.

Contempló con dolor, José, cómo entre unos y otros habían retrotraído a la República 100 años por debajo de sí misma. Y

se mostró dispuesto a defenderla hasta con energías de energúmeno. No se trataba ya de conquistar derechos individuales como en el 48 en París, sino de organizar una nueva anatomía del cuerpo inmenso de la sociedad, de reformar sus tejidos celulares más profundos principalmente el económico. Hacía responsable de la falta de hombres al sistema de selección a la inversa de la monarquía y consideraba que esto era uno de sus mayores crímenes históricos. Sus éxitos en el Parlamento fueron los mayores que yo haya presenciado en 20 años de ser Diputado a Cortes. Fue aplaudido con entusiasmo. Pero no fue escuchado. *Y se perdió la gran sazón.*

Dimensión Imaginaria

EL CIERVO*

Por *León FELIPE*

Prefacio y Dedicatoria

El primer poema de este libro, *La Ventana,* es la variante de otro publicado con el mismo título hace seis años. Aquí va ahora como epígrafe, como un amplio epígrafe, como prólogo y definición. Arranca de ese versículo terrible de *El Eclesiastés*, tan terrible como la ciega y determinante fatalidad de los helenos, contra la cual *¿nada le es posible hacer al Hombre?* ¿Cómo romper esos círculos de hierro? Nacemos entre dos maldiciones: la de los dioses griegos que nos uncen a una negra y cerrada herencia inexorable, donde el crimen camina eternamente con la sangre... y la de Jehová, que nos cierra la puerta de los sueños que buscan cambiar el oscuro, recurrente y redondo paisaje del pecado. Porque

"Aquello que ha sido es lo que será
y lo que se ha hecho, lo que se volverá a hacer".

Este versículo es aquí ahora el generador de la Canción, de la negra y rebelde canción que es este libro. Él estructura, unifica y justifica el tono herético de esta gavilla de poemas. A veces aparece como el zumbido pegajoso de una moscarda negra, como un ritornelo condenatorio que nos persigue pertinaz.

El Hombre quisiera romper de alguna forma *los eslabones de esa cadena* que nos amarra sin misericordia a una reiterativa condenación: "Lo que ha sido es lo que será..." Y yo, para esta empresa no tengo otro martillo que la protesta poética:

No, no y no.

La palabra iracunda y el verso irreverente y desesperado:

---

* Libro inédito del que se recogen aquí el Prefacio, la dedicatoria y algunos poemas que siguen, congruentes, la línea vertebral de la Canción.

No, no y no.
la negación instintiva de mi sangre contra ese versículo inmisericorde que no lo ha escrito Dios:

No, no y no.

Pero ¿quién soy yo? ¿Nadie? ¿Un forzado más que para dar testimonio de que ha estado aquí empujando, moviendo, haciendo girar la noria mecánica, fatal, isócrona y monótona del Mundo, ha escrito este libro?... Tal vez nada más.

Pero antes de marcharme, y como protesta, le dedico mi Canción al Arcipreste, al Gran Predicador, hijo de David, que reinó en Jerusalem...

AL MOSCARDÓN NEGRO DE LA BIBLIA.

LA VENTANA

(Diálogo entre el Hombre y el viejo Guardián de la Heredad)

Aquello que ha sido es lo que será... y lo que se ha hecho, lo que se volverá a hacer.

ECLESIASTÉS I:9

G — Ya estás aquí.

H — Me trajeron cuando estaba dormido. Yo no pedí nada. Yo no dije a nadie que me trajera.

G — Pero ya estás aquí.

H — ¿Y qué tengo que hacer?

G — Puedes asomarte a la ventana... Puedes mirar el mar... el río... el puente... y el camino que sube a la montaña. Sobre la montaña verás el sol y las estrellas... Y si tienes buena vista, tal vez columbres a Dios sentado en el Triángulo Metafísico.

H — Probaré.

G — Allá en el valle sopla el Viento, el abanico del Viento moviendo los árboles y llevando y trayendo sin cesar las hojas y los pájaros... Aquí, más cerca, están el lobo

y el cordero, el gavilán y la paloma... el ciervo herido... y el hombre con su lanza y su escopeta.

H — ¿El Hombre?... ¿Yo?... ¿Ése soy yo?

G — Ése eres tú.

H — ¿Y aquéllo? ¿Qué es aquéllo?

G — El Amor.

H — ¿El Amor?

G — El celador encargado de que siempre haya aquí uno... asomado a la ventana, mirando este paisaje pintado por Dios.

H — ¿Dónde está Dios?

G — Ya te he dicho que Dios está allá arriba... lejos, al otro lado del camino... más allá de la montaña, meciéndose en las nubes... y mirándote asomado a la ventana... mirándote siempre.

H — ¿Y para qué me mira?

G — Para que no te caigas.

H — ¿Y si me caigo?

G — Mandará otro el Amor, para que siga mirando.

H — ¿Y si se cae también?

G — Mandará otro.

H — ¿Y luego?

G — Otro.

H — ¡Infatigable celador!

G — Siempre tiene que haber aquí uno que mire al través de la ventana este hermoso paisaje pintado por Dios.

H — ¿Y cómo estoy yo allí en el cuadro... y aquí también asomado a la ventana?

G — La Ventana es un sueño.

H — ¿Un sueño?

G — El mirador del sueño... y el que mira por ella es el poeta.

H — ¿Soy yo el poeta?

G — El poeta es el Hombre que mira. Y a ti te toca ahora mirar.

H — ¿Mirar nada más?

G — Luego puedes, si quieres, cantar un himno dando gracias a Dios, al Señor de la Heredad que te ha elegido para venir aquí y mirar sin cesar por la ventana. . .

H — Sí. . . este hermoso paisaje *invariable* de girándula, donde hay siempre un ciervo herido y un hombre con su lanza o su escopeta. . . ¿no es así?

G — Así es, en efecto.

H — ¿Y eso es todo?

G — Sí, todo. . . y *para siempre.*

H — ¿Para siempre?

G — Para siempre. . . porque "lo que ha sido es lo que será. . . y lo que se ha hecho, lo que se volverá a hacer".

H — ¿Lo ha dicho así el Señor de la Heredad?

G — Lo ha dicho su Mayordomo, el Arcipreste.

H — ¿Quién es el Arcipreste?

G — El Gran Predicador, el hijo de David. Alguien le ha llamado el moscardón negro de la Biblia. . . Fue rey de Israel, allá en Jerusalem.

H — Pues que toquen el órgano en su registro más grave porque voy a cantar:

Canción

Gracias, Señor de la Heredad.
Gracias porque me dejas ver este paisaje de girándula
donde va y viene el Viento,
baja hacia el sur,
luego gira hacia el norte
llevándose y trayendo, sin cesar, las hojas y las aves.

"Girando y girando va el Viento
y torna continuamente a sus circuitos. . .
Los ríos van al mar,
vuelven luego a salir

y el mar nunca se llena.
El sol se levanta
y el sol se pone.
Una generación va
y otra generación viene..."
Y ahí... el ciervo *siempre,*
el ciervo herido *siempre...*
y el hombre con su lanza o su escopeta.
¡Gracias, Señor de la Heredad!

(Sigue la Canción. Ahora hablan el Poeta y el Arcipreste).

El Ciervo

Todas las jaurías del rey
amaestradas por el cuerno
del mayoral, van a salir ahora *otra vez...*
Otra vez, Señor Arcipreste... otra vez a perseguir al cier-
[vo...
—El ciervo es una bestia...
—¡Cuidado!... ¿Una bestia
o una graciosa arquitectura donde está prisionero
el príncipe legítimo del mundo?
Vivimos desde hace mucho tiempo...
—desde el Principio, Señor Arcipreste—
en la historia sangrienta donde el rey es un bastardo criminal
que ha arrebatado al ciervo
el valle, el mar, el lago, el río...
el mundo maravilloso de los sueños.
El rey del mundo iba a ser este ciervo perseguido
que esconde en el sagrario divino de su cuerpo
el ángel del amor...
¿No le ha mirado nunca un ciervo, Señor Arcipreste?
¿No ha visto nunca usted sus ojos inocentes
cargados con todas las promesas de los cuentos?

¿Qué niño, qué mujer, qué amor humano tuvo jamás esa mi-
[rada?
Sin embargo, la Historia ha sido siempre y va a seguir
eternamente siendo
la jauría de un rey bastardo y criminal
persiguiendo sin descanso al ciervo...
Porque "aquello que ha sido es lo que será", y siglo tras siglo
siempre, siempre, siempre... bajo la girándula del Tiempo
Señor Arcipreste, usted lo ha dicho... ¡Oh, destino del
[Hombre!
volveremos a hacer lo que hemos hecho.

La Vuelta

¿Y no sucederá, Señor Arcipreste,
que todo ha sido hecho
según la ley inexorable de la noria y de la rueda del molino?
Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas: el agua, el pan, el sueño.
La vuelta es la medida.
Y moviéndolo todo —la sed, el hambre y el relevo—
unas veces la mula
y otras veces el Viento:
una vuelta, dos vueltas, tres vueltas...
Los círculos sin tregua, los recurrentes ceros.
La vuelta es la medida —la vuelta de la noria y de la rueda
del molino...
la unidad de medida del Tiempo.

El Reloj

He aquí otra manera de medir:
Y gira y gira el llanto sin cesar...

como el rosario, como la noria, como el Mundo...
como la espiral del mecanismo perfecto y perpetuo de un reloj.
El año... el siglo... el Tiempo... Y el llanto contándole los
[pasos.
Contamos el Tiempo con las cuentas amargas de las lágrimas,
tic-tac, tic-tac, tic-tac... El pequeño reloj.
Y también contamos el Tiempo con el mar...
con el mar movido eternamente por el Viento.
El mar también es un reloj. ¿Verdad, Señor Arcipreste, que
el mar también es un reloj? El gran reloj.
Una ola, dos olas, tres olas...
Pasan los años y los siglos... y las olas no cesan.
Las olas van y vienen y se rompen...
Hay más olas que estrellas y que granos de arena...
Y contamos el Tiempo con las olas amargas coronadas de es-
[puma...
tic-tac, tic-tac, tic-tac...
El gran reloj, Señor Arcipreste... el gran reloj de Sal.

Juego

—Ya has llorado bastante... Vamos a dormir.
Ya has dormido bastante... Vamos a llorar.
—Y así... del llanto al sueño,
acunado, movido eternamente, de abajo hacia arriba,
en un angustioso balanceo...
Y de arriba hacia abajo en el columpio
de la ascensión y del vértigo...
Y la ruleta, Señor Arcipreste, sin cesar... ¿Quién
está allá arriba?
—El Sol...
con sus estrellas consejeras, moviendo los dados del Destino,
en su gran cubilete de fuego...

jugándose tu vida...
a ver si es llanto o sueño.
—¿Y allá abajo? ¿Quién está allá abajo?
—El Mar...
apostando, enfurecido, "al salitre y al soplo" con el Viento.
—"¿Al salitre y al soplo?"
—A ver si tu llanto es rojo o negro...
amargo, amargo, amargo
o hueco, hueco, hueco.
—Y así eternamente siempre, Señor Arcipreste,
clavado, como un escarabajo en el Tiempo.
¡Que se callen ya todos y me dejen dormir!
Los que apuestan ahí abajo en el sótano
y los que juegan allá arriba a los dados, en el piso tercero.
Pero los jugadores no se callan...
los jugadores están siempre despiertos.
Y yo, desesperado,
acabo por tomar parte en el juego...
y ahora digo, gritando enfurecido: ¡Envido!
Todas mis lágrimas, amargas o vacías... *todas*
por un pedazo largo, largo, largo... profundo
e interminable de sueño.

Antilogía

Alto, juego: la apuesta
del Rey pasa a la Sota.

—Un día dijiste: Aquí no duerme nadie,
ni los dioses ni los hombres ni los fetos.
—Ahora que duerman todos. Me es igual.
—Y otro día apostaste por la Luz.
—Pues ahora apuesto por el sueño...
por el sueño cerrado, sin ventanas ni aurora. No hay luz.

Se ha vuelto loco el espectro.
—Son tus ojos. —Lo mismo da, Señor Arcipreste,
lo mismo da que sea todo negro o que yo lo vea todo negro.
—El Sol sigue saliendo puntual.
—Pero el Hombre —la mula vendada— está completamente
[ciego.

Epitafio

Aprende a escribir para redactar bien tu epitafio.
No escribas otra vez en los mármoles fríos
de los panteones insolentes
grotescas elegías funerarias.
Ni un hombre ni una fecha.
"Aquí yace..." ¡¡Basta!! Señor Arcipreste. Yo sé muy bien
quién yace aquí.
(Se ha caído la lámpara...
y hubo estrellas que ya no se pueden registrar).
¡Aquí yace la Luz! (como el aceite frío y derramado).
Y... ¿en qué piedra, en qué cruz, en qué Historia
vais a escribir ahora este epitafio, Señor Arcipreste?
¡Oh, pobre Viento enamorado de la Arcilla!
Ahí solo, solitario otra vez,
sin albergue y sin cueva, mordiéndose la cola,
aullando y dando vueltas y vueltas, eternamente ciego,
en la noria vacía de la Nada.

Hombre...

No esperes más a nadie...
Nadie te aguarda ni te busca...
Fuiste... el aborto de un sueño...
la semilla podrida de un sueño, que nunca germinó.

El Cántaro

...Porque todo había sido construido como a prueba y de un modo provisional—dijo el Viento disculpándose cuando se desplomó la última torre. —Y ya habían predicho los profetas y los augures innominados y sin cédula en el registro oficial y caprichoso de la Historia "que la vieja casa del Hombre no podía durar mucho tiempo".

(De *El libro de los augures y adivinos).*

No había otra salida que la muerte...
la destrucción... el sueño... el Gran Sueño
otra vez... el divorcio definitivo
de la Arcilla y el Viento.
El cántaro, aquel cántaro, el orgulloso cántaro
no estaba bien hecho.
Tenía un orificio sin control por donde se escapaban
el amor y el humo de los sueños...
y una grotesca panza excremental. Ya se quebró el cántaro...
para eso vino el átomo del rayo, lanzado por el átomo
del trueno.
Ahora... Señor Arcipreste,
habrá que darle otra oportunidad al Alfarero.
Hay que empezar otra vez desde el Génesis como si nada hubiese sido antes.
¡Cuántas veces al orgulloso cántaro lo habrán hecho...
deshecho... rehecho...
Y cuántas veces todavía
tendrán que hacerlo... deshacerlo... y rehacerlo de nuevo.
Paciencia y esperanza... ¡¡Gong!!
Otra vez al Prólogo... otra vez al Comienzo...
Otra vez a la pella de arcilla dócil
amasándola Dios entre los dedos...
y otra vez al Viento... al soplo en las narices...
al milagroso vaho del aliento:
¡¡OOOHHH!!... ¡¡OOOHHH!!

A ver si ahora, Señor Arcipreste, con la experiencia de estos [siglos,
tiene más suerte el Alfarero.

La Palabra

Pero ¿qué están hablando esos poetas ahí de la palabra?
Siempre en discusiones de modisto:
que si desceñida o apretada...
que si la túnica o que si la casaca...
¡Basta ya! La palabra es un ladrillo. ¿Me oísteis?...
¿Me ha oído usted, Señor Arcipreste?
Un ladrillo. El ladrillo para levantar la Torre... y la Torre tiene que ser alta... alta... alta...
hasta que no pueda ser más alta.
Hasta que llegue a la última cornisa
de la última ventana
del último sol
y no pueda ser más alta.
Hasta que ya entonces no quede más que un ladrillo solo,
el último ladrillo... la última palabra,
para tirárselo a Dios
con la fuerza de la blasfemia o la plegaria...
y romperle la frente... A ver si dentro de su cráneo
está la Luz... o está la Nada.

La Mosca

Al astrónomo Guillermo Haro,
amigo generoso, de corazón solar.

¿Han medido ya los inspectores astronómicos
y los grandes capitanes de la ciencia
hasta dónde puede llegar la paciencia del Sol?

¿Se cuenta también por años la luz de esta paciencia?
¿No han pensado nunca, Señor Arcipreste
que el Sol se esté cansando ya de esta
mosca verde, agria, monótona y zumbona
de la Tierra?
Los héroes estelares, los dioses y los soles
con sus sagradas testas ígneas, inmensas,
¿están obligados a sufrir, tienen que soportar por una ley
ineluctable,
a esos grotescos, serviles, irritantes planetas,
a esos minúsculos insectos que giran y giran,
con el aguijoncito envenenado, alrededor de su augusta
y luminosa cabeza?
¡Huuuzzz!... La mosca.
¡Huuuzzz!... Ésa es la mosca de la Tierra.
¡Huuuzzz! ¡Huuuzzz!
Y Apolo sin poder dormir la siesta.
¡Oh, rey divino y bondadoso de este nuestro distrito
sideral!
¿Por qué ahora no le das un manotazo a esa moscarda verde,
de impertinente y pertinaz insolencia?
Ahora... Ahora mismo... Ahora es el momento —la aplas-
[tas...
y terminas de una vez para siempre con ella.

El Suicida

Aun no sabemos por qué está el vino agrio...
y por qué, después de tantas cosechas y vendimias,
el vino sigue agrio...
—Y ese mozo, ése,
el que está junto al místico, con gesto suicida,
ése que se levanta ahora de la mesa, con la copa en la mano,
buscando la salida...

¿es el comensal ineducado
o el personaje que tiene mucha prisa?

Aun no es hora, muchacho, aun no es hora—
le dice el Arcipreste, aun no ha terminado la comida...
Espérate a los postres y a los brindis...
No tengas tanta prisa.
Y el que se va responde:
Yo tengo sed, no prisa...
Y este vino no es bueno,
ni el vino ni la cuba ni la vida.
(Y estrellando la copa contra el suelo
y blasfemando... sale de estampida).

La Máscara

Viven el toro y la paloma
y aquellos animales genuinos y desnudos
que ya se han hecho símbolos.
Pero el hombre... es una máscara fantasma
que jamás ha vivido.
Sobre su invisible anatomía, ha colgado sin gracia
uniformes, mantos, hábitos, caireles y fanfarrias de circo,
y ha caminado por la Historia en carnaval perpetuo.
dando gritos de eunuco, chillones y fingidos,
esos gritos guturales de máscara perdida y solitaria:
¿me conoces?... ¿me conoces?...
Y ni Dios ni el Diablo le conocen.
Ni él se conoce a sí mismo.

¡Oh, pobre fantasma,
grotescamente siempre de carnaval vestido,
preguntando por todas las esquinas del mundo, a todos
los que pasan,

con el falsete agudo, irritante y plebeyo de su grito:
¿me conoces?... ¿me conoces?... ¿quién soy yo?
Y así eternamente siempre,
año tras año,
entruejo tras entruejo,
siglo tras siglo.
¿No cree usted, Señor Arcipreste,
que hay motivos de sobra para gritar y blasfemar?
—Motivos... motivos...
—Claro que el que no sepa usted quién es esa máscara fantasma
no es, por sí sólo, un gran motivo.
Pero... ¿el que no lo sepa nadie?
¿O cree usted que lo sabe el Arzobispo?

Pedigree

—No me gusta el hombre... ni la mujer tampoco... Ni esta grotesca y sanguinaria casa donde vivo.
—Satánico orgullo y ambición.
—Oh, no. Podrían encerrarse en el ámbito huero y diminuto de un cascarón de nuez y me creería rey del espacio infinito... si no fuera por estos oscuros sueños monstruosos.

(De un *Hamlet* parafrástico, herético y condenado).

¿Y por qué no hemos de ser *la obra* de un dios monstruoso e
inmisericorde, Señor Arcipreste,
si nosotros estamos hechos de una substancia monstruosa
e inmisericorde también?
¿Por qué ha de ser piadoso nuestro Dios?
¿Quién tiene piedad entre los hombres?

Además... ¿no es la vida una cadena de mandíbulas abiertas
y devoradoras?
Y si la lombriz se traga la simiente,
la gallina a la lombriz
y el hombre a la gallina
¿por qué Dios no se ha de tragar también al hombre?
¡Gran manjar es el hombre!

¿No ha pensado usted nunca, Señor Arcipreste,
que bien podemos ser el alimento de un dios glotón
y monstruoso,
y que estamos *aquí* como en un túnel descomunal y oscuro,
como en un gran esófago,
descendiendo...
descendiendo...
descendiendo lentamente,
pasando por los sórdidos, torcidos y laberínticos
intestinos de la Historia?
Alguien nos ha tragado, borracho, en un festín
¿y nos seguirá tragando eternamente? "Aquello que ha sido..."
Y a veces uno sueña...
a veces uno sueña, Señor Arcipreste,
que nos defeca un dios glotón y monstruoso.
Siempre le andamos buscando orígenes y definiciones
a este orgulloso "Capitán de la Historia":
El sueño de un dios,
la cópula amorosa de un dios,
el soplo de un dios...
Pero he aquí el último hallazgo existencialista y filosófico:
El excremento de un dios.
De cualquier manera, Señor Arcipreste,
divino es nuestro origen.
Y podemos seguir caminando,
descendiendo
descendiendo
por los sórdidos intestinos de la Historia

una vez
mil veces
        cien mil veces... ("Lo que ha sido...")
pero orgullosos siempre, orgullosos siempre, Señor Arcipreste,
de nuestro divino *pedigree.*

La Metáfora

¡Blasfemia! ¡Blasfemia! ¡Herejía y Anatema!
¡Silencio! Pero... ¿vosotros qué queríais?... ¿Qué es lo que
        usted desea, señor Arcipreste?
¿Que sigamos cantando eternamente Té-Deums, detrás de las
        batallas?:
"Gracias, Señor, gracias porque me ayudaste a destrozar a mi
        enemigo.
"Tú eres el Dios que venga mis agravios
y sujeta debajo de mí, pueblos..."
¡Basta ya!... ¡Degollad ese Salmo!...
¡¡Somos el excremento de un dios!!

Sin embargo, no os aflijáis, amigos.
He aquí, a pesar de todo, la Gran Metáfora Poética:
El excremento de los hombres
¿no es el mejor abono de la Tierra?
Pues... ¿por qué no ha de ser el excremento de un dios
la mejor substancia para fertilizar nuestra futura
        nonnata e inominada Estrella
Todo es tan poéticamente metafórico, Señor Arcipreste,
que a veces uno piensa... sueña...
que tal vez algún día llegue el Hombre al Puerto de la Luz
por el oscuro río de la Divina Pestilencia.

¡Pobre-Hombre!

Yo no soy el hereje.
Y declaro que todo está bien hecho.
Todo: la noria, el río, el mar, el llanto: El Reloj.
Perfecto es el Reloj. Perfecto,
contando puntual y eternamente
las vueltas de girándula del Tiempo.
Yo no soy el hereje.
¿Verdad, Señor Arcipreste, que todo está bien hecho?
Sólo quiero decir ahora bajo el Sol,
donde no hay nada nuevo,
que tengo frío... y que este mecanismo de mi sangre, movido [por el Viento,
también es un reloj. También mi sangre es un reloj.
Un reloj ya muy viejo, *inmensamente* viejo:
72,000 años, Señor Arcipreste.
Lo escribiré como en los cheques y en la kábala, con números primero,
luego, para que no haya dudas,
con las letras y las sílabas del Verbo.
Setenta y dos mil años, Señor Arcipreste.
Y esperando en la puerta de la Eternidad,
los recurrentes ceros.
Yo no soy el hereje.
Yo soy un pobre-hombre, el Pobre-Hombre, inmensamente viejo,
condenado a repetir *eternamente*
mis barbas, mis arrugas y mis pecados, en el Tiempo...
Y a tener *estos ojos, estos ojos* sin párpados ni puertas,
como la entrada del desierto,
fatal,
inmensa y dolorosamente abiertos...
siempre, siempre, siempre...
para seguir *eternamente* viendo
al mismo ciervo herido,
con el mismo venablo envenenado, traspasándole el pecho.

Porque "aquello que ha sido es lo que será"... y *eternamente, eternamente*, Señor Arcipreste,
"volveremos a hacer lo que hemos hecho".

La Tangente

"Y se escapó por la tangente..."

¿Y la tangente, Señor Arcipreste?...
¿El radio de la Esfera, que se quiebra y se fuga?...
¿La mula ciega de la noria, que un día, enloquecida,
se liberta del estribillo rutinario?...
¿La correa cerrada de la honda, que se suelta de pronto
para que salga la furia del guijarro?...
Esa línea de fuego tangencial que se escapa del círculo
y luego se convierte en un disparo?
Porque el Cielo...
No hay arriba ni abajo...
Y la Estrella del Hombre
es la que ese disparo va buscando,
ese cohete místico y rebelde
escapado
de la Noria del Tiempo
como el dardo
como el rayo
como el Salmo.

Dios hizo la Bola y el Reloj: La Noria dando vueltas y vueltas
sin cesar,
y el péndulo contándole las vueltas, monótono y exacto...
¡El juguete del Niño!...
¡¡El maravilloso regalo!!
Pero un día el Niño se cansa del juguete y le saca las tripas
y el secreto

como a un caballito mecánico,
como a un caballito de serrín y de trapo.
Es cuando el péndulo se para...
y la Tierra se queda ahí, loca y rota, dando vueltas sin
sentido en el Espacio...
Es cuando el Niño inventa la tangente, Señor Arcipreste.
La puerta mística de los Caballeros del Milagro:
de los grandes aventureros de la Luz,
de los divinos Cruzados del Amor,
de los poetas enloquecidos y los Santos,
que se escapan con el Viento, en busca de Dios, para
decirle
que ya estamos todos cansados, *terriblemente cansados*
de la *Noria y del Reloj* —de este empalagoso juguete del Mun-
[do...
de este monótono, sombrío y estúpido regalo.

Entonces, Señor Arcipreste, entonces
lo que ha sido *NO* es lo que será...
Ni lo que ayer hicimos, lo que mañana hagamos...
La Historia la hacemos entre los dioses y los hombres...
Con fuerzas divinas cooperamos.
Dios hizo la Ley: la Ley mecánica, exacta y fatal del
Universo...
Y el Hombre, rompiendo esa Ley... el único que puede
hacer milagros.

APUNTES SOBRE LA NOTA MÍSTICA EN LA POESÍA HISPANOAMERICANA

Por *Pedro GRINGOIRE*

TRÁTASE aquí —nos apresuramos a advertirlo— sólo de una indagación preliminar, de una inicial exploración de un tema que encontramos soslayado apenas en los tratados de literatura, y sobre el cual no conocemos artículos o ensayos especiales.

¿Qué entendemos, para los fines de esta indagación, por nota mística? ¿Cuáles son sus signos más peculiares? Sin pretender sentar definición, hemos debido adoptar algún criterio, a guisa de instrumento de trabajo. Y al efecto, nos ha parecido discernir cuando menos los siguientes rasgos de la experiencia mística, que la singularizan dentro del marco del sentimiento religioso en general:

1. *Cristo, devoción suprema.* Porque es claro que nos constreñimos aquí a la experiencia mística cristiana. Y en ella, Cristo ocupa el lugar central e indisputable.

2. *Interioridad de la experiencia religiosa.* El alma del poeta místico busca efusivamente una relación, o mejor, comunión, directa, personal, profunda con Cristo y con el Dios revelado por Él. Es el enlace a solas, en exquisita intimidad, del "yo" humano y el "Tú" divino.

3. *Primacía de la fe.* Encendido en una fe abrasadora —que no es simple "creencia" ni mero asentimiento intelectual a un credo, sino un darse sin reservas— el poeta místico se entrega todo él a la sola gracia de Dios en Cristo. Por eso en toda verdadera poesía mística hay siempre un tono de humildad, súplica rendida, reverente sumisión. Es un vaciarse de uno mismo el corazón, para que, todo entero, lo llene Dios.

4. *El amor como aliento vital.* Y ya se sabe que el poeta místico es, ante todo, un enamorado. Es, por fuerza, un romántico. Lo mueve un sentimiento: el amor. Amor a Dios, amor a Cristo, sobre todas las cosas y con todas las fuerzas del ser. Y

en consecuencia, amor al hombre, criatura de Dios, hermano en Cristo.

Tal ha sido, por decirlo así, la cuádruple sonda con que hemos tentado a explorar el caudal lírico de la poesía hispanoamericana.

DECIR poesía argentina equivale a decir mayormente poesía gauchesca, que es en la que más a descubierto se expresa el alma de aquel pueblo. Y gran fazaña, o alucinación, sería hallar en ella alguna nota mística. Aquí y allá aparece de pasada, y como por encima, el tema religioso, más bien a título de pincelada folklórica o de sentimiento supersticioso. Esto es lo que hace notar, por ejemplo, Ezequiel Martínez Estrada en su monumental estudio *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (Fondo de Cultura Económica, tomo II, págs. 162-3).

Las alusiones del gaucho a Dios, la Virgen y los santos, no pasan de ser —dice el citado autor— "un lugar común en la conversación típica" del pueblo. Cuando éste acude a lo sobrenatural, eso "no trasciende de un vago y universal sentimiento supersticioso que se estimula en la desgracia". Martínez Estrada cita, en comunidad de opinión, a Joaquín V. González y Vicente F. López. "El gaucho —escribe el segundo— era en el fondo un ser completamente descreído. Su religión era un deísmo sui géneris que se reducía a figurar una cruz con los dedos, o a besar el escapulario que llevaba al pecho, en los momentos difíciles de la vida".

Más que nota alguna mística, se hallaría en la poesía gauchesca esa mezcla de crueldad y superstición que con tan donairoso cinismo expresa Martín Fierro cuando, después de haber hecho carnicería de policías, refiere:

> Yo junté las osamentas,
> Me hinqué y les recé un bendito,
> Hice una cruz de un palito,
> Y pedí a mi Dios clemente
> Me perdonara el delito
> De haber muerto tanta gente.

Fuera de lo gauchesco, pero todavía en aquellos rumbos, Zum-Felde nos señala *(Índice de la poesía uruguaya contempo-*

ránea, pág. 17) a Esther de Cáceres como "única poetisa mística" del Uruguay. Y explica: "Su voz ha llegado a una transparencia verdaderamente franciscana, y en absoluto desligada de toda expresión ambigua —misticismo sin turbias complicaciones subconscientes de la libido— en una clara espiritualidad del pensamiento". Y en efecto, habrá que marcar su "Libro de la Soledad" como repertorio de una alta espiritualidad. Pero, a nuestro modo de ver, la melancolía crepuscular que domina en sus composiciones, requiere mayor pasión y hondura, para merecer plenamente la designación de mística.

Poeta épico más bien es otro gran poeta uruguayo de nuestros días, Edgardo Ubaldo Genta, con su monumental serie de poemas heroicos con el tema de América, en que suenan los vigorosos acentos de una espiritualidad cósmica, sobre todo en "El epílogo de Dios", con que se cierra ese ciclo epopéyico. Pero donde lo hemos hallado más próximo a los ámbitos de la mística es en un delicado poemita, verdadera joya en su género:

Era una débil caña...
Ni su fácil diseño
ni su vacía entraña
nada daban de sí.
Pero cuando el pastor, bajando la montaña
le soplaba su sueño
¡qué mágicos acentos prestaba el frenesí!

Soy una débil caña.
¡Sopla —Señor— por mí!

La más eximia figura de la poesía chilena, Gabriela Mistral, aunque alma religiosa, no ha cultivado temas específicamente religiosos. Su religiosidad, tan distante de las oscuras densidades de la sacristía, es en ella, más que efusión explícita, aliento oculto y exquisita fragancia, que da a sus composiciones una extraordinaria nobleza. Pero aun su más evangélico momento —la inolvidable "Oración de la maestra"— no podría, sino con indebida latitud, llamarse místico.

Figura solitaria fue en Colombia, durante la colonia, la madre clarisa Francisca Josefa de la Concepción, o del Castillo, también llamada "la Madre Castillo". Por sus poesías, particularmente en sus "Sentimientos Espirituales", puede muy bien merecer la calificación de "mística" (véase el estudio del padre Thomas Walsh, "A South American Mystic", *The Catholic*

World, noviembre, 1925). Pedro Henríquez Ureña la considera discípula de Santa Teresa. También escribió una autobiografía.

Aunque de tema bíblico, pertenece más bien a la épica el "Saulo" de Jorge Isaacs. Entre los poetas colombianos contemporáneos, Leopoldo de la Rosa ofrece en sus composiciones resonancias evangélicas, aunque su obra, en conjunto, no pueda considerarse como típicamente religiosa, y menos mística. Tal vez su más elevado instante religioso sea el de "El lirio", poesía inspirada en San Mateo 6:28 (Revista *Luminar,* I, 1, p. 56, 1937). De otros poetas colombianos, Rafael Pombo escribió algunas composiciones religiosas, y Ricardo Carrasquilla cultivó un tanto el género místico, no con mucha felicidad, según el juicio de B. Sanín Cano. José Eusebio Caro fue más filosófico y humanista que místico las veces que tocó el tema religioso.

Apenas aproximaciones a la nota mística podrían ser las composiciones religiosas que en sus años postreros escribió la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, y, tan sólo por el contenido del original, la versión española de los Salmos, hecha por el peruano Pablo de Olavide (1725-1804).

Y así, con tan escaso bagaje, nuestra modesta expedición literaria se vuelve a México.

En el siglo 16 se perciben resonancias en la Nueva España del gran florecimiento de la mística en la Metrópoli. Muestra suprema de ellas es el famoso e incomparable soneto "No me mueve mi Dios, para quererte", si es que la más reciente crítica ha acertado al asignar su tan debatida paternidad a fray Miguel de Guevara (1585?-1646?). Pertenece esta composición a la gran veta mística del Siglo de Oro, y jamás se ha expresado mejor en lengua castellana la soberana primacía del amor y la potencia sublime de la cruz, como motivación de la vida cristiana.

De Sor Juana Inés de la Cruz, máximo ingenio poético de la Nueva España, dice Alfonso Reyes: "Su poesía religiosa sigue el curso diáfano de fray Luis o de San Juan de la Cruz" (*Letras de la Nueva España,* pág. 112). ¿Hasta qué punto se comprueba este alto juicio del ilustre polígrafo? ¿No se habrá excedido un tanto en su apreciación?

Escribió la ilustre monja numerosas poesías de terrenal sabiduría y humano amor. También fue copiosa su producción de entretenimientos del ingenio, composiciones de ocasión, zalamerías cortesanas y discreteos sutiles. Sus poesías de tema reli-

gioso son en gran parte de ocasión, quizá de encargo. Poesías de fiesta piadosa que dan la impresión de simples juegos verbales ingeniosos y tiradas conceptuosas que suelen salvarse sólo por la maestría y agilidad de la versificación, y por las ráfagas de genuina inspiración que aquí y allá pugnan por atravesar la pesada envoltura de los artificios formales impuestos por el culteranismo, la moda literaria de aquella época.

Tal vez sea sólo en dos o tres poesías de la Décima Musa donde hallamos esa calidad realmente mística que Alfonso Reyes emparienta, de tan resuelta manera, con la de los númenes de fray Luis y San Juan de la Cruz. En ellas, Cristo asciende, de especie de acorde secundario, como en las demás, a tema principal. Especialmente cuando se trata de "Cristo Sacramentado", el alma de la poetisa se derrama en tiernas efusiones. Como en aquello que empieza:

> Amante dulce del alma,
> bien soberano a que aspiro,
> . . . .
> que me animáis la osadía
> de poder llamaros mío;
> hoy que en unión amorosa,
> pareció a vuestro cariño,
> que si no estabais en mí
> era poco estar conmigo. . .

En la delicada composición "Cúbrese el monte y sale la naturaleza humana", Sor Juana se inspira, igual que el inmortal poeta del "Cántico Espiritual", en el Cantar de los Cantares. El alma anda en busca del "divino amado", a quien, según las simulaciones bucólicas de los tiempos, se da el nombre de Narciso. Es una paráfrasis del capítulo 5 del Cantar, pero con fuerte matiz pagano, como que "las doncellas de Jerusalén" resultan de plano "ninfas". Luego hay referencias a las profecías mesiánicas de Daniel e Isaías, para retornar felizmente al ambiente del Cantar:

> . . .Oh si llegara
> y de mi dulce amado
> mereciera mi amor mirar la cara!

En las bellísimas "Estancias" entramos en pleno Evange-

lio. El Buen Pastor busca a la oveja perdida, y la llama con acentos de amor dulcísimo:

Ovejuela perdida,
de tu dueño olvidada
¿a dónde vas errada?
Mira que, dividida
de mí, también te apartas de tu vida.

Pero la oveja es sorda al llamamiento, y, alejándose de las aguas de la vida, vase "por las cisternas viejas —bebiendo turbias aguas". El Pastor la sigue y busca, de escarcha y nieve cubierto, penando por la ingratitud de la oveja. "Por sendas horrorosas / tus pasos voy siguiendo", dícele, y le recita luego tantas muestras de amor como le ha dado. Ella, con su desvío, ha provocado a ira a su Dueño y Señor. Mas el amor de éste, hambre y sed tiernísima, se impone:

que pues por ti he pasado
el hambre de gozarte,
no es mucho que mostrarte
procure mi cuidado
que de la sed por ti estoy abrasado.

No obstante estos ejemplos eminentes, la nota mística es tenue y esporádica durante toda la etapa colonial. Se cierne sobre la vida y el pensamiento religiosos la sombra agostadora de la Inquisición. La Biblia es libro sospechoso. Y cualquiera efusión religiosa que sale de los cauces rutinarios y oficiales —clima el menos propicio para el florecimiento místico— atrae la desconfianza y la persecución.

POETAS que, de preferencia, como José Joaquín Pesado, o sólo de ocasión, abordan el tema religioso, los hay en el México independiente. Pero nadie entre ellos podría titularse místico. Y hasta es significativo que los dos más grandes poetas sacerdotes que se destacan a la vuelta del siglo, don Joaquín Arcadio Pagaza y don Federico Escobedo, hayan sido más bien clásicos y virgilianos que bíblicos y místicos. Su mayor inspiración es la naturaleza y no la interioridad de la comunión con Cristo.

Habrá que esperar el movimiento modernista para que México y América tengan su gran poeta de temas religiosos

en Amado Nervo, "el renovador del sentimiento religioso y cristiano en la poesía contemporánea de nuestra lengua", como le llama acertadamente Calixto Oyuela. Pero es cosa debatible todavía el que en verdad haya sido, como lo quiere Santiago Argüello, "el más místico de los poetas hispanoamericanos, el más perennemente místico". (Ambos citados por A. Méndez Plancarte, Introducción a las *Poesías Completas* de Nervo, Espasa-Calpe, 1943).

Educado en un Seminario católico, Amado Nervo sintió desde su juventud la atracción del tema religioso. En un principio escribe también poemas a la Virgen María, pero pasados los veintiún años, Cristo es el centro de su amorosa aspiración. Muy pronto —tendría quizá unos veinticinco años— parece haber sufrido su primera crisis que lo alejó de la religión heredada: "la fe de mis mayores ya no vierte / su apacible fulgor en mi camino". Y se queja de buscar en vano "una estrella" que lo alumbre y "un amor" que lo redima. Pero, con todo, la poesía en que lanza esta queja, se dirige todavía "Al Cristo". Figura en el volumen que nombró *Místicas*, pero es obvio que usa este término con latitud un tanto vulgar. Es el libro en que más ausente está la nota verdaderamente mística.

Y es que en un principio el tema religioso en Nervo parece más un recurso retórico, romanticón, artificioso, que una experiencia honda y vital. Hay en el poeta todavía mucho de agnóstico ("Credo"). Y si, salvo un deísmo simple, lo religioso le parece "algo indefinible que en sombra envuelto está", se siente seguro de una cosa: "¡Amo a Cristo Jesús!". Pero Cristo es en aquel entonces para él una especie de ideal necesario más que una persona real. Ni siquiera le interesa finalmente que haya existido o no:

> ¿Piensas que necesito dioses de carne y hueso
> para adorarlos? Yo adoro las ideas
> hechas dioses...

Literatura ascética y conventual, sin mucho fondo, la de esa época. Le atraen las abadías, las catedrales, los conventos, los rezos y los sayales. Famoso se hizo lo del numen que le dice: "¡Mira, vete a un convento!" No obstante, ya empieza a apuntarse una nota más profunda, y acaso hay ya verdadera sinceridad cuando confiesa, de Jesús: "hoy su roto costado es mi sangrienta / guarida en lo infinito de la noche" ("Intra vulnera

tua absconde me") y cuando se identifica con el hijo pródigo de la parábola ("En el camino") y halla la luz de Cristo en el dolor, el duelo y la angustia ("Ultima verba").

En ese tiempo, la nota religiosa va y viene, se sumerge y aflora, en la poesía de Nervo, como buscando cauces más íntimos y veraces. Y si en su alma todavía "alternan la fe y la duda / como la noche y el día" ("No es culpa mía..."), se aferra a su "hambre de Dios", encarándose con el creyente tibio:

y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.

("La sombra del ala")

Y si nada sabemos y todo en derredor es tinieblas, insiste el poeta, "¡a lo menos amemos!/¡Quizá no sea en vano!" ("¡Amemos!").

Así, por el amor, Amado Nervo va descubriendo y siguiendo el íntimo camino de la fe. Y empezando a hallar en él la certidumbre que viene, no de la resolución intelectual de las dudas, sino de la experiencia viva de una comunión inmediata e interior. El poeta va a asomarse al ámbito de la mística. El corazón se le abre para recibir a su Señor. De este momento son aquel poema que empieza: "Yo no soy demasiado sabio para negarte", y sobre todo "Hospitalidad", en que con tierna familiaridad, como respondiendo al "Yo estoy a la puerta y llamo" del Apocalipsis (3:20), ofrece a Cristo el humilde hospedaje de su propio corazón.

Tal parece que habría de necesitarse, más que la madurez de los años, el fiero zarpazo del dolor —1912, muerte de su compañera, *La Amada Inmóvil*— para que en la poesía de Nervo la nota religiosa, hasta ahí casi un simple ejercicio literario, se haga más honda, más diáfana y más próxima al misticismo genuino. Ese libro conmovedor, lleva como epígrafe un versículo bíblico y como dedicatoria una sentida oración.

La vocación poética de Nervo experimenta entonces un casi súbito viraje. Respondiendo a él, hasta la forma y el estilo cambian. De ahí en adelante, ya no más el antiguo clangor del consonante heroico, el redoble de los metros rotundos. Ahora son el tono menor, la sordina, el suave murmullo de la confidencia o de la oración. Más sinceridad, más auténtica ternura; por lo tanto, mayor sencillez. Todo envuelto en una mansa re-

signación. Van a aparecer, en prosa, *Plenitud*, y en verso, *Elevación,* ambos ya emancipados, con mucho, del clima un tanto artificial en que todavía brotó *Serenidad.*

El alma del poeta va encontrando ya su triple áncora en la fe, la esperanza y el amor ("Todo yo", "El milagro"). Comienza a rondarlo el dulce presentimiento de la final liberación. Esto es en 1915. La presiente como un advenimiento de la luz y de la paz, y como la respuesta definitiva a todos "los *quién sabe*" y todos "los *quizá*" ("Securitas"). La duda se bate en retirada. Dios parece llenar por entero el alma del poeta. Temas reiterados son ahora el amor, la paz, la muerte, el perdón, la unión con Cristo, la completa dedicación de la vida a Él ("Tú", "Si una espina me hiere", "Me marcharé", "Si Tú me dices: ¡Ven!", "El dolor vencido", "Benedictus").

¿Hasta qué punto era todo esto profundo y definitivo? Nos desconcierta que después de *Elevación*, en *El estanque de los Lotos,* que lleva epígrafes de Budha y Vivekananda, Nervo haga un viraje más o menos brusco hacia el panteísmo y la teosofía. El poeta se va sumergiendo en las aguas traidoramente apacibles de la filosofía oriental. Glosa ya francamente conceptos como el Maya, el Kalpa, el Karma, Brahma, el "Dios Interior". Filosofía esotérica en verso, más que poesía religiosa. El tema evangélico de la unión del alma con Cristo va siendo suplantado por el tema teosófico del descubrimiento del Yo como Dios. La salvación ya no está ahora para el poeta en aquel apasionado refugiarse en el costado herido de Cristo, sino en la aniquilación del deseo.

Y sin embargo, lo cristiano rehusa darse por vencido. La nota evangélica reaparece, sale a flote aquí y allá, negándose a quedar por completo anegada en el silencio absoluto del Nirvana. Es interesante que sea en este libro justamente —*El estanque de los lotos*— donde hallamos dos exquisitos poemas breves, algo de lo mejor que escribió Nervo, y que se emancipan del orientalismo prestado y un poco denso que prevalece en el volumen. Son "Timonel pensativo" y "Pastor". "Iré contigo a cualesquiera playas / ...mi patria está donde tú vayas", dice en el primero; y en el segundo: "¡Contigo en lo menos, contigo en lo más / y siempre contigo!"

La muerte, la gran misericordiosa, paró a Amado Nervo en la resbalosa cuesta del esoterismo teosófico. Acaso éste no fuera más que un ejercicio literario, un experimento a que lo llevó la curiosidad, una moda que lo atrajo por su exotismo, como a

tantos otros espíritus americanos de aquellos años. Acaso el alma se le había anclado definitivamente en Cristo, y en lo hondo de su ser, no llegó en verdad a separarse de Él. Acaso esto era lo de su corazón, mientras que aquéllo no pasaba de gimnasia del pensamiento. Pues no sólo en los citados sino en otros de sus poemas últimos, reaparece el Cristo de la historia, de la experiencia personal íntima y del proceso cósmico y la escatología ("Él", "El Cristo futuro").

Como quiera que sea, debemos a Amado Nervo algunas de las más bellas poesías cristianas que se han escrito en América. Y si es todavía inseguro que pueda aplicársele en toda la línea la alta designación de gran poeta místico, su poesía floreció, en un paisaje particularmente escueto en cuanto a flora religiosa, como una de las más efusivas y evangélicas manifestaciones de la aspiración espiritual.

De los contemporáneos, habrá que fijar la atención en algunos indicios significativos: momentos poéticos como los de alguna que otra composición de Carlos Pellicer, y la etapa reciente —una verdadera conversión literaria— de Leopoldo Ramos. Entre los que llegan, hay que seguir con interés al brillante equipo joven que va surgiendo "bajo el signo" de la revista "Ábside", y del cual hay ya composiciones de antología religiosa. Y hay que hurgar para dar con la obra de poetas modestos, casi desconocidos, como el cuáquero Francisco Edmundo Estrello en su volumen *Posada junto al camino*, que Cristo llena con su presencia.

Suaves tonalidades místicas tiene la poesía de Alfonso Junco. Y de ellas comparten algunas de sus más delicadas prosas, cuando no está en tesitura de acorazado apologista y de polemista implacable. Cuando, sencillamente, se abandona a lo que de más dulcemente evangélico tiene su catolicismo, y fija corazón y mirada únicamente en Cristo.

Joven aún, sus libros de poemas *El alma estrella* y *Posesión*, marcaban ya, con trazos firmes, el exquisito sendero interior que habría de seguir su numen en sus más íntimos momentos de espiritualidad. Delicadeza, profundidad, pulcritud, serena efusión, caracterizan desde entonces sus poemas, por los cuales corren brisas de Ávila y de Asís. De Ávila, por la entrañable ternura en el espiritual coloquio. De Asís, por la transparencia y la humildad.

De *El alma estrella* es el bruñido soneto "En tus llagas escóndeme", de mayor hondura mística que la poesía de Amado Nervo sobre el mismo tema:

Vengo, Señor, cabe las ígneas huellas
de tus sacras heridas luminosas:
quíntuple abrir de inmarcesibles rosas,
suma constelación de cinco estrellas.

Y lo que sigue, ya declara vocación, a pesar del énfasis retórico, propio de toda juventud, que asoma aquí y allá. En *Posesión* podemos desgajar dos bellos poemas en que esplende particularmente el matiz franciscano, y quizá de lo más delicado que ha escrito Junco en esa vena: "Sin ruido" y "El peldaño". El rocío, el rayo de sol, la savia: ¡cuánto bien hacen, y sin ruido!

¡Señor, déjame ser rocío, rayo
de sol, jugo escondido!
Vivir, hacer el bien, crear belleza...
¡todo sin ruido!

Aroma suave de las *Florecillas.* Y en el segundo de los poemas citados de Junco, este momento de completa renunciación, al pedir al Señor que con su barro y su sangre haga peldaño por el que puedan subir a Él.

Salte de gozo mi barro,
salte de gozo mi sangre,
cuando huellen mi bajeza
los que asciendan para amarte.
Que suban a Ti por mí
¡pero que suban pisándome!

Mas es quizá en sus meditaciones en prosa poética, reunidas bajo el título de *Cristo*, donde Alfonso Junco muestra mejor la madurez de su inspiración mística. Es vivo su sentimiento de unión con Cristo, si bien, para hacerlo más hondo, requiere todavía concretarse en los símbolos de la Eucaristía, a diferencia de los momentos más altos de la mística cristiana, en que se prescinde de toda mediación, así sea la del sacramento o la de la propia oración expresa. El encuentro con el Amado tiene lugar a solas, enteramente a solas, en la intimidad y el silencio de una comunión directa y personal.

De cualquier modo, es de vena mística efectiva la emoción que se efunde en composiciones como "Tú" y "Liberación". Dice en la primera:

> Iba, ya entrada la mañana, por una calle fea y vulgar
> ¡Pero Tú ibas conmigo!
> Repleto de luz sentíame, transverberando luz: ¡llevaba el Sol en el pecho! Y un gozo penetrante me poseía y una sonrisa fraternal para todas las cosas, y un ansia tranquila de darme...
> ¡Tú estabas conmigo! Te sentí. ¡Qué íntimo! ¡Qué total! ¡Qué único! ¡Qué mío!

Y en la segunda:

> Ven conmigo, iremos juntos,
> todo lo recorrerás:
> calles, comercios, talleres,
> los campos y la ciudad.
> Iremos juntos, Amado:
> ¡donde yo esté, Tú estarás!

Este recogimiento que se descarga en la acción, en la cotidiana y variada ronda de los quehaceres, y no en el arrobamiento pasivo y la retraída contemplación, ¿no está acaso dentro de la tradición de mística activa, rara combinación de éxtasis apasionado y rebosante energía práctica, de la santa de Ávila?

La diligencia crítica y editorial del inolvidable Gabriel Méndez Plancarte situó, póstumamente, en sitio insigne de las letras americanas, a una exquisita poetisa: Concha Urquiza (1910-1945), al sacar a luz un volumen con sus prosas y poemas *(Obras,* 1946).

Nacida en el catolicismo, las inquietudes intelectuales y sociales de la juventud, la precipitaron en el comunismo. Pero a los veintisiete años experimenta una crisis de conversión, y de nuevo se acoge al seno de su Iglesia. Comienza entonces a llevar un Diario, algunas de cuyas páginas bien pueden ponerse al lado de las de Amiel, y a vaciar su recién hallado fervor en preciosas poesías.

En Concha Urquiza sí es más claro y preciso el linaje místico de San Juan de la Cruz, fray Luis y Santa Teresa. Desde el Siglo de Oro no habían vuelto a oírse en los ámbitos de la poesía castellana acentos de tan entrañable y evangélica religiosidad. Concha Urquiza no se convirtió a un sistema eclesiástico sino a un amor sublime y avasallador: el amor de Cristo. El sentido Cristocéntrico de su experiencia y, consecuentemente, de su poesía, es obvio en toda su obra. No tiene más que una pasión: Cristo. Y un solo anhelo: la unión mística con el Amado. Dice en una de sus cartas:

> Amor no siento sino por Él, ni le debo fidelidad a nadie más, ni creo tener con nadie una deuda de gratitud que pueda compararse siquiera a la que tengo con Cristo. Él está ya tan adentro, es ya de tal manera parte de mi vida, de tal manera ya como mi sustento natural, que sería preciso desgarrar literalmente el corazón para arrancarlo de allí. Nunca amé a nadie con tal pasión del entendimiento y la voluntad, ni creo que después de haber sentido esto pudiese contentarme con el amor de un hombre.

Y en una de las últimas páginas de su Diario hallamos:

> Jesús mío: puede ser que yo no sirva para nada, pero te amo, ¿y qué importo yo? ¡Te amo, Tú sabes cuánto!... ¡Te amo! No me cansaré de decírtelo: ¡te amo! Ahora comprendo que el infierno es obra de Tu amor: si yo te traicionara, sólo el infierno podría satisfacer el odio que me tendría a mí misma.

Todo este documento íntimo está lleno de solicitud por el Amado. Habla con Él dulcemente. Lo requiere. Lo interroga. Lo busca y llama con apasionado ardor. "¡Oh Cristo, vive en mí cada vez más!" "Es un placer vivir... pero en Cristo". "Jesús mío, quiero abandonarme en Tus manos". Y así, dulce e interminablemente, hasta que la muerte prematura en un accidente de natación selló sus labios y la echó, de golpe, en el regazo eterno que tanto añoraba.

Era inevitable que para el coloquio de su divino amor, Concha Urquiza se sintiera fascinada por el Cantar de los Cantares. Sus mejores poemas son glosas, como no se habían escrito desde el *Cántico espiritual*, del bello epitalamio hebreo. Quizá el más bello y acabado de todos, el siguiente soneto;

Pastor enamorado cuyos brazos
manchó de sangre la ovejuela herida,
cuya flauta en cantares encendida
la llamó por zarzales y eriazos;

que persiguiendo misteriosos trazos
descendiste a su lóbrega guarida,
y al secreto lugar de tu manida
la condujiste en apretados lazos;

que con beso de paz la retuviste
y en dulce soledad la alimentaste
y con cíngulo estrecho la ceñiste:

no devuelvas el robo que robaste;
guarda el amor que con amor venciste
y el corazón que con dolor ganaste.

Donde se combinan la dulzura eglógica del Cantar y la bella alegoría de la parábola evangélica. Pero más notable aún es la presencia del cántico hebreo en "La cita", tierna invitación cuya calidad en nada desmerece de los mejores momentos de la gran poesía mística de nuestra lengua:

Te esperaré esta noche, Señor mío,
en la siniestra soledad del alma:
en la morada antigua
donde el amor se lastimó las alas;
por cuyos largos corredores gime
la ausencia de tu voz y tus palabras.
. . . .
Vendrás, Amor. . .; la noche
toda está de presagios erizada:
un pájaro sin voz gime en el viento;
un insensible amor abrasa el alma.

Sólo tengo aquel tálamo sombrío
que se ha de iluminar con tu mirada,
pero furtivamente
vendrás a él, y dormiré en tus brazos
bajo la noche al corazón amarga.

Y hasta cuando deja las formas severas del arte mayor clásico, para hacer sonar el cascabel de los ritmos populares, como en "Canciones", todavía es Él, siempre Él, a quien canta:

Oh Cristo, fruto maduro,
—pulpa dulce, zumos agrios—
¡quién se durmiera en tus ojos
y amaneciera en tus labios!

. . . .

Aguas de olvido tus ojos,
corrientes de amor tus labios,
¡quién se durmiera en tus ojos
y amaneciera en tus labios!

Si queremos hablar con toda justeza, es en Concha Urquiza donde la poesía hispanoamericana ha alcanzado, después de las incomparables cumbres del Siglo de Oro castellano, su más alto, y quizá único, momento místico genuino.

¿A qué podría deberse la comparativa rareza de la nota mística en la poesía hispanoamericana, y aun en la castellana en general, tratándose de los tiempos modernos?

Notable es la general pobreza de gran literatura religiosa que padecen las tierras hispánicas. En casi cuatro siglos no hemos producido una sola obra maestra en ese género. Toda la producción religiosa de nuestras editoriales se reduce a la reimpresión de los clásicos y la publicación de traducciones, catecismos, devocionarios, homilías, tratados escolares de moral, obritas piadosas para premios y recuerdos de primera comunión.

Por otra parte, de la antaño preclara religiosidad hispánica, heredada por nuestra filiación colonial, no nos llegó —gracias al cedazo de la Inquisición— precisamente el aliento evangélico de los grandes místicos, sino apenas la intransigencia del dogma y los esplendores rituales. Más externa y ceremonial que íntima, y más una conformidad gregaria que una vigorosa experiencia personal, ese tipo de religiosidad ha sido impropicio al desarrollo de la mística verdadera.

Añádase que, justamente por esa índole, la religiosidad hispanoamericana no pudiera defenderse con brío cuando comenzaron a soplar sobre ella, a pesar de la cortina de hierro colonial, los vientos de fronda de la Ilustración y el Enciclopedismo. La decadencia del nervio espiritual se hizo más visible desde las postrimerías del régimen colonial. "Con la expansión de las luces —dice Pedro Henríquez Ureña— la fe religiosa desapareció de muchos espíritus o se redujo a un vago teísmo" *(Las corrientes literarias de la América Hispánica)*. Y ni este "vago teísmo", ni el secularismo ambiente, ni el deslum-

bramiento ritual, ni la piedad, a menudo indiscernible de la superstición, que han prevalecido en nuestro clima espiritual, son lo más a propósito para el florecimiento de la poesía mística.

Pero la causa más probable de nuestra relativa esterilidad en ese sentido es la poca familiaridad con la Biblia, fuente insuperable de inspiración religiosa, vademécum de la experiencia personal y momento supremo de la literatura. El general desconocimiento de las Sagradas Escrituras como guía e inspiración personal de la vida, se refleja necesariamente en nuestra producción literaria. Los místicos del Siglo de Oro vivían, pensaban y cantaban sumergidos en la Biblia. Pocos, muy pocos han sido desde entonces, los poetas de habla española que la han frecuentado con asiduidad y devoción.

Es altamente significativo, a este respecto, que en la raíz de la poesía y la inspiración de Concha Urquiza se hallen precisamente las Sagradas Escrituras, según lo hizo notar su editor, el padre Méndez Plancarte: "La Biblia, ante todo: el *río de fuego de la Biblia* paréceme haber sido la más honda raíz espiritual de su poesía y de su pensamiento. Y de la Biblia, muy particularmente el Cantar de los Cantares y el Libro de Job, en el Antiguo Testamento; y en el Nuevo, los Evangelios" (Prólogo a las *Obras*, XV).

ADAM MICKIEWICZ Y EL ROMANTICISMO POLACO

Por *Germán LIST ARZUBIDE*

I

El estallido de la Gran Revolución Francesa, al arrojar al pueblo heroicamente contra del feudalismo y la nobleza, destrozando los privilegios, dio a la juventud de fines del siglo XVIII y principios del XIX, la seguridad de que un nuevo día alboreaba para la humanidad, un día de justicia social y de libertad para los pueblos que habían gemido bajo cargas terribles. Aun los hijos de los nobles, conmovidos por ese anhelo de justicia social, consideraron que había llegado el momento de arrancar de la esclavitud a los siervos, sumándose a las falanges populares que habían derribado los muros de la Bastilla y proclamado los tres principios de esa justicia social: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

No pasó mucho tiempo sin que los espíritus más sensibles se dieran cuenta con amargura, de que la destrucción del estado feudal, únicamente había servido para dar vida a una nueva clase, la burguesía, que se preparaba a levantar sobre los escombros de la derruida nobleza, el andamiaje de su poderío. Para luchar contra de ese creciente y ya desalmado enemigo, los hombres que habían amado más apasionadamente la lucha popular, crearon en París el "Club del Pantheón", llamado así por el punto de reunión, que iba a alimentar la que se llamó la "Conjuración de los Iguales", inspirada por el italiano Felipe Buonarrotti y dirigida por los republicanos de izquierda Baboeuf y Darthé. Tal conjuración, era el resultado de la lucha empeñada ya entre los dos bandos en que se había dividido la revolución: de un lado los republicanos moderados, los monárquicos constitucionales y los burgueses acomodados, y del otro, los republicanos de izquierda, los partidarios de profundas reformas sociales y el proletariado, el pueblo. Y era que la creciente

miseria, atacando la vida del pueblo, urgía sustanciales reformas sociales. En los clubes de artesanos y obreros, se comenzó a hablar de la necesidad de una reforma agraria, de una reglamentación de precios y de la instauración de una sociedad en la que predominara la igualdad para todos.

La división de los revolucionarios, el sacrificio de Dantón y sus compañeros primero y el de Robespierre y los suyos después, permitió a los enemigos del pueblo apoderarse de la Convención y más tarde designar el Directorio. Buonarrotti y sus compañeros, habían conseguido unir a más de 17,000 miembros de los Iguales, que se preparaban a derrocar el Directorio, elegir una Asamblea Nacional y con ella implantar una nueva forma constitucional que sostendría, la supresión de las antiguas formas de propiedad, la implantación de la propiedad colectiva del suelo, el principio del trabajo obligatorio para todos y la instauración de la justicia social. Un traidor llamado Grisel, denunció al Directorio la conjuración y el Ministro de la Guerra, Carnot, encargó al general Napoleón Bonaparte, disolver al club y detener a sus dirigentes. El 10 de mayo de 1796, fueron arrestados los jefes y sometidos a proceso, el cual terminó el 26 de mayo de 1797, con la condena a muerte de Babouef y Darthé y el destierro de Buonarrotti. Al día siguiente, se cumplió la terrible sentencia en la guillotina. Con tan monstruoso hecho la Revolución Francesa fue guillotinada también. Dos años después, Bonaparte derribaba al Directorio y en 1804 se hacía proclamar emperador.

Todos estos acontecimientos sucedidos vertiginosamente en escasos diez años, crearon un caos espiritual entre la juventud de principios del siglo XIX que se halló de pronto frente a una serie de hechos terribles, contradictorios y violentos, que la desilusionaron.

Falta de fe, la juventud proclama en esa hora su odio al mundo, al mundo burgués, al mundo que ha cambiado la sangre de los mártires de la libertad por dinero y desencantada prefiere morir y hace su aparición el romanticismo. El sacrificio toma entonces formas sublimes, violentas, condenatorias. Por odio al mundo burgués, para burlarse de él, para zaherirlo, los románticos se tornan impíos, misántropos, desdeñosos. Hace su aparición el fúnebre paisaje de la muerte e introducen, como lo hiciera Pushkin en la poesía rusa, "la tristeza, el desencanto, el ideal, las vírgenes celestes, el odio al género humano, la juventud perdida, la traición, los puñales y los venenos. . ."

El prototipo de este desencanto, de esta protesta es Jorge Noel Gordon Byron, al que por sus rebeldías, su actitud cínica y agresiva contra la hipócrita sociedad inglesa, sus rabiosas injurias a la sagrada majestad de su país, toda la juventud de Europa siguió. Y lo siguió con más admiración, cuando el joven Lord se enfrentó valerosamente en la Cámara de los Lores, a los nuevos industriales y los apostrofó en un magnífico discurso por su intención de decretar una ley que condenaba a la pena de muerte a los obreros que destruían las máquinas al verse reducidos a la miseria.

La juventud se aprendió de memoria y repetía sus ardientes poemas agresivos y acusatorios: *Childe Harold*, *Manfredo, El Corsario, Don Juan, Caín.* En ellos, sentía latir el ímpetu de libertad reclamada al mundo podrido del dinero. Y, de pronto, ven al poeta rebelde, transformarse en un héroe y salir a pelear por una tierra subyugada, por Grecia, que luchaba contra el dominio de Turquía. El hombre que había cantado a la libertad, transformaba esta palabra en arma de combate y salía como un soldado de leyenda, para ir a morir en Missolonghi el 19 de abril de 1824, a los 36 años de edad, que al día siguiente, los griegos apesadumbrados, hicieron resonar con 36 cañonazos, extendiendo el duelo nacional por 21 días. Se vio al pueblo griego recorrer las calles de las ciudades clamando: "Ha muerto; el gran hombre ha muerto" y este clamor se extendió por toda Europa y llenó de luto y llanto todos los corazones jóvenes. Y el romanticismo llevando como bandera y guía a un muerto, se extendió primero por Europa y más tarde por todo el mundo. "Fue entonces —ha escrito alguien— cuando una ansia de reivindicación y un anhelo de justicia vino a alimentar la sangre de todo el magnífico siglo XIX". Escuela de rebeldías, descubridor de miserias, precursor de los grandes cambios actuales, cada hombre que vivió en esa época un destino visible lo vemos consumirse en su propia insatisfacción. Parece que se ha inventado la amargura y el morirse de pena. El heroísmo busca una forma especial de perecer en holocausto. Mientras una corriente razonadora y fría, se empeña en mostrar a las claras la realidad, la desnuda realidad de un mundo metido a capitalista, la otra rama del romanticismo sueña, pero hasta en el soñar acciona, batalla, combate. La historia del romanticismo está llena de guerras íntimas, y de conflictos exteriores. El ambiente es odioso. La burguesía ordena y rompe con su prosa egoísta y bancaria a los frágiles poetas que creen en la libertad y en un

orden —desorden— nuevo del arte. Es la historia de los sufrimientos de los pueblos oprimidos, el grito de los libertadores, el sacrificio de los nobles de corazón, la batalla contra del academicismo. Es el momento en que los hombres creen desdoblarse en infinitas ondas y alcanzar el cielo, el amor, la desesperación y la muerte. No son felices, pero antes tampoco lo eran. No tienen fe, pero antes tampoco la tenían. La burguesía comienza a formarse, a tomar cuerpo de oro, y chocan fríamente la economía antigua y la moderna y chocan los poetas contra el muro de la Bolsa. Por eso es el momento misterioso de las conspiraciones...

Pero hay un lugar en el mundo, donde el grito de libertad ha resonado más profundamente, como que es una patria desgarrada, donde vive entre cadenas y oprobios, una juventud que se niega a ser sometida. Esa patria es Polonia. De allí saldrá el clamor más intenso, la actitud más desafiadora, el romanticismo más ardientemente vivido hecho todo de sangre y de protesta. Romanticismo que está hecho de poetas sacrificados en plena juventud, de artistas muertos en el exilio, de miseria, dolor, angustia y soledad, que lleva los nombres de Juliusz Slowacki, Zygmund Krasinski, Cyprian Norweid entre los poetas, de Federico Chopin, para no citar sino a un gran músico, y sobre todo, del más grande de los escritores y el más grande también de los patriotas: Adam Mickiewicz.

Para entender y valorizar lo que estos hombres sufrieron y lo que en conjunto representaron dentro de la lucha de liberación de su patria y en ese momento de todos los pueblos de Europa, será necesario remontar el río de la historia polaca en los días de su más acervo dolor.

Rodeada Polonia de tres enemigos ambiciosos: Prusia, Austria y la Rusia Zarista, vio lentamente reducidas sus fronteras desde el año de 1772 en que perdió 214,000 kms. cuadrados de su territorio. Prusia tomó las bocas del Vístula y las orillas del río hasta Thorn; Austria adquirió la Galizia y parte de la Cracovia y la Podolia y Rusia obtuvo la Rusia Blanca, y el territorio perteneciente a esta región situado más allá del Dnieper. No conformes con esta desmembración, el 3 de abril de 1793, se firmó el segundo tratado de partición entre Prusia y Catalina de Rusia, quedándose la primera nación con las provincias de Posem, Kalisz y Sierad y las ciudades de Dantzig y Thorn y la segunda extendió sus fronteras hasta el centro de Lituania y la Volinia, adquiriendo 250,700 kms. cuadrados del territorio

de Polonia. Ante este monstruoso hecho, los patriotas polacos llamaron al pueblo a defender a la patria desgarrada y la nación a una, designó como su jefe a Tadeo Kosciuszko, el cual fue proclamado generalísimo en Cracovia, el 24 de mayo de 1794.

Kosciuszko organizó un ejército y, a pesar de hallarse en poder de los prusianos y de las fuerzas de la zarina todas las plazas fuertes de Polonia, salió a la campaña y tomó Varsovia. Indignada Catalina con la resistencia que le oponían los patriotas polacos, envió un formidable ejército a las órdenes de Suvarov, el cual se puso de acuerdo con Austria que se preparaba a la invasión. Abrumada la nación polaca bajo el peso de las armas enemigas, mostró en la lucha toda su heroica decisión. Kosciuszko alcanzó al principio magníficas victorias, pero las tropas zaristas reparaban sus pérdidas oponiendo al vencedor mayores fuerzas después de cada derrota. A principios de octubre de 1774, a consecuencia de haberse puesto en movimiento los cuerpos de Suvarov y Fersen para atacar la ciudad de Varsovia, donde Kosciuszko había concentrado su ejército, el patriota polaco pensó que el mejor medio de defensa era atacar por separado a los enemigos y lanzó sus tropas en la batalla de Micieiswice, a 50 kms. de Varsovia. Durante el combate, fueron dos veces desbaratados los batallones zaristas, pero cada vez, sus generales, contando con un número abrumador de soldados, sin importarles el sacrificio de éstos, volvieron a reagrupar nuevos batallones. Kosciuszko comprendió con amargura, que no tenía elementos suficientes que oponer al enemigo, que iba a ser vencido, y en su desesperación, resolvió no sobrevivir a la muerte de su patria. Poniéndose entonces al frente de un grupo de sus mejores hombres y de sus generales, que sólo aspiraban a una muerte gloriosa al lado de su caudillo, se precipitó sobre las filas enemigas sembrando el terror y la muerte a todo el que alcanzaba su espada, hasta qué, cubierto de heridas, cayó exclamando con amargura "Finis Polonia". Un año después, como lo había pronosticado el gran patriota, Polonia desaparecía del mapa al dividirse Prusia, Austria y la Rusia zarista la nación, estableciendo sus fronteras sobre los ríos Pilitza, Vístula, Bug y Niemen.

Pero, pese al grito de amargura del Kosciuszko, Polonia no había muerto. Muy al contrario, la tremenda lucha, unió a los polacos alrededor de tan glorioso recuerdo y sometidos por el extranjero, continuaron la lucha, ahora subterránea, sorda,

emboscada e implacable. Desde esa hora, todos los que nacían bajo el mando del enemigo, alimentaban en su corazón odio y venganza.

II

El 24 de diciembre de 1798, según cuenta su mejor biógrafo M. Jastrun, cuatro años después del último reparto de Polonia entre Austria, Prusia y la Rusia Zarista, nació en Zaosie, en los alrededores de Nowogrodek, en Lituania, el que iba a ser gran poeta y gran patriota, Adam Mickiewicz. Su padre, Nicolás Mickiewicz, formaba parte de la pequeña nobleza empobrecida por la guerra, que a la destrucción de su patria sumaba la amargura de su pobreza. Abogado del Colegio de Nowogrodek, había sido soldado de las fuerzas de Kosciuszko y había optado por un modesto pasar después de contraer matrimonio con Bárbara Majewska, hija de un empleado administrativo. Nowogrodek, uno de los nueve palatinados de la antigua Lituania, fue en un tiempo capital de los príncipes lituanos, pero venida a menos por su larga lucha con los caballeros teutones, no era, cuando Mickiewicz vino al mundo, sino una sombra de sí misma. Los territorios de Lituania y de Bielorrusia se hallaban en lo cultural grandemente atrasados. País de inmensos bosques y lagunas, estanques y pantanos, regado por los ríos Duna inferior al Norte y el Niemen al sur, y por el Dnieper, el Bug y el Pripet, tiene un clima húmedo, neblinoso, escaso de sol en el verano y muy frío en invierno. En aquellas comarcas inclementes, el campesino, llevaba, bajo el dominio de Catalina II, una vida amarga, cultivando sus campos de centeno o talando los extensos bosques cedidos en concesión a los nobles zaristas.

Bajo esta situación en que se sumaban a la pérdida de la independencia nacional, el dominio económico del extranjero, creció Mickiewicz. Un odio común unía a los nobles y a los siervos polacos. El odio al invasor. Y esto los acercaba. El futuro poeta pudo de esta manera, estar con su pueblo y escuchar, de labios de campesinos y leñadores, las viejas leyendas lituanas que la tradición conservaba y se iban trasmitiendo en cuentos, fábulas y baladas. Esto iba a influir grandemente en el desarrollo de la imaginación del joven polaco.

Bellas leyendas por cierto que todavía hoy se conservan

impregnando tenazmente el espíritu del pueblo lituano. Donde Mickiewicz creció, cada una de las florestas, de los lagos, de los bosques, tenían su leyenda. En el interior de los bosques de la Lituania, adoradores de las divinidades encarnadas en los árboles sagrados, veneraban a éstos como los habían venerado sus abuelos. Una mitología extraña y bellamente poética, poblaba aquellos lugares húmedos y sombríos. La trinidad de donde todo emana formada por Perkunas, Atrimpo y Poklons, se hermanaban con los genios buenos y malos que pueblan lagos y bosques. Troncos, varias veces centenarios, eran adorados como símbolos de deidades paganas y en lo más profundo de la selva, se hallan todavía vestigios de los templos erigidos en honor de aquellos dioses que representaban las fuerzas de la naturaleza; el fuego eterno cuidado por las vaidelotas, las vírgenes vestales; el día y la noche.

No pasará mucho tiempo sin que el joven recuerde las leyendas escuchadas en su niñez de labios de los hijos del pueblo y con ellas dé vida a su grandioso poema *Los antepasados* del que hemos de volver a ocuparnos más adelante.

En 1812, cuando apenas está saliendo de la niñez, contempla el gran acontecimiento aguardado ansiosamente por el pueblo polaco como una esperanza de redención: la llegada del ejército de Bonaparte. Los patriotas polacos, ignoraban que Bonaparte, tal como lo cuenta uno de sus ayudantes, el Conde de Segur, "...arrastrado por su posición e impulsado por su carácter emprendedor, no pensaba más que en el vasto proyecto de quedar como único señor de Europa, aplastando a Rusia y arrebatándole Polonia. Apenas podía contener aquel deseo, que innumerables signos comenzaban a exteriorizar..." Pronto los polacos se dieron cuenta con amargura, que Bonaparte no buscaba más que dar rienda suelta a sus ansias de dominio mundial sin importarle la suerte de Polonia. El mismo Conde de Segur lo dirá: "Napoleón había podido, por lo tanto, proclamar abiertamente, en cuanto entró en Vilna, la liberación de toda Polonia, en lugar de defraudar sus esperanzas y de entibiarlas con la vaguedad de sus palabras..."

Defraudada de esta manera la esperanza de Polonia, volvió sus ojos hacia sus hijos sintiendo que sólo ellos, los alimentados con su sangre, los que sentían en carne propia el dolor y la humillación de ver a su patria dividida, tendría el coraje suficiente para lanzarse a una batalla implacable por verla libre.

Creció entonces en cada una de las grandes ciudades de la

patria mártir, un sueño de independencia que halló su mejor impulso en el romanticismo imperante en Europa, movimiento libertario, nacido del profundo desencanto social, de la honda protesta contra del mundo burgués en formación y cuya entraña viva era un anhelo de cambiar fundamentalmente todo lo tradicional, todo lo establecido, sintiendo que en la vida que iba a venir, surgiría el hombre libre, libre para pensar, para soñar, para actuar y en cada una de las ciudades de Polonia, se creó un grupo de combatientes románticos, para quienes la liberación de su patria fue todo, impregnando de este deseo ardiente la literatura y el arte. Vilna fue uno de esos focos de intensa rebeldía; en ella se congregaba un puñado de jóvenes que más adelante iban a distinguirse en los campos de la ciencia y de la lucha por la independencia de su patria. Entre ellos descuellan los hermanos Sdianecki, Joachim Lelewel y Gonfryt Ernst Grodeck, que unieron a su condición de sabios —matemáticos, químicos y astrónomos los primeros, gran historiador el segundo y eminente filósofo y conocedor de la vida antigua el último—, sus inquietudes de patriotas, las que iban a imprimir en la vida de sus contemporáneos. Con ellos se relaciona el joven Mickiewicz, al ingresar a la Universidad de Vilna, concluidos sus estudios secundarios en su ciudad natal. Desde su ingreso se ve envuelto en el movimiento romántico liberal del que era centro Vilna y se hace miembro de la sociedad de los llamados Filomatas (cultivadores de la ciencia) que si eran buenos estudiantes y perseguían un mayor conocimiento cada día, al mismo tiempo se encaminaban hacia la lucha por la libertad de su patria. Pronto este último propósito se adueñó de la sociedad científica y de ella nació una nueva sociedad secreta "Los Filaretas" que en corto tiempo, tomó contacto con organismos similares rusos que luchaban contra la autocracia en su propio país.

Dentro de estas actividades, Mickiewicz continuó sus estudios preparándose como profesor de literaturas antiguas, título que alcanzó dedicándose a servirlo en una escuela secundaria de Kovno, obligado a subvenir a sus necesidades, muerto su padre sin dejarle ningunos bienes de fortuna. Para ayudarse en su sostenimiento, se hizo traductor de las obras de Voltaire, cuyo nombre llenaba entonces Europa y cuya influencia demoledora, iba a penetrar en el espíritu inquieto del joven profesor. La rebeldía se encendió en su alma y fue cuando lanzó al mundo como una llamarada de ardiente fe y juvenil entusiasmo su

clamorosa "Oda a la juventud", manifiesto apasionado del más puro estilo romántico. En la Polonia literaria, encastillada hasta entonces en la estética clásica, este poema que unió al fondo entusiasmado, grandilocuente, apasionado, una forma rica en expresiones de una sonoridad, que ni las mismas traducciones llegan a opacar, alcanzó de improviso extraordinaria fama. Toda la juventud de aquella patria oprimida, escuchó en ese poema un llamado a la lucha por un noble ideal; un desprecio contra todo egoísmo y una altanera actitud de reto a todo lo servil, lo bajo y lo rastrero. El poderoso grito llenó con su clamor los vastos horizontes de la tierra herida trayendo la esperanza al corazón de aquellos a quienes estaba dirigido.

En corto tiempo, el nombre de Mickiewicz, se hizo popular. Se buscaban sus poemas, se les recitaba en todas ocasiones. Sus *Baladas y romances* vinieron a aumentar su fama, al hacer ingresar a la poesía de su patria, las inquietudes, los deseos, la vida ingenua, pura y sentimental, del pueblo, de su pueblo. Ésta fue otra contribución romántica, al acercar a las clases alta y media al pueblo con sus cantos, sus emociones y sus afanes. El siervo, hasta entonces despreciado y desconocido, aparecía al través de aquellas baladas con sus ricas tradiciones, sus leyendas hondamente poéticas y sus ingenuas creencias; todo esto dicho con un lenguaje tan expresivo, plástico y musical, que cautivó a los lectores y los sedujo. La poesía polaca, hasta entonces tan rígida, sometida a reglas que la hacían seca y amanerada, se hizo de pronto, bajo la pluma del joven poeta, dulce y fresca, como si de pronto, todo el paisaje se hubiera llenado de una luz matinal o como si las frías estatuas del academicismo, sintieran circular por sus cuerpos de mármol una tibia sangre juvenil, cobraran vida y bajaran de sus pedestales para amar, sufrir, reir humanamente, gozar, y todo esto, tomado del gran caudal popular, de la simple y pura vida de los campesinos, cuya imaginación poblaba de seres fabulosos campos y bosques, lagos y montañas.

Vino a acrecentar su fama la publicación de su poema *Grazyna,* historia romántica de una joven lituana que lucha al lado de su pueblo contra los caballeros teutones y no vacila en entregar su vida antes que pactar con el enemigo. La novela, es una violenta acusación contra de la crueldad de los invasores para quienes las mujeres no fueron sino botín de guerra sobre el cual cayeron con todos sus violentos apetitos. Este canto romántico dedicado al heroísmo femenino, representó, por

primera vez en Polonia, un reconocimiento al valor y la dignidad de la mujer que el feudalismo había puesto en su más bajo nivel; y fue al mismo tiempo, un canto al sacrificio de las mujeres polacas, que en una patria de vencidos, jamás aceptaron los galanteos de los vencedores; y cuando por su desgracia, el amor las arrastró hacia el enemigo, prefirieron languidecer tras de los fríos muros de un convento, antes que unir su destino con los que consideraban los enemigos de sus padres y de sus hermanos.

De aquella época —estamos hablando de los años de 1820 a 1823, son las II y IV parte de su grandioso poema-epopeya *Los antepasados* poema que recoge las tradiciones populares y da principio con la fiesta pagana que el pueblo rural polaco hace en honor de sus muertos, sirviéndoles el banquete del recuerdo, costumbre que para nosotros los mexicanos, tiene tanta similitud con las fiestas de nuestros indígenas.

Pero si ese era el elemento primario, la emoción del poeta fue creciendo a medida que sus versos se extendieron y como la ola que empuja a otra ola y la hace más poderosa, el canto fue subiendo de tono lírico al abordar otros temas nacionales, transformándose en la imagen de la patria dolorida, al través del propio dolor del poeta que en aquellos días, vivió el amor desgraciado al verse separado de Maryla Wereszacowna por diferencias de clase social, lo que iba a hacer más hondo su concepto romántico de la vida, ya que uno de los postulados del romanticismo, ha sido el derecho al amor sin trabas de fortuna, clase, nacionalidad, ni familia. A su adolorida protesta contra lo que hacía su amor desgraciado, añadió su protesta contra la injusticia social; y de esta manera en el "Canto II", levanta su acusación contra de los que humillan a otros hombres, condenando al señor feudal, al explotador de los siervos, a padecer la angustia, ya muerto, cuando acude ante el tribunal de sus propios servidores, de pedir piedad inútilmente, ya que en vida él no tuvo jamás piedad. Cuadros como éste, dan a su poema un marcado tinte revolucionario protestativo contra toda injusticia y desigualdad.

No pasará mucho tiempo sin que su popularidad sea vista con prevención por las autoridades zaristas y al subir al trono el Zar Nicolás, y ordenar la persecución contra los filomatas y los filaretas, culpables de "propagar un patriotismo irrazonable", entre los detenidos por tan extraño delito se halle Mickiewicz, el que, junto con sus compañeros acusados, pasa un año en la cárcel en Polonia, para ser deportado después a

Rusia. Allí estuvo cinco años, recluido primero en el antiguo San Petersburgo, más tarde en Odesa, luego en Moscú y finalmente nuevamente en San Petersburgo.

Cuando Mickiewicz llega a Rusia, es ya un poeta popular que lleva en su alma el fuego del patriotismo, el dolor de su pueblo, lo que lo hace comprender el dolor de los otros pueblos subyugados; por esto, siente lo que padece el pueblo ruso bajo el autocratismo zarista y se acerca a él como hermano. Une su ansia de libertad con el ansia de libertad de los patriotas rusos y estrecha su amistad con quienes preparaban la sublevación que iba a desencadenar el estallido de los decembristas de 1825. Estrecha amistad con el poeta y revolucionario Konrad Ryleiv que poco tiempo después moriría en la horca acusado de conspirar contra el poder zarista y saluda al más grande de los poetas rusos Alejandro Pushkin.

En Rusia, frente al paisaje bravío y salvaje de la Crimea, su espíritu se siente conmovido y escribe sus bellísimos *Sonetos de Crimea* en los que el paisaje viene a ser prolongación de sus estados afectivos, reflejando sobre lo inanimado sus inquietudes y corporizándolas con sus propios dolores, hasta hacer que las cosas cobraran una alma y respondieran a su llamado. Poesía de una naturaleza oriental, seguramente inspirada en los pueblos con los que tomó contacto, es suntuosa y enjoyada con una pompa y un esplendor, que la hace irradiar en forma verdaderamente plástica cuando describe las cosas; y es hondamente subjetiva, cuando estas cosas se convierten en manifestaciones espirituales al reflejar los estados emotivos del poeta. Escribió en Odesa otros poemas todos de refinada emoción y ampulosa forma oriental, muchos de los cuales fueron traducidos al ruso y al francés por el propio Pushkin, prueba de la admiración que sintió el gran bardo ruso por el hermano en el padecimiento, bajo la opresión.

Estando en Odesa, supo de la derrota de los decembristas y la muerte en el patíbulo de los mejores, muchos de ellos sus amigos muy queridos con los que había compartido el sueño de libertad para sus dos países.

Fue entonces cuando comenzó a pensar en su poema *Konrad Wallenrod,* que iba a reflejar sus adoloridos pensamientos de combatiente solitario que advierte con espanto, el inmenso poderío del enemigo con el que va a medir sus fuerzas. El terrible enemigo ha ido venciendo a todos los que se le oponen, parece que es invulnerable ¿qué hace? su debilidad lo acon-

goja; mas dispuesto a seguir luchando, pese a todo, imagina penetrar al interior de la fortaleza del enemigo disfrazado como uno de los suyos para herirlo a traición y acabar con él; al fin, la traición será su arma de venganza. *Konrad Wallenrod* es el poema de la desesperación, de la furia ante el enemigo inmensamente fuerte y en cierta forma refleja un momento de vacilación de Mickiewicz ante la derrota de sus amigos los decembristas y el terror de estar luchando en vano contra fuerzas gigantescas, en el poderío. Refleja la situación de los luchadores sociales que no han tomado contacto con el pueblo y se ven pocos y débiles, cayendo uno a uno frente al implacable adversario poderosamente atrincherado. Pero su desesperación alzó un clamor tan poderoso, que el nombre del solitario que se ofrenda por amor a su patria, se hizo un signo de combate y preparó la sublevación polaca de 1830. Sublevación en la que el nombre y el espíritu de Mickiewicz estuvieron presentes en tal forma, que los revolucionarios escribieron en el Ayuntamiento de Varsovia los últimos versos de su poema *Oda a la juventud* como un lema de combate.

III

PARA entonces Mickiewicz había podido salir de Rusia y vagaba por Europa con el enorme fardo de la imagen de su patria desgarrada. Al recibir la noticia de la sublevación, intentó regresar a Polonia, pero cuando alcanzó la frontera, la rebelión había sido vencida. Viaja entonces de ciudad en ciudad, encerrando en sus versos su dolor ante el martirio de Polonia. En sus poemas *El reducto de Ordon* y *La muerte del coronel* escritos en Dresden, canta al humilde soldado que muere por su patria y lo eleva a la categoría de un héroe, sobre cuya tumba ha de florecer el recuerdo, única paga que le aguarda y acaso la única que esperaba para él.

Por fin después de visitar a Goethe, en esa hora el semidiós de la poesía, se detiene en París donde funda el periódico *El Peregrino Polaco* para continuar su batalla desde la trinchera de la prensa. Y mientras escribe en el periódico encendidos artículos de combate, da a la luz la tercera parte de su obra *Los antepasados* y *El libro del peregrinaje polaco.* Este libro que es al mismo tiempo una gran queja contra la indiferencia de Europa ante el dolor de su patria destrozada, es una anticipa-

ción del destino de esa misma Europa corroída por mezquinas ambiciones de déspotas y tiranos. En ese libro, Mickiewicz iba a escribir esta profecía: "del gran edificio político de Europa, no quedará piedra sobre piedra. . ." Pero sí augura un negro porvenir a los perseguidores de la libertad, su corazón se desborda de amor para el pueblo al que al fin ha encontrado afirmando: que las "aguas, los puertos y las tierras, son patrimonio de los pueblos libres; la ciencia y el bienestar que ella crea, pertenecen al hogar de los hombres y de los pueblos. . ." Y sueña con que esa entrega del bienestar común, la haga el pueblo polaco, en cuyo destino cree firmemente, ya que, por haber padecido mucho, tiene derecho a comprar con su dolor la libertad de todas las patrias del mundo.

Este libro hizo que el cansado corazón de todos los exilados polacos, no perdieran la fe en su propia lucha, vino a reanimarlos y a asegurarles, que a su lado luchaban otros hombres, porque la causa por la que padecían era la misma por la que un día no lejano iban a erguirse reclamando, los millones de humildes hijos de la gleba esparcidos por todos los rumbos de la tierra. El revolucionario que alentaba en el poeta, ponía así de manifiesto una vez más, junto a su amor por la sufriente patria polaca, su amor a todos los otros pueblos que tenían hambre y sed de libertad.

Y fue en esa hora en que por encima de todos los fracasos puso su fe en el futuro de su patria, que pensó en hacer un libro que encerrara en sus páginas la emoción de la tierra amada, la imagen real, pero idealizada por el recuerdo, de aquella región perdida hacia donde se tendían sus brazos anhelantes y dio principio a escribir la epopeya de su Polonia mártir en el *Pan tadeuz.*

Entretanto, invitado por el gobierno de Francia, comienza sus cursos de literatura eslava en los que tanto se iba a distinguir. Por esos días la imagen de Polonia lo sigue tan de cerca, que su padecimiento de exilado alcanza límites de verdadera desolación. Se torna sombrío y amargado, taciturno y desesperado. Lo único que lo consuela es la música de ese otro genial expatriado que fue Federico Chopin. Busca al gran músico para escuchar en las notas de éste, la voz y el arrullo de su patria adolorida y se aniega en llanto penando y sufriendo por ella. Este desfallecimiento, obra de su soledad y de la contemplación de una Europa indiferente a la más grande injusticia que recuerda la historia, lo llevaron insensiblemente a caer en la filo-

sofía mística de Andrey Towianski, en la que se refugiaron muchos de los intelectuales polacos tratando de huir de una realidad cruel y terrible. Era una forma de fuga de su propia angustia, resultado de su debilidad como solitarios frente a las fuerzas bien pertrechadas de los herederos de la victoriosa Santa Alianza. Mickiewicz cayó en esa sima de desolación que busca en el más allá la solución de su honda cuita; se separó de sus mejores amigos y se empeñó en no ver la realidad que era por cierto tan tremenda, tan dura para la emigración polaca, que puede justificarse ese gesto de huir de la tierra buscando la ayuda de fuerzas sobrenaturales. Y era que la desesperación ante lo que parecía el fin de la patria lejana, arrastraba a muchos de los mejores solitarios hacia una verdadera locura. Esta especie de delirio místico, está retratado en sus llamados poemas de Lausana, escritos en aquella ciudad suiza, cuando el destino de Europa parecía estar sellado por la tiranía y el despotismo.

Felizmente para Mickiewicz, comenzó en esa hora lo que se llamó la primavera de los pueblos. La insurrección de Cracovia, fue el principio de una serie de levantamientos populares, de luchas civiles. Hasta el umbral de su cuarto de místico abstraído por especulaciones vanales, llegó el grito de los pueblos y el alma del gran bardo despertó de su letargo y una vez más, el revolucionario activo, el valeroso luchador, oyó el llamado de la plebe en marcha y corrió a incorporarse a la gran batalla. Italia se empeñaba en la lucha contra la dominación austriaca, contra de los enemigos también de Polonia, y hacia allá se encaminó Mickiewicz, émulo de Lord Byron, agrupando a su rededor una falange polaca que pronto emprendió camino por las ciudades italianas llevando escrito en sus banderas su glorioso lema: "Por la vostra y la nostra libertá" sintiendo que cada paso que daban contra el ejército invasor, lo acercaba a su patria aherrojada.

Pero fue en esa lucha que comenzó a perfilarse lo que iba a ser causa de graves padecimientos para el poeta; la división entre los nobles polacos, que aspiraban a reconquistar Polonia para volver a ser los señores feudales y la de los que aspiraban a entregar esa patria al pueblo. Mickiewicz había escrito en esos días: "El derecho de nuestro campesino a la tierra en que vive, es incontestable. . . los campesinos y la tierra de que vive hoy la nobleza, eran en otros tiempos propiedad de la comuna. Las tierras cultivadas en el primer período de la historia, en beneficio de la clase caballeresca, por los labradores a los que no-

bleza redujo a la servidumbre, se han convertido en propiedad de esa nobleza, que no tiene sobre tales tierras más derecho que el de dominio de la fuerza. . ." A tales palabras, los nobles polacos respondieron por la voz de Adam Czartorizky, que aspiraba a ser el futuro Rey de la Polonia: "Presentarse en la tierra natal, con una fuerza armada bien preparada, dispuesta a dar su apoyo a la Ley y al orden, para destruir inmediatamente a los rebeldes indignos y hostiles, al populacho sublevado, ávido de pillaje. . ." La división se ahondó profundamente y tal división ayudó a las fuerzas austriacas a vencer a la falange.

Mickiewicz volvió a París desilusionado, pero ahora firmemente convencido de que su lucha estaba al lado del pueblo que tan fielmente lo había seguido en la gloriosa aventura. Funda entonces el periódico *La Tribuna de los Pueblos* cuyo nombre era yo todo un programa de combate y cuyos editoriales confirmaban su convicción de luchador que no quiere volver a vivir aislado, comprendiendo que la batalla debe ser llevada por los pueblos conjugados en un anhelo común de liberación: "La situación de Europa es tal —escribe— que se hace desde ahora imposible para un pueblo marchar aisladamente por la vía del progreso, so pena de perderse él mismo, comprometiendo así la causa común. . ." Pronto aquel periódico en el que se defendía al socialismo y a la libertad, fue llevado ante el tribunal y sus colaboradores amenazados de ser expulsados de Francia si eran extranjeros. Mickiewicz, fue obligado a callar. Por segunda vez, su pluma estaba rota.

La primera fue cuando al terminar su *Pan Tadeuz* comprendió que con obra de tal aliento su actividad de poeta daba fin y según una leyenda —leyenda romántica— rompió su pluma con la que había escrito versos tan magníficos dejando al mundo una obra en la que la imagen de la patria perdida se agiganta emotiva y grandiosa, dejando al lector, a pesar de las dificultades de leerla traducida como nos acontece a nosotros, la visión de una vida múltiple en tipos, costumbres, hechos y sueños.

Epopeya que ha sido llamada con justicia "La polonesa de la imaginación nacional" lleva al lector hacia la imagen de una tierra tan rica en paisajes, hombres y hechos, que nos deslumbra y nos subyuga, lo cual debe haber sido profundamente sentido por los polacos en aquellas horas en que la imagen de la patria aparecía desgarrada y escarnecida. Terminada obra de tal altura, Mickiewicz rompió su pluma para tomar la es-

pada de 1848 en la primavera de los pueblos; y cuando al regresar de sus batallas emprende nuevamente su camino de escritor, lo hace como un soldado que quiere continuar con el arma al brazo; pero las circunstancias lo desarman y queda condenado al silencio.

Dura existencia es para él la del silencio. A esto se agrega una situación económica muy difícil; ha tenido que aceptar el puesto pobremente pagado de bibliotecario del Arsenal; mas por encima de su desamparo, se alza retadora su convicción revolucionaria claramente asentada. Cuando en esos días alguien le pregunta por el porvenir de Polonia, él responde con firmeza: "¿Su porvenir?... En el pueblo. Trabajar con el pueblo es la primera tarea..."

Es un hombre que ha entrado en la vejez, pero cuando suena el primer disparo de la guerra de Turquía aliada a Francia e Inglaterra contra el zarismo, Mickiewicz se lanza a crear nuevamente la Legión Polaca para ir a combatir por la libertad de su patria. Y otra vez choca con las ambiciones de los señores feudales que se apresuran a armar también sus fuerzas para arrebatarle al pueblo lo que es suyo. Mickiewicz soñaba con derrotar al zarismo dando libertad a todos los pueblos oprimidos por el despotismo; soñaba con libertar a su patria, ayudando a libertar al mismo tiempo a otras patrias; sus enemigos, no buscaban en cambio, sino alcanzar la tierra para disfrutarla a sus anchas. Las intrigas en Constantinopla amargaban la vida del gran patriota; finalmente el cólera vino a poner fin a su batalla. Murió el 26 de noviembre de 1855. Sus soldados, la falange de polacos, recogieron su cadáver y lo enviaron a Francia, de donde años más tarde el pueblo polaco lo rescató para hacerlo dormir eternamente en su patria al fin liberada.

Así terminó una existencia dedicada íntegramente a la libertad. Tuvo las caídas propias de un hombre al que su clase apartaba del pueblo debilitando su acción y haciéndola insegura, orillándolo a la desesperación y a la fuga hacia el misticismo; pero de esos momentos de debilidad, lo rescató su amor por su patria que concluyó entregándolo en cuerpo y alma a la lucha social y una vez en ese camino, con qué firme paso lo recorrió ya sin titubeos ni vacilaciones.

Luchador desde esa hora por la causa de los humildes, de los desposeídos, a ella se entregó por completo sufriendo sin quejarse todas las angustias. Esto explica por qué, su patria, la Polonia Popular, lo ha considerado como su héroe más puro,

como su guía espiritual, levantándolo así, para que en esa actitud lo contemple el mundo, retratado como lo concibió el escultor Bourdell en la estatua que el cariño de una nación le hizo erigir en París en la Plaza del Alma: como un peregrino que con su grueso bastón, marcha hacia el futuro, seguro de encontrar la libertad.

DE CABEZA AL INFIERNO

Por *Raúl PRIETO RIOLOZA*

CUANDO vuelva a sentir que el portabustos se encoge y le oprime el pecho, estorbándole la respiración, María Luisa recordará el rostro de don Leopoldo. Un ahogo parecido la angustió, minutos antes de que el viejo muriera. Recordará cómo el rojo jitomate de la nariz y el color de crema de fresa del resto de su cara, tan arrugada, se apagaron, ocultándose bajo un matiz verdevejiga, como de berenjena frita. Sólo perduró invariable el blanco del cabello ralo, que don Leopoldo se peinaba de raya en medio, y el amarillo nicotina de su bigotito cuidadosamente recortado. Aun en el iris azul de sus ojos brotaron manchas color ámbar e incluso la coloración de las orejas cambió, pasando su blanco rosado a un bermellón oscuro.

Don Leopoldo Cuesta y Palancares llegó a las catorce horas a su departamento. María Luisa podría repetir el dato sin titubear. A esa hora oyó que se abría la puerta del elevador y, en seguida, la inmediata: la de cristales que da acceso al interior del último piso.

—Buenas tardes, chula —carraspeó don Leopoldo, cerrando la puerta. Impecable el viejo. Sombrero fino, cuello duro, corbata negra decorada por Dalí, camisa blanca y de botones de brillantes, chaleco crema con líneas sepia apenas perceptibles, estrecho saco café claro, pomposa mascada, pantalón pardo oscuro de perneras sin valencianas, zapatos de piel de becerro muy puntiagudos, la eterna camelia anacarada en el ojal de la solapa y el bastón de puño de oro macizo.

—Buenas tardes, don Leopoldo —replicó María Luisa, metiendo los dedos bajo la cintura de la falda para hundir más los faldones de su blusa transparente. Al depositar don Leopoldo el bastón y el sombrero en la mesita de la antesala, acercó la nariz al búcaro de rosas y, manteniéndose en tal postura mientras extraía los guantes de una bolsa de su saco, miró de reojo a la secretaria que se hallaba en la pieza siguiente, la

salita de recibo, frente al escritorio. Melena corta, rojo Venecia; delicado perfil, columna vertebral erecta, senos redondos, grata la armoniosa curva del trasero, muy bien torneadas las piernas. Acariciándose el bigotillo, don Leopoldo atisbó el reflejo de María Luisa en el espejo metido en marco de plata y colgado sobre la pared, arriba de la mesa enana y el jarrón con flores. Aristocrática esbeltez la de María Luisa, que concluía apresuradamente su arreglo. Ajustó las gafas de gruesa armadura, indicadas para fijar su respetable aspecto de secretaria, y llevó nuevamente los dedos a las teclas de la máquina de escribir.

—¿Alguna novedad?

—("...de usted, muy a te te o...") No, señor: nada ("...a efe...").

—Magnífico —tosió don Leopoldo y reanudó la marcha.

Al pasar detrás de María Luisa se detuvo un instante. "...afmo y ese ese...". Ella sintió que la mirada del viejo acariciaba su nuca, su espalda y sus hombros, que a medias ocultaba la blusa azul. Un instante, y cruzó la salita el viejo para perderse detrás de las cortinas del salón. Suspirando, María Luisa alivió la tensión repentina.

Si tomara en cuenta que jamás don Leopoldo le había faltado al respeto, debería ella confiar siempre en su caballerosidad. Pero, considerándose a sí misma una excepción muy extraña, María Luisa no podía sentirse segura hallándose próxima a un anciano que gozaba de muy justa fama de rabo verde.

Por temporadas, contrataba don Leopoldo mecanógrafas, cuando María Luisa no podía darse abasto. Así ocurrió en días anteriores a la Navidad de 1954. Hubo que rotular miles de sobres con las direcciones de amigos de don Leopoldo, a los que enviaba tarjetas de felicitación. Dos muchachas se presentaron a ayudar a María Luisa. En cierta ocasión, al entrar una de ellas en la sala contigua, la otra, intrigada por ciertos ruidos, descorrió el cortinaje de pesado raso púrpura, se inclinó ante la puerta cerrada para espiar por el ojo de la cerradura y fue en seguida a contarle a María Luisa lo que acababa de ver. El buen concepto que María Luisa tenía de su jefe se trastocó de golpe. No era solamente el gran señor rico y amable que degustaba pacíficamente su existencia inútil. Un segundo don Leopoldo surgía por el ojo de la cerradura: el Diógenes cínico

y libidinoso. María Luisa enrrojeció. "¡Ven!", le dijo la compañera. Afirmaba que don Leopoldo, en calzoncillos y arrodillado, besaba en tales momentos las corvas de la otra empleada. "Le quitó el vestido y le ha enrrollado las medias hasta los tobillos; ¡ni pantaletas puestas tiene ahorita Lupe! ¡Mírala!". María Luisa se resistió. "Está un poco oscuro, por las persianas bajadas, pero algo se ve".

—¿Cómo es posible que tu amiga Lupe le permita?—replicó en un susurro María Luisa, temblando de indignación.

—¡Vaya! No es tonta... Por un poco de baba que le deje el ruquito en la piel, ella se gana un saco de pieles.

—¿Quién te lo contó?

—¡Compruébalo! Mientras don Leo está arrodillado atrás, Lupe se lo pone... ¡Es divino, te aseguro que de puro mink!

Ganas de llorar de ira y de risa asaltaron a la secretaria de don Leopoldo. Pobres muchachas... ¡Cómo lucharon para obtener aquella ocupación temporal, tan mal pagada! Muchachas a las que aflige la angustia económica, capaces de rotular sobres durante ocho horas diarias por trescientos pesos mensuales, y que, como Lupe, no dudaban en dejarse mancillar a cambio de un bolerito, hecho con pieles que imitaban quizá a la del mink y que (María Luisa lo sabía por la factura) le salió costando a don Leo algo más de doscientos pesos.

—Bueno... déjala y no te distraigas más—cortó María Luisa, aplacando su enojo—, que hay mucho trabajo.

Y Gloria, la que por aquellos días se empleó junto con Lupe para dar una mano a María Luisa en la tarea de enviar felicitaciones, sonrió con ironía. No insistió, volviendo nuevamente a su máquina. Aquella reacción de María Luisa, la secretaria de planta, muy alzada, sin duda la motivaban los celos. No le sorprendió precisamente escuchar las noticias de Gloria, pensaba ésta, pues a cosas semejantes estaría acostumbrada: su rabia y su asombro derivaron de un egoísmo herido. Pero, ¿qué acaso no tenía la tal María Luisa a su don Leopoldo todo el año, para que la desnudara y la cubriera de baba y le regalara abrigos? ¿Qué le importaba que una mujer distinta, accidentalmente, sacara beneficios del viejo sinvergüenza? Dándole la espalda a María Luisa, Gloria mantuvo la sonrisilla y tarareó quedamente una canción. Excitada, se le hacía largo el tiempo que había de transcurrir antes de ocupar el puesto de Lupe: ya se veía también ella, Gloria, envuelta en pieles.

María Luisa comprendía ahora qué destino le había dado

anticipadamente don Leopoldo a los paquetes que llegaron en la víspera, cuyas facturas cubrió mediante un cheque la misma María Luisa al entregárselos el mensajero de una tienda de regalos: doscientos cincuenta pesos por el abriguito, que ni siquiera venía en una caja, sino envuelto en papel, como mercancía barata; y ciento cincuenta pesos por la botella de perfume... Temblaba María Luisa. Tuvo intenciones de levantarse y abrazar a Gloria y compadecerla. Decirle que sería la próxima víctima, que hoy o mañana entraría en el salón, que el viejo la despojaría de su ropa para luego obsequiarle una botella de perfume, con su etiquetota: "Made en Paris"... Caería esta otra tonta. ¿Para que evitarlo? Cuando reciba la botella de perfume se sentirá feliz. Y quizá luego tratará de despertar la envidia de amigas suyas, relatándoles su experiencia, orgullosa de que no un cualquiera, y sí un viejo riquísimo y muy conocido entre la sociedad popoff, la hubiese ensuciado con besos babosos, dándole en pago aquel perfume tan fino... Muchachas aplastadas por la urgencia económica. Un súbito pensamiento sobresaltó la aparente calma de María Luisa. ¿Y si alguna vez se envalentonaba don Leopoldo y la llamaba y le ofrecía abrigos, perfumes, alhajas? María Luisa estropeó el sobre donde metía una de las tarjetas: "Leopoldo Cuesta y Palancares desea usted una feliz Navidad y un próspero 1955". La sacó, arrugando el sobre rasgado. "Leopoldo Cuesta...". Letras gorditas. Toma un papel y redacta tu renuncia y escápate. Que allá adentro Lupe se pruebe el saco de pieles y que acá espera su turno Gloria; abandónalas y huye...

No, no. Sospecha estúpida. Desde hacía seis meses María Luisa se hallaba al servicio de don Leopoldo y en ningún momento don Leopoldo hizo la más mínima insinuación... Metió la tarjeta, "Leopoldo Cuesta y Palancares desea a usted una feliz Navidad y un próspero 1955" —preciosas letras realzadas—, en un nuevo sobre y recobró la tranquilidad.

Gloria se ganó su botella de perfume al día siguiente. Cuando Lupe invitó a María Luisa a espiar por el ojo de la cerradura, María Luisa no se mostró sorprendida. Limpió sin prisas sus anteojos con el pañuelo.

—No tengo tiempo para estarme agachando a ver por el hoyo de la chapa, cada vez que alguna se encuere allá adentro.

Lupe dio media vuelta, tragando saliva, y regresó a la mesa donde se amontonaban cientos de sobres y de tarjetas... Muchachas atormentadas por la miseria. ¿No acaso podría ser

el título de una parte de *El Capital?* Muchachas que quieren formar con sus encantos un trampolín y saltar lejos de la pobreza, lejos del hogar estrecho y maloliente en donde a diario el papá, un papá cansado, aguanta los regaños de la mamá, una mamá que de todo se queja; un hogar que apesta a humedad, un hogar-agujero de vecindad barata, una cueva que habitan el fatigado papá y la mamá gruñona y los mugrosos hermanitos continuamente hambrientos, que no tienen lápices para sus tareas escolares, que andan con los zapatos destrozados... Muchachas de cultura alimentada en los pepines, que sufren ataques de histeria cuando se les va un hilo a sus medias, que asisten con el novio a funciones de cine de barriada... y que sueñan en una escalera y se ven huyendo del pozo de miserias, disponiéndose a construirla con sus ojos bonitos, con su boca pintada, con la mercancía de su cuerpo, su única propiedad de cierto valor.

Después de aquellos días, María Luisa no volvió a ver a Lupe ni a Gloria. Terminó el trabajo y se despidieron. Nuevas empleadas castigadas por la falta de dinero vendrían más tarde. En marzo de 1955, una, Aurora, acompañó a María Luisa tres días (cumpleaños del viejo: "Leopoldo Cuesta y Palancares tiene el honor de invitar a usted y a su distinguida esposa...", muchas participaciones). A diferencia de las anteriores, Aurora salió del salón con los ojos llorosos, pero se alegró al desdoblar el cheque que traía en la mano. Trescientos pesos. María Luisa se enteró a fin de mes, gracias al balance enviado por el banco. En noviembre (15 de noviembre, día onomástico de don Leopoldo —quinientas invitaciones a una misa de acción de gracias y a la fiesta organizada en su rancho—) llegaron dos muchachas-víctimas...

Don Leo sabía escogerlas. Tras del anuncio de rigor publicado en los periódicos, "Solicito señorita bien presentada, trabajo pocos días, absoluta seriedad, último piso edificio San Fernando", ocurría el acostumbrado desfile de solicitantes. Tres días de trabajo: ciento cincuenta pesos. Y, por unos minutos pasados en el salón a solas con el viejo, por un poco de baba y unas lagrimitas pudorosas, el cheque gracias al cual se sintió dichosa Aurora.

María Luisa, por el contrario, no era una Lupe o una Aurora; no se hallaba en condiciones semejantes a cualquiera de aquellas pobrecillas muertas de hambre, como Lupe y Gloria y Aurora y las dos que la acompañaron en noviembre, Isau-

ra y Graciela (las menos costosas: se ganaron un par de botellitas de perfume, francés legítimo, pero que cierto diplomático le había obsequiado a don Leopoldo agregando una nota: "Para sus ninfas").

Un amigo de don Leopoldo le recomendó a María Luisa. Trabajaba ella en el bufete de ciertos abogados, ganando ochocientos pesos, y don Leo le ofreció mil, prometiendo darle además un mes de vacaciones pagadas, al año, y una gratificación de tres mil a fines de diciembre. María Luisa era culta, hablaba inglés y francés, sabía redactar cualquier clase de cartas, su memoria era excelente... Le hacían de cuando en cuando ofertas de empleos mejor retribuidos, y de esto se encontraba al tanto su jefe. No ignoraba don Leopoldo, por otra parte, que era buena la posición de la familia de su secretaria. "Cuídate", le advirtió su hermana a María Luisa, al enterarse de los devaneos del viejo; "no te ofrecerá, el cochino, perfumitos ni pieles de conejo, pero sabe que todas las mujeres tenemos nuestros precios y querrá darte un automóvil". María Luisa se estalló en carcajadas. ¡Un coche! Si quisiera, don Leopoldo podría regalarle diez, y de los más caros; el dinero le sobraba. Mas igualmente procuraba cuidarlo, hasta pecar de usurero. "Es el viejo más tacaño que puedas imaginar", le dijo María Luisa a su hermana.

El 30 de noviembre de 1955, a las dos de la tarde, se abrió la puerta del elevador en el piso diecinueve del edificio "San Fernando". María Luisa observó su reloj de pulso: las dos en punto. Y apareció don Leopoldo. Momentos antes de que levantara el cortinaje, para abrir el salón y entrar, un escalofrío inquietó a María Luisa. Sintió que los ojos de don Leopoldo besaban su nuca, su espalda... Un momento fugaz de miedo y de asco. Mirada babosa.

Sacó el papel de la máquina. ¿Por qué no desquitarse, provocando ahora la cólera del anciano lividinoso? Le daría cuenta de una mala nueva que ella había conservado en secreto desde hacía más de una semana. "Don Leopoldo, se me olvidaba: sí hay una novedad", le diría. "Los elevadoristas exigen un aumento de sueldo. No le quise contar, para no molestarlo, y he tratado de apaciguarlos. Pero los dirige un lidercillo muy duro, no se deja sobornar... Quieren declararse en huelga". Oyendo semejante informe, don Leo, ante el regocijo de María Luisa, se pondría furioso, vociferaría como loco...

Agradable sería irritarlo en esa forma. Había días en que

el aburrimiento o, sencillamente, el sentirse ofendida, como al posar la mirada el cochino de don Leopoldo en su cuerpo, despertaba la crueldad de María Luisa: quisiera entonces ser mala, feroz. También le nacía el impulso de salir a la terraza y desde allí, desde el decimonono piso del edificio "San Fernando", arrojar cosas a la calle. Tirarles a los transeúntes las máquinas de escribir, o los enormes cuadros que adornaban las piezas del elegante departamento de don Leopoldo, o las horribles sillas Luis XV. Saquear su enorme guardarropa y lanzar a los aires cientos de camisas, miles de corbatas, docenas y docenas de trajes, y muchos zapatos y... ¿por qué no, de paso, levantar en vilo a alguna de las Auroras o de las Lupes, o a todas las señoritas bien presentadas, a las pelanduzcas que se vendían por frascos de esencias, y tirarlas a la calle, encueradotas, sin pantaletas, con las medias enrrolladas hasta el tobillo?... Una noche soñó María Luisa que, envuelta en el camisón de gasa que usaba para dormir, corría sobre el pretil de la terraza. En calzoncillos, babeando y arrastrándose a gatas, iba detrás de ella don Leopoldo. Ya a punto de cazarla, don Leopoldo resbalaba y caía y se estrellaba en el pavimento...

Pero lo cierto es que María Luisa se había encariñado con el viejo. En primer término, por eso: porque era un viejo; porque un viejo lleno de arrugas como don Leopoldo, ansioso de vida, un viejo de sesenta y cinco años dispuesto a llegar al siglo, tenía que motivar su ternura. Y porque, a pesar de sus millones, no era feliz. Carecía de un hogar. Su esposa, una tal Lorenza Arteaga, logró divorciarse de don Leo, veinte años atrás, y durante la siguiente década, hasta que se le ocurrió morirse a la buena señora, tuvo don Leopoldo que pasarle una pensión de doscientos mil pesos al año. "Ningún gasto me ha dolido tanto", le confesó a María Luisa cierta vez en que revisaron aquellas cuentas. "Me emborraché de gusto, Dios me perdone, cuando me la quitó de encima en 1944". A su hija, Lorenza chica, la odió siempre don Leopoldo, por tonta y fea. De acuerdo con las fotografías que descubrió en el escritorio, María Luisa dudó de que fuera verdaderamente fea aquella mujer. Carecía, por lo alta y basta, de ciertos atractivos; sin embargo, no se antojaba repugnante. Tampoco la supuso tonta. ¿Tonta, Lorenza, que se había casado en Texas con un petrolero podrido en dólares? El caso es que don Leopoldo la odiaba. Y en cuanto a su hijo... Era la corona de espinas, los clavos, la cruz de don Leopoldo, su cáliz de amargura. Alcohólico sin

remedio, el primogénito de don Leopoldo vivía rondando por los barrios pobres de la capital. De la champaña y el coñac bajó al ron y al tequila, y había acabado en briago de pulquería, en parroquiano de tabernas de mala muerte. Por amigos del viejo, María Luisa supo que a menudo pasaba Leopoldo el chico días enteros tumbado en muladares, ahogado de borracho... De cuando en cuando, mandaba a algún rufián; a un conocido suyo: aquel peluquero chaparro y de cabello chino, a pedirle dinero, y María Luisa no tenía más remedio que proporcionárselo. Le había prohibido el viejo negarse, si la suma solicitada no era excesiva. Don Leo, por lo demás, había derrochado mucha plata en médicos y en temporadas de sanatorio, tratando de salvar a su hijo. Todo fue inútil.

Estimaba asimismo María Luisa a don Leopoldo debido a su buen humor y gracias a que la trataba paternalmente y lleno de compostura. Le perdonaba que fuese un avaro y un rabo verde y, en fin, un parásito. No sería capaz de lastimarlo; más aún: procuraba la secretaria resolver a solas los asuntos enojosos. En lo tocante a la huelga en proyecto de los elevadoristas, trataría de dar con una solución, manteniendo alejado a don Leopoldo.

No le parecía que marchara bien su salud. A raíz de la fiesta que tuvo lugar en su rancho, cayó en cama don Leopoldo. Se recuperó pronto, volviéndole cuando menos su aspecto vigoroso. Empero, no era alegre el brillo de sus ojos, se fatigaba con facilidad y dormía mal —el mismo don Leo, tan enemigo de los quejumbres, se lo había contado a María Luisa. ¿Para qué encolerizarlo, comunicándole la amenaza de los elevadoristas? "Yo los veo casi como a mi gente", gustaba decir don Leopoldo refiriéndose a los encargados de los cinco elevadores del edificio y a los mozos y a los porteros y a los vigilantes nocturnos. "La mayoría son hijos de peones de mis antiguas haciendas".

Se inició la fortuna de la familia Cuesta en tiempos del bisabuelo, uno de los arrieros que en la historia de la minería mexicana descubrieron vetas de oro y se enriquecieron. El abuelo agrandó el patrimonio comprando tierras en Jalisco. Y las haciendas de los Cuesta rivalizaban con las mejores a principios del siglo. Los padres de don Leopoldo se quedaron en París, al estallar la revolución: allá recibieron a don Porfirio y mantuvieron la creencia de que al caos no tardaría en remplazar el orden antiguo. Murieron en París, sin volver a México.

Leopoldo Cuesta, sus dos hermanos mayores y su hermana pudieron retener gran parte de la herencia. Pero sólo él continuó después plantado al pie del cañón. La hermana y los hermanos prefirieron emigrar. La revolución les quitó terrenos y, después de Huerta, cada nuevo gobierno daba origen a nuevos repartos. Estaban aburridos, y ella se largó a París y ellos a Madrid, tras de recibir su parte en metálico. Leopoldo no se dio por vencido. Le quedaba "San Fernando" y, jineteando a las utilidades de la hacienda, adquirió pequeñas propiedades agrícolas en Tlaxcala, por los alrededores de Toluca también y un buen número de lotes en los fraccionamientos capitalinos. Tomó en aquiler hectáreas ociosas de fundos que habían pertenecido a su familia, para explotarlas. Su fortuna crecía.

De pronto, el cardenismo sacudió a México. "San Fernando" fue dividida en 1938 y Leopoldo decidió cortar de una vez por todas sus relaciones con el campo. Vendió lo que le quedaba, malbarató sus ranchos lecheros y sus plantíos de maguey. Obtuvo mejores ganancias especulando con sus terrenos regados en la ciudad de México. Puso en venta los últimos durante la época de Alemán y un millón de pesos entró en sus arcas. Sacó otros más, donó cien mil pesos a los negociantes de la basílica de Guadalupe, cinco mil a la Cruz Roja y construyó el edificio, en cuyo último piso estableció su residencia. Le dio el nombre de la antigua hacienda, y, tanto por el nombre del edificio como porque casi todo el personal descendía de los trabajadores de la hacienda, don Leopoldo Cuesta y Palancares se veía aún ligado al pretérito glorioso.

Cuando las añoranzas lo hacían sufrir, y tronaba contra los léperos de la revolución y contra el desastroso general Cárdenas, una visita a su rancho le devolvía la paz. "Un rancho de lujo", afirmaba. Ubicado por los rumbos de Texcoco, aquella propiedad no le producía ningún beneficio económico y sí le causaba constantes gastos. Pero siempre se negó a desprenderse de "San Fernandito". En su pequeño trianón revivían los recuerdos de sus días de hacendado, de amo de la tierra. Recobraba ahí las fuerzas. Volvía a la ciudad de México dispuesto a subirles las rentas a sus inquilinos.

Sus acciones, sus cuentas bancarias y su edificio de diecinueve pisos, de los cuales alquilaba dieciocho, aparte del sótano, le bastaban a don Leopoldo para vivir contento. El día de su cumpleaños, en marzo, comprobó que era más rico que cualquiera de los invitados, y pese a que varios de ellos tenían

cerca de cincuenta millones de pesos. Con muchos años a cuestas, don Leo, gracias a su fortuna; o, mejor dicho: gracias a la conciencia de sus riquezas; pudo sentirse lleno de vida. Dieron las cuatro de la mañana y continuaba bailando y bebiendo en la terraza del *pent-house*. Le agradó después contemplar una de las fotos publicadas en los diarios, donde aparecía chocando las copas con aquella deliciosa rubia que acababa de llegar de Nueva York. "El hombre del pantalón sin valencianas, el conocido don Leopoldo Cuesta y Palancares", rezaba el pie del grabado, "dio un fiestón con motivo de su cumplemenos. Aquí lo vemos en compañía de la preciosa Peggy Wee".

Lástima de la hija, fea y tonta, y del hijo, convertido en un asqueroso borrachín. . .

No, no le diría nada María Luisa a don Leopoldo. Firmó a nombre suyo la carta que acababa de escribir, dirigida a un abogado, y la metió en el sobre. No le contaría al jefe que "sus muchachos", los elevadoristas, algunos hijos y otros nietos de peones que se habían esclavizado a la familia Cuesta, querían rebelarse. Bueno. . . no exactamente ellos, "gente buena y sencía", sino el condenado líder, que era culpable de todo y que no admitía regalitos.

Los elevadoristas y los mozos y el resto del personal veneraban a don Leopoldo. La mayoría lo conocía desde sus años de latifundista, y los demás, parientes o amigos de los servidores ligados al pasado de don Polo, alentaban por él los mismos sentimientos de su misión. Era el amo, de vivos ojos azules, de buena sangre, y era muy rico. Contaba con poderes mágicos, y al gritar su voz era de trueno. Cuando aparecía don Porfirio en las pantallas de los cines, cuando un actor en los teatros de revista encarnaba al general Díaz, los elevadoristas y los mozos y todos los que se hallaban a las órdenes del viejo don Leopoldo aplaudían. Nunca simpatizaron con la revolución, con la bola, que había arrancado a sus padres y a ellos de la tierra. ¿Cómo iban a tenerle amor al desorden iniciado por Madero, ellos que hacían peregrinaciones a Lagos y que se postraban a los pies de la Virgencita, en compañía de otros elevadoristas y de otros porteros y de otros veladores?

Pero surgió aquello de afiliarse al sindicato y los pagos al sindicato y, años más tarde, en estos días, el líder que los convenció de que tenían derecho a ganar mayores sueldos. "Don Polo nos trata bien", gemían resistiéndose. "El patrón les compra juguetes a nuestros chamacos el día de Reyes". Fue-

ron a la Villa, se confesaron, oyeron el sermón del padre: "Cuidaos de los lobos con pieles de ovejas". Y una mañana se enfrentaron al líder, ese poquitacosa flaco y nervioso, y le dijeron en su cara que era comunista. Entonces el líder se enfureció, afirmando que, además de no ser comunista, profesaba la religión católica. No lo creyeron, pero doblaron las manos.

—¡Manada de rancheros imbéciles, punta de huarachudos! —vociferaba el jovencito—. ¡Pajones idiotas! ¿Qué no comprenden que el que demuestra ser muy poco cristiano es don Leopoldo? A ver, díganme: ¿cuánto gasta no más en sus pachangas, mientras los maneja con sueldos de cinco, de siete y de diez pesos?

Doblaron las manos y admitieron que el muchacho los aleccionara para ir incluso a la huelga si no se les aumentaba el jornal.

—¡Ni siquiera les paga Cuesta el salario mínimo! —tronó el líder.

A las catorce y cinco del día 30 de noviembre sonó el teléfono en la salita donde se hallaba María Luisa. Esperó la tercera llamada, mientras pegaba el sobre, que dejó a un lado de su máquina, y levantó la bocina. Ya había hecho otro tanto don Leopoldo, valiéndose de la extensión. Se asustó María Luisa: su jefe hablaba en esos momentos con el líder de los elevadoristas. ¿Por qué no había contestado ella el teléfono, apenas comenzó a repiquetear? ¡Don Leo se enteraba del conflicto! Aquel líder, tan bruto, había ido directamente al grano desde las primeras palabras. "Pero, ¿qué es eso de los aumentos?", preguntó iracundo el viejo. "Un acto de justicia", replicó el otro. "Sus elevadoristas, miembros del sindicato del que soy secretario general, perciben sueldos de hambre".

—¡María Luisa! —aulló desde el salón don Leopoldo.

Colgó ella la bocina y se dirigió apresurada a la puerta. Tenía la boca seca. Entró en el salón. Una gran estancia de ventanales magníficos, piso cubierto de alfombras, y varios sillones, ceniceros, mesitas, un canapé... Enormes cuadros colgaban de las paredes. Candiles llorones. Una especie de club exclusivo de don Leo.

—Mande usted, señor.

—¿Qué serie de tonterías son éstas? —masculló, tapando la bocina del teléfono.

—No creo que tengan importancia. He querido arreglarlas...

—¿Por qué no me dijo nada, María Luisa?

Cuando, a cambio de "chula", "pequeña" o "muñeca", la llamaba por su nombre, en el cielo de sus relaciones con el anciano se formaban nubes de tormenta. Lo sabía María Luisa. Y entonces se sentía débil, jaletinosa, al quemarla aquella mirada de negro diamantino y azul purísimo. Parecía que la despojaba de sus pantaletas, como a Lupe, enrollándole las medias hasta los tobillos.

—Para no incomodarlo, don Leopoldo —replicó María Luisa, y se le antojó húmeda su voz—. Pero... ese señor es un poco...

Levantó una mano el jefe Dios del Sinaí.

—¡Al diablo!

Y cortó don Leopoldo la comunicación, golpeando el asa del audífono contra las clavijas del aparato. Enrojecía, sudaba. María Luisa permaneció inmóvil a un lado de la puerta, respirando de poquito en poquito.

—Condenado tal por cual... —silbó el viejo—. Sindicato, aumento de sueldo...

Tomó su mascada y se limpió el rostro. Tenía sed de sangre.

—Es el nuevo secretario general —se atrevió a indicar María Luisa—. Los anteriores habían aceptado una iguala mensual, es la costumbre. Cobraban a los empleados, cobraban la iguala y no había problemas... Pero vino ese... joven, idealista...

—Olvídese de semejante basura —tosió don Leopoldo—. Si vuelve a sonar el teléfono, contesta usted y de mi parte lo manda al cuerno. Después me comunica con el abogado De la Concha... o, no... qué abogado ni qué ojo de hacha; demandas, notificaciones, el artículo tanto más cuanto... Me comunica con Icaza, el comandante, y... ya verá: le daremos su merecido a este mentecato.

—Muy bien, señor.

—Y ahora regrese a sus quehaceres, niña.

Salió María Luisa, cerró la puerta y saltó a la máquina. Misteriosamente las pantaletas volvían a su sitio, y las medias devoraban sus piernas, ceñían sus rodillas, hasta aferrarse, envolviendo las mitades de sus muslos, a las trabas del liguero. Don Leo había conseguido disipar su enojo de ídolo incomodado, despidiendo a la secretaria con una sonrisa. Pero el incidente le dejaba a ella un sabor de pólvora. Y esa idea del

viejo: servirse del comandante para eliminar al representante sindical de los trabajadores... Solución muy poco digna; nada, podría decirse, nada elegante.

Pero el teléfono permaneció mudo. Quince minutos después, llegó a la puerta del departamento el líder, acompañado por uno de los elevadoristas. Ocultando su terror lo recibió María Luisa.

—Dispénseme que la moleste, señorita, pero necesito hablar... con quien ya usted sabe.

—Lo siento mucho... está durmiendo...

—Y... ¿no habría manera...? Digo, porque, la verdad, señorita... Esta situación no puede seguir.

Muy muchacho, esmirriado, pomuloso. Dispuesto, empero, a todo.

—Traté de indicarle al señor Cuesta —prosiguió el líder— que ya hemos hecho los arreglos en Conciliación, que estamos dispuestos a platicar amigablemente...

—¿Quién es?

Ella se llevó la mano a la garganta, visiblemente asustada al oir a don Leopoldo. Giró a él la cara, parpadeando. Un breve tambaleo del líder, que, empero, se mantuvo clavado al suelo. Cruzaba la salita don Leopoldo. Bata, pantuflas y en la mano una pipa. Del salón surgía la música alegre que trasmitía un radiorreceptor.

—Eeeh... —balbuceó María Luisa—. Es el señor, con el que habló...

Instintivamente apretó la entrepierna, imaginando flojas a las pantaletas. El viejo se acercaba y crecía, como un remolino.

—Chema —ordenó con calma, deteniéndose y mirando al elevadorista, silencioso y de piedra detrás del joven pomuloso y mal vestido—, coge una escoba y echa fuera de aquí a ese roñoso.

José María bajó la vista. Se tiñó de escarlata su tez de cera y permaneció inmóvil.

—Señor Cuesta, perdóneme —murmuró el otro—, pero con esas maneras de tratar a la gente... no va a conseguir nada.

—¡Silencio! —voceó don Leopoldo, haciendo a un lado a María Luisa y afirmando los pies a unos pasos del líder—. ¿Quién le da derecho a hablar en mi casa?

—Estoy fuera de su departamento, señor.

—¡Todo este piso me pertenece! ¡Y es mío el edificio... el edificio es mi casa! ¿Entiende? ¡Lárguese!

Chema sudaba. El secretario general puso en tensión todos sus músculos. Momentáneamente lo admiró María Luisa. Ojos oscuros de hombre de fe. Limpia la frente. Pómulos de místico. Ése no tenía pantaletas ni medias. Calzones de fierro.

—Muy buenas tardes, señorita —dijo al dar media vuelta. Ni un aleteo de miedo en sus palabras. Marcando el paso se dirigió al elevador.

—¡Váyase! —graznó el viejo—. Y tú también, Chema, ¡lárgate!

Ocurrió lo increíble: José María abrió la boca.

—Usted lo ha querido, don Leopoldo... —habló ronco, sin levantar la vista—. Ni siquiera exponerle razones nos deja... Usted lo quiere.

—¿Qué cosa quiero, animal?

—Vamos a poner las banderas —dijo Chema y se alejó.

Parpadeó el viejo, sin entender.

—Las... ¿las banderas?

Se cerró el elevador.

—Van a declararse en huelga —explicó María Luisa.

Un verde sucio, un color de carne de berenjena, de hongo asado, cubrió el rostro lleno de arrugas de don Leopoldo. No pudo hablar y se le cayó la pipa. Tambaleando, ayudado por la secretaria, fue a derrumbarse en la silla, frente al escritorio. María Luisa sentía una dolorosa opresión en el pecho.

Aquello era la revolución, el cardenismo, el reparto de las haciendas, el caos... ¡Líderes! ¡Sindicatos! ¡Aumentos de sueldos! ¡Pleitos con los patronos! ¡Huelgas!... La respiración de don Leopoldo se convertía en ronquidos.

Corrió María Luisa adentro. Apagó el aparato de radio. Voló al comedor. Y regresó trayendo un vaso de agua. Se le había doblado a don Leopoldo la cabeza sobre las teclas de la máquina. Posteriormente descubrió María Luisa que el golpe había impreso en el papel: tyufghjkxcvbnm. Lo que en algún lenguaje oscuro tenía este significado: muerte. ¿Así acababa don Leopoldo, el gran señor, el antiguo latifundista, el millonario, el jefe, el amo? De pronto, adiós fiestas permeadas de champaña, adiós vajilla de oro, adiós mayordomos de librea; de pronto, en la piel del rostro de don Leopoldo se desenvuelve un color de podredumbre, y el dinero pierde su valor; carecen

de sentido los óleos enormes, las costosas alfombras, los candiles...

Trató de que el viejo sorbiera el agua. Jadeaba y mantenía cerrados los ojos don Leo. María Luisa se abalanzó sobre el teléfono y llamó al doctor Hilario Zayas (despacho 592, edificio "San Fernando"). Subió el doctor. Ayudado por un mozo, cargó a don Leopoldo. Atravesaron con él, en compañía de María Luisa, el salón y pasaron a su recámara y en el lecho monumental lo acostaron. Inyecciones, líquidos... María Luisa comprendió: un simple rito de la muerte. Tyufghjkxcvbnm.

El médico se cansó de la comedia. Don Leopoldo había muerto de un derrame cerebral y era ocioso insistir. Ya no reviviría.

Con el mozo se dirigió al elevador. Oprimieron el timbre largo rato. Nadie les hizo caso. A las catorce y cuarenta minutos del día 30 de noviembre de 1955, el personal de los elevadores del edificio se había puesto en huelga. Diez se encargaban de manejar, turnándose, a los cinco elevadores. Dos más dirigían las faenas inherentes a su tránsito vertical en la planta baja. Y había tres suplentes que los domingos cuidaban el funcionamiento del elevador particular de don Leopoldo. Era el único que no se abría en la planta baja, sino en el sótano, cerca de una puerta que daba a la calle.

II

En todos los periódicos se dedicaron planas enteras a don Leopoldo. "Víctima de un trastorno del cerebro murió ayer en la tarde el conocido caballero don Leopoldo Cuesta y Palancares". Hubo artículos en donde se recordaban sus haciendas, se exaltaba la memoria de aquella connotada figura de la mejor sociedad mexicana, célebre por sus pantalones sin valencianas.

Pero también se cubrió de lodo a los huelguistas. "Uno de nuestros entrevistados", informaba Erasmo Sánchez, reportero de cierto matutino, "señaló las atenciones que siempre prodigó a su personal el distinguido señor Leopoldo Cuesta. Pese a su encumbrada posición, nunca tuvo empacho en acercarse a esos empleados que, sin embargo, se atrevieron, el mismo día en que murió don Leopoldo, a colocar el trapo rojinegro en las puertas de los elevadores del edificio San Fernando".

"Se rumora", leíase en otro diario, "que lo que ocasionó el

sensible deceso de don Leopoldo Cuesta fue el ilegal movimiento de huelga que paralizó el servicio de elevadores de su edificio".

Un comentarista declaró, metiendo su ancha cabeza de queso con agujeros en las pantallas de los aparatos de televisión: "Esperamos que las autoridades se opongan a la absurda rebeldía, que ha causado la desaparición de uno de los hombres más queridos por los miembros de nuestra aristocracia".

María Luisa llegó al edificio a las once de la mañana, de luto y sin anteojos. Se había pasado arriba, en el último piso, la tarde entera y toda la noche, hasta las cinco del 1º de diciembre. Y ahora, una terrible jaqueca la atormentaba.

¡Qué tarde y qué nochecita! El teléfono no cesó de sonar. Chorros de fotógrafos y de periodistas. Y todas las amigas y todos los amigos de don Leo, que fueron capaces de subir por las escaleras, atestaban la salita del departamento y el salón y la terraza. Afortunadamente, el doctor Zayas entendió en qué situación quedaba la secretaria y volvió con vigilantes del edificio, para que rondaran cerca de María Luisa, ayudándola a mantener el orden. Cerró con llave la cantina, el comedor, la sala de juegos, las tres alcobas, la cocina y el baño grande (en su tina apiló colecciones de revistas francesas de desnudos).

—Con que los que vengan tengan a su disposición la antesala y el salón y el bañito y la terraza, basta —dictaminó el médico.

María Luisa se comunicó con su hermana, rogándole que fuera a acompañarla. El novio de la hermana se ofreció a arreglar todo lo relativo a los funerales. Notó, de paso, que faltaba vigilancia en el resto del edificio y pagó a un grupo de policías para que velaran, mientras las guardianes habituales permanecían en el último piso.

Se acumularon en la planta baja cientos de coronas y ofrendas florales. Alguien tuvo la ocurrencia de instalar sillas, para todos aquellos que no pudieron subir al *pent-house*. Pero las flores y los asientos dificultaban el paso, María Luisa no pretendió resolver el problema. Aun afuera, en la calle, había montones de coronas y aguardaban grupos espesos de enlutados.

Apenas les dedicó un vistazo María Luia. Largas narices, ojeras, bocas petulantes, cutis pálido, trajes bien cortados... Respetables matronas de peineta y velo, gordas e insoportables... Vanidosas jovencitas, finas y distinguidas, amaneradas.. Porfiristas, revolucionarios; latifundismo, cardenismo...

Las ideas chocaban en la mente de María Luisa. ¿Y Pancho Villa? ¿Y los carrancistas? ¿Y Tata Lázaro? ¿Qué hacían aquí, aún vivos, todos estos piojos blancuzcos? Si no hubiera sido por su hermana, María Luisa, durante el velorio, habría estallado. La hizo sufrir la presencia repulsiva de los plutócratas, de los aristocratillos, de los viejos que le rezaban a San Don Porfirio, de tanto pelagato bien vestido que hablaba de sus reyes y de sus princesas y de sus títulos y de sus recepciones... ¡Nunca, como aquella noche, se había sentido María Luisa tan ajena a las llamadas clases selectas! Pláticas estúpidas, movimientos de minué, papel de estaño sobre papel de estaño sobre papel de estaño...

¿Y la revolución? ¿Y el reparto agrario? ¿Y la huelga? Bueno... ¡qué tenía que ver con todo eso María Luisa! Empero, allá arriba, la noche anterior, alimentó la certeza de que mental y espiritualmente se hallaba más próxima al líder y a los elevadoristas, y aun a las pobres-muchachas-agobiadas-por-la-angustia-económica, que a los huecos y presuntuosos enlutados.

Sólo por don Leopoldo, al que no dejaba de tenerle cariño, volvía al edificio. Se acercó al buzón destinado a la correspondencia del piso diecinueve y lo abrió. Abundaban las cartas ribeteadas de negro. Falsedad. Papel de luto sobre papel de luto sobre papel de luto... Y encontró un telegrama, dirigido a ella. Cerró el buzón, fue hacia la escalera. Un "¡pssst!" la interrumpió. Asomado por la puerta del sótano, le hacía señas José María.

—Yo la llevo en el elevador del patrón hasta arriba —susurró al oído de la muchacha.

—Gracias, Chema.

Con él bajó al sótano. Bodegas. Un "Rolls" y un "Jaguar", que pertenecieron a don Leo. Fueron al elevador. Durante la ascensión, María Luisa se enteró del telegrama. La hija de don Leopoldo anunciaba su regreso a México. "Aterrizará hoy por la tarde", calculó María Luisa, "cuando ya su padre esté a dos metros bajo tierra".

Al salir del elevador, en el último piso, se volvió ella a José María.

—Está usted servida, señorita.

Quiso María Luisa agregar algo, pero se limitó a sonreír, encaminándose en seguida al departamento del difunto.

José María bajó nuevamente al sótano. No le importaba romper momentáneamente su huelga, si el pecado servía para ayudar a la señorita. Una mujer de veras decente, no como las taquimecas que a veces venían a trabajar con ella; o muchas de las amigas de don Leopoldo... Anoche y esta mañana, sí; muy de trapos negros y ojos colorados de tanto llorar y rosarios en la mano, pero... ¿qué tal la noche en que se encargó de manejar este elevador? ¿No alcanzó a enterarse de una serie de cosas, allá, en la salita de entrada del departamento de don Polo? ¿Y no el mismo patrón bajó y subió, durante la juerga de aquella noche y en otras más, como lo supo por unos compañeros, llevando del brazo a mujeres casi sin ropa, a una güera gringa y cubierta por un abrigo de pieles, bien borrachas... esas mismas viejas que ahora traían caras de mosquitas muertas?

Claro que el día en que Chema se tropiece con su mamá, ella lo va a poner de oro y azul, le echará en cara su ingratitud, le dirá que no tuvo corazón al atreverse a declarar la huelga... Chema encoge los hombros. Mamá: una cosa era don Leopoldo, cuando le daba por ser buena gente; y otra el patrón chupa sangre... Así decía el secretario general, y tenía razón. La otra tarde, cuando por primera vez le contestó a don Polo, cuando lo amenazó con las banderas, Chema sintió adentro el brote de una nueva fuerza. ¿Qué derecho tenía en sujetarlos el viejo a sueldos de hambre? ¿Dónde estaba su cristianismo y su mentado cariño y todo aquello de que los veía como a sus hijos, recordando a la hacienda de "San Fernando"? Y, en las haciendas, ¿qué había sido de sus padres, de sus abuelos? ¿Qué ganaron trabajando como burros a las órdenes de los patroncitos, besándoles las manos, matándose para servirlos? Sus papás vivían en un jacal, comían tortilla y chile y frijoles... El año nuevo la familia de don Polo repartía cargas de maíz y mandaba traer tequila y mariachis... Qué miseria tan a lo tonto aguantada por sus jefes; muy tarugos, de plano.

Y si la huelga había hecho que se le derramara el jugo de los sesos a don Polo, como decían, o que se le cayera la mollera o lo que fuese, el patrón tenía la culpa. No quiso entender y se las dio de muy maldito. Quien le manda... Lo sentía Chema, pero no se rajaba. Además, ¿qué se pierde con que se muera un rico?

Lo que sí era de veras reata era la señorita María Luisa; a ella daba gusto respetarla. No las otras empleadas, tan descaradas, siempre moviendo las teleras; y que cuánto te dio don

Leo por dejarte, quesque un perfume francés, y pues a mí un cheque. . . las había escuchado José María. Peores y más sinvergüenzas; porque, a fin de cuentas, las chamacas taquimecanógrafas apenas tenían en qué caerse muertas; eran aquellas apretadas, esas nalgonas de sociedad, con buti lana y sus garritas muy caras y que fíjate que me acaban de regalar un coche de cien mil varos y a que no te cuento que le saqué al marqués dos pasajes para ir a Uropa. . . ¡Qué hijas de mamá Carlota! Cínicas, cínicas.

A las doce y media concluyeron, en el último piso, sudando y blasfemando, de subir las escaleras el representante de una funeraria y cuatro uniformados. Se anunció que el cortejo partiría a las trece de la puerta del edificio, rumbo al cementerio. Había vuelto a aumentar el número de dolientes en el departamento de don Leopoldo, y una verdadera muchedumbre se agolpaba en la calle, en el piso bajo, en los primeros tramos de la escalera. . .

María Luisa llamó aparte al empleado de la funeraria.

—¿Trajeron tres camiones?

—Sí, señorita: para las coronas. Y seis de pasajeros y la carroza, aunque, tenía que decirle. . . Hay, ¿sabe?, un problema.

—¿Cuál?

—El ataúd.

—No entiendo.

Arrinconó el otro a Maria Luisa.

—¿En qué forma lo vamos a bajar? —cuchicheó—. Por la escalera, imposible. Ya tomé las medidas y. . . nada. . . Sería una complicación darle vuelta al ir bajando. No cabe.

María Luisa llevó la vista al ataúd, colocado en medio del salón, entre cuatro largos candelabros de altos cirios. Un cajón demasiado grande para don Leopoldo, por mucho que se hubiera estirado al morir. . .

—¿Entonces? —preguntó angustiada María Luisa . Mas no esperó que el otro replicara. La única solución podía darla una persona: el líder.

Poco después llegó en coche Leopoldo Cuesta Arteaga, el hijo de don Leopoldo Cuesta y Palancares, a las cercanías del edificio "San Fernando".

Horas antes, cuando buscaba en la calle un alfiler de seguridad para cerrarse el saco, el mugroso saco de casimir inglés,

llenó de roturas y ya sin botones, pasó junto a él un chamaco con periódicos bajo el brazo.

—¡Espérate, manito!

Pero el escuincle se alejó corriendo hacia el mercado de La Merced. Leopoldo se detuvo. ¿Estaría soñando? ¿Qué día era hoy? ¡Qué le importaba! ¿Y este callejón? El callejón de Sepa la Tiznada... Buscó en las bolsas del pantalón arrugado y sucio una chicharrita de mariguana. Se la habían robado en el mesón... Le dolían los ojos. Sin embargo, logró notar algo... un retrato... Llegó frente a un puesto de periódicos, se inclinó. "Don Leopoldo Cuesta y Pa... Palancares... mu... murió ayer". Alargó las manos.

—¡Órale! Si no va a comprar, no enmugre —protestó la prieta que atendía el puesto.

—No... no más deja ver... ma-mamacita... Es mi jefe.

—¡Sáquese de aquí, borracho, o llamo al cuico!

Leopoldo se alejó, arrastrando los pies. Nuevamente se detuvo, volviéndose a la pared. Trató de orinar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco seis... Cero. No pudo. Continuó. ¿A dónde iría? ¿A la cantina? No... Esta vez el edificio de su papá cobraba mayor importancia. ¿Cómo diablos le decían al maldito rascacielos? Rascacielos "Sepa la Tiznada".

Frotó sus mejillas. Barba y porquería. Y le seguían doliendo los ojos. Tantos lentes que se había comprado y tantos que había roto o que había perdido o que había cambiado por tragos de refino.

"San Fernando", exactamente. Podría llamar a un libre: "Al edificio San Fernando. Voy a presentarle el pésame a mi papá". Se rio. No, no al viejo, sino... ¿a quién? Sepa la... Su mamá había muerto. Entonces, su hermana. Pero Lorenza no vivía en México, vivía en París, en Tokio... por ahí. Se casó con un traficante de drogas. No, no... ¿Un contrabandista? Puede. O, ¿no se había casado? ¿Vivía en Londres, en Sepa la Tiznada Circus? Volvió a reir y, notando que se le aflojaban las piernas, alcanzó un poste y en él se recargó. Orinó en los pantalones. Empezaba a comprender. Ningún presentarle el pésame a Lencha... ¡Era a él, a Leopoldo hijo, al que tenía que presentar el pésame; él era el primogénito de papá! Llegarían perros vestidos de negro, con su cara de perros enlutados; un abrazo, mis más sinceras condolencias... ¡Váyanse a la tiznada con sus condolencias! Entreabrió la boca. Varios dientes de menos. Lengua blanca. Apretó los párpados. ¡Qué condo-

lencias ni qué nada! ¡Felicítenme, punta de perros negros, porque yo soy el heredero! Sus piernas no aguantaron más y se dejó rebalar, hasta quedar sentado al pie del farol.

Respiró. Subían y caían las imágenes dentro del mar de su memoria, un mar rojo, verde. . . Súbitamente, agarró a una por el cuello: ¡el peluquero!

—¡Chaparro, chaparrito!

Tardó en poder explicarse Leopoldo. Su amigo el peluquero extendía los brazos, manteniéndolo aparte. "Cómo apestas desgraciado". Por último, el borrachín señaló un periódico. "Profundo dolor ha causado la muerte de don Leopoldo Cuesta y Palancares". ¡El viejo de ojos azules se ha petateado!

Bajó del coche Leopoldo Cuesta Arteaga, seguido por el peluquero.

—Ya va a dar la una.

Rasurado, con el cabello en orden, recién bañado, Leopoldo llevaba una camisa blanca y un traje negro encogido, pero que tenía cuando menos sus botones completos. El dueño de las prendas era el peluquero. No pudo conseguir calcetines y apenas le cupieron los pies en aquellos zapatos a Leopoldo, Polito.

Con el peluquero atrás, Leopoldo se metió en el edificio, abriéndose paso entre todos los enlutados, que no lo conocían.

—Mucha puta cara y muchos ratones popoff —comentó.

Y, al llegar al centro del vestíbulo, la vista de una bandera rojinegra lo obligó a detenerse, extrañado. Gente, coronas y coronas, velos negros, viejas y viejos sentados en sillas, estiradísimos. . . Pero, ¿y esa banderita?

El peluquero le sacudió un brazo, señalando los números de cristal colocados arriba de la puerta clausurada de un elevador. Se encendían y se apagaban. Aguardaron, conteniendo la respiración. 8. . . 7. . . 6. . . 5. . . Sobre las cifras luminosas, un crespón negro. Bandera de huelga. ¿Por qué uno de los elevadores funciona? 2. . . 1. Pausa. La letra S, color verde. Un minuto y luego, en el tablero superior de otra puerta, las siglas S y PB.

La puerta del aparato se abre. El interior iluminado se encuentra cubierto de raso negro. Y, manteniéndolo en equilibrio dos mozos de funeraria, un féretro, de pie.

María Luisa había conseguido que el líder diera permiso, "sólo por tratarse de un caso muy especial", para que, pese a la huelga, bajara en el elevador de don Leopoldo su ataúd. Del

particular, fue trasladado el lujoso féretro a uno de los elevadores públicos, en el que ha subido del sótano a la planta baja.

—¡Mi papá, mi papá! —grita Leopoldo y estira el brazo, señalando el ataúd con el dedo. Es magnífico: metálico y de adornos dorados. Una súbita risa lo sobrecoge. Ríe, apuntando el ataúd, revolviéndose entre las manos del alarmado peluquero que quiere calmarlo—. ¡De cabeza al infierno!

Ríe, ríe, se contorsiona, entre el pánico de los circunstantes, rodeado de ropas negras, horribles coronas y exclamaciones airadas de histéricas. Los mozos, uniformados de negro, lo miran miedosos.

—¡El viejo bajó parado... y de cabeza!... ¡Idiotas!... ¡Ese cajón está al revés!... ¡Bajó parado!... ¡De cabeza al infierno!

Y carcajeándose se derrumba en la planta baja del edificio de don Leopoldo Cuesta y Palancares, que Dios tenga en su santa gloria.

CARTA DE PARÍS

EL *"affaire* Minou Drouet"[1] está tomando proporciones tan extravagantes que se justifica por una parte su examen detenido y, por otra parte, unas cuantas reflexiones sobre el mecanismo de semejantes incidentes en el mundo literario francés.

¿Quién es Minou Druoet? Una niña de ocho años que, según dicen, escribe versos. Esto, en sí, no es demasiado original; existen muchas niñas que garabatean rimas. Pero los poemas de Minou han llamado la atención de un célebre editor de París, René Julliard, el mismo que descubrió recientemente a Françoise Sagan. Después de una novelista de dieciocho años cuyo primer libro *Bonjour Tristesse* ha sido traducido en todas las lenguas desde hace dos años Julliard nos presenta ahora un poeta de ocho años y esta coincidencia si no significa que Julliard tiene más audacia que todos sus rivales, significa por lo menos que tiene un sentido comercial más agudo.

No se debe olvidar que una polémica se desencadenó alrededor de *Bonjour Tristesse* y ayudó mucho al éxito del libro. Nosotros creemos que *Bonjour Tristesse* es una gran novela pero es indudable que mucha gente leyó este libro únicamente por la perversidad que suponía en una autora tan joven. Muchos de los que criticaron la publicación de la novela, viendo en ella una mera operación mercantil, se sublevaron contra el "descubrimiento" de una nueva jovencita genial —y tanto más cuanto que era más joven.

La primera publicación de los poemas de Minou Drouet había sido realizada, sin embargo, en forma totalmente desinteresada —aparentemente por lo menos. Julliard había distribuido a sus amigos y a los críticos quinientos ejemplares *extra commercium* sólo, decía, para noticiarles su descubrimiento, sin ningún propósito lucrativo inmediato mientras la niña no fuera un poco mayor.

En seguida aparecieron algunos comentarios admirativos, en las crónicas literarias de diarios y revistas. Claro está, otros comentarios siguieron, más escépticos en cuanto al valor literario de la obra de Minou. Hasta entonces todo giraba alrededor de la cualidad literaria de los poemas. Sin embargo un hecho era evidente: buenos o malos los poemas no eran de los que se suelen encontrar bajo una pluma de ocho

---

1 L'affaire Minou Drouet, André Parinaud, ed. Julliard.

años.[2] Se empezó a hablar de un fenómeno y pronto el asunto asomó en la primera plana de los diarios: ya se murmuraba que la jovencita sólo podía ser una especie de monstruo. Muchos creían que la verdadera autora era otra persona y que todo iba a acabar en una publicidad de mal gusto.

Así las cosas estalló el escándalo.

El semanario fenemino *Elle* (un millón de ejemplares, o poco menos) publicó un reportaje que pretendía establecer que la joven Minou era una niña como todas y que los versos habían sido escritos por su madre adoptiva, la señorita Drouet, que encontró a la pequeña en una institución para niñas abandonadas, la recogió y le dio su nombre.

Aquí interviene por primera vez esta señorita Drouet cuya personalidad forma un elemento importante en este asunto.

Los periodistas encargados de la encuesta de *Elle* subrayaban que la "madre" de Minou era una persona a la vez muy culta y muy amargada que llevaba una vida sacrificada en una pequeña ciudad de provincia donde daba clases de idiomas (hasta el ruso sabía) y de matemáticas, mientras la hacían pasar en la prensa por ser bastante ignorante. Demostraban que muchas informaciones relativas a Minou eran falsas: por ejemplo que algunas frases de Minou —muy acertadas— acerca de un sacerdote o un juicio divertido de la pequeña sobre Lamartine eran apócrifos ya que el sacerdote nunca había visto a Minou y que ésta ignoraba quién era Lamartine. Algunos detalles extraños figuraban en el artículo: Minou usa en un poema la palabra "ogivo" y por lo visto ignoraba el sentido de la palabra cuando el periodista se lo preguntó. Por último, cuando se le leyó un poema de ella misma, dijo que no lo conocía... o no lo recordaba.

La polémica tomó desde entonces un giro bastante escandaloso. Se formó el bando de los minouistas y otro de los antiminouistas y no pasó día sin que un periódico u otro publicara declaraciones de testigos fidedignos en pro y en contra. Entre los minouistas figuraban el poeta Geraldy, el pianista Yves Nat, el académico Vallery-Radot y otras personalidades célebres que habían hablado con Minou y proclamaban su cariño por la niña así como su confianza en su genio. Entre los antiminouistas el poeta Leo Ferré, el novelista Jacques Laurent, la famosa periodista Hélène Gordon-Lazaref, etc.

Por último había los que decían que no importaba saber de quién eran los poemas, ya que eran malísimos. Ésta era la opinión de Jean Paul Sartre. En cuanto a Jean Cocteau, pronunció una frase que llegó a ser célebre: "Todos los niños de ocho años son geniales, salvo Minou Drouet".

---

[2] Véanse extractos al final de esta carta.

El asunto pasó las fronteras y artículos aparecieron en Italia, Suiza, Bélgica, Estados Unidos, etc., sobre Minou.

Mientras tanto diversas posiciones se dibujaban entre los minouistas:

Emile Henriot en *Le Monde* examinaba la obra de Minou y encontraba muy poca unidad en los poemas y sobre todo en las numerosas cartas que Minou dirigía a sus amigos. Si bien es verdad, decía, que algunos hallazgos poéticos son muy brillantes, los hay de mal gusto y hasta repugnantes. Concluía que el conjunto resultaba de una especie de colaboración entre la madre y la ahijada.

L'Express después de examinar detenidamente el carácter de la madre y de Minou creía que se trataba de un caso de transmisión del pensamiento y, por lo tanto, de colaboración involuntaria.

Otros recordaron que la madre había estudiado ocultismo y leía en las líneas de la mano, concluyendo que la niña estaba algo embrujada.

Todos estos pensaban que Minou escribía verdaderamente los poemas, pero que sufría el influjo moral de la madre.

Pasando el tiempo el mismo semanario *Elle* empezó a retroceder y dedicó un artículo a los genios precoces como Mozart o Pascal, sin admitir abiertamente que Minou podía también ser una niña prodigio pero preparando el terreno para un reconocimiento de su talento. A los tres días estalló otra bomba: Las ediciones *Le Seuil* encontraban en sus archivos una carta de la señorita Drouet, escrita en 1948 para proponerles "las obras de una niña ciega que crea un mundo imaginario para refugirse en él". En 1948 no conocía aún a Minou, la cual tenía un año. Inmediatamente los antiminouistas triunfaron. Como la pequeña Minou había nacido medio ciega (recobró la vista mediante una operación posterior) denunciaron el maquiavelismo de la "madre", declarando que ésta —una vez sus obras rechazadas por el editor— había adoptado precisamente a una niña ciega para atribuirle más tarde sus creaciones.

Los minouistas replicaron que la obra propuesta al editor era un cuento en prosa —que por lo demás era muy malo y sin ninguna relación con los poemas de Minou.

Se decidió hacer una prueba: Minou fue a pasar una semana a casa de Julliard para ver si, separada de su madre, seguiría haciendo versos. Así ocurrió. Durante la semana de separación Minou escribió dos poemas muy bellos. Uno de ellos, sobre las nubes, empezaba así: "Nuages, haies de plumes..."

Todo parecía terminado y la autenticidad de los versos había sido demostrada.

Ni mucho menos. Otro semanario, *Match,* desvelaba entonces que este mismo poema, "Nuages, haies de plumes", había sido escrito por Minou poco antes, delante de un periodista de *Match* en el curso de una entrevista.

Los minouistas contestaron que esto no tenía nada que ver y que el segundo poema tenía versos cambiados, por lo cual precisamente se veía que Minou obligada a escribir un poema había reproducido uno anterior pero que al fallarle la memoria pudo improvisar.

Mientras tanto Minou seguía ocupando la primera plana de los diarios donde sucedía a Margaret de Inglaterra y a Townsend. El público francés se apasiona tanto por las cuestiones literarias que en el mismo momento de las elecciones legislativas, Minou seguía formando el centro de todas las conversaciones.

Sobra decir que nada hasta la fecha ha podido ser demostrado ni en un sentido ni en otro. Acaba de salir un libro de conjunto por Parinaud, "L'affaire Minou Drouet", donde el autor resume los principales artículos publicados; de este examen cuidadoso resulta. . . que no se puede demostrar nada en ningún sentido. El enigma subsiste. Pero al mismo tiempo surgía un nuevo "affaire" que parece complicar el primero mientras que, en realidad, explica algunos aspectos del escándalo: la joven periodista de *Elle* que había desencadenado la tormenta alrededor de Minou, Michèle Perrein, publicaba en *Arts* una revelación sensacional: según ella Julliard iba a publicar otro libro atribuido a una jovencita (una pastorcilla inculta de 16 años llamada Berthe Grimault). Este libro titulado "Beau Clown" era tan erótico pero ostentaba al mismo tiempo tanto talento que ya se le comparaba con el famoso "Tobacco Road" de Erskine Caldwell: algunos días antes de la publicación Michèle Perrein había recibido una llamada de un tal Eliezer Fournier que pretendía ser el autor de "Beau clown", obra que había dictado a Berthe Grimault para fines no muy claros pero probablemente publicitarios. Según Michèle Perrein este segundo escándalo claramente demostrado constituía una presunción de la mala fe del editor en el caso anterior.

Pero esta vez he aquí que el libro salió con un prólogo del editor diciendo que la novela le había sido presentada como una obra de colaboración entre la jovencita y Fournier, por lo cual en la portada se leía: "Berthe Grimault, Beau Clown, récit recueilli par Eliezer Fournier". Parece ser que Michèle Perrein cayó en una trampa preparada por no se sabe quién (¿Julliard el editor o Fournier el autor —o co-autor—?) para favorecer con un escándalo la publicidad de "Beau Clown". Lo peor en este caso, es que el libro es interesante, razón de más para lamentar que unos procedimientos mercantiles de mal gusto

hayan interferido con la publicación. Pero... en definitivas cuentas ¿no es acaso mejor llamar así la atención sobre un buen libro que sobre uno malo? No queremos contestar esta cuestión y menos aun cuando es obvio que se ha utilizado para esta jugada a una joven periodista de buena fe —aunque quizás un poco impulsiva— que se creía llegada a la fama por haber creado tanto bullicio alrededor de su nombre con su artículo sobre Minou Drouet.

Todo esto no deja de crear un ambiente desagradable alrededor de una casa editorial dinámica, sin que nadie sepa si es legítimo echarle la culpa de algo o si todo fue una serie de coincidencias hábilmente explotadas.

Por último añadamos que al polémica alrededor de François Sagan empieza de nuevo con la segunda novela de la joven: *Un certain sourire,* que sale estos días. Algunos creen que esta segunda novela es tan buena como la primera y que, por lo tanto, está comprobado el talento de la niña prodigio núm. 1 (el núm. 2 es Minou Drouet). Otros dicen que esta segunda novela sólo es una mera repetición de la primera, por lo cual se confirman algunas sospechas según las cuales Françoise Sagan había sido ayudada para escribir *Bonjour Tristesse* por algún autor conocido pero discreto. Sobra decir que estos rumores parecen carecer de fundamentos: sólo se apoyan sobre el hecho de que los pocos escritos de Françoise Sagan después de su clamoroso éxito fueron fracasos rotundos (se trata de unos cuantos artículos de viajes y de dos o tres novelas cortas).

En realidad es preciso apuntar que todo esto no prueba nada y que lo único cierto se resume en un descenso de las cualidades literarias de François Sagan; sin embargo *Un certain sourire* es una buena novela, mejor quizás que la producción novelesca corriente de este invierno.

Lo que importa subrayar es que los procedimientos publicitarios de los editores si bien les permiten alcanzar muchos beneficios, resultan dañosos para la dignidad de los autores: "la esposa de César no debe ser sospechada". Tanto en lo que se refiere a Minou Drouet como a Berthe Grimault o a Françoise Sagan es indudable que los libros han llamado la atención del público por ser obras eróticas o por lo menos muy poco en armonía con la edad del autor mucho más que por sus cualidades literarias intrínsecas. Algunos dirán que ningún escándalo hubiera podido convertir un libro malo en una obra interesante y que el éxito justifica la publicidad más desvergonzada. Incluso añadirán que era mejor llamar así la atención sobre estos textos antes que dejarlos caer en una injusta indiferencia; todo esto es cierto y no preten-

demos aquí enjuiciar a nadie sino relatar lo que ocurre en el mundillo literario de París.

La responsabilidad de la prensa queda sin embargo importante en estos eventos. Si examinamos cómo se han dividido los minouistas y antiminouistas en los periódicos veremos que el *Fígaro* y *L'Express* han adoptado posiciones muy favorables a Minou, mientras el viejo enemigo de *L'Express,* el semanario *Arts,* tomaban la actitud contraria. *Paris-Presse,* diario combativo de la noche, era violentamente antiminouista de un modo casi sistemático mientras el ecléctico *Le monde* trataba todo el asunto con cierto escepticismo elegante, pero con una imparcialidad digna de ser señalada. En cuanto al rival de *Elle,* el semanario femenino *Marie-France* era minouista, tanto por razón de su hostilidad hacia *Elle* como por convicción. Por último la prensa católica era minouista ya que la señorita Drouet (madre adoptiva de Minou) había colaborado en publicaciones religiosas.

Con excepción de *Le Monde* las posiciones respectivas parecían más bien dictadas por motivos extraliterarios. Es de notar la actitud del sensacionalista diario de la noche *France-Soir* que siempre buscó lo más sensacional en pro y en contra de cada tesis... a pesar de que su director Pierre Lazaref sea el propio marido de Hélène Gordon-Lazaref, directora de *Elle.*

Unos beneficiarios inesperados de esta polémica fueron dos comediógrafos que están logrando un gran éxito con una obrita de circunstancia, *La Plume,* que se presenta ahora en París: En una familia de buenos burgueses franceses el padre suele escribir novelas rosas que ningún editor le acepta jamás. Una noche llega por fin un telegrama entusiástico de una casa editorial... pero resulta que no es para el padre sino para la hija, una joven de dieciséis años que acaba de escribir una novela erótica modestamente titulada *Mon coeur à poil* (Mi corazón en cueros). Después del debido escándalo familiar y público, la niña empieza a ganar millones y hace vivir espléndidamente a su familia. Pero he aquí que pretende casarse con un novio que la familia no quiere aceptar. Como represalia la joven autora se niega a escribir otra novela a pesar de las súplicas de todos. Afortunadamente en el momento en que se escapa con el novio para "vivir su vida" el padre ofrece al editor los versos de la hermanita menor que sólo tiene cinco años y todo se arregla con un nuevo éxito.

Para que no quepa la menor duda acerca de las intenciones de los autores la protagonista tiene exactamente la misma cara que François Sagan.

Este es el relato de los acontecimientos que han causado mucha

emoción en el público literario francés este invierno y ha dado mucho que escribir a los periodistas . . . y, claro está, al fiel corresponsal de *Cuadernos Americanos.*

M. SAPORTA.

(Adjunto dos extractos de poemas de Minou Drouet en francés y un extracto de una carta de Minou a Philippe un chico de 15 años que la quiere y desea casarse con ella más tarde cuando sea mayor).

ARBRE, MON AMI

Por *L. D.*

Arbre, mon ami,
mon pareil à moi
si lourd de musique
sous les doigts du vent
qui te feuillettent
comme un conte de fées,
arbre
qui comme moi
connais la voix du silence
qui balance
le profond de tes mèches vertes
le frisson de tes mains vivantes
arbre
mon ami
mon tout seul
perdu comme moi
perdu dans le ciel
perdu dans la boue
laqué de lumière dansante
par la pluie
arbre
écho de la peine du vent
de la joie des oiseaux
arbre dévêtu par l'hiver
je te regarde pour la première fois.
. . . . . .

FORET D'ARREZE

Pour *R. J.*

. . . . . .
Et la petite fille
ne savait plus

si elle avait un coeur
si elle avait un ventre,
l'incendie déchaîné
du plaisir
se tordait en elle
le plaisir
reptile exigeant
qui faisait d'elle
le fourré
hérissé
de joie
qui se referme
comme une bouche sur un fruit

LETTRE A PHILIPPE

"Mon chéri, il est huit heures, nos huit heures. Tu te souviens du soir où tu me disais, dans notre cèdre: "Je t'aime si follement que si tu le voulais, j'irais te chercher la lune." Philippe, mon coeur vient de m'emmener au ras des vagues, leur vibration m'habite, et le clair de lune m'habite, et ta présence m'habite, je ne suis rien de moi, si tellement donnée à tout ce qui vibre, si faite de son et de reflet et de tendresse. Ma main danse, coiffée de ce frisson précieux qu'est la coupe de cristal que Bo. vient de m'apporter. Philippe, au huitième coup de huit heures je l'ai plongée dans la mer, à l'endroit où la lune y tremble, et je te l'ai tendue, la lune, pétale vivant dans sa cage de cristal. Et j'ai renversé ma tête et tendu vers toi mes cheveux où tu aimais tant cacher ta figure, ils étaient couleur d'eau triste. . .".

S U M A R I O

Printed in Mexico